

A close-up photograph of a person wearing a white lab coat and a white surgical mask. The person's eyes are visible above the mask. They are holding a glass test tube with a pipette bulb attached. The background is dark and out of focus.

ALFREDO  
ABARCA

# El código de Nuremberg

Lectulandia

*El Código de Nuremberg* toca desde la ficción uno de los temas más delicados de la realidad contemporánea: el avance de la medicina mediante la experimentación de nuevas drogas en seres humanos. La sórdida trama de un negocio que mueve millones es descubierta por una médica y un fiscal. ¿Podrán ellos luchar contra una gigantesca multinacional?

**Lectulandia**

Alfredo Abarca

# **El Código de Nuremberg**

ePub r1.1  
lenny 12.11.14

Alfredo Abarca, 2003  
Retoque de cubierta: lenny

Editor digital: lenny  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

## Nota del autor

Esta novela va dedicada a los médicos que ejercen su profesión con el máximo rigor científico, poniendo todo su esfuerzo personal y cumpliendo sin concesiones ni desmayos con su juramento hipocrático. Su tarea silenciosa y benéfica para la humanidad es desplegada con altruismo, pasión y desinterés. Que haya algunos que se benefician indebidamente con su profesión no es otra cosa que la excepción que confirma la regla. Sus propios colegas y la Justicia se encargan de separarlos, como debería ser en todas las actividades reglamentadas.

Es para mí un honor contar con la amistad de muchos médicos, y a varios de ellos les estoy eterna y profundamente agradecido por sus curas, sus consejos y su calidez humana en momentos de angustia.

Por eso, deseo aclarar que los personajes y situaciones descritos en este libro son producto de mi imaginación. Cualquier parecido con personajes reales o instituciones públicas y privadas es una mera coincidencia. No existe en mi ánimo intención alguna de desprestigiar ni de agraviar a nadie; sólo pretendo contar una historia.

Quiero agradecer la colaboración y ayuda que me proporcionaron quienes supieron sugerir ideas y aportar sus conocimientos, evitándome mucho tiempo de búsqueda de información.

También a todos aquellos médicos, abogados, funcionarios públicos y laboratorios y visitantes médicos que me han pedido reserva de sus identidades, lo cual respeto fielmente.

# Capítulo 1

La calidez de la noche entraba por los ventanales abiertos, que daban a un balcón poblado de plantas. El piso dieciocho del angosto edificio derramaba su luz hacia el exterior, rodeado de departamentos oscuros o apenas iluminados. Unas lámparas empotradas en la pared dirigían sus haces hacia el verde que crecía en los maceteros, desafiando al sol del oeste.

Ese mismo sol, bendecido en el invierno, se tornaba insoportable en los días del verano cuando, desde las diez de la mañana hasta casi las ocho de la noche, golpeaba sin piedad sobre las baldosas y paredes del pequeño departamento. Habían pagado por él un precio excesivo, privilegiando la altura que los alejaba, en las horas de la intimidad, de las miserias que se adueñaban de la ciudad, allí abajo, donde pasaban buena parte de su tiempo.

Cuando años antes dejaban que la imaginación volara libre y romántica, sin las limitaciones de la realidad, siempre habían hablado de un refugio al que sólo ellos podrían llegar para alejarse del prójimo: una cabaña en la montaña, una casa en la playa, un lugar frente a un lago de aguas azules y pacíficas. Probablemente nunca lo concretarían, como tantos otros sueños y promesas que el tiempo iba borrando, casi imperceptible.

Ernesto disfrutaba de los preparativos para la cena. Cada detalle era el fruto de una meditada decisión. La decoración incluía unas pocas flores y un mantel haciendo juego con el artesanal centro de mesa y con el color de las velas compradas en el negocio de la vuelta.

Mientras, escuchaba la música que había seleccionado para aquella noche, asegurándose de que ningún desafortunado de la radio fuera a interrumpir una sucesión de palabras, caricias y miradas que gozosamente iba hilvanando en su imaginación. Puso tres copas enfrentando cada una de las sillas, luego los cubiertos del único juego que tenían y los platos que Julia había rescatado del reparto de los bienes de su madre fallecida.

Encendió el pequeño aparato de aire acondicionado que dos horas después haría del dormitorio un oasis en el que darían final a aquella noche de aniversario. El zumbido del aire y su mano puesta frente a la rejilla le aseguraron que había comenzado a crear, también allí, el ambiente ideal que pretendía para esa noche. Ernesto cerró la puerta del dormitorio para concentrar el frío. Los acordes casi marciales de un piano acompañaron los últimos preparativos.

Dio los últimos toques a la mesa, acomodando las cucharas para el helado y la alineación de las copas en el lugar que siempre ocupaba Julia. Fue hasta la cocina para chequear el grado de cocción, dejando pendiente un último golpe de fuego. Sólo tenía que apretar unos botones para que estuviera a punto y a la temperatura exacta mientras se demoraban con el aperitivo.

Pasó la mano por su camisa y la notó húmeda. Miró el reloj de pared. Tenía unos

minutos para una ducha rápida. Aprovecharía para afeitarse otra vez, aunque ya lo había hecho a la mañana. Contra su costumbre, se detuvo a pensar cuál sería el perfume más adecuado para la situación.

Antes de llegar al baño, la campanilla del teléfono sonó con estridencia.

—¿Ernesto?

—Sí, mi amor. Soy yo.

—Odio tener que decirlo... pero me voy a demorar.

—No te preocupes... ¿Mucho tiempo?

—No sé.

—Amor... es nuestra noche —intentó recordarle Ernesto con la mayor suavidad.

—Lo sé... y por eso me siento...

—Bueno...

—Trataré de llegar lo antes posible... Perdoname, por favor.

—No es cuestión de perdonar... yo sólo quiero tenerte.

—Lo entiendo, pero Irma está mal...

Dos horas más tarde, Ernesto se quedó dormido en el sillón, con la botella casi por la mitad y la música destilando los acordes románticos que había calculado para el momento en que terminarían de cenar y en el que bailarían abrazados, deseando la frescura del dormitorio.

Así lo encontró Julia cuando abrió cuidadosa la puerta con su llave. La imagen la enterneció. El mentón caía sobre la camisa blanca con rayas verticales que reservaba sólo para ocasiones especiales, convencido de que era la que mejor le quedaba.

El silencio de la habitación era casi total, sólo alterado por el zumbido del aire acondicionado en el dormitorio y alguna sirena sonando allá abajo, en las calles. Julia miró el reloj en su muñeca: las tres menos diez. Tratando de no hacer ruido, se sacó los zapatos, dejó el portafolio y el guardapolvo arrugado sobre una silla y se desprendió la pollera. Era la primera vez que la usaba desde el verano anterior, y ahora le apretaba.

La mesa puesta con primor, las velas listas para ser encendidas y el aparato de música detenido conformaban los restos de un clima que, a esa hora, se había esfumado. La mujer volvió a mirar a su marido y otra vez sintió ternura. Estaba consternada y no sabía qué hacer. Habría querido estar sola, y no sentir la obligación de dar explicaciones. Pensó en acostarse sin despertarlo, pero de inmediato se arrepintió. Se sentó a su lado y tomó su mano abierta. Pensativa, con la cabeza apoyada en el respaldo, sintió cómo se encogían los músculos tensos de su nuca. Cerró los párpados y se quedó inmóvil.

Con un suspiro, Ernesto se acomodó y parpadeó. Desconcertado, intentando enfocar la mirada, se despertó.

—Amor... me quedé dormido... —dijo con voz cascada, tratando de justificarse.

Julia se acercó y lo besó con suavidad en los labios, sin decir palabra. Percibió el aliento rancio por el alcohol, pero no sintió rechazo.

Ernesto miró su reloj y trató de asegurarse, incrédulo.

—Se te hizo tarde. —Julia asintió con resignación—. Bueno, de todas formas, la comida está lista —dijo, intentando levantarse. Pero la mano de ella se lo impidió. Ernesto sonrió y tironeó del brazo.

—¡Vamos! Estoy muerto de hambre y la comida está casi lista. Sólo hay que calentarla —dijo, desprendiéndose, tratando de que Julia se enderezara en el sillón. Fue hacia el comedor y, tomando los fósforos, encendió las velas. Se movió hasta la biblioteca y manipuló el equipo de música, inundando el ambiente con una melodía que reconocían como propia.

Ernesto ya estaba despabilado, dispuesto a cumplir con lo que había planificado durante días con todo detalle. Se dio vuelta para ver el impacto causado con su decoración y, cuando vio a su esposa, la sonrisa se le borró de los labios.

Mediodía de una gélida mañana neoyorquina. Desde el panel de vidrio del piso cuarenta y dos, apenas podía verse la ciudad. La bruma sólo permitía vislumbrar los contornos de los edificios al otro lado de la calle. Los copos de nieve caían desmañados y arremolinados por las corrientes de aire, y atravesaban las moles de cemento, que permanecían inmunes a la furia de la naturaleza.

El sobretodo claro y una bufanda escocesa colgaban del respaldo de un sillón de metal cromado y cuero, en el centro de una sala excesivamente calefaccionada. Oscar Leyro Serra estiraba por enésima vez las mangas de la camisa tratando de que sobresalieran un par de centímetros debajo del saco, dejando emerger sus gemelos comprados en un anticuario del barrio porteño de San Telmo. Era el toque de originalidad que necesitaba su vestimenta impecable y formal.

Con los dedos abiertos llevó hacia atrás sus cabellos escasos y blancos, cubriendo su calva reluciente. Sus pensamientos se centraban en la reunión con el Comité de Investigación del Laboratorio, que controlaba todos los proyectos, no importaba en qué lugar del mundo se realizaran. Leyro Serra era gerente regional, a cargo de la sección sudamericana, y dependía directamente del Comité. Los copos de nieve que se estrellaban contra el vidrio no alcanzaban a distraerlo. Más bien al contrario, eran una pantalla en la que se reflejaba el plan que había esbozado la noche anterior en la habitación del hotel, mientras memorizaba las estadísticas que afloraban en la pantalla de su pequeña computadora.

Sabía que el Comité poseía una influencia enorme en las decisiones de la Compañía, y cuatro de los miembros tenían un sitial en el directorio de once ejecutivos que manejaban todo el *holding*. La empresa, líder en la industria farmacéutica, facturaba miles de millones de dólares anuales, y tenía legiones de empleados y ejecutivos distribuidos en todo el mundo. En aquel momento, él se



encontraba en el núcleo del poder, la sede central de Alcmæon Laboratorios Inc, nervioso por la reunión que estaba a punto de comenzar.

Tres eran los pilares en los que sustentaba semejante poder: una organización eficiente, un marketing inteligente y la investigación permanente. Cualquiera que trabajara dentro de Alcmæon tenía una relación directa o indirecta con esas tres grandes líneas del organigrama empresarial. Eran divisiones que satisfacían las necesidades de articular semejante pulpo. Pero nadie ignoraba que los objetivos finales eran el liderazgo del mercado y los resultados positivos de los balances, que entregaban dividendos a los accionistas al fin del ejercicio.

Oscar Leyro Serra era consciente de que, como responsable de Sudamérica, era una pieza de mediana magnitud dentro del esquema. Intercambiable, por supuesto, dentro de ese monstruo mundial con tentáculos que se infiltraban en las esferas de poder, en decisiones fundamentales para el destino de la humanidad, con un presupuesto superior al de muchos países, que no tenían la menor posibilidad de oponerse a sus designios. La soberanía de algunas de las naciones estaba subordinada a las necesidades de sus capitales o a las políticas que se pergeñaban en aquel edificio.

Latinoamérica estaba dividida en dos áreas: los países de América del Sur, a su cargo, y América Central, dirigida desde México. El resto de mundo también estaba compartimentado en unidades operativas que debían reportar a la central en Nueva York y a cada sector responsable de los objetivos estratégicos establecidos por el directorio. Estos objetivos sólo eran conocidos por sus once miembros, y en algunos casos restringidos a los cinco del Comité Ejecutivo.

El hombre no podía evitar la tensión que le provocaba la convocatoria del omnipotente Comité de Investigación. Seguramente evaluarían los resultados de los nuevos productos, algunos autorizados por el FDA y otros en vías de experimentación. De todos los medicamentos, pero en especial de los más novedosos, se hacían seguimientos permanentes en todo el mundo.

En el caso de aquellos que estaban en las distintas fases de la investigación clínica, había rígidos parámetros para establecer las bondades de las drogas en segmentos de población con distintos componentes étnicos. Una vez autorizados, seguían bajo estudio hasta veinte años más, para determinar la posibilidad de efectos remotos, positivos o negativos.

Pero nada impedía que la conversación derivara hacia la eficiencia de la organización que comandaba y, finalmente, concluyera con «recomendaciones» que, en verdad, eran órdenes. Alguien podía cuestionar las campañas publicitarias, diseñadas en la central pero con cierta autonomía para ser adaptadas a las regulaciones, modalidades e idiosincrasias de cada país. No era lo mismo publicitar un antimicótico en Argentina que en Venezuela o Ecuador, y mucho menos en Marruecos o en la India.

Una gruesa valija negra, casi oculta detrás del sillón donde colgaba su abrigo,

contenía las estadísticas de todo tipo, algunas fotocopias de normas legales y reglamentarias de los países que dependían de él, cuadros, informes y números. Se los había requerido a sus gerentes en extenuantes y urgentes reuniones a las que había convocado la misma noche en que le había llegado el *mail* invitándolo a aquella junta que ahora estaba a punto de comenzar.

En aquellos instantes previos, Leyro Serra imaginaba una y otra vez el escenario: los rostros de los miembros del Comité, sus preguntas, los objetivos que le fijarían o los secretos a los que le permitirían acceder. Su cerebro, entrenado para soportar el estrés de aquellas situaciones, no alcanzaba a dominar su inquietud. Su mente parecía advertir que aquella convocatoria ocultaba algo distinto.

—*Mister Leyro Serra* —dijo una voz de mujer detrás de él, en inglés.

—Sí —contestó él, presto.

—El Comité lo espera. Sígame, por favor.

El ejecutivo, algo inclinado por el peso del portafolio, no pudo dejar de observar las insinuantes nalgas que lo precedían, impúdicas bajo un saco corto que terminaba justo para ocultar el cierre de la pollera. Rechazó la imagen de aquellos glúteos firmes, que se le antojaron muy blancos al dibujarlos en su mente, porque necesitaba la cabeza limpia. Lo único que importaba era la reunión. La mujer lo condujo a través de interminables pasillos alfombrados. Por allí circulaban hombres y mujeres, algunos de los cuales lo saludaban pese a no conocerlos.

Ernesto sentía, casi gozoso, que Julia se estremecía en sus brazos al compás del llanto. No sabía cómo calmarla. Le gustaba tenerla acurrucada contra su pecho, pero se angustiaba por aquel sufrimiento.

Mientras la abrazaba, miraba las velas que se consumían sin apuro en sus pretenciosos candelabros. En realidad, le costaba admitir la situación. Había preparado todo para una noche perfecta, la del primer aniversario de casados. Pero eran casi las cuatro de la mañana, su mujer lloraba desconsoladamente sin poder decirle el motivo, las velas se achicaban, la música parecía fuera de lugar y él estaba muerto de hambre, pensando que la comida sólo necesitaba el último golpe de horno.

Sintió que la humedad de las lágrimas traspasaba su camisa y, absurdo, pensó que el rimmel la mancharía. Era su mejor camisa. Su mano libre acariciaba la espalda de Julia, dándole el tiempo necesario para calmarse, mientras las velas seguían consumiéndose sobre la mesa.

Pasaron algunos minutos y las convulsiones del llanto dieron lugar a hipos cada vez más espaciados, hasta que Ernesto se animó a tomarla por los hombros y separarla para poder mirar aquel rostro querido. Los enormes ojos azules estaban más luminosos que nunca, lavados por las lágrimas. Por sus pómulos prominentes se desparramaba la pintura de los ojos. Con disimulo miró su camisa, sólo para confirmar que una mancha oscura y difusa había ensuciado la tela.

—¿Me querés contar? —le dijo con tono amable pero con la voz cascada por el sueño.

—Me voy a lavar la cara —le respondió ella mientras se ponía de pie, intentando, sin resultado, limpiarle la camisa manchada.

Se fue hasta el dormitorio y Ernesto no supo si apagar las velas, encender el horno o bajar el volumen de la música. Optó por no hacer nada y recostarse en el sillón. Unos minutos después, Julia estaba de vuelta con su cara limpia, los cabellos de las sienes húmedos y unas gotas de agua oscureciendo la blusa azul petróleo.

—Murió Irma —dijo en cuanto se sentó, como sacándose un peso de encima. Ernesto permaneció en silencio, tomándola de la mano. No sabía quién era Irma, ni por qué había muerto—. Murió a la una y cuarto... Todavía no me puedo acostumbrar a eso...

—Sos médica, Julia —alegó su marido.

—Claro que soy médica, y he visto morir a mucha gente, pero siempre me impacta mal aunque sepa que es un final previsible. Siento que he perdido la pelea, que estoy derrotada...

—No hay que tomarlo así, mi amor. No te hace bien —trató de contemporizar Ernesto, como si a él, justamente, le resultara fácil admitir una derrota.

—Pero hay muertes y muertes —continuó ella, como si no lo hubiera escuchado—. Una cosa es la de un anciano que sufre durante meses, que si se recupera quedará postrado sin poder gozar de la vida, y otra la de gente joven que tiene todo por delante, o la de un niño... es tan injusto.

Ernesto asentía con la cabeza sin saber adónde quería llegar su mujer, que lo miraba con angustia y desesperanza. En un momento, su estómago no pudo dejar de recordarle la comida disponible en el horno, y los altoparlantes dejaron oír el comienzo de una canción que ambos habían escuchado juntos unos años atrás y que a él siempre lo conmovía.

—Pero mucho más terrible es cuando alguien joven muere porque quienes deben curarlo experimentan con él.

Ernesto olvidó la comida, la música conmovedora y las velas. Algo se disparó en su cerebro entrenado de fiscal del crimen.

Cuando la secretaria de nalgas perfectas abrió una de las puertas dobles, Oscar Leyro Serra tuvo que hacer un esfuerzo para enfrentar a aquel grupo de hombres poderosos sentados alrededor de una larga mesa. En la cabecera vio nada menos que al vicepresidente ejecutivo de los Laboratorios Alcmaeon. En el ambiente había una cierta informalidad, tanto que varios estaban sin saco, aunque todos con corbatas.

El vicepresidente era un ejecutivo respetado y temido, con una carrera brillante dentro de la empresa. Muchos lo llamaban Tommy o TT, sus iniciales. Era uno de los que no llevaba saco, pero vestía una camisa blanquísima sobre la cual contrastaba una

corbata admirable, probablemente marca Hermes.

—Adelante, Oscar —dijo Tommy en voz alta, desviando hacia el gerente regional las miradas del resto—. Venga, siéntese aquí —invitó, señalando un asiento vacío a su derecha.

Leyro Serra encaró su marcha por el costado de la mesa, saludando con una sonrisa o una inclinación de cabeza a aquellos a quienes conocía. Casi todos acomodaban los papeles del tema que acababan de tratar. El ejecutivo intentaba no apurar el paso para otorgar a su entrada una dosis de dignidad que ocultara su nerviosismo. No había más de quince personas y sólo una era mujer. La sensación de aislamiento dentro de la sala era total y Leyro Serra ni siquiera oyó cuando la secretaria cerró la puerta.

El vicepresidente se paró para extenderle la mano con efusividad, y corrió personalmente el sillón de cuero para que se sentara. Era un gesto de deferencia que auspiciaba una buena disposición del grupo, al que no le pasaban inadvertidos aquellos detalles. Leyro Serra depositó en el suelo el grueso maletín. El número de personas sentadas a la mesa y su pertenencia a distintas áreas acrecentaron la intriga que le provocaba aquella junta.

Entre las carpetas prolijamente ubicadas frente al vicepresidente emergía un discreto micrófono. Era el único en la sala, pero la excelente acústica del lugar lo hacía innecesario. Tampoco eran de mucha utilidad las luces que iluminaban las valiosas pinturas colgadas de paredes revestidas en roble oscuro. Un enorme ventanal, que ocupaba toda la pared del fondo, dejaba entrar una claridad sólo atenuada por las cortinas. Del otro lado de los vidrios, las ráfagas de nieve contrastaban con la escena que transcurría en el interior de aquel suntuoso salón. Las personas allí reunidas, sentadas en mullidos sillones de cuero e inmunes a la naturaleza desatada, lucían poderosas e indiferentes.

—Caballeros —dijo el vicepresidente, imponiendo inmediato silencio a los asistentes—, Oscar Leyro Serra, a quienes muchos de ustedes conocen, es nuestro director regional y representante en Sudamérica. —Varios asintieron con la cabeza y el vicepresidente los fue presentando de a uno, con mención del rango. Casi todos pertenecían a las áreas de investigación y marketing. También había un abogado.

TT no tardó más de un par de minutos en las presentaciones y luego prosiguió:

—Estimado Oscar, sé que usted está inquieto por conocer el motivo de esta reunión. Iré directo al grano. La Compañía ha decidido dar por terminada la investigación del ALS-1506/AR —dijo con contundencia, esperando ver el efecto que sus palabras causaban en el sudamericano.

El ALS-1506/AR era una droga oncológica de avanzada que estaba en la Fase Dos de la investigación clínica. Latinoamérica había sido seleccionada para desarrollar la investigación, juntamente con África, el Oriente europeo y unas pequeñas comunidades del medio oeste norteamericano. Era un proyecto monumental, en el que se habían invertido centenares de millones de dólares y en el

que Oscar Leyro Serra había apostado todas sus fichas, incluso algunas personales.

Varios de los asistentes lo miraban, aguardando su reacción; el gerente regional intentó mantenerse imperturbable, aunque sin estar seguro de haberlo logrado. Permaneció unos segundos en silencio, en parte por la sorpresa y en parte porque conocía el valor del silencio en las situaciones difíciles. Entrecruzó los dedos sobre el grueso vidrio que cubría la mesa y esperó más detalles.

—¿Lo sorprende? —preguntó Tommy, el vicepresidente.

—Claro. Creí que era uno de los proyectos principales de la Compañía.

—El principal, quizá, pero han surgido algunos problemas, efectos adversos. Es una decisión dolorosa pero necesaria. Ya le informaremos con detalle. Quiero que sepa que se trata de una resolución basada en un análisis detenido de la situación.

—Comprendo, señor —atinó a decir Oscar, para dar a entender que no pensaba cuestionar aquella orden.

—Le aseguro que me dolió mucho abandonar este proyecto, pero uno debe saber perder... de vez en cuando.

—Lo sé —dijo Leyro Serra, y se quedó en silencio. Luego de unos instantes, los necesarios para dar por terminado el tema, el vicepresidente continuó:

—La compañía ha perdido centenares de millones de dólares con el proyecto ALS-1506/AR, y todavía tendremos que seguir gastando dinero para desactivarlo. Usted es parte de ese gasto porque, según los informes que tengo, en parte de las investigaciones clínicas que se han hecho bajo su supervisión todavía existen algunos grupos en los que se está experimentando.

—Así es, señor.

—Por eso me gustaría que se quedara unos días en Nueva York para que los responsables de las áreas de investigación, medicina, contable y legal puedan instruirlo acerca de las condiciones de la desactivación. ¿Tiene algún inconveniente?

Oscar pensó en su familia disfrutando del calor de una playa brasileña, en su hermosa casa junto al mar. Levantó su vista hacia el ventanal, donde la nieve no paraba de caer. Su rostro no pudo dejar de traducir la desilusión.

—No, en absoluto, señor.

—Bien. Además, quisiera que aprovechemos su estada aquí para implementar la venta de diversos productos de nuestro catálogo, que en algunos países pueden entrar en la categoría de libre comercialización y, según me informan, en su área representan sólo el 12,34 por ciento del total de ventas.

Oscar Leyro Serra trató de hacer memoria y estimó que la cifra era bastante cercana a la realidad.

—Es que tenemos bastantes dificultades con las regulaciones locales. Algunas son obsoletas, otras excesivamente rígidas y otras dependen simplemente del favor político o de la corrupción de los funcionarios que las autorizan.

—Por eso quiero un plan integral para incrementar las ventas con el debido apoyo publicitario y la presión que sea necesario aplicar. La compañía ha perdido

muchísimo dinero con el proyecto ALS-1506/AR y los accionistas no van a estar muy conformes cuando vean el balance. Tenemos que compensarlos hasta que alguna de las investigaciones que tenemos en marcha pueda dar sus frutos.

—Entiendo, señor.

El cielo comenzaba a aclararse y el viento fresco entraba por la ventana entornada del piso dieciocho. El silencio en la ciudad era casi total; sólo el ruido de los camiones recolectores de basura resonaba en algún lugar. En los edificios que rodeaban la torre se veían muy pocas luces.

Ernesto había encendido nuevamente las velas, algo consumidas, y se esmeraba por calentar la comida. Eran las cinco y veinte de la mañana, pero no estaba dispuesto a que el primer aniversario de casados pasara entre llantos y angustia, ni a tirar la comida que tanto le había costado preparar.

Comieron con música, comentando los recuerdos de aquella noche y de la luna de miel como si fueran las nueve e Irma no hubiera muerto ni existido.

A las siete de la mañana, Ernesto se durmió por algo menos de dos horas. A las nueve y media comenzaba el interrogatorio a un importante banquero acusado de administración fraudulenta y él, el fiscal de la causa, no podía faltar.

Julia, sin poder dormir y viendo cómo el día invadía la habitación, excesivamente fría por el aire acondicionado, no podía sustraer de su mente el momento del pase instantáneo de la vida a la muerte de la pobre Irma.

En sus cinco años de médica, no había podido acostumbrarse a ese supremo misterio en que alguien vivo se convertía en nada, ese instante en que la vida desaparecía de un cuerpo dejando un mero resto. Las dudas atroces provocadas por los primeros fallecimientos no habían desaparecido. No era sólo que no hallara signos vitales, algo que comprobaba siempre meticulosamente. Lo que la llenaba de pesadumbre era la certeza de que la vida había desaparecido del cuerpo que tenía delante, y que sólo quedaba una apariencia humana que pronto se desintegraría.

Parte de su trabajo era enfrentar a la familia para anunciar que todo había terminado, soportar los llantos, alguna pregunta desubicada y hasta la acusación de quien no se explicaba los misterios de Dios. Era la parte oscura y horrible de la derrota en una lucha cuyo final era siempre previsible. El éxito de la medicina se limitaba a prorrogar ese final.

Cuando, después de caminar por el pasillo del hospital —que se le antojaba largo y oscuro—, llegaba al desolado vestuario con la derrota a cuestas, sentía que la muerte se mantenía pegada a sus espaldas. Aún resonaban en sus oídos los llantos de los vivos y el último aliento del muerto. Aunque le sucediera mil o cien mil veces, no sería suficiente para templar el espíritu ni acostumbrarse a lo inevitable.

Pero en aquel momento, afuera de su dormitorio, el día nacía tiñendo de rosa las pocas nubes del cielo, y a su lado dormía con un suave ronquido aquel hombre

maravilloso a quien amaba profundamente.

Eran las compensaciones de la vida.

La reunión con el Comité de Investigación no duró más de veinte minutos. La situación era muy clara: se había abandonado el proyecto ALS-1506/AR y había que desactivarlo. En compensación, había que promover de manera urgente un aumento de ventas de los productos libres de recetas, para equilibrar las pérdidas del fracasado plan.

Los responsables de cada área le proporcionarían los detalles en los días siguientes. Por ese motivo, Leyro Serra debía quedarse en Nueva York, con ese clima horrible y las Navidades cercanas. ¿Terminarían antes del 25?

El gerente regional caminaba por las calles de esa ciudad helada y vigorosa. Se sentía agredido por los árboles de las calles, llenos de lucecitas, algunas parpadeantes, por los Papás Noel haciendo sonar en las esquinas sus campanas, pidiendo contribuciones, y por las tiendas llenas de gente comprando regalos con música de villancicos. Lo deprimía saber que su familia lo esperaba en una playa cálida, y que cuando hablara con ellos no podría asegurarles su presencia en la Nochebuena, y ni siquiera en Año Nuevo.

Durante el día, trataba de concertar las reuniones en forma continuada, como una manera de tener ocupadas las horas diurnas y adelantar el trabajo para terminar cuanto antes. Pero las entrevistas y las juntas dependían de la disponibilidad de tiempo de los responsables que, según notaba, no se interesaban demasiado en él.

Alguien había dispuesto que primero debía ocuparse de la desactivación del proyecto ALS-1506/AR, con sus infinitas implicancias y problemas. Recién después le tocaría el turno a la venta de los productos de libre comercialización. Ése era el orden y parecía que nadie estaba dispuesto a alterarlo pese a su insistencia en hacer las dos cosas simultáneamente.

A medida que iba cumpliendo con las reuniones, su preocupación aumentaba. Aparentemente, los resultados de la fase dos en otras áreas del planeta — Latinoamérica había comenzado con algún retraso— no habían tenido los efectos esperados. Ésa era la razón por la cual, con gran dolor y pérdidas, levantaban la investigación.

Nadie daba precisiones de los problemas que se invocaban ni estadísticas que justificaran semejante resolución. Simplemente había una orden que cumplir y así se hacía, sin que nadie preguntara ni cuestionara el porqué. En una organización piramidal no se discutía una decisión de la cúpula. Sin embargo, la gente que trabajaba en el riñón de la Compañía llegaba a conocer algunos detalles.

Unas copas de más al fin de la tarde gélida lo angustiaron tanto que esa noche no pudo dormir. Los secretos eran importantes, demasiado importantes, y eran pocos los que conocían la totalidad del problema. Eran los mismos que habían resuelto dejar sin

efecto la investigación de la ALS-1506/AR, tirando así a la basura centenares de millones de dólares.

Leyro Serra habría querido saber cuáles eran los motivos de semejante resolución, pero nadie hablaba de ello. Después de mucho razonar, llegó a dos conclusiones. Por un lado, la magnitud de la investigación era tal, que la decisión de abandonarla seguramente habría sido forzada por situaciones de extrema gravedad que se guardaban en reserva en el seno más íntimo de la empresa. Y, segundo, si no quería poner en riesgo su cargo no debía preguntar más, sólo cumplir con lo que le ordenaban.

¿Cómo lo afectaba a él, responsable de la investigación clínica del producto en seres humanos en el área de Latinoamérica, el curso de los acontecimientos?

Por el momento, no podía saberlo.

El antiguo y ruidoso aparato de aire acondicionado, que pretendía enfriar la temperatura ambiente de la sala de audiencias, no lograba cumplir con su cometido. El sol golpeaba de lleno en la pared y las diez personas apiñadas en la habitación se sentían sofocadas por el calor.

El juez y su secretario, el escribiente que levantaba el acta, el fiscal y su ayudante con el imputado declarando acompañado de cuatro abogados que sostenían la defensa, colmaban el ambiente y las sillas. Uno de los abogados se tuvo que quedar de pie, apoyado en la pared.

Ernesto Narváez, fiscal asignado a la causa, trataba de mantener su atención en los dichos del banquero al que acusaban por defraudación. El personaje utilizaba cifras y estadísticas con referencias certeras a la operatoria bancaria y a las circulares del Banco Central de la República. El pomposo financista transmitía mucha seguridad, mareando al fiscal, que confundía el plan de preguntas previsto.

Sentía que su cerebro estaba enredado en una telaraña en la que no podía moverse con claridad ni lucidez. Las dos horas de sueño de aquella mañana habían sido insuficientes para compensar el estrés de una velada frustrada. Por fortuna, el ayudante de la fiscalía era un abogado recién recibido que había *trabajado* a fondo la causa y la conocía en sus más íntimos detalles. Los rápidos apuntes que su adjunto trazaba con la mano izquierda le revelaban que cada palabra pronunciada por el engolosinado personaje sería cuestionada por aquel joven brillante.

A Ernesto le era imposible concentrarse. Se prometió leer detenidamente el acta en cuanto pudiera dormir un poco. Su mente encerrada en el agotamiento fue deslizándose a la conversación de la noche anterior con su mujer.

Había muchos agujeros negros e interrogantes por completar en aquel relato donde se mezclaban la medicina, la frustración, la lucha contra la muerte, la ciencia y el dolor. Había que desbrozar los sentimientos, para dejar en pie sólo los hechos reales. Tenía que llegar a la verdad objetiva, libre de la angustia y la impotencia.



No se trataba de jerarquizar una cosa sobre la otra, sino de separar lo concreto de lo imponderable. Al derecho, y en especial al derecho penal, sólo le importaban los hechos concretos y comprobables. Pero si era cierto lo que Julia había dicho entre llantos y mocos, Ernesto estaba frente a algo monstruoso, de consecuencias inimaginables.

Si Irma había muerto porque la habían privado de un tratamiento ya afianzado para su cáncer y habían utilizado en cambio drogas no autorizadas, Ernesto estaba ante un homicidio, y si no era un caso aislado, podía tratarse de dos, tres, veinte o centenares de homicidios calificados. Era algo espantoso, estremecedor.

—Diga si, además del cargo que ocupa en el Banco Regional, fue presidente de la Cooperativa Mar Azul.

—Efectivamente —contestó el banquero, casi ofendido porque le recordaban épocas pasadas y oscuras.

—¿Esa cooperativa quebró?

—Sí.

—¿Y usted fue rehabilitado?

—Claro, fue una quiebra casual.

—Entonces —atacó el adjunto—, ¿qué pasó con el depósito que la cooperativa y usted tenían en forma conjunta en la sucursal Bahamas del Banco...?

—¡Me opongo a la pregunta! —saltó uno de los abogados defensores—. La pregunta es impertinente porque nada tiene que ver con la causa.

—Está bien... está bien... —admitió el delegado de la fiscalía, pidiendo la aprobación del fiscal con la mirada. Una leve inclinación de la cabeza de éste lo tranquilizó y lo decidió a proseguir con su ataque.

El recuerdo del llanto de su mujer, con sus grandes ojos azules brillando en la noche, llenó de ternura a Ernesto. Cuando la miraba no podía dejar de pensar cómo era posible que ella, entera y sólida en todas las cosas de la vida, pudiera desesperarse de esa forma, hasta perder la confianza en los valores que eran la razón de su vida.

Pero también a él se le mezclaban las cosas. El pelo rubio de su mujer, su rostro terso, por el que se deslizaba la punta de sus dedos, y la boca carnosa, aún más deseable cuando aspiraba el aire en el hipo de un sollozo, lo sacaban del análisis objetivo de los hechos. Ernesto recordó que no había podido evitar explorar con la punta de su lengua sus labios, gustando la mezcla del sabor salobre de las lágrimas con el dulzón de los mocos que ella pretendía aspirar.

Un silencio repentino de la sala lo volvió a la realidad. Ernesto se acomodó en su silla y trató de concentrarse en las preguntas que su ayudante le hacía al banquero.

La tormenta de nieve había cesado. Cuando Oscar Leyro Serra corrió las cortinas de la habitación del hotel, parecía estar en otra ciudad. Un cielo límpido y profundamente azul enmarcaba los techos de los edificios, impecables por la nieve

acumulada sobre el hollín y los trastos abandonados. Su vista tardó en acostumbrarse al reflejo del sol sobre la nieve que coronaba las azoteas, las calles y las copas de los árboles.

Hacía calor en la habitación. Leyro Serra se desabrochó el saco del pijama para desentumecer los músculos de los brazos y la espalda con algunos ejercicios. El reloj digital marcaba las 7:14 y sus pensamientos volaron hacia su familia, que seguramente seguía dormida en la casa de la playa.

Recordó su dormitorio con vista al mar y a su mujer, a quien no veía desde hacía dos semanas. La imaginó con el camisón escotado y corto que le permitía espiar las nalgas cuando dormía, como un ejercicio de excitación previo a los besos en el cuello que buscaban su boca y luego sus pechos.

¡Qué magnífica mujer! Estaba casado desde hacía once años, y todavía se sentía pleno con ella y la disfrutaba de todas las formas imaginables. No se preguntaba si aún la amaba, pero sentía la necesidad, casi física, de estar con ella.

Su mente comenzó a recorrer los juegos eróticos que inventaban para proporcionarse placer y notó que una espontánea erección comenzaba a molestarle bajo el pijama. Se desprendió la tira y lo dejó caer al suelo, colocándose frente al espejo. Se acarició levemente y sonrió al ver su propia imagen de macho.

Después de tomar una ducha y afeitarse, bajó a desayunar. Aquellos *breakfasts* americanos lo hacían excederse con la comida. No podía resistirse a los huevos revueltos ni a repetir los pancitos calientes con manteca, con café y jugo de naranjas. Aprovechaba esos momentos para hojear el diario y para planificar su día con la agenda en la mano, hasta que el automatismo de sus necesidades fisiológicas lo obligaba a subir al baño de su habitación.

Abrigado con un sobretodo, una bufanda y el sombrero que se había comprado imitando a los otros ejecutivos de la Compañía, caminó las ocho cuadras desde su hotel hasta el imponente edificio Alcmæon, apurándose para zafar del frío que le daba en la cara. Entró con el tropel de empleados. La primera reunión de la mañana era casi siempre a las nueve y media, con inevitables tazas de café aguado que le revolvían el estómago.

Aquel martes, la mañana comenzaba con un científico, con la categoría de ejecutivo medio, responsable de alguna de las áreas de investigación. Era un hombre alto y delgado, casi desgarbado, con una calvicie avanzada y temprana para sus treinta y pico de años. Estaba vestido con una estudiada desprolijidad, aunque se lo veía limpio y perfectamente afeitado. Los gruesos anteojos le daban un aspecto ratonil.

Durante algo más de una hora estuvieron analizando los distintos estadios de las pruebas en los grupos según el país. Las regulaciones administrativas, de control médico y de iniciación de las experiencias en cada lugar hacían que los grupos de enfermos estuvieran en distintos niveles de tratamiento.

En aquel momento se enteró de que los informes de los ciclos cumplidos en

Estados Unidos, Europa Oriental y África no eran demasiado esperanzadores, porque el nivel de mortalidad era más alto del que habían esperado y hasta levemente superior a los que registraban los enfermos sometidos a los tratamientos tradicionales. Por eso, se dispuso que en América latina se suministrarían dosis menores y decrecientes, para volver a comprobar las conclusiones de toxicidad, aparentemente erróneas, que había arrojado la fase uno.

Los procedimientos y las reglas de la compañía eran rígidos, y se los sometía periódicamente a un control, para asegurar que los resultados fueran confiables. En el caso del ALS-1506/AR no se había alterado ninguna regla. Se había determinado la tolerancia en seres humanos y la eficacia de la droga contra el mal. En algunos grupos se estaba comprobando si superaba a la medicación que se utilizaba hasta ese momento. Sin embargo, los resultados preliminares habían encendido una luz de alerta, y la dosis aplicada a los enfermos de América del Sur —el sector donde había habido más demoras— se había reducido sustancialmente.

En aquel momento, cuando se había ordenado comenzar primero con Brasil y Chile, y luego con Argentina y Perú, Leyro Serra se había reunido con sus gerentes locales y les había dado instrucciones de comenzar los trámites de autorización y la elección del personal que llevaría adelante la experiencia. Así, una vez elegido el investigador jefe —por lo general, el jefe de servicio de un hospital o alguien de reconocida solvencia médica—, se lo invitaba a una semana de entrenamiento al centro de San Diego, para instruirlo acerca de los procedimientos, las formas, los controles, las estadísticas y los tiempos. Allí también se acordaban las remuneraciones del resto del personal de investigación.

El objetivo era lograr convencer a un grupo no menor de veinte pacientes con cáncer de huesos en distintas etapas de evolución que aceptara la aplicación de ALS-1506/AR por vía endovenosa, asegurándoles estándares de atención elevados y una curación probable. El tratamiento era gratuito y los pacientes debían firmar su conformidad, por la cual aceptaban la nueva droga y desistían de la aplicación de los tratamientos protocolizados y estandarizados, de resultados limitados.

El laboratorio, con el máximo nivel de seguridad, enviaba la droga en partidas cuyos envases eran identificados con una sigla alfanumérica, destinados a pacientes registrados del mismo modo, con el objetivo de conservar el anonimato. La tarea de los médicos y del jefe del equipo era asegurarse de que no hubiera errores en las aplicaciones y que la historia clínica reflejara todos los síntomas, evolución y controles que se realizaban con prolijidad, siguiendo instrucciones inflexibles.

Los resultados obtenidos por los investigadores, e incluso los de los laboratorios externos contratados para el caso, eran enviados a la central de San Diego y se procesaban en las computadoras. Recién allí se sabía cuál era el resultado de la droga en la salud de los pacientes que efectivamente la habían recibido, como también en la de aquellos a los que sólo se les había suministrado un placebo. Allí, recién, se cruzaban los números de los pacientes con los números de las ampollas.

Toda la información era analizada a través de índices estadísticos, considerando el estado de la enfermedad al iniciar el tratamiento. También se efectuaba un prolijo trabajo de comparación y conclusiones de las variables, programadas por médicos y expertos en estadísticas.

Era necesario montar un importante aparato administrativo en cada lugar, para que el trabajo de investigación tuviera el nivel de exactitud requerido. Había que controlar las donaciones que recibían los centros de investigación, el pago de las retribuciones de los médicos y toda la logística del envío de las dosis, como también su aplicación y el registro de resultados.

Los controles de las autoridades tenían todas las variaciones que permitían los funcionarios, con sus niveles de capacitación, medios disponibles, normas legales y reglamentarias, burocracia y niveles de corrupción. Era un área sensible, y todos trataban de cuidar al menos las formas y cumplir con los reglamentos.

Por eso, Leyro Serra y el científico habían comenzado a evaluar los trabajos que se hacían en Chile, donde los equipos de investigación y las autorizaciones de los entes sanitarios habían sido organizados y obtenidos con mayor rapidez.

De todas formas, pese a los esfuerzos, habían empezado unos nueve meses más tarde que en Europa Oriental, y cuando los estudios en Estados Unidos y África estaban casi terminados. Eso había permitido reducir la dosis a un veinte por ciento de lo aplicado en aquellas regiones, para evitar los resultados adversos que se habían obtenido allí.

Ernesto llegó destruido esa noche a su casa. Al cansancio de todo un día de trabajo se le sumaba casi no haber dormido la noche anterior, nada menos que para él, que necesitaba unas nueve horas para estar bien.

Julia, por el contrario, se recuperó durante esa mañana en la que durmió sin límites una vez que su marido salió disparado hacia Tribunales y desconectó el teléfono después de avisar al hospital que faltaría porque debía hacer unos trámites impostergables.

A las tres de la tarde, cuando sonó el despertador, le costó trabajo saber dónde estaba hasta que recordó la noche anterior, la muerte de Irma, la celebración tardía. Aquella muerte que tanto la había afectado ahora parecía más lejana, menos dolorosa, uno de los avatares necesarios y temibles de su profesión. Se levantó, almorzó los restos de la comida de la madrugada, lavó los platos y se duchó. Una hora después, entró a su consultorio dispuesta a atender a sus pacientes de ese día.

Ernesto llegó sólo unos minutos antes que su mujer a la casa. Dejó el saco colgado en una silla, se desprendió de la corbata y comenzó a desatar los cordones de su zapato cuando oyó la llave en la puerta y la vio entrar, espléndida. Era alta, casi tanto como él, con el cabello rubio y lacio enmarcando una cara angulosa iluminada por los ojos de un azul radiante. La nariz y la boca eran algo grandes, lo que le daba

una cuota de simpatía que una simetría perfecta hubiera dificultado.

—Mi amor, estás agotado —le dijo ella en cuanto lo vio.

—La verdad que sí.

—Date una ducha, te va a ayudar. Vamos a comer temprano.

—Claro —aceptó él, terminando de sacarse las medias húmedas.

Unos minutos después, suspiraba de placer bajo la ducha. Vio la sombra de Julia detrás de la cortina traslúcida, que se abrió dando paso a un vaso de *whisky* rebosante de hielo.

—Gracias, amor.

Tomó un gran trago. Cuando se inclinó para dejar el vaso sobre la repisa, Julia entró en la bañera, ahora totalmente desnuda. Jugaron un largo rato con los cuerpos y después, mojados, se revolcaron en la cama, gozando de las sensaciones que la noche anterior se habían perdido.

Una vez que el grito entrecortado que acompañó su eyaculación se convirtió en suspiros, Ernesto se quedó acariciando con suavidad el abdomen plano de su mujer, hasta que el sueño lo venció.

Esa noche, Julia comió sola en el balcón, mirando las estrellas que desde allí parecían más nítidas.

Estaba sentado frente al televisor encendido. Sobre la mesita podían verse papas fritas, quesos y galletas. Era su improvisada cena en un día negro, donde todo parecía conjurarse para atraparlo y aplastarlo. No habría podido sentarse solo en un restaurante.

Como todos los días, esa mañana caminó hasta el edificio de la compañía para una de las reuniones en las que se planificaba la salida del programa de ALS-1506/AR. Todos entendían que no era posible interrumpir abruptamente el tratamiento a los grupos, ni tampoco actuar de la misma manera con todos los enfermos porque algunos estaban en los últimos pasos de la investigación y otros en los estadios finales de su enfermedad.

La suspensión no sólo haría que se perdieran parte de las conclusiones estadísticas, sino que también produciría una explosión de frustración y furia por parte de los enfermos. Quienes habían mejorado no querrían abandonar su curación y quienes habían empeorado no querrían perder la esperanza.

La computadora de la central de San Diego y un puñado de directivos del Laboratorio eran los únicos que conocían las cifras del resultado con la droga y con el placebo. Era el secreto mejor guardado en la empresa.

Sin embargo, Oscar Leyro Serra intuía que detrás de aquellos números se escondía algo terrible. Estaba desde hacía veinte años en la industria farmacéutica y casi no conocía casos de abandono de las investigaciones clínicas en un estado tan avanzado como el de la ALS-1506/AR. Se perderían los millones de dólares

invertidos en investigación. El prestigio de la empresa también sufriría un embate, y era posible que hubiera que enfrentarse a centenares y miles de juicios de los perjudicados. Pero ahora él, el director regional para América del Sur, debía desarmar el sistema con el menor ruido y daño posibles.

Él, que había sido uno de los ejecutivos jóvenes más prometedores de Laboratorios Alcmaeon, habituado a tomar decisiones de suma importancia, a trabajar con autonomía, viajar cuando quisiera y hablar con los más altos niveles sin interferencias, había sido relegado a un plano secundario. Esto le producía una sensación de profunda incomodidad y frustración.

Aun cuando hubiera perdido determinados privilegios, se sabía indispensable para lograr la desactivación ordenada. Pero también sabía que esa operación no produciría beneficios, sino más gastos, y eso no podría mejorar el balance. Quizá, si el operativo era lo suficientemente silencioso, su posición volvería a mejorar. Era de esperar que la revalorización viniera de la mano de una explosiva estadística de ventas de los productos de libre comercialización del Laboratorio.

Después de una larga reunión acerca de las distintas formas de dejar sin efecto la investigación, clasificando los casos según el nivel de aplicación al que se había llegado y el estado de los pacientes, volvió a la despojada oficina que le habían asignado en el piso veintitrés. Tenía cerca de cuatro horas hasta la siguiente junta, incluyendo el tiempo del almuerzo.

Era un 20 de diciembre, y todos los escritorios y oficinas ostentaban su árbol navideño, moños rojos relucientes o las cintas del caso. Era difícil ver entrar o salir a alguien del edificio que no estuviera cargado de paquetes de los más diversos tamaños y formas. La calle le parecía agresiva, con miles de personas trasladándose de una tienda a otra y riñendo por las compras y las ofertas. Todos los lugares estaban impregnados de adornos y canciones. El sonido de las campanitas parecía surgir de las paredes y del piso de las enormes tiendas, de los restaurantes y de los comercios.

Leyro Serra decidió encarar la cuestión de su plan de trabajo con uno de los miembros del Comité de Investigación. Sólo faltaban cuatro días para la Nochebuena, y él quería volver a Brasil, con su familia. Estaba harto del frío, de las presiones, de los americanos, de sus campanitas navideñas y de sus desayunos llenos de colesterol. Si se demoraba más, era posible que no consiguiera pasaje, aunque más no fuera en clase turista.

Llamó a la secretaria del doctor Fisoff para pedir una reunión con él. Unos minutos más tarde, lo invitaron a subir. La escasa espera le pareció un buen augurio: aquel nivel tenía sus códigos de espera y requisitos para ser entrevistado. Que Fisoff lo recibiera de inmediato lo hizo sentirse considerado.

Mientras iba por los pasillos en busca del ascensor, preparaba mentalmente la conversación. El acostumbramiento al inglés americano que había adquirido en aquellos veinte días en los Estados Unidos le daba seguridad. Nunca terminaría de agradecerle a sus padres haberlo enviado a aquel colegio bilingüe.

Al entrar en la oficina, Mr. Fisoff dejó la lapicera con la que escribía y rodeó el escritorio para recibirlo. Lo invitó a sentarse en unos sillones que custodiaban una pequeña mesa.

—Me han comentado que lo han tenido corriendo —dijo sonriente.

—Es cierto, pero la cantidad de situaciones que tengo que adecuar en los cuatro países son muy complicadas.

—Lo comprendo. Tiene una tarea enorme y complicada por delante, estimado Oscar.

—Estamos tratando de estandarizar situaciones para establecer los procedimientos, pero resulta muy dificultoso por las características particulares de los lugares, las personas, las sensibilidades especiales de algunos médicos y pacientes.

—Sólo una vez el Laboratorio tuvo que dar marcha atrás en una investigación clínica avanzada, y fue un verdadero problema. Yo era un joven empleado y recuerdo que tuvimos que enfrentar situaciones graves.

Oscar Leyro Serra creyó que la anécdota lo beneficiaba, y agregó:

—Me temo que también ahora deberemos enfrentar situaciones difíciles.

—Pero contamos con muchos más medios. El Laboratorio es uno de los líderes del mercado, tenemos millones de dólares para indemnizar cuando sea necesario y para publicitar lo que queramos. Nuestras comunicaciones son inmediatas con los lugares de eventual conflicto, y tenemos relaciones aceitadas con las instituciones permeables a un discurso sabio e inteligente. Depende de nosotros, Oscar, poder llegar a la otra orilla sólo con lastimaduras menores. Confío en usted y en nuestra gente.

Parecía una arenga de un general antes de entrar en combate. Era poco pertinente alegar que las regulaciones de los distintos países traerían enormes dificultades.

—Le agradezco la confianza, doctor. Haré cuanto esté a mi alcance.

—Seguro.

—También quería presentarle un problema casi personal.

—Diga...

—Hoy es 20 de diciembre, y si no confirmo mi plaza de regreso, temo quedarme sin vuelo antes de Navidad.

—¿Acaso pensaba volverse? —dijo Fisoff. Una mueca de asombro se había dibujado en su rostro.

—En realidad...

—Estamos en medio de una crisis, Oscar. Una crisis importante y grave, mucho más grave de lo que muchos aquí creen. Yo sé lo que significa para ustedes la Navidad, pero los sacrificios son a veces necesarios.

—En realidad, no sólo se trata de la Navidad con mi familia sino de la posibilidad de poner en ejecución los primeros movimientos para nuestra tarea —mintió Leyro Serra—. Tengo que recoger algunas informaciones que nos serán de mucha utilidad.

—Creo que las informaciones las puede conseguir por fax, *mail* o teléfono, y no

me parece conveniente hacer ningún movimiento antes de haber concebido un plan general para América latina y el resto del mundo.

—Pero, doctor...

—Lo siento mucho, Oscar, pero esta vez tendrá que pasar las Navidades y el Año Nuevo en Nueva York. Si fuera cristiano lo invitaría a mi casa, pero nosotros no festejamos la Navidad y usted tendrá amigos...

—Seguro, doctor.

Un estúpido locutor presentaba a alguien a los gritos mientras la cámara paneaba sobre el escote apetecible de una conductora de sonrisa incansable. Leyro Serra cambió con furia a un canal de música, y la voz melodiosa de María Betania llenó el cuarto de nostalgia. Miró su reloj. Eran casi las nueve de la noche: las ocho en la costa de Brasil.

Marcó de memoria y escuchó el llamado como si cayera en el vacío. De pronto, alguien atendió.

—¿Flor?

—¡Hola, papá!

Estuvieron hablando un rato, hasta que su otra hija convenció a la mayor para que le pasara el tubo. Se las escuchaba felices de hablar con él, después de varios días. La repetida pregunta de cuándo volvía quedó sin una respuesta concluyente.

—Suzely, mi amor... —dijo Oscar, tierno, cuando oyó la voz de su mujer.

—¿Cómo estás, Oscar? Se te oye triste.

—Lo estoy, mi amor. No podré viajar para Navidad.

—¡No puede ser!

—Hay un gran problema en el Laboratorio, y es imposible que vuelva. ¡Debemos resolver tantas cosas! —No se animaba a decirle que le habían negado el viaje, porque sentía que eso lo disminuiría a los ojos de su mujer. Él era uno de los hombres de nivel gerencial y no un simple empleado al que se le ordena quedarse en las fiestas de fin de año.

—Pero podés venir el 24 y volver el 25 a la noche. Las chicas te esperan, Oscar...

—Lo sé, pero esto es una emergencia.

—¿Pero para qué tenemos tanta plata si no podemos gozar de unas simples vacaciones en familia?

—Esto ya lo hablamos, querida. Se trata sólo de unos años más.

—Está bien, Oscar. Es inútil discutir siempre sobre lo mismo. Me dan lástima las chicas...

—A mí también...

—No es cierto, Oscar. Si quisieras estarías aquí, aunque te quedara el traste chato de estar sentado en los aviones.

—Pero, querida... Voy a tratar de...

—Tratá, Oscar, ellas te necesitan... Te tengo que dejar porque Carla me vino a buscar para ir a cenar.



Oscar recordó a la apetecible Carla, la esposa de su amigo Paulo, que seguramente estaría trabajando en la ciudad. ¡Qué buen momento para encontrarla sola en aquellas playas cálidas e intentar algo! Descartó de inmediato el pensamiento perturbador.

—Bueno, mi amor. Voy a ver qué puedo hacer, pero la cosa está muy difícil. Sabés muy bien cuánto me gustaría estar allá, aunque sea un par de días.

—Está bien. Adiós, Oscar.

Cuando Suzely bajó la escalera, Carla estaba con las chicas, que le contaban de su conversación con su padre. Las dos mujeres se despidieron de ellas y de las niñeras.

Fueron hasta el auto y salieron por el camino de conchillas, excitadas, a las risas.

Aquella semana no habían vuelto a hablar sobre el caso de Irma. Les costaba encararlo, porque arruinarían así los escasos momentos compartidos. Mezclar la intimidad y el trabajo no solía producir buenos resultados.

El sábado encontraron una buena película en un refrigerado cine de barrio y después decidieron cenar en la vereda de un restaurante gozando del fresco de la noche. El tema salió casi naturalmente en la conversación, entrelazado con la historia dramática que acababan de ver en la irrealidad de la pantalla.

Era evidente que los días pasados nivelaron la angustia de Julia y ahora se podía analizar la situación con la distancia necesaria y con alguna objetividad mínima, aunque le siguiera doliendo.

—Irma Bermúdez era una mujer de veintiocho años, casada, con dos hijos pequeños, a quien se le diagnosticó un cáncer de mama en estado primario y se procedió de inmediato a la resección del tumor con un amplio margen de seguridad —relataba la médica con tono profesional a su marido, que quería detalles—. Del análisis del laboratorio no había duda del grado de invasión y se le indicaron tratamientos de quimio y radioterapia consecutivas conforme a los parámetros estandarizados para el caso.

Allí era donde se confundían los hechos. La paciente nunca llegó a la quimioterapia protocolizada para su tipo de cáncer y menos a los rayos. Aparentemente comenzó un tratamiento ambulatorio con otro tipo de drogas, también de administración endovenosa, con resultados cada vez más comprometidos. Se continuó tratando en forma no convencional, evitando la cirugía radical, que era el procedimiento aconsejable ante el agravamiento del problema.

Julia la había conocido en el consultorio externo de ginecología cuando fue a consultar por un flujo vaginal excesivo. Pudo comprobar con un mero examen clínico que su problema era una consecuencia de la metástasis del tumor de mama. De inmediato hizo una interconsulta con oncología y se encontró frente a algo extraño.

Percibió una situación ambigua. Había una especie de reserva, frases dichas a medias, diagnósticos y tratamientos no definidos. Intentó explicarlo como un exceso

de celo profesional, pero había algo que no encajaba.

Nunca pudo ver la historia clínica pese a que habló con distintos médicos de oncología, que siempre la referían al doctor Otaegui, el médico de Irma. Pero de él no pudo obtener datos concretos sobre el tratamiento. Era como si la hubieran desahuciado.

En esas semanas que transcurrieron entre la primera entrevista y la nueva derivación a oncología, el vínculo entre Irma y Julia adquirió una inmediata solidez. No era algo habitual. Como médica, Julia había sido preparada para tomar distancia con los pacientes y no comprometerse: una forma de supervivencia.

Pero Irma era una mujer pura, inocente y feliz en su pequeño mundo familiar, aun cuando tenía grandes dificultades económicas y debía luchar por conservar un marido algo inmaduro y despreocupado.

Las entrevistas con ella eran largas, y Julia hacía esperar a los otros pacientes. Se daba cuenta de que Irma las necesitaba y que en compensación ella misma se enriquecía con ese mundo pequeño y feliz que, según preveía, iba a terminar en tragedia.

Dejó constancia en la historia clínica de la necesidad de que el Departamento de Oncología evaluara un inmediato procedimiento quirúrgico con posterior aplicación de quimioterapia, y la volvió a derivar con una nota personal al médico que la atendía y dirigía su tratamiento, el doctor Otaegui.

No podía hacer nada más. Ya había intentado varias veces discutir el caso en forma personal, pero siempre se había encontrado con una indefinida muralla que no podía traspasar. Parecía que aquel Departamento conservara los enfermos para sí y se sintiera molesto por la intromisión de otros médicos. Quizás el hecho de ocuparse de una enfermedad grave y maldita les diera cierta sensación de omnipotencia.

—¿Y qué pasó después? —preguntó Ernesto antes de tomar un sorbo de cerveza.

—Cada tanto venía a verme y hablábamos.

—¿Pero qué pasó con su tratamiento?

—No lo sé. Cuando pedía un turno para verme, me hablaba de su familia, de sus proyectos, de los problemas que tenía con su marido. Cuando trataba de averiguar qué estaba haciendo con su enfermedad, asumía una actitud distante y difusa.

—Pero algo te debía decir... para eso iba a verte.

—Lo que me decía era siempre referido a su familia, sus problemas cotidianos, con esa enorme bondad y resignación... Necesitaba contarle todo a alguien. Era casi una terapia psicoanalítica.

—¿Y su tratamiento? ¿Cómo la veías?

—Cada vez peor. Cada vez más delgada, con ese horrible color parduzco que tienen los enfermos de cáncer...

—¿Pero no hiciste nada, Julia?

—No se puede hacer nada, mi amor. Los enfermos tienen médicos tratantes que son los únicos referentes y los responsables del paciente. Yo, siendo médica de otro

departamento del hospital, puedo dar mi parecer y hasta sugerirle tratamientos y terapias, pero la decisión es de ellos.

—¡Pero vos estabas viendo que Irma se moría y no se hacía nada! —alegó Ernesto casi con agresividad, al no comprender de qué le hablaba su mujer. Eran códigos distintos a los que manejaba él.

—Nadie puede saber con exactitud la evolución de un enfermo, ni siquiera el médico de cabecera. Uno cree algunas cosas, puede pensar en otros tratamientos, pero el que conduce todo es el médico que lo trata.

—Pero...

—Es como vos, cuando me corregís porque anticipo una sentencia para un caso judicial que aparece en la televisión. Siempre me decís que hay que ver completo el expediente y conocer a fondo la causa para poder opinar. Que para eso hay un juez... competente.

—Eso es cierto, pero esto es distinto. Si se equivoca un juez o un fiscal, siempre hay una Cámara o una Corte para corregirlo. Si ustedes se equivocan no hay apelación posible. Todo tiene solución, menos la muerte. El daño es irreversible.

—También en un departamento médico de una institución hay una serie de niveles que controlan a los enfermos y que corrigen los errores. Los casos se discuten, hay ateneos científicos interdisciplinarios donde se presentan los pacientes y se discuten los tratamientos... La medicina es una ciencia que carece de exactitudes. Una verdad absoluta de hoy puede convertirse en un disparate en pocos años... hay decenas de ejemplos.

—Está bien... está bien, pero cuando vos ves que una enferma desmejora sin tener una respuesta de su médico, ¿qué hacés?

—Trato de cambiar ideas con ese médico...

—¿Y si no lo conseguís? —preguntó Ernesto, incisivo, como si estuviera en una indagatoria.

—Confío en mi colega que es el especialista y por eso tiene la responsabilidad del tratamiento.

—¿Y entonces por qué te sentías tan mal la otra noche? —repreguntó el fiscal sin piedad.

—Porque me había encariñado con Irma que, de alguna forma, me pidió que la ayudara a morir.

—¿Cómo? —preguntó interpretando mal la frase.

—Me pidió que estuviera al lado de ella en el último momento...

—Ah...

—... y porque no estoy segura de haber hecho todo lo necesario para que viviera —confesó Julia, bajando la cabeza.

—¿Y qué podrías haber hecho?

—No sé... algo... Haber insistido con más vehemencia con la gente de oncología, dejando de lado esas reglas no escritas... Haber recurrido al director del hospital...

Presentar una denuncia, aconsejarle que viera a otro médico.

—¿Pero qué dudas tenés, Julia?

—Todas...

—¿Todas? ¿Cuáles? —Ante el silencio de su mujer, Ernesto esperó unos instantes y después ordenó—: Decímelas.

—Una mala praxis o... —El silencio ganó la mesa dejando lugar a la risotada de un gordo grosero de la mesa de al lado.

—¿O qué...?

—O que le estuvieran aplicando un tratamiento experimental.

—¡Pero eso es un crimen!

La noche del 24 fue torturante para Oscar Leyro Serra. Había trabajado hasta alrededor de las cinco de la tarde, aprovechando la diferencia horaria con los países que tenía bajo su dependencia en el sur de América.

Recibía permanentemente faxes o *mails* con estadísticas e información sobre la investigación del proyecto ALS-1506/AR. Las iba analizando y requería información suplementaria que encarpetaba diferenciando los países. Los datos los agregaba a la computadora, y así obtenía los resultados globales necesarios para evaluar adecuadamente los problemas, los costos y las necesidades de la desactivación de semejante investigación.

Lo que parecía ser una simple decisión de los directivos del Laboratorio, que exigía el inmediato cumplimiento, en la práctica se convertía en un gran problema con múltiples facetas y singularidades que requerían una consideración especial en cada caso o grupo o país.

Al ser el área de Latinoamérica la última en comenzar la etapa de la investigación clínica de la fase dos, era la que recibía los primeros resultados de las otras regiones de prueba. Puesto que se vislumbraban datos adversos, Laboratorios Alcmæon había decidido continuar la investigación con dosis mucho más reducidas.

Todas esas previsiones eran las que precisamente conspiraban ahora para desandar el camino. Los problemas eran superlativos, porque los cuatro países elegidos se encontraban en distintos niveles de investigación, con grupos armados de investigadores, con pacientes con estados diferenciados y con requisitos de control disímiles.

Lo que lo asustaba era la diversidad y magnitud de los problemas que debía asumir, temiendo que, en algún momento, un inconveniente con un grupo o hasta con un paciente provocara una reacción en cadena y se le fuera de las manos. Había costado mucho armar el proyecto, hacer coincidir cada engranaje y ponerlo en marcha. Pero parecía que mucho más iba a costar desarmarlo.

Agotado y angustiado, decidió dejar el trabajo para el día siguiente y tratar de pasar la Nochebuena lo mejor posible. Se fue a tomar un par de tragos al bar al que se

había habituado, que le quedaba en el camino de la oficina al hotel. Cuando llegó a su habitación, se duchó y se vistió con cierta formalidad para ir a cenar a la casa de uno de los gerentes de marketing, a quien seguramente le habían ordenado que lo invitara.

La noche fue horrible. El matrimonio atravesaba momentos difíciles y casi no se hablaban. Su presencia y la de dos ancianos —los padres de ella— no hacían otra cosa que empeorar la situación. Después de una cena incómoda y no demasiado apetitosa, el gerente lo llevó al jardín y le contó todo su conflicto, anunciándole que dos días después se iría de la casa, que sólo esperaba que le entregaran el departamento que había alquilado. La separación estaba acordada.

Leyro Serra se disculpó por unos momentos y desde el celular llamó a Brasil. La conversación con sus hijas fue dolorosa y devastadora. Se oía mal, con rebote en el satélite. Las niñas estaban acongojadas, se sentían traicionadas porque él no estaba allá con ellas esperando a Papá Noel. Suzely, su mujer, parecía culparlo de todo. Cuando cerró la tapa del teléfono celular, el director regional se recostó contra el tronco de un árbol tratando de restablecer su equilibrio emocional.

Al volver al living de la casa, el ambiente seguía tenso. Ensayó una disculpa y se retiró. El cansancio de semanas de trabajo lo había agotado. Necesitaba dormir.

Como no había taxis, el gerente se ofreció para llevarlo hasta el hotel. En realidad, también quería huir. La temperatura estaba a nivel de congelamiento. Circular por esas calles solitarias mirando los interiores de las casas deprimió aún más a Leyro Serra. Por eso aceptó tomar la última copa en un bar que encontraron abierto, donde su compañero demostró no tener límites con el alcohol. Oscar no sólo estaba harto del frío, de la mala comida y del problema de aquella gente, sino que ahora se preguntaba si aquel hombre estaría en condiciones de conducir hasta el hotel sin estrellarse contra algo o alguien.

El ruido, los gritos de los que pretendían ser graciosos y el olor a tabaco lo ponían de peor humor, pero sabía que estaba apesado en aquel lugar, y que la única posibilidad que tenía era convencerlo de que se fueran.

Salir del pegajoso bar era exponerse al viento frío que asolaba las calles o a algún delincuente. El barrio no parecía de los mejores. Pensó en su familia, sentada alrededor de una mesa al aire libre, y volvió a sentirse desgraciado.

Cuando, finalmente, pudo llegar a la habitación del hotel, encendió la televisión buscando una película que nada tuviera que ver con la Nochebuena, los milagros de los Papás Noel o la Navidad. No le resultó nada fácil. Tomó un poco más de un hipnótico que tenía siempre a mano para situaciones especiales y a los pocos minutos se quedó dormido.

A la mañana siguiente, cuando despertó cerca de la diez, le dolía la cabeza y decidió no pensar que era 25 de diciembre, para evitar seguir en su estado de angustia. De nada servía autocompadecerse y deprimirse. Por suerte había traído suficiente material para trabajar durante todo el día, y decidió quedarse en la amplia habitación del hotel prescindiendo de cualquier referencia a la Navidad, a la familia y

a los problemas que se avecinaban.

Era la única persona que desayunaba en el comedor del hotel, conspirando contra su propósito de sustraerse del mundo. Era Navidad y estaba solo, le gustara o no.

Pero la Nochebuena traía siempre una cuota de inquietud en las distintas latitudes del mundo cristiano. Algunos, auténticos, la asumían como un recordatorio del nacimiento de Jesús y cumplían con una cena íntima. Para otros, era una diversión más donde se comía y se bebía copiosamente.

Además, se agudizaban los conflictos familiares. Peleas antiguas, separaciones, divorcios e inquinas florecían con su lista de agravios, como en ninguna otra época del año. La elección del lugar donde se cenaría, la gente que se invitaría, la comida a preparar, la bebida y los costos a compartir consumían horas y horas de pensamientos y discusiones.

Al contrario de lo que sucedía en el helado norte, en el hemisferio sur, el verano, los días largos y el calor eran la antítesis para la reunión íntima al calor del fuego, y con un Papá Noel abrigado arrastrado por los exóticos renos. Las comidas de esa noche se hacían en los restaurantes o las casas de familia, preferentemente al aire libre, bajo las estrellas.

Los padres de Ernesto estaban divorciados y vueltos a casar, no en la mejor forma, a su criterio. Los hijos no sabían exactamente qué había pasado en esa separación, que había sido feroz y sanguinaria. Nunca más habían vuelto a juntarse para las fiestas. Ya de soltero, Ernesto había optado por negarse a ir a la casa de ninguno de los dos, para que el otro no se sintiera menoscabado.

Desde niño, la Navidad había sido siempre para él un evento triste, que se reducía a una visita obligada a cada padre durante la tarde, a soportar pullas o indirectas con un regalo casi siempre mezquino, y a terminar el día con una comida en la casa de su hermano mayor o en la de un amigo. Con el noviazgo y el casamiento creyó que todo se resolvería, que sería integrado a una familia constituida.

Julia, en cambio, desde siempre había considerado a la Nochebuena y la Navidad como un acontecimiento esperado, importante y gozoso. Su familia era católica y le intentaba transmitir a sus hijos sus convicciones: la misa de gallo a las doce de la noche con el nacimiento del Niño, el pesebre, el árbol, los regalos sencillos pero sentidos, a veces artesanales. Era una mesa alegre, donde además de los seis hijos podía sentarse cualquier amigo o conocido solitario. Era una verdadera noche de paz.

Pero, a partir del casamiento, ambos resolvieron que aquella noche les pertenecía, y que nadie podía complicárselas. En realidad, era la segunda que pasaban juntos en la intimidad de su departamento, comiendo en la terraza en la noche cálida y estrellada con el esplendor de los fuegos artificiales estallando en el cielo.

Gozaban de ese momento y evitaban cualquier conversación que se los arrebatara. Especialmente, el pensamiento de la triste noche que pasaría la familia de Irma

Bermúdez.

Casi tan triste cómo la del hombre que, a diez mil millas de distancia, pensaba cómo dismantelaría la investigación de una droga que había llevado a la muerte a esa mujer, en medio de una noche helada y temiendo estrellarse con un automóvil manejado por un borracho.

Cuando terminó de desayunar en el solitario comedor del hotel, Oscar Leyro Serra salió a la vereda y caminó por la calle cubierta con la nieve caída durante la noche. Estaba extrañamente vacía de personas y automóviles. Sólo un *homeless* caminando encorvado por la vereda de enfrente confirmaba que no se trataba de una ciudad abandonada.

El centro de Nueva York en la mañana del día de Navidad puede ser el sitio más solitario del mundo. Un escalofrío recorrió su cuerpo y, presuroso, el ejecutivo volvió al entibiado *lobby*. Fue nuevamente hasta el comedor y pidió una jarra térmica con café, una taza y azúcar.

En la habitación, ordenó un poco su ropa, arrojó la toalla húmeda en un rincón del baño y colgó en el placard de puertas espejadas la ropa de la noche anterior, que aún exhalaba un olor a tabaco que lo hizo recordar, con desagrado, el atestado y ruidoso bar con su compañero borracho.

Corrió la mesa redonda hasta un costado del escritorio para disponer de más superficie donde desplegar sus papeles y se aseguró tener el teléfono a mano esperando una llamada de Brasil. Se preparó para trabajar en medio del silencio, frente a la vista tranquilizadora de los techos blancos de nieve.

La certeza de tener todo el día sin interrupciones ni reuniones lo tonificó. Era un buen momento para evaluar las informaciones que se encarpataban en los biblioratos y establecer en qué tiempos y con qué dificultades se encontraría en cada uno de los países del área, para abandonar las investigaciones en curso sin afectar la imagen del laboratorio ni causar una gran conmoción pública.

Advertía exactamente que estaba en un terreno de alta sensibilidad. Los enfermos de cáncer son seres golpeados por una enfermedad, muchas veces mortal, que se aferran a cualquier tratamiento o esperanza. Están dispuestos a aceptar cualquier cosa que les ofrezca algo, aun soluciones mágicas sin ninguna base racional. La interrupción de un tratamiento, especialmente en una etapa experimental, siempre es resistida porque elimina esa esperanza, quizá la única que tienen y que ya no podrán reemplazar por otra.

No sólo los enfermos podían reaccionar con descontrol. Casi todos tienen atrás una familia sensibilizada tratando de cuidarlos y apuntalarlos en la enfermedad. Sufren con la misma intensidad y, además, están sanos, lo que les permite actuar sin límites. La noticia de la suspensión de un tratamiento los puede convertir en seres virulentos y agresivos, porque sienten que están defendiendo a sus padres o a sus

hijos de la muerte.

Leyro Serra decidió, una vez más, ser metódico y cuidadoso en la evaluación de la situación, para después poder proceder conforme a las conclusiones. De nada serviría tratar de cortar caminos o apurar los procedimientos. Todo necesita sus tiempos y su ritmo, que no debía ser ni más rápido ni más lento que el necesario para lograr el objetivo propuesto.

Pensó que, una vez puesto en marcha el operativo, comenzarían a presentarse los problemas individuales que debían ser atendidos con toda deferencia si se quería evitar una reacción en cadena, en especial en aquellos centros donde los pacientes se encontraban unidos por la desgracia y trataban de formar grupos de contención.

Aunque debía respetar una cadencia, era consciente de que los tiempos no eran indefinidos. Sólo una acción muy planificada, ejecutada con precisión y habilidad, podía evitar un escándalo que perjudicaría gravemente al Laboratorio y lo arrastraría además a él.

También advertía que no sólo estaba en juego el prestigio de la Compañía, sino que también había un aspecto legal. Ése era el problema que más preocupaba a los directores de la empresa, que lo hacían pasar días enteros con los abogados, repasando una y otra vez las hipotéticas situaciones que podrían presentarse, desde las demandas masivas hasta los problemas penales en distintos países, con legislaciones y problemas políticos diferentes.

A medida que avanzaba en el análisis, su preocupación iba en aumento, porque se exigían precisiones que no podía dar ya que las había delegado en sus gerentes locales. En América del Sur, los requisitos y los tiempos no eran los de Estados Unidos ni los del FDA. Siempre existía un inconveniente, un requisito administrativo que la burocracia, por inercia o corrupción, demoraba antes de dar por aprobada una investigación o autorizar la comercialización de un producto.

Algo de eso había pasado en Argentina con la investigación del ALS-1506/AR, aunque Leyro Serra había informado que todo estaba bajo control. Intuía que algo estaba sucediendo allá.

Pero, de pronto, se le ocurrió una idea nueva que le pareció fascinante. ¿Qué pasaría si él, con toda la información que había recogido, daba otras pautas que podían modificar la decisión de acabar con la investigación? El panorama en los países que dependían de su gerencia no era tan grave como para dejar de lado un proyecto de esa magnitud.

Era un punto de partida interesante, aunque algo descabellado. Pero tomó la decisión de profundizar en él. Tenía todo el día para hacerlo.

Miró por la ventana el diáfano cielo azul. El calor de la habitación lo hizo imaginar que estaba en Brasil, aunque afuera hiciera cinco grados bajo cero.

Ya las fiestas de Navidad y Año Nuevo habían pasado con su torbellino de



comidas, conflictos y promesas de cambio para el siguiente año. Todo volvía a su normalidad, con menos gente en las ciudades por las vacaciones.

En los tribunales federales de Buenos Aires sólo quedaba una guardia para atender los casos urgentes. Desde siempre, el mes de enero era el mes tradicional de la *feria judicial*. El fiscal Narváez había pedido quedarse de turno ese mes para hacer coincidir sus vacaciones con las de su mujer.

Decidió asumir su tarea con tranquilidad, suponiendo que el trabajo habitual de las fiscalías de la Capital disminuía notablemente. No fue así. Por el contrario, parecía que todos los delitos, algunos muy graves y resonantes, se estaban cometiendo en el mes de enero. Llegaba a su casa agotado, sólo para una comida liviana con un poco de vino. Enseguida se iba a dormir hasta la mañana siguiente, donde todo empezaba de nuevo.

El tema de Irma Bermúdez parecía haber quedado en suspenso. Una de las noches de principios de enero, Julia había terminado de atender en el consultorio temprano, y al llegar a la casa preparó la mesa para cenar en el balcón. Había encendido velas y puesto una vajilla con detalles de buen gusto.

Ernesto llegó cerca de las diez, impresionado con las imágenes sangrientas de unos chicos muertos por su madre demente en un departamento de Flores. La policía había insistido en la presencia del fiscal, porque no podía encontrar al médico forense y el comisario presumía que no se trataba de un simple ataque de demencia.

Ernesto besó a su mujer sin abrazarla, consciente del sudor que humedecía sus ropas. Fue a ducharse, deseando que el agua también barrera de su mente los charcos de sangre y vísceras desparramadas por el suelo. Luego de un rato, envuelto en una esponjosa bata azul y con el pelo chorreando, volvió al living. Ahora sí besó y acarició a gusto a Julia, gozando de su cuerpo fresco.

Tomó un *whisky* con mucho hielo y soda, sintiendo que todo se volvía a equilibrar. El calor, las miserias humanas y la decepción quedaban allá lejos...

Ernesto estiró el sillón de plástico a la última posición y se recostó mirando las estrellas, mientras su Julia terminaba de preparar la comida.

El vino, siempre tinto y natural, era el complemento exacto para la carne tierna y sazónada. Ambos disfrutaron de la comida, escuchando música y hablando de detalles de su trabajo carentes de importancia. El fiscal no quiso contarle a Julia lo que había visto, porque era intoxicar también su refugio.

—¡Me olvidaba! —dijo Julia levantándose de su asiento. Al volver, traía una pequeña caja en la mano—. El marido y las hijas de Irma Bermúdez, ¿te acordás? Vinieron a verme y me trajeron esto de regalo.

Era una cruz de madera algo tosca, con un anillo en su vértice, por el cual pasaba un tiento de cuero.

—Es la cruz que yo miraba y a la que rogaba la noche en que murió —dijo mientras los ojos se le inundaban de lágrimas. Tomó la mano que le extendía Ernesto por sobre la mesa y se quedó unos minutos tratando de recuperarse. Al fin, dijo—: No

tengo que comprometerme así... no es bueno para nadie y menos para mí, pero no puedo...

—Bueno, bueno... —dijo su marido tomando la cruz de la caja y agregando—: Es muy bonita.

—Sí.

—¿Y pudiste averiguar algo más sobre los tratamientos de esa pobre mujer?

—No. Lo intenté pero siempre me encuentro con una pared.

—No puedo explicarme cuál es la dificultad para que una médica del mismo hospital se entere qué pasó con una paciente que murió y a la que ella también atendía.

—Todas... aunque en Oncología parecen amables y dispuestos a brindarte la mayor colaboración, cuando llegás a las preguntas concretas siempre hay algo que me impide enterarme a fondo. Tampoco puedo invadir...

—Julia, ¿realmente pensás que Irma murió porque no fue bien tratada?

—Creo que sí, en especial por ese silencio y las imprecisiones que no puedo sobrepasar.

—Entonces tenés que hacer algo. Era tu paciente, tenés que sacarte la duda.

—Estoy de acuerdo. Pero ¿cómo?

—Debe haber formas. Podés pedir un informe por escrito.

—No me lo darán. Se va a perder en alguna oficina.

—Podés pedirle al director del hospital...

—Sería una barbaridad... me tendría que ir a otro hospital. Ésos son los códigos no escritos de los médicos. Me considerarían una desleal, poco confiable. Los médicos hablan todos contra todos pero nunca se van a permitir denunciar o acusar a otro públicamente.

—Vos sólo querés saber cómo fue tratada tu paciente en otro servicio del mismo hospital. ¿Qué hay de malo en eso?

—Todo. Cada servicio es casi autónomo. Tenemos interconsultas, ateneos interdisciplinarios, comités de ética e investigación, pero nunca las cosas que pueden afectar a alguien salen de ahí. Siempre hay una especie de buena onda para no invadir la competencia del otro. Nunca se sabe cuándo se va a necesitar del colega. Si hay un problema con alguien de afuera todos se solidarizan, lo apoyan y tratan de cubrirlo.

—Hasta que el lío sea lo suficientemente grande —sentenció Ernesto.

—Mirá, he visto declaraciones falsas, cambios de historias clínicas y hasta un caso donde pusieron un electroencefalograma de otro paciente para cubrir una metida de pata.

—Es un disparate, Julia.

—No te podés imaginar los casos de mala praxis que hay y que, como no tienen consecuencias graves, pasan. Así aprenden muchos, equivocándose. Los buenos aprenden de sus errores... los otros continúan.

—No me asustés...

—Ustedes también se equivocan..., todos nos equivocamos...

—Seguro, pero la diferencia es que nadie se muere y siempre hay alguien que puede rectificar el error.

—Pero alguien puede estar años en una cárcel por un error judicial.

—No nos vamos a poner a discutir sobre esto. ¿Pero qué pasaría si, como médica ginecóloga, le mandás una nota al director diciéndole que querés conocer el tratamiento que se le aplicó a Irma y ver la historia clínica?

—Ya te dije. Me tendría que ir del hospital y sería difícil entrar a otro una vez que se conozca por qué me fui.

—Algo tenés que hacer. No te podés quedar el resto de tu vida con esa espina adentro. Se murió y se murió. Todos estamos bien, los immaculados guardapolvos blancos siguen sin problemas aunque hayan cometido un homicidio.

—No seas exagerado, Ernesto. ¡No podés calificarlos de homicidas!

—Pero sos vos la que estás llena de dudas. Pensás que experimentaron con ella.

—Es cierto, pero estoy atada de pies y manos.

—No, mi querida. No estás imposibilitada para nada. Sólo tenés que decidirte y sacarte la duda... quizá no hubo nada raro y te quedás tranquila. ¿Cómo podrías saberlo?

—Primero, tendría que leer la historia clínica.

—Leela.

—¡Ah, qué fácil! Debe estar en los archivos del departamento de oncología, bajo llave... Como nosotros tenemos las de nuestros pacientes.

Su marido, el fiscal, comprendió que ella nunca haría nada y que esa muerte no sólo quedaría en la conciencia de su mujer sino que también podría quedar impune un crimen... o muchos.

Pero Ernesto era fiscal y creía en la ley... y en lo que hacía.

Aníbal Geppe, el gerente de la filial argentina de Laboratorios Alcmæon, estaba preocupado. Desde mediados de diciembre, Oscar Leyro Serra, su jefe directo, no dejaba de mandarle correos y faxes pidiéndole información sobre los grupos de investigación clínica del ALS-1506/AR.

Comenzó a revisar las cuentas en el sector administrativo pensando que se había descubierto algún desfalco del que no tenía noticias. No pudo encontrar nada. Después revisó todos los embarques de drogas. Los reportes enviados a San Diego parecían impecables. Pero los pedidos de informes desde Nueva York seguían llegando, siempre firmados por el director regional, Leyro Serra.

Una de las tardes, recibió una llamada directa en su oficina. La voz era tensa y ahora le requería precisiones sobre las autorizaciones para las experiencias clínicas. Hablaba una mezcla de castellano, inglés y portugués, pero se hacía entender.

—Pero señor. ¿Usted se acuerda de los problemas que tuvimos?

—¿Qué problemas?

—La huelga, señor Leyro. Fue terrible.

—¡Ah sí! Bueno, ¿y qué tiene que ver eso con las autorizaciones que necesitamos para investigar?

—Que usted estaba muy apurado para comenzar con el programa.

—¿Y entonces?

—Tuvimos que empezar en base a la autorización anterior. —¿Entonces estamos...! No, no hable, Geppe. Mejor cuando vuelva a Río...

—Está bien, señor.

—Pero revíseme bien esa área, ¿estamos?

—Sí, señor.

—¡Ya conseguí la solución! —dijo triunfante Ernesto en cuanto Julia dejó su portafolio sobre el sillón.

—¿La solución para qué? —preguntó desconcertada.

—Para hacernos de la historia clínica de Irma.

—Pará... pará —dijo la mujer tratando de ubicar su atención.

—Hoy vino a verme Federico Montes, un hombre al que hace unos años, cuando era un pinche en la Fiscalía, lo ayudé para zafar de un asunto complicado en el que lo habían metido.

—¿Y?

—Él nos va ayudar

—¿A qué...?

—Ya te dije, a conseguir la historia clínica de Irma.

Ante la mirada expectante de Ernesto, su mujer se tomó el tiempo necesario para dejar el guardapolvo que colgaba de su brazo y el paraguas. Despacio, como si se diera tiempo para pensar, comenzó a sacarse la capa de lluvia que llevaba siempre en su cartera para los temporales imprevistos, especialmente en el verano. En realidad, estaba buscando tiempo para asimilar lo que le estaba proponiendo su marido.

Una vez que se descargó de sus cosas, tiró los hombros para atrás y juntó los omóplatos para tratar de descargar un poco las tensiones del día. Sus senos estallaron contra la blusa marcando unos pezones grandes como avellanas que provocaron la admiración de Ernesto.

—¿Por qué no me servís una copa? —le pidió—. Estoy agotada —confesó.

El hombre fue hasta el fondo del living, acariciándole la cara al pasar. Sobre unos estantes de vidrio se amontonaban copas y botellas. De la hielera que había llenado un rato antes, sacó un par de cubitos y sirvió una medida escasa de vodka. Le agregó agua.

—Es lo que necesitábamos, Julia —insistió ansioso.

—Por favor, Ernesto. Empezá desde el principio.

—Está bien. Con la muerte de tu paciente, Irma Bermúdez, vos te diste por vencida porque no podías enterarte qué pasó con ella y con su tratamiento, ¿no es cierto?

—Por vencida no, pero...

—Pero me dijiste que no podías seguir si no tenías acceso a la historia clínica y que nadie del departamento de oncología te iba a dar ningún dato, ¿no es cierto?

—Cierto —tuvo que admitir.

—... Y que no podías conseguir la historia clínica porque estaba bajo siete llaves ¿cierto?

—Cierto.

—Yo ya sé cómo conseguirla.

—¿Vos?

—Yo. O mejor dicho, yo no, pero tengo quién puede entrar y conseguir la carpeta de nuestra Irma. Federico Montes, el mejor escuchante de la ciudad.

—¿Escuchante?

—Sí, el que abre cerraduras.

—Pará Ernesto, pará. ¿Qué me estás diciendo?

—Que tengo al mejor hombre posible para conseguir la historia clínica de Irma Bermúdez, que no te quieren dar.

—Estás definitivamente loco.

—Suzely, mi amor —estalló Leyro Serra en cuanto reconoció la voz.

—Oscar, ¿cómo estás? —le contestó ella siguiendo naturalmente el portugués.

—Estoy bien... pero triste. Todo esto es una heladera blanca, donde ya pasó, gracias a Dios, la Navidad y el fin de año. La gente ha vuelto al trabajo.

—¿Y no podés volver?

—No, mi amor. Todos los días tengo cinco o seis reuniones con distintos sectores de la Compañía. Tengo que presentar informes, dar exposiciones. ¡Estoy harto! Ellos tienen sus códigos, sus tiempos. Todo está pautado, casi nada se deja librado al azar o a la creación. No sé cómo pueden vivir así y mucho menos cómo son los dueños del mundo.

—Pero lo son, Oscar... y también son dueños de vos.

Leyro Serra dejó pasar la ironía y agregó:

—¡Gracias a Dios! Porque si no, no tendríamos nada.

—Está bien, Oscar —dijo con una voz de cansancio que podía significar muchas cosas pero principalmente que no era un tema a discutir y menos por teléfono.

—Estoy redactando un informe sobre el posible volumen de ventas de productos libres. Si lo aprueban, quizá pueda volverme.

—Tratá, Oscar... me siento muy sola con las chicas, en este lugar.

Leyro Serra pensó en lo injusto del pedido. Ella se sentía sola en una playa llena

de sol y un verde que animaba a vivir, sin problemas económicos ni de otro tipo. Él estaba en el cuarto de un hotel viendo caer la nieve y sin nadie con quien hablar, preparando informes para presentar al día siguiente. Ella estaba con esas dos niñas hermosas que eran sus hijas y él, para ver a otro ser humano, debía bajar al restaurante, donde comía solo mientras leía una novela para que el tiempo pasara.

—Voy a ver qué puedo hacer, ¿están las chicas por ahí?

—No, se quedaron en la casa de unas amigas hasta mañana...

La frase no se terminó porque alguien tapó el micrófono. Oscar creyó oír una voz de un hombre que la llamaba.

—¿Qué pasa, Suzely?

—Nada, Oscar. Nada.

—¿Hay alguien allí?

—No, sólo yo y Pedro.

Pedro era el casero. Un hombre de casi setenta años que vivía en una casa anexa.

—Bueno, Suzely. Te vuelvo a llamar en cuanto tenga novedades.

—Está bien. Cuidate.

—Volvamos al principio, Ernesto.

—Te sigo.

—Perdimos nuestra cena de aniversario por la muerte de Irma. A partir de ahí, te obsesionaste con el tema y me lo estás trayendo en cuanto podés. Hoy estuve todo el día de guardia, y en vez de estar tomando una copa tranquilos charlando de cualquier cosa, me estás proponiendo que cometamos un delito. ¡Vos, que sos un fiscal!

—No me obsesioné. Me preocupó... me intrigó... vos misma... —contestó Ernesto sin dejarse arrastrar a la discusión.

—Está bien, te preocupaste. Pero lo cierto es que no lo dejaste nunca.

—En realidad... vos tampoco —contraatacó él, cansado de la presión.

—Es cierto. Es algo que tengo acá —dijo ella, señalándose la frente.

—Entonces, lo que tenemos que hacer es resolverlo.

—Parecés un psicoanalista, no un abogado.

—No empieces, Julia. Éste es un tema concreto que no admite análisis ni interpretaciones. Esa pobre mujer está muerta. Sus hijas y su marido te regalan una cruz en agradecimiento: éste es un hecho que ni Freud puede modificar con interpretaciones.

—De acuerdo. Pero ¿cuántos hechos quedan atrás en nuestras vidas sin poder resolverlos?

—Un montón. Pero a éste lo podemos aclarar y no es algo sin importancia. Estamos tratando de saber si detrás de Irma hay algo monstruoso.

—Yo también creo que es importante saber la verdad, pero vos me estás incitando a robar...

—Pará, pará, Julia. No es para tanto.

—¿Y qué es lo que me proponés?

—No es lo mismo que entrar en una casa a la noche y robar las joyas de la caja fuerte, que...

—¿O sea que entrar a un hospital y llevarse a escondidas una historia clínica no es robar? Además tenemos que abrir cerraduras, violar secretos médicos.

—La diferencia está en el fin. En un caso es para beneficio del delincuente y en el otro en beneficio de la humanidad.

—El fin justifica los medios —sentenció ella sin piedad.

—A veces sí.

Un silencio ganó el ambiente, como si ambos repasaran su escala de valores. Julia fue hasta los ventanales mirando cómo llovía. A lo lejos, en distintas ventanas, se prendían y apagaban todavía las lucecitas de los árboles que habían quedado de la Navidad.

—¿Entonces me estás proponiendo que seamos cómplices en un robo?

—Cómplices no. Autores.

La reunión prevista para ese día a las once de la mañana tenía una singular importancia. A las ocho y media, Leyro Serra estaba en la oficina que le habían asignado en el piso 23. Carpetas y documentos se acumulaban sobre el escritorio y en el piso alfombrado.

La pequeña computadora, con su pantalla azulada, parecía ser la secretaria perfecta. No hablaba, no podía criticar... y tampoco lo ratoneaba. Prolijamente, comenzó a repetir el esquema de desactivación que se había formulado en tantas horas de soledad en el hotel.

Tenía estadísticas, cuadros de barras, tortas de porcentajes para demostrar el éxito de las primeras experiencias en Chile, Perú, Brasil y Argentina. Las cifras de mortalidad eran algo altas, pero normales en comparación con los porcentajes de los tratamientos protocolizados.

Quizás el ajuste en la proporción o en el componente de las drogas llevaba estos porcentajes a niveles más aceptables. Era lo que sucedía en Argentina, donde la dosis era la mitad del resto de los países del sur y un décimo de la experiencia original. Comprendía que sus argumentaciones, cuadros y proyecciones estaban dirigidos a evitar lo que ya había resuelto el comité ejecutivo.

Esto no era lo recomendable. Debía ver cómo reaccionaban, si había algún margen para modificar o replantear la decisión. Si ello no era así, rápidamente tenía que exponer su plan de desactivación.

Estaba seguro de que carecía del poder para luchar contra ese paquidermo empresarial, pero si llegaba a demostrar y modificar la decisión que implicaba no perder decenas o centenas de millones de dólares, su carrera no tendría límites. Era

algo arriesgado, pero debía intentarlo.

Agradeció el café que le trajo una secretaria que también atendía a otros ejecutivos del piso, y siguió preparando su exposición. Quizá la más importante que haría en su vida.

—¡Ya te dije, Ernesto, que me parece una locura! —dijo Julia, levantando la vista del botón que estaba asegurando con hilo negro en el único saco sport de verano de su marido.

—Julia... Julia. No estamos convirtiéndonos en asaltantes. Sólo queremos asegurarnos de que no hay nada raro en el hospital... en tu hospital. En el hospital del que tu papá fue director.

—Pero para eso tenemos que ser cómplices de un delincuente, violar todas las normas éticas de la medicina, del derecho y arriesgar nuestras carreras. Si nos pescan...

—¡Normas éticas! ¡De qué ética estás hablando! ¿De la que permite que se juegue con hombres y mujeres como si se tratara de ratones o conejos? ¿Que se los inocule con un engrudo de drogas que alguien, en algún lugar del mundo, juntó porque le parece que cura nada menos que el cáncer? ¡Por favor, Julia!

—¡Estoy hablando de la ética en la que vos y yo creemos! —contestó furiosa.

—Esa misma ética es la que nos obliga a meternos hasta donde sea necesario para descubrir a un grupo de asesinos con guardapolvos blancos.

—Ese grupo de asesinos son gente que se pasa la vida curando enfermedades horribles, aliviando a la gente, con un sueldo de dos pesos para mantener a una familia. Muchos de ellos son unos santos.

—Pero no dejan de ser asesinos...

—Sos un animal, Ernesto. Estás trabajando todo el día con la lacra de la humanidad y por eso creés que todos son iguales... Pero no es así. Hay muchos guardapolvos blancos que se matan trabajando sin reconocimiento de nadie, y que lo van a seguir haciendo porque juraron hacerlo y creen en eso... como mi padre y tu mujer.

El living fue invadido por un silencio pesado. Julia siguió cosiendo el botón, que acumulaba un exceso de hilo. Ernesto fue hasta la ventana y extendió los brazos para que sus manos se apoyaran en el marco y curvó la cintura, mientras miraba la luna llena que iluminaba el balcón.

¿Adónde estaría la ética? ¿Adónde la verdad?

Leyro Serra entró una vez más en la misma sala de conferencias del primer día. Pero ya no había tormenta de nieve y el reflejo del sol en las ventanas del edificio de enfrente iluminaba la sala, quizás excesivamente. ¡Deberían correr las cortinas!,



pensó el director regional.

Oscar Leyro Serra sabía que esa reunión del Comité de Investigación de los miércoles comenzaba con exactitud a las nueve de la mañana. Su turno era el tercero o cuarto de la agenda.

La sesión de ese día no era presidida por el vicepresidente ejecutivo sino por el jefe del área. Una buena y una mala señal. Seguramente este hombre, con muchos años en la Compañía, era uno de los más afectados por el proyecto ALS-1506/AR y por eso mismo permeable a cualquier indicador que revelara que no todo era fracaso y que la resolución del Comité Ejecutivo podía revertirse. Pero, por otro lado, Leyro Serra comprendió que el nivel de ese ejecutivo no era tan importante para torcer una decisión como la que se había adoptado institucionalmente.

Se sentó en su sillón, dirigió la proyectora portátil al blanco del telón y comenzó. Alguien accionó un motor que zumbó cerrando las cortinas de la ventana.

Federico Montes subía por el ascensor hasta el piso dieciocho tratando de arreglar su encanecida cabellera en el espejo y emprolijar el nudo de su gastada corbata, una de las pocas que tenía. Cuando llegó, buscó el departamento C y pulsó el timbre.

—¡Qué tal, Federico! —lo saludó el fiscal en camisa, con el cuello abierto. Su corbata colgaba floja.

—Bien, doctor.

Su aspecto era humilde. De unos cincuenta años largos, delgado y de una estatura normal, parecía que la ropa le quedara grande. Los zapatos lustrados eran una nota distinta en su aspecto general de hombre gris.

—Pase, Federico —invitó—. Ésta es mi esposa, Julia.

—Encantado, señora.

Los tres se sentaron en los sillones frente a la mesa baja del living. Ernesto sirvió las copas y todos se quedaron tensos, esperando comenzar la conversación. El fiscal supo que debía hacerlo.

—Como le decía los otros días... estamos necesitando de sus servicios, Federico. Se trata de algo noble... noble e importante. Necesitamos conseguir unos documentos para establecer si una mujer que murió en un hospital fue bien tratada o la dejaron morir.

Federico asintió con la cabeza y se sintió obligado a decir:

—No tiene que darme explicaciones, doctor. Sólo dígame qué debo hacer y lo hago. Yo le debo mucho.

—No, quiero que sepa que detrás de esto no hay nada de lo que debamos arrepentimos. Estamos haciendo una obra de bien y tomando riesgos porque queremos resolver un problema delicado e importante... aunque nunca le podamos reconocer sus méritos, Federico.

—Está bien, doctor. Está bien. Dígame qué hay que hacer insistió, casi molesto

por las explicaciones. Debía devolver favores y no interesaba saber ni por qué ni para qué lo convocaban. Cuanto menos supiera, mejor, aunque estaba seguro de que el fiscal nunca estaría en algo sucio.

—Buscamos una carpeta, una historia clínica que está en un hospital... —dijo mirando al otro hombre y a su esposa, cuyos ojos azules parecían más grandes y atónitos que nunca—. El problema es que no sabemos exactamente dónde está archivada, pero tenemos una idea de la oficina en que la encontraremos. Todo está cerrado con llave.

—Entiendo. ¿Y cuándo sería el mejor momento para hacerlo?

—A la noche o durante el fin de semana. La ventaja de la noche es que casi nadie necesita pasar por ahí, pero necesitamos luz y las oficinas tienen ventanas a la calle.

—Entonces el fin de semana, sería mejor porque hay luz natural. ¿Podría haber gente o vigilancia? —preguntó Federico.

—En realidad es un sector que está en un costado del hospital. Nadie tiene que pasar por allí para salir o ir a la cafetería pero tampoco se puede asegurar que un médico o un enfermero no circule por el pasillo —informó Julia, sintiendo su voz como extraña en ese grupo de complotados.

—¿Hay gente de seguridad?

—Sí, pero hacen rondas fijas cada tres horas. De todas maneras, una vez que entremos al Departamento, no podrán ver —nos. El problema es entrar o salir. Adentro no hay problema salvo que a alguien se le ocurra adelantar trabajo el fin de semana o pase a buscar algo que se olvidó. Pero en un domingo, difícil.

—¿Cómo entramos? —preguntó Federico.

—Tenemos que ir juntos —dijo convencida Julia—. No sé dónde está exactamente lo que buscamos y soy la única que puede reconocerlo.

—Está bien —admitió Federico, desilusionado por el plural. Una cosa era devolver un favor y otra muy distinta llevar a una mujer a cuestras. Los riesgos aumentaban—. Por favor, ¿por qué no me hace un plano del lugar?

Estuvieron un buen rato dibujando la manzana que ocupaba el hospital. Ubicaron el departamento de oncología y las otras áreas, en especial la sala de guardia y la cafetería, que eran los lugares más concurridos un domingo.

Federico insistía en saber cómo se llegaba, a qué otros servicios se accedía por los mismos pasillos y cuáles eran los lugares para salir, si la cosa se complicaba. Los fines de semana sólo había una entrada habilitada, con un policía de guardia en la puerta, como en todos los hospitales públicos. No había otra salida, salvo saltando el murallón de casi tres metros de altura. El hombre era preciso en sus preguntas. No hablaba de más, pero cada cosa que decía tenía un objetivo exacto.

Quedaron en que Montes visitaría el hospital como un paciente más cualquier día de la semana para interiorizarse del campo sobre el que debería actuar. Después se volverían a juntar para cambiar ideas y decidir el momento en que harían el operativo.

Julia, que en un primer momento se había resistido tenazmente a la idea y negado a cualquier cosa que no fuera una información directa de un médico, ahora estaba sintiendo el sabor de la aventura. En el primer momento, reaccionó mal frente a Montes y le costó darle la mano, sabiendo que se trataba de un delincuente. Pero, a poco de hablar, esa condición parecía no interesarle. Era uno más de la partida.

La historia le estrujaba el estómago, dándole algo parecido a un vacío. Pero al rato se sentía cómoda, cómoda y excitada, inclusive sexualmente. Era una sensación rara, totalmente desconocida, que le producía pensamientos ambivalentes.

Esa noche Ernesto hizo el amor con una mujer nueva, descontrolada.

El fracaso de la tentativa del gerente regional del cono sur de demostrar y convencer que el ALS-1506/AR estaba dando sus resultados positivos fue total. La orden superior estaba dada y nada ni nadie, salvo ellos mismos, podían revocarla. Si tenía datos prometedores debía girarlos al sector de evaluaciones en San Diego, para que los ingenieros, biólogos y especialistas los estudiaran y formularan sus conclusiones elevando un informe que sería considerado por quien correspondiera. No era ése el lugar ni las personas ante las que debería exponer su teoría.

Oscar Leyro Serra advirtió de inmediato su error, se disculpó frente a todos cuando fue amablemente corregido y reencauzó su presentación sobre la forma, sistema y tiempos que le llevaría desactivar el proyecto ALS-1506/AR en los cuatro países donde se estaba trabajando.

Creía que había sido convincente en la exposición, y luego al responder una docena de preguntas que le hicieron los ejecutivos. De todas formas, se le ordenó reportar los avances y dificultades a una especie de supervisor que designarían para monitorear el programa. Era necesario coordinarlo con las otras áreas.

Leyro Serra sentía que la designación de alguien a quien debía responder lo disminuía en su jerarquía de director o gerente regional. Pero se repetía que el problema era tan grande que esa intermediación era necesaria y conveniente, incluso para coordinar a todos los directores regionales relacionados, con una propaganda a nivel mundial que aumentaría las ventas de productos libres y atenuaría cualquier estallido en contra por el tema del ALS-1506/AR.

La cosa no estaba para hacerse el ofendido. Era un gerente regional, como habría dos decenas en el mundo, y cuando había problemas con uno de ellos, el trámite del despido o el cambio de destino era una solución habitual. Siempre había gente dispuesta a ocupar su puesto.

## Capítulo 2

A mediados de enero, finalmente pudo regresar a su sede natural en Rio de Janeiro. El vuelo salió de Nueva York a las once de la noche y aterrizó en el Galeão al amanecer. Viajó solo. Unos días más tarde se presentaría su contralor, a quien debería rendir cuentas. No podía dejar de molestarle su presencia. Sentía que, de alguna forma, no confiaban en su capacidad.

Por la ventanilla del avión que se acomodaba para enfrentar la pista y aterrizar, se divisaba el horizonte teñido de una suave pátina anaranjada. Los primeros rayos del sol que iluminaban las desoladas bahías de arenas blancas, las avenidas y las autopistas parecían vacías con algunos pocos vehículos circulando con las luces encendidas.

Casi no había dormido y durante el viaje se excedió en el alcohol como una forma de distenderse de los días y tensiones vividas. Le dolía la cabeza y deseaba una cama donde dormir diez horas seguidas para restablecer el equilibrio de su cuerpo y de su espíritu, alterado por todo ese tiempo en Nueva York y por el viaje.

Ahora, caminando por los pasillos del aeropuerto hacia la aduana, veía por los ventanales las pistas con aviones trepando en el aire puro de un amanecer espléndido, despejado de nubes.

El dolor de cabeza no cedía pese a las aspirinas que había tomado antes del aterrizaje. Se sentía realmente cansado. Dudaba entre ir hasta su casa en Ipanema para dormir algunas horas o alquilar un auto en el mismo aeropuerto para viajar directamente a Angra dos Reis, donde estaban los suyos. La tibieza de ese clima que tanto le gustaba lo decidió. Encaró hacia el stand de Avis luego de recuperar sus dos valijas, y pasó la revisión aduanera.

Antes de ir a la playa de estacionamiento, entró en un baño y se despojó de la corbata y el saco. Llenó la bacha con agua fría y dedicó algunos minutos a mojarse la cara y la nuca. Su cabello entrecano quedó húmedo, y lo peinó sin preocuparse porque algunas gotas mojaran su camisa, que se le antojaba sucia después de viajar toda la noche. Para cambiársela tenía que desarmar su valija y decidió seguir así. En ese aeropuerto no había duchas.

El viaje a Angra era por demás cómodo y tranquilo en el amanecer. Unas horas después, la doble mano de la autopista era insuficiente ante la gente que huía el fin de semana de la ciudad. Puso música brasileña suave y dejó la ventanilla abierta para recibir el aire aún fresco de la mañana. Creía percibir el olor de aquel país.

Decidió que nada lo molestaría ese fin de semana. Quería gozar de su mujer, jugar con sus hijas, sentir el sol en su piel, emblanquecida después de soportar la nieve del norte. Daría instrucciones para no recibir llamadas; que nadie lo pudiera ubicar por más importante y urgente que fuera. El lunes a las once de la mañana comenzaría la segunda fase de su trabajo: la primera entrevista con el gerente general, el gerente médico, el asesor legal y algún otro funcionario de Chile.

Probablemente esos ejecutivos ya estarían alojados en el hotel en Copacabana, dispuestos a disfrutar del fin de semana en Río. Algunos de ellos debían haber viajado con sus mujeres y hasta algún arriesgado con una amiga. La cuenta la pagarían los Laboratorios Alcmaeon. Eran las reglas del juego que, alguna vez, él también había aprovechado. Nadie cuestionaba nada.

Las ruedas del automóvil sobre el pavimento eran como un murmullo que seguía sus pensamientos. Sabía que le esperaba una etapa difícil, excesivamente difícil, donde se jugaba a cada momento su carrera y su futuro. Por eso era indispensable conservar el equilibrio y la calma, aun en los momentos más agobiantes y complicados, donde debería conducir un proceso que podía tener repercusiones inmensas y hasta derivaciones penales que necesariamente lo comprometerían. Por experiencia sabía que el hilo siempre se corta por lo más delgado y que él, con su nivel, era un buen fusible para que la Compañía pudiera quedar indemne de las consecuencias de sus errores.

Estaba justo en el punto jerárquico donde se reunían todas las responsabilidades de un área geográfica. Si la desactivación de la investigación producía problemas o alguien investigaba sobre sus consecuencias, él era el gerente regional y el responsable de los procesos que se habían realizado en cuatro países, bajo su supervisión.

Si algo así sucedía, los primeros en caer serían los investigadores y los gerentes locales. Él debía protegerlos, porque de esa forma se protegería él y protegería también al resto del aparato empresario. Pero debía actuar con mucho cuidado, tratando de separarse de las responsabilidades, de no comprometerse con los hombres de cada país y de evitar dar informaciones o asumir compromisos en forma pública. Temía que sus superiores pudieran soltarle la mano.

La música cadenciosa y envolvente del samba le aseguraba que estaba en Brasil. Una hora más adelante tendría a su mujer en sus brazos y podría jugar con sus hijas. Ahora debía dejar de lado esos pensamientos preocupantes para cuando estuviera volviendo por la otra mano de la autopista el lunes por la mañana. En esos dos días debía apartar cualquier idea sobre el trabajo y trataría de pactar con Suzely una suspensión de las conversaciones o las discusiones. Sólo necesitaba dejar su cabeza en blanco, al menos por dos días. Estaba seguro que, después, todo estaría más ordenado.

De pronto, la música desapareció, el rumor de las ruedas sobre el pavimento dio paso a ruidos sordos, el mullido asiento en el cual transcurría su comodidad se convirtió en un enloquecido lugar en el que se sacudía descontrolado. Despertó de inmediato, desesperado, tratando de dominar el automóvil que saltaba a través de las matas en el costado del camino. El volante saltó de sus manos. El ruido de las ruedas cayendo en los pozos y charcos parecía no terminar.

Mil pensamientos pasaban raudos por su mente. Desde la urgencia para dominar el bólido sin control, que arrasaba con pastos y plantas, al castigo por haberse

dormido, a la familia cercana y al tremendo lío en el que estaba metido y del que no sabía cómo salir.

Esos segundos de locura parecían horas sin fin. Pero todo termina, aun lo terrible. De un salto, el automóvil se detuvo causándole una terrible opresión en el pecho en la línea donde le apretaba el cinturón. No pudo evitar que su cara golpeará en el volante antes que las bolsas de seguridad se inflaran dejándolo atrapado en su asiento.

De pronto, se hizo silencio. Un silencio absoluto, con el ronroneo del motor regulando. Tuvo la reacción de apagarlo metiendo el brazo por debajo de la bolsa inflada que lo aprisionaba hasta encontrar el llavero. Se quedó unos instantes quieto tratando de evaluar la situación y notó que, salvo la sangre que bajaba de su frente, no parecía tener ninguna herida más. Tanteó la manija y consiguió abrir la puerta de su lado. Se desabrochó el cinturón y con esfuerzo salió del auto. Cayó en el suelo húmedo. Al rato, logró pararse al costado del vehículo, tratando de superar la conmoción.

Unos minutos después, con la cabeza entre los brazos apoyados sobre el techo del auto, lloró desconsoladamente.

Alguien le puso una mano sobre el hombro.

Federico Montes conoció el hospital un miércoles a media mañana. Había mucha gente que entraba y que salía, algunos con niños en los brazos, otros con bolsas en las manos, con muletas o en sillas de ruedas. Eran pocas las caras sonrientes, casi ninguna.

Los concurrentes se mezclaban en los pasillos con hombres y mujeres de guardapolvo, visitantes médicos de riguroso traje, corbata y portafolio grande. Nadie se fijó en él.

—¿Dónde está la guardia?

—Camine hasta el final del corredor y baje un piso por la escalera.

—Gracias.

Caminaba despacio observando a la gente, los carteles indicadores, los pasillos con las paredes descascaradas y el piso con algunos papelitos estrujados y boletos de colectivo usados.

La guardia era un verdadero caos. Una veintena de personas de toda edad y sexo, incluido un llamativo travestí, estaba sentada en filas de sillas plásticas unidas por una base metálica, esperando su turno para ser atendida.

Los médicos y enfermeros entraban y salían de consultorios con sus guardapolvos abiertos y el estetoscopio colgando. Federico se sentó en el último lugar de la fila y se dedicó a observarlos. Sólo tardó unos minutos para notar que lo que había debajo del guardapolvo no sólo era parte del uniforme que los identificaba como médicos, sino que también marcaba el nivel o la ideología de sus portadores. El despreocupado, con lean y zapatillas, el disconforme con la camisa abierta y zapatos sin lustrar, la

desprejuiciada con un amplio escote que alegraría a algún paciente al tomarle la presión, y el jefe de servicio con camisa y corbata de seda.

Una camilla ruidosa, custodiada por enfermeros con ambos de tela celeste de dudosa limpieza, pasó llevando a alguien ensangrentado que gritaba como un condenado, provocando el asombro y el temor de todos los que estaban en la gran sala. El traqueteo de la camilla pasó y los gritos del herido ahora se oían, apagados, detrás de la puerta vaivén.

Federico estuvo sentado unos instantes más y después se levantó sin que se hubiera notado su presencia ni su salida. Volvió al nivel principal y se dedicó a recorrer todo el hospital siguiendo mentalmente el plano que Julia le había dibujado.

Nadie o casi nadie se fijó en él cuando se cruzaban en los pasillos o se sentaba en las siempre iguales sillas alineadas contra la pared frente a un servicio. El Departamento de Oncología mereció su especial atención. Estuvo sentado un rato en la sala de espera con los pacientes observando el movimiento de la gente y los médicos. Entró con la excusa de pedir un turno para su mujer que, dijo, notaba una dureza en un pecho y lo mandaron para Ginecología.

Volvió a sentarse en la sala enorme con los enfermos que dormían, comían o simplemente esperaban su turno que era anunciado por un altoparlante.

—*Muñoz, Enrique, Consultorio cinco.*

—*Fernández, Aída. Consultorio uno.*

Cuando creyó que lo había registrado todo, se levantó para irse en el momento en que el altoparlante volvió a crepitar.

—*Villalón, Florencio. Consultorio ocho.*

El único parado era él y la enfermera desde la puerta de los consultorios le hacía señas de que se apurara. Siguió un impulso y entró tratando de grabar en su mente todo lo que veía. Puertas, escritorios, consultorios, muebles y, principalmente, archivos.

—Usted no es Villalón —le dijo el médico en cuanto entró al cubículo.

—No, soy López.

—Dígale a la enfermera que se confundió y que llame a Villalón, por favor.

Oscar Leyro Serra llegó a su fastuosa residencia en un taxi. Avis le ofreció entregarle otro auto pero se negó. Estaba demasiado asustado como para poder volver a manejar con alguna seguridad. Un apósito le cubría parte de la frente y, en la camisa, unas manchas de sangre seca le daban un aspecto dramático.

No le preocupó. Entrar así después de algo más de un mes de ausencia acallaría críticas y discusiones. Eran como heridas de guerra, aunque las que en realidad tenía no se vieran y que en la guerra en la que estaba involucrado no se usaran armas ni explosivos. Se sentía débil, desamparado y abandonado por su suerte.

Llegó a una enorme casa con techo de tejas rojas construida sobre una terraza

frente al océano. La vegetación abundante y lujuriosa circulaba desde el jardín y al interior. En cuanto se entraba al living por la doble puerta, los ventanales del otro lado de la estancia dejaban ver, a lo lejos, el azul del mar. La playa, un centenar de metros más abajo, parecía resplandecer en su blancura.

A ese lugar, que él mismo había planificado y construido, entró con la cabeza vendada, la camisa manchada de sangre y su espíritu destruido. El fin de semana terapéutico que había planeado quizá lo ayudara. El accidente era una nueva catástrofe que se sumaba a su lista de desgracias.

Una de las mucamas, asombrada, lo recibió.

El entusiasmo por la aventura para apoderarse de la historia clínica de Irma Bermúdez les hizo postergar los demás problemas y proyectos que tenían. Julia Moret estudiaba las listas de los médicos y los enfermeros asignados a las guardias de los domingos. Conocía casi todos los nombres y cuando figuraba alguien desconocido poco le costaba enterarse a qué sector pertenecía. Hasta que, por fin, se dio. En el plantel de una guardia completa, nadie correspondía a Oncología.

Era pleno verano y segura que encontraría a alguien deseoso de cambiar la guardia. Indagó un poco y enseguida surgió un joven de clínica médica que estaba desesperado porque le había prometido a su novia y a sus futuros suegros pasar unos días en la casa de Pinamar y la guardia asignada se lo impedía.

Fácilmente lo convenció de cambiarle el turno. Habló a la Fiscalía y le avisó a Ernesto. Esa noche tendrían la última reunión con Federico para ultimar los detalles de la hora en que lo harían y de cómo operarían.

Volvió a sentir esa íntima e inevitable sensación que la asaltaba cada vez que parecía entrar en el campo del delito.

Cuando Oscar Leyro Serra llegó a la playa, hacía calor y su cuerpo habituado al frío de Nueva York sentía doblemente la diferencia. Se encontró con sus hijas correteando en la arena que lo vieron desde lejos. Les pareció mentira tenerlo al fin allí y corrieron a los gritos para abrazarlo, tirándolo al piso.

Lo besaban con frenesí y Oscar se sintió feliz. Un momento después las risas y los grititos se apagaron porque notaron el apósito en la frente y vieron la camisa manchada con sangre y los pantalones sucios del barro de la zanja.

—¿Qué te pasó, papi? —decía la mayor con angustia, apartándose de él.

—¿Qué te pasó? —repitió Flor, contagiándose el temor que se convertía en miedo.

La escena llena de ternura y entusiasmo se transformó, dejando dos niñas desconcertadas y asustadas que corrían hacia su madre que venía al encuentro.

—¡Papá está lastimado!



—¡Pobre papá! —gritaban cerca del pánico.

—Tranquilas niñas, tranquilas —dijo Suzely acariciándoles las cabecitas apretadas contra sus piernas largas y tostadas. No la dejaban avanzar y Oscar las miraba desde el suelo, indeciso. Su infantil intención de aparecer como un héroe de guerra herido no había resultado como lo imaginó. Finalmente se incorporó sintiendo sus zapatos llenos de arena y se los sacó sin agacharse.

Caminó los diez metros hasta donde Suzely y las chicas eran un grupo compacto que ahora lo veían como a un extraño, temerosas. En vez de afecto había inspirado temor y en vez de consideración y admiración había conseguido rechazo y prevención.

—¿Qué te pasó? —preguntó Suzely en cuanto estuvo a su lado. La voz de la mujer era dura, sin afecto.

—Tuve un accidente.

—Pero podrías haberte cambiado, las chicas se asustan.

—No, no me pasó nada —les dijo en cuclillas tratando de reparar su error.

Las acarició entre las piernas de la madre, rozándola, hasta que las vio sonreír y allí se incorporó.

—Hola —dijo casi desafiante.

—Hola —le respondió Suzely con un beso formal, esbozando una sonrisa.

La abrazó y le devolvieron el abrazo pero todo parecía forzado como una consecuencia necesaria a la prolongada ausencia. Las escenas gloriosas que había imaginado en la penumbra del avión y durante su viaje a Angra quedaban en una parodia del «feliz reencuentro».

Las niñas se distendieron al ver la tranquilidad de sus padres y volvieron a dar libertad a sus afectos. Oscar alzó a las dos, una en cada brazo y le pareció que habían crecido. Estaban pesadas.

Caminaron hasta el lugar donde Suzely había instalado su campamento con reposeras y toallas. Se extrañó. Cuando llenó a la playa le había parecido que había alguien más, pero ahora sólo una pareja tomaba sol a unos metros, y había gente caminando por la playa. ¿Había sido un error o se confundió con el ambivalente encuentro con las chicas?

Se sentaron enfrentados en una reposera cada uno y entonces pudo volver a admirarla. Estaba magnífica con su bikini turquesa, unas pocas joyas y el cabello algo desarreglado. Los pechos pesados y duros rebozaban el corpiño haciendo más atractiva la hendidura entre ambos. El estómago aun plano centrado con un ombligo algo deformado se prolongaba hasta el pequeño triángulo de tela que cubría un promontorio deseable.

Las piernas largas y fuertes no tenían la menor marca de vello. Oscar las recorrió hasta los pies donde unas suaves venas los surcaban hasta las uñas pintadas de un excesivo rojo. Una tobillera de plata con dijes colgaba en el talón.

Se sintió ridículo e incomparable ante semejante despliegue de belleza. Ella

tostada y hermosa con su bikini exacto. Él pálido, con la barba crecida, con un apósito en la frente, vestido con una camisa manchada y un pantalón arrugado, ¡y con medias! Se las sacó de un tirón gozando que sus dedos se enterraran en la arena tibia, casi caliente.

—¿Cómo fue el viaje? —preguntó obligada.

—Bien, pero tuve un accidente en la autopista.

—¿Qué pasó?

—Me quedé dormido y el auto volcó —explicó tratando de no ser dramático pero sin lograrlo. Suzely tuvo una expresión indefinida de preocupada y réproba. Logró incomodarlo porque estaba esperando algún reconocimiento por su exilio laboral y por su esfuerzo en tratar de llegar lo antes posible. No notaba que nadie sabía cuál era su itinerario ni se había preocupado por calcular los tiempos entre la llegada del avión y el camino hasta Angra dos Reis. Un par de horas más o menos no hacían a la cuestión.

—Pero no te lastimaste...

—No, sólo esta herida —dijo tocándose la frente.

—¿Y el auto? —preguntó insólita.

—Era alquilado y tenía un seguro completo —contestó, ya agraviado.

Parecía mentira que después de más de un mes sin verse, llegando herido después de un viaje largo y cansador, de manejar sin descansar... se preocupara por un automóvil abollado sin gestos de afecto, sin una caricia ni una pregunta de cómo había terminado su gestión en Nueva York.

Se sintió sucio, desgraciado y ridículo con esa ropa arrugada y las medias colgando de su mano. Necesitaba urgente bañarse, afeitarse y tomarse un café fuerte. Así todo cambiaría.

El domingo amaneció espléndido, luminoso, fresco para el verano. Un día para el aire libre, para irse fuera de la ciudad, dedicarlo a tomar sol, para pasear. Uno de esos días en que nadie quiere ir a un hospital, como no sea por una imprescindible e impostergable necesidad.

Los rayos del sol comenzaron a filtrarse por las rendijas de la persiana de madera y el entrenado sistema de alarma de Julia la despertó sin necesidad de que sonara la chicharra. Miró el reloj y eran recién las siete menos cuarto. Debía tomar la guardia a las ocho y en la mañana de un domingo, sin tráfico, sólo tardaba quince minutos en llegar hasta el hospital.

Ernesto dormía plácido a su lado con la cabeza hundida en la almohada, que ostentaba un lamparón de la humedad de su saliva. La respiración era pausada y sin ruido, haciendo que el tórax se expandiera acompasado. Su rostro tenía una expresión infantil, sustancialmente inocente, que la enterneció: lo amaba.

Con la mano abierta, le acarició la cara y sintió cómo la raspaba la barba crecida,

oscura y dura. Bajó por el cuello gozando de la suavidad de su piel y comenzó a destaparle: dormía desnudo. El pecho estaba cubierto de pelos oscuros que contrastaban en la piel clara.

Sintió cómo se excitaba. Lo tenía tan disponible y tan dormido que le daba lástima despertarlo pero lo necesitaba activo, activo y tierno. El solo pensamiento de la excursión clandestina al Departamento de Oncología la llenaba de inquietud que, sentía, se deslizaba a su libido.

Siguió con sus caricias y advirtió cómo él empezaba a tener una erección inconsciente. Su mano sintió la dureza de su sexo y percibió que ella se lubricaba, pero no intentó despertarlo. Así se sentía dueña de una situación que le agradaba porque podía gozar de aquel magnífico hombre sin los prejuicios que siempre la limitaban.

Aprovechó esos momentos de disponibilidad absoluta de ese cuerpo acariciándolo con suavidad, sintiendo cómo se tensaba pese a su sueño profundo, que no le permitía compartir lo que ella vivía. En principio no quería que se despertara, pero comprendía que sus propias urgencias lo necesitaban. Quería gozarlo así, totalmente disponible, acariciándolo, pero sabía que no aguantaría mucho. Se dejó llevar segura de que llegaría el momento en que él, naturalmente, se despertaría.

Unos minutos después sucedió: un suave ronquido indicó que entraba en el mundo de los vivos. Una manaza le acarició la espalda llegando a los glúteos y circunvalando la redondez perfecta antes de volver a subir y presionar para acercar el cuerpo tibio y oloroso de su mujer.

Le pareció delicioso sentir medio dormido la suavidad de esa piel que se presionaba a la suya y que rotaba hasta quedar encimada. Allí, ahora despierto, notó cuán excitado estaba.

Los últimos rayos del sol doraban el mar. Desde la enorme terraza, Oscar Leyro Serra recostado en una hamaca observaba, una vez más, esa maravilla que tanto extrañó en la habitación del hotel. Los islotes que parecían emerger impertinentes en la lasitud acuática. Todo era calma sin alteraciones ni resonancias, como no fuera el canto de un pájaro silvestre que, desde algún lugar de la floresta, llamaba a sus congéneres.

Pero un torbellino contradictorio estaba instalado en él.

No encontraba la paz tratando de ordenar sus pensamientos dentro de la angustia que le causaban los acontecimientos que parecían sucederse imparable y que no podía dominar. Uno tras otro, se iban sumando para agobiarlo y aplastarlo.

Recordó con aprehensión el mes y pico en Nueva York, a donde había llegado en un viaje rutinario y que había terminado con un enorme problema, aún irresoluto, en el que se jugaba su destino. Las Navidades, el Año Nuevo, las noches y las mañanas frías y solitarias. Las reuniones interminables, planeadas y tensas, donde recibía

instrucciones como un escolar para cumplir con los intereses de un poderoso cerebro que disponía de la vida, la honra y la muerte de miles de personas.

El regreso, la huida del frío, de la nieve, de los ejecutivos, del hotel y del inglés para comenzar con una tarea difícil, peligrosa y larga que exigía precisión quirúrgica. La decisión de tomarse un paréntesis de un par de días de descanso para enfrentar el futuro incierto y complicado parecía lo más acertado.

Necesitaba imperiosamente volver a los valores elementales de la ternura familiar, del sexo con su mujer después del sabor amargo de alguno eventual o pagado. Por momentos sentía deseos de haber muerto en aquel accidente.

Creyó, estúpidamente, que un largo baño y una siesta repararían todo. Pero no. El almuerzo transcurrió en medio de una serie de silencios e incomodidades que nadie podía resolver, pese a sus sinceros y esforzados intentos. Cada vez que miraba a su esposa a través de la mesa se sentía atraído y se excitaba hasta un grado de urgencia absurdo. Tenían todo el fin de semana para ellos.

Fueron juntos al dormitorio después de asegurarse que la mucama se encargara de las niñas. Una vez que cerró la puerta con llave, Oscar prácticamente se lanzó sobre ella. El manoseo se hizo soez por la violencia, que aumentó al no encontrar reciprocidad. La desnudó con torpeza por la urgencia y él mismo no alcanzó a desprenderse de toda la ropa.

Después de la penetración inicial, brutal y apresurada, inició un exagerado ritual sexual que no encontraba respuesta adecuada. Sólo algún suspiro que no se alcanzaba a definir como de placer o de fastidio. Se parecía más a una danza de una sola persona que a un coito.

A los pocos minutos de iniciada la grotesca relación, la erección de Oscar desapareció. Insistió quedándose encastrado en su mujer con movimientos breves que ocultaran su incapacidad. Pero todo era inútil. Finalmente, se rindió quedando tendido boca arriba con suspiros entrecortados.

Suzely no ayudó a superar el momento. Ella también miraba las vigas del techo sin decir nada. Después de un rato, quizá apremiada por la lástima, extendió la mano y acarició el brazo de su esposo, hasta que se quedó dormida. Cuando se despertó, Oscar no estaba a su lado y se enteró por una de las mucamas que se había ido a correr por la playa.

Y allí estaba ese hombre lleno de fracasos recordando todo, que se entremezclaba sin orden ni razón. Mientras las escenas desfilaban confusas y sin cronología en su mente, miraba sin ver esa maravilla de la tarde en Angra dos Reis. Se sirvió su tercera copa con hielo, sintiéndose el ser más desgraciado de la tierra y no sabiendo cómo ordenar y mucho menos resolver el cúmulo de sus problemas. Parecía que el mundo lo estuviera acosando.

Necesitaba imperiosamente calmarse y poner todo en orden. Sólo que no acertaba a hacerlo.

La guardia había sido tranquila hasta ese momento. Dos heridos graves de un accidente de auto en la noche del sábado habían sido derivados a terapia intensiva y en la mañana asistieron a un fracturado, un asmático y un niño que había aspirado un objeto pequeño.

En general, las horas menos ocupadas en una guardia médica de un día feriado son las del mediodía, donde a nadie se le ocurre ir por un dolor de estómago o de cabeza: para eso están la mañana y la tarde. La gente de la ciudad se tranquiliza en los almuerzos copiosos antes del fútbol o de la siesta. Los médicos y residentes comen en la guardia o en el bar de enfrente porque el comedor del hospital cierra los domingos y todo comienza a tomar ritmo a partir de las tres o cuatro de la tarde.

Por eso habían elegido encontrarse con Federico a la una y cuarto en uno de los patios interiores. En un bolso llevaría las herramientas necesarias y un guardapolvo. Ella trataría de estar en el lugar unos minutos antes para detectar cualquier inconveniente porque sería natural verla comer en un banco del jardín. Era la ginecóloga de guardia de ese día que atendía cualquier cosa cuando el especialista tomaba un café o había salido por un rato.

Llegó al banco diez minutos antes. Lo limpió con un pañuelo descartable y de una pequeña valija sacó un sándwich que mordió con ganas. Desde el desayuno no había probado bocado. Después del primer mordisco recordó la relación tempranera con Ernesto y sintió que se estremecía. Era maravilloso, tierno y lleno de afecto aun en los momentos de intensidad.

Trató de recordarlos y archivarlos en su memoria, sintiendo que se le escapaban sin remedio. Se contentó con recordar las sensaciones. Se sentía plena y si hubiera podido verse cómo sonreía, no tendría duda de que era uno de sus mejores momentos. No pudo determinar si era por los recuerdos de esa mañana o por la aventura que estaba por comenzar pero sabía reconocer esos fugaces instantes en que todo parece estar bien, en cuerpo y en alma.

Estaba terminando de comer, gozando del silencio y de ella misma, cuando vio a Federico avanzar por uno de los pasillos que corrían paralelos a los pabellones protegidos por un techo que se apoyaba en columnas sin estilo que formaban una galería. Se aseguró que no hubiera nadie alrededor y comenzó a guardar los restos de la comida en la valijita. El hombre se detuvo en una de las esquinas del depósito y esperó a Julia. Abrió el bolso y sacó el guardapolvo doblado prolijamente.

Cuando ella estuvo a su lado, la admiró con respeto, pues parecía más radiante que nunca. Sin palabras y los dos vestidos con níveos guardapolvos, fueron hasta el edificio del pabellón de oncología y otros servicios. Nadie podía dudar de esos dos médicos que caminaban por el enorme hospital vacío en un domingo luminoso, destinado a cualquier cosa menos a trabajar con la enfermedad y sus miserias.

La espectacular vista a la bahía de Guanabara desde el octavo piso del edificio

sobre la avenida Copacabana distraía al doctor Ricardo Pereira, el responsable médico de Laboratorios Alcmaeon en Chile.

Estaba hablando Oscar Leyro Serra, nada menos que el gerente o director regional del área del cono sur de América que los había citado junto con el gerente médico de la sucursal, el representante comercial y el abogado de la empresa. Algo muy importante debía estar sucediendo.

—Es muy importante, señores, que asuman que lo que vamos a hablar es absolutamente confidencial... ni sus mujeres deben enterarse del motivo de esta reunión. El secreto es esencial. Cualquier trascendido haría que la compañía dé por terminada la actividad en nuestros países y nuestros empleos desaparecerían, ¿de acuerdo?

El asentimiento de las tres cabezas dio por admitido el compromiso, lo que le permitió a Leyro Serra continuar con su discurso. Aspiró profundo y guardó silencio unos instantes, lo que aumentó la ansiedad de los tres chilenos que no se animaban a preguntar nada, ni siquiera a mirarse entre sí. Sólo uno de ellos, de vez en cuando, desviaba la vista al ventanal imaginando con impudicia el cuerpo de las adolescentes cariocas contorneándose en la playa.

Los hombres pensaban que Leyro Serra trataba de encontrar los términos exactos para revelar el secreto al que se habían comprometido, pero la realidad era totalmente distinta. Lo que pretendía era superar la sensación de vacío que lo invadía, la certeza de que cualquier cosa que hiciera iba a salir mal, y que todo y todos se complotaban para hacerlo desgraciado.

Su mujer y las niñas habían quedado en Angra y él se tomó un charter para volverse a Río sin tener que manejar. No era el costo ni el tiempo que tardarían sino que quería asegurarse de que nadie le hablara durante el viaje y no tener que controlar el auto en el tráfico ni el manejo del chofer, si se tomaba un taxi: el trauma del choque aún persistía. Se sentó en un asiento donde no pudiera ver el camino hacia delante para no preocuparse y trató de ordenar sus ideas antes de enfrentar la primera de las difíciles entrevistas que había convocado.

Durante el fin de semana trató de poner en orden sus pensamientos pero no lo logró. Después de las cavilaciones contradictorias y desordenadas, caía siempre en el mismo pozo de angustia y decepción: estaba pasando por un pésimo momento y todo se concentraba en contra de él. Parecía que su estrella se había apagado.

Lo peor de todo era el fallido sexual con su mujer. Era algo que lo dejaba inerte. Sentía que no podría superarlo. Una sensación de inutilidad y vacío lo había perseguido desde el mismo momento en que se volvió boca arriba en la cama, admitiendo su derrota.

Su personalidad avasallante y ejecutiva le permitía cualquier cosa menos eso. Y «eso» estaba presente, absolutamente presente en todo momento, desde la siesta del sábado. Tanto que no lo intentó de nuevo, evitando la intimidad de cualquier forma: yendo a comer afuera el sábado por la noche, no durmiendo la siesta el domingo en

que se levantó al alba para simular trabajar. El lunes puso el despertador a las seis, antes que ella despertara, y se fue con un leve beso no contestado.

—Como les decía, señores, el silencio es una condición esencial para llevar adelante esta nueva etapa.

Caminaron decididos por los vacíos pasillos conteniendo el aliento en cada recodo, pero no se cruzaron con nadie hasta que llegaron al hall de distribución donde colgaba el cartel verde con letras blancas: DEPARTAMENTO DE ONCOLOGÍA.

Esperaron unos segundos tratando de oír algún ruido que revelara la presencia de alguien y ante el silencio, Federico apoyó su bolso en el piso, del que sacó una especie de cartuchera que abrió con el ruido del cierre que rebotó por las paredes. Eligió un par de alambres o espátulas que aplicó sobre la cerradura y, en menos de dos segundos, estuvo abierta.

Levantó la vista hacia la médica y una franca sonrisa lo premió. Los ojos azules parecían más grandes que nunca. Ambos entraron cerrando la puerta con cuidado para no hacer ruido. Julia sentía una sensación de inquietud que se traducía en dolor en el pecho y las piernas temblequeando. Pero esa sensación opresiva del temor se combinaba con el estado insólito que le provocaban espasmos vaginales claramente reconocibles. ¿Sería el placer retardado de la mañana con su marido o esta aventura ilegal?

Sin embargo en cuanto entraron al amplio pasillo ante el que se alineaban puertas, tomó la iniciativa de recorrer todo el Departamento para asegurarse de que no hubiera nadie. El lugar estaba vacío y se sintió perversa como si estuviera invadiendo intimidades de médicos y empleados que todos los días habitaban esas piezas y escribían sobre esos escritorios ahora emprolijados por el personal que había hecho la limpieza el sábado a la tarde.

Trataba de imaginar dónde podía estar la historia clínica de Irma pero no tenía la menor idea. Empezó por una amplia habitación que oficiaba de mesa de entradas en la cual, los días hábiles, se canalizaba la tarea administrativa: los turnos, las derivaciones, las órdenes para los exámenes complementarios, la organización de las operaciones, hasta la planificación de las licencias del personal.

Recorrió cada uno de los armarios y archivos para llegar a la conclusión de que allí sólo había documentos del Departamento, formularios y las historias clínicas de los pacientes en tratamiento tradicional. Los legajos de los fallecidos debían estar en un archivo distinto, ¿en el mismo Departamento? ¿los llevarían a algún otro lado? Hacía poco tiempo que Irma había muerto y no creía que la eficiencia del personal fuera tanta en el caso de que tuvieran archivos externos.

Por las dudas, en los muebles buscó algún cajón indicado con la «B» y cuando lo encontró, recorrió con sus dedos casi todas las carpetas, pero no había ninguna con el rótulo de Bermúdez. Se aseguró recorriéndolo todo no confiando, por experiencia, en

el conocimiento del alfabeto ni en la prolijidad de las empleadas. Nada.

Siguió por las otras habitaciones, metódicamente, haciendo que Federico abriera algún candado o una cerradura. La velocidad y facilidad con la que ese hombre abría cualquier cosa la convencieron de que eran inútiles todas las precauciones que tomaba en el hospital, en su equipaje cuando viajaba y hasta en su casa. Nada se le resistía y, a su pedido, el hombre volvía a cerrar en un instante sin que el lunes nadie pudiera notar que alguien había estado husmeando en sus cosas.

Así perdieron algo más de una hora recorriendo prolija y ordenadamente consultorios, salas de quimioterapia, de reuniones, o dedicadas a pequeñas intervenciones quirúrgicas, pero no tuvieron ningún éxito. No había archivos y menos una carpeta con el nombre de su paciente. Julia miraba el reloj a cada rato y Federico, le dijo:

—Tranquila, doctora, no hay ningún apuro.

Le dirigió una sonrisa agradecida y siguió revisando escritorios y archivos. Nunca lo había hecho pero ahora, justificada por un fin superior y la necesidad, gozaba al meterse en armarios y cajones, descubriendo algunas intimidades de médicos o enfermeros que no podrían exhibir a los pacientes ni a los colegas.

Casi terminando, llegaron a una puerta que tenía un cartel con letras negras pintadas en el vidrio con alma de alambre: Director. Julia intentó abrir pero la puerta estaba cerrada con llave. Se volvió a Federico con una mirada que no requería palabras. Menos de un minuto bastó para que la puerta se abriera pese a la cerradura de seguridad.

La habitación era grande, la más grande de todas las que habían recorrido con la sola excepción de la mesa de entradas. En uno de sus rincones, se ubicaba un antiguo y bello escritorio enfrentando la puerta de entrada. Un sillón giratorio de respaldo alto estaba dedicado al director y dos sillas, al frente, a sus visitantes. Unos cuadros con fotografías —la mayoría en blanco y negro— de otros médicos, que ocultaban la descolorida pintura de las paredes. Una camilla de metal con su sábana blanca se apoyaba en uno de los costados, haciendo juego con una antigua balanza de pesas y un tensiómetro de pie.

Para llenar tanta superficie en otro de los costados, un juego de sillones con el tapizado de símil cuero, algo gastado, custodiaban una mesa baja con un centro con flores artificiales de pésimo gusto. Detrás de los sillones, una fila de cinco archivos metálicos de cuatro cajones cada uno.

Julia no perdió tiempo en el escritorio del director, como lo había hecho en los demás consultorios, y fue directamente a los archivos. Dos de los muebles tenían trozos de cinta adhesiva escritos con marcador negro de gruesos caracteres. Las cintas estaban pegadas en su frente y arriba del primer cajón: Investigación.

—¡Bingo!



A la una y media, el teléfono de la sala donde estaba Oscar Leyro Serra con la gente de Chile sonó con un sonido controlado.

—Señor, el almuerzo está servido.

Los cuatro hombres pasaron a la habitación contigua, también sobre el frente del edificio, de tal forma que los ventanales daban hacia la bahía. La vista era magnífica e impactante. Uno de los mozos, como si estuviera planificado, esperó que los invitados se asombraran con el espectáculo y manipuló las varillas para oscurecer el ambiente y lograr que el resplandor 110 los molestara.

El almuerzo estuvo magnífico, aunque no tomaron alcohol. La tarde estaba dedicada al trabajo y Oscar Leyro Serra no quería gente pesada ni adormilada. El vino sólo se servía en aquellas oportunidades de comidas para las relaciones públicas, nunca en reuniones de trabajo.

La situación en Chile parecía bastante ordenada. El gerente del país, Ricardo Pereyra, era un esforzado empleado que había escalado distintos niveles de la industria farmacéutica y que Oscar Leyro Serra había reclutado cuando trabajaba para otro laboratorio, pagándole un sueldo excesivo. Pero había sopesado sus méritos y ahora comprobaba lo acertado de su elección.

Los grupos de investigación eran dos y se encontraban en el hospital universitario de Santiago y en Valparaíso, al norte del país. Las dosis aplicadas en Chile y en Brasil coincidían y eran la quinta parte de las que se habían inoculado en Estados Unidos, Europa y África. Los resultados eran mejores que en aquellas latitudes pero no alcanzaban a satisfacer.

El grupo del hospital de Santiago ya había terminado el ciclo experimental y sólo quedaba esperar los resultados de la computadora de San Diego, que ellos nunca conocerían porque quedarían reservados a los más altos niveles del Laboratorio.

Valparaíso estaba en plena evolución y aún quedaban tres semanas para terminar con ese grupo y con resultados similares al de Santiago. En ambos casos se había cumplido con la totalidad de las exigencias sanitarias y legales descartándose cualquier deficiencia administrativa. Había monitoreos externos y de la autoridad médica sin observaciones. Sólo quedaba terminar con el tratamiento y continuar el seguimiento de los enfermos según lo exigía el manual de procedimientos del Laboratorio: toda la información a la computadora.

Oscar Leyro Serra dedicó casi todo el día a reunir información sobre cada una de las facetas de la experiencia. Había que clausurarla sin necesidad de ningún alerta ni conflicto. Ni siquiera le dijo a sus hombres la decisión de la compañía de desactivar la investigación. No tenía sentido, se agotaría por sí misma.

Levantó la reunión a las siete en punto y los dejó en libertad hasta el día siguiente a las nueve, en que seguirían con el análisis de la experiencia del ALS-1506/AR y comenzaría a preparar la campaña para la venta de los productos libres.

Estaba cansado. Esa mañana se había levantado antes de las seis, viajado a Río. Estuvo reunido todo el día y ahora debía analizar las cosas pendientes que se habían acumulado durante su ausencia en Nueva York. Para eso, su secretaria lo estaba esperando detrás de la puerta. Esta noche llegaría tarde a su casa.

Fue hasta el baño y se lavó la cara tratando de despejarse para empezar con los nuevos temas. Cuando enfrentó el espejo, se miró y la toalla quedó a medio camino. Los espejos y la luz fuerte reflejaban su rostro sin piedad. Estaba ojeroso y los ojos atravesados por venitas rojas pero lo que lo asustó fue la imagen de derrota que podía leerse en esa mirada cansada. Su labio inferior, excesivamente rojo, parecía colgar dejando ver unos dientes desparejos.

Se secó y peinó su escasa cabellera con el cepillo que siempre estaba sobre el mármol de sus baños. Reacomodó la corbata y se dijo con una sonrisa:

—¡Vamos, hombre, no es el fin del mundo!

Volvió a su escritorio y llamó a la secretaria que entró con un bloc en la mano decidida a trabajar hasta tarde.

—Marcia, estoy muy cansado. Mañana vamos a ver lo que leñemos pendiente.

—Muy bien, señor —contestó ella llena de júbilo ante la inesperada solución de esa noche.

—Hasta mañana.

—Hasta mañana, señor.

El director se sentó en su escritorio y con una llave pequeña abrió el cajón principal de su escritorio, sacando una especie de cuaderno anillado. Lo comenzó a hojear. Eran fotografías de mujeres, todas muy bellas... y caras.

Federico se sentó en el pasillo, vigilante para avisar si alguien llegaba. Se moría por fumar pero sabía que no podía hacerlo. Todo el lugar olía a limpio y notó que no había un solo cenicero en todo el Departamento pero sí muchos carteles con un cigarrillo dentro de un círculo rojo atravesado por otra banda gruesa, también roja. Debía estar estrictamente prohibido fumar y si él lo hacía, al día siguiente se olería pudiendo descubrirse la intromisión.

En realidad, por más prolijo que se fuera siempre quedaban detalles de algo corrido o desubicado que se percibiría pero al que nadie le daría importancia creyendo que fue el personal de limpieza. Unos minutos después de comenzar la semana todo estaría otra vez en su lugar y la incursión quedaría definitivamente oculta.

Julia, en el despacho del jefe del servicio, no podía creer lo que había encontrado en esos dos archivos, a los que Federico le había permitido acceder. En cada cajón había una gran cantidad de carpetas amarillas con solapas conteniendo historias clínicas de pacientes tratados con una droga que llamaban ALS-1506/AR. También estaba la de Irma Bermúdez. En un bloc que sacó de un costado de la valijita del

almuerzo, comenzó a tomar notas de nombres, fechas, diagnósticos, exámenes y el protocolo de ALS-1506/AR.

Estuvo tentada de fotocopiar dos o tres historias en la máquina que había en la mesa de entradas pero no se animó. No sabía si tenían contabilizadas las fotocopias y había escuchado que las más modernas eran capaces de producir un resumen de la cantidad, fecha y hora en que se habían obtenido.

Estuvo cerca de una hora leyendo y anotando pero necesitaba varios días para hacer un análisis completo de los distintos grupos que estaban realizando el experimento, los estados iniciales y la evolución de los pacientes y las estadísticas, aunque fueran parciales. Los resultados eran imposibles de conseguir porque no tenía las claves de cuáles pacientes habían sido tratados con ALS-1506/AR y cuáles con placebo. Esa información seguramente estaba cargada en una computadora en algún lugar desconocido, al que nunca tendría acceso.

Por lo que sabía, esa información tampoco la poseía nadie en el Departamento, ni siquiera su jefe, el Dr. Marcelo Salinas, que aparecía como el coordinador del programa. Estaba reservada para el laboratorio que enviaba las dosis identificadas sólo con códigos para que con los resultados que informaban los médicos se leyeran con la absoluta frialdad de las estadísticas computadas. Las llamadas pruebas de doble ciego.

Sin embargo, aun sin saber cuáles pacientes habían sido tratados con la droga, estaba segura de que los grupos de investigación locales debían haber realizado estadísticas de los resultados. Revisó con cuidado las carpetas en los archivos, le hizo abrir a Federico los otros dos y no pudo encontrar nada como tampoco ninguna carpeta con los trámites administrativos de autorización y seguimiento de la investigación, ni la conformidad de los pacientes para los tratamientos, ni los informes, ni la contabilidad, los pagos y toda la documentación que debía sustentar semejante aparato donde intervenían muchos médicos, enfermeras, y que insumía mucho dinero.

Sobre el escritorio del Dr. Salinas una pantalla de computadora la atraía. Allí seguro debía haber algo de la información que buscaba. La encendió y trató de encontrar el archivo correspondiente al programa, pero advirtió su incapacidad para hacerlo.

Miró el reloj. Las cuatro menos diez. La guardia debía ser un infierno y ella ausente. Llamó a Federico y cerraron prolijamente todo lo que habían abierto asegurándose que no quedara ningún rastro de su presencia. Caminaron conversando por los largos pasillos cubiertos y se separaron en la zona de la entrada.

La cara de la enfermera no dejaba lugar a dudas de cuánto la esperaban en esa guardia de domingo. Enseguida, murmurando una excusa que nadie entendió, se dedicó a trabajar no sin antes guardar su valijita con los apuntes en el armario con llave. Cuando cerró el candado de la puerta metálica pensó en cuántos segundos la abriría su cómplice. En un par de minutos se colocó una toalla higiénica entre las

piernas para que absorbiera sus líquidos producto de la aventura.

Federico, aún con el guardapolvo y el bolso en la mano, salió a la puerta y encendió un cigarrillo.

El humor de Oscar no podía ser peor cuando entró en su oficina a las ocho y media de la mañana. El sol calentaba la playa y mucha gente caminaba o corría por el camino peatonal al lado de la vereda, antes de llegar a la arena.

El recuerdo de Suzely, a quien le gustaba correr por las mañanas en la playa de Angra, le causó desazón. La noche anterior, al revisar el catálogo de mujeres, se había decidido por una mujer medianamente joven y con aspecto algo intelectual. Unos anteojos traslúcidos y redondos le otorgaban una presencia que no lo harían caer en el ridículo. Podía pasar por una secretaria y hasta una colega. La fotografía que la mostraba desnuda cortaba el aliento.

Después de concretar el elevado precio con una simpática mujer que atendió el teléfono y que no dudó en aumentarlo por la inmediatez del pedido, se dedicó a revisar algunos de los *mails* y cartas llegadas en su larga ausencia y que la secretaria había seleccionado para su atención personal.

Le sobraba el tiempo hasta la hora convenida y el recomenzar con tareas habituales le daba una seguridad de la que carecía después del problema en Nueva York, el accidente del automóvil y su reciente falla sexual. La mujer que había elegido en el catálogo se encargaría de sacarle, al menos, esa sensación de inseguridad. Debía volver a manejar y lo demás era trabajo, complicado y peligroso, pero trabajo al fin.

Cuando ella llegó a la oficina a la hora acordada, captó el poco favor que le hacía la fotografía. Era una mujer magnífica, de esas que no desentonarían en ningún lugar. En cuanto cruzaron algunas palabras, Oscar entendió el porqué de semejante tarifa. Salieron en su auto directamente desde el garaje.

Comieron en un reservado y elegante restaurante de Botafogo, conversando de los más diversos temas. La muchacha parecía abogada, pero también sabía de economía nacional y mundial. Su conversación era amena, tranquila y permitía que él dijera sus pareceres que, a veces, replicaba sin ser agresiva. Su mirada era una mezcla de picardía y firmeza que a Oscar le costaba mantener.

En algún momento, se olvidaba de quién era y le resultaba difícil recordar que el tiempo de esa mujer tenía un costo. Que no se trataba de una representante europea del Laboratorio que estaba de visita en Río. Era ni más ni menos que una prostituta, inteligente, bella y carísima pero una puta al fin, cuyo tiempo mejor amortizado seguramente no estaba allí, tomando un buen vino ni hablando sobre el resultado de las elecciones en Francia, sino en la cama demostrando sus habilidades.

Oscar, olvidando su contrato, estiró cohibido su pierna y rozó la de ella debajo de la mesa. Una suave presión le contestó sin que la conversación se alterara en lo más

mínimo. Le gustaba ese juego que nada tenía de grosero o apresurado. No habría podido soportar urgencias frente a lo ocurrido el sábado. Se evaluó y notó que estaba levemente excitado.

—¿A qué te dedicás? —le preguntó en un momento para intimar.

—A esto.

—Me parece que te queda chico.

—Quizá... pero es una forma tranquila de vivir.

—¿Tranquila?

Extendió la mano y, sobre la mesa, tomó la de ella. Era suave, muy suave, y pudo notar que las uñas, no demasiado largas, estaban arregladas y pintadas con un barniz transparente. Un par de anillos, poco importantes, eran los únicos adornos. Jugó con suavidad en su palma gozando de los pliegues y después dejó que las yemas de los dedos coincidieran, acariciándose leves con las de ella. Era una sensación terriblemente gozosa.

Las miradas se fueron intensificando y Oscar insistía en descubrir las sinuosidades de la fotografía debajo de ese vestido negro con escote redondeado y alto. Las piernas seguían el jugueteo debajo de la mesa y los anteojos guardados en la cartera la habían privado de su toque intelectual.

Pagó con la tarjeta de crédito corporativa y salieron. El calor húmedo los invadió. Ese par de minutos con la camisa humedeciéndose y pegándose a su cuerpo, parado en la puerta del restaurante con la mujer a su lado, lo hizo sentir incómodo.

No estaba en tren de conquista y no tenía obligación de ninguna cortesía ni de conversación. Cualquier cosa —hasta las groserías— estaba compensada con el pago anticipado. No necesitaba hacer nada para ganarla y no estaba seguro de que eso le gustara, aunque era indudablemente conveniente, en especial en las actuales circunstancias.

No se animó a llevarla a su casa. El personal siempre murmuraba y era estúpido asumir riesgos evitables. Decidió volver a la oficina. Allí tenía todo lo que necesitaba: champagne en la heladera, sillones, música, una cama amplia y un baño con ducha.

Ahí recién comprendió Oscar que estaba frente a una profesional. No hubo brusquedades ni requerimientos exagerados. Todo estaba previsto y era ella la encargada de llevar las cosas adelante. Las caricias, los besos, la desnudez progresiva, los toques suaves que lo hicieron olvidar de los pagos previos y las condiciones del contrato. Era como la revelaba la foto: perfecta y absolutamente apetecible.

La erección llegó naturalmente y se hizo dolorosa cuando ella de rodillas utilizaba todas las técnicas de excitación. Le colocó un preservativo y lo dejó deslizarse con un maullido de placer. Oscar sintió su potencia a la mayor plenitud.

Era una experta: acariciaba, ronroneaba, gritaba y se movía con una técnica tan perfecta que parecía natural, como si fuera una de sus primeras veces. La excitación

de él iba en aumento. Cuando detenían sus movimientos, ella parecía acariciarlo en la profundidad de su vagina con movimientos de contracción.

De pronto, algo ocurrió. Sin saber por qué ni responder a nada, Oscar comenzó a sentir que su miembro comenzaba a perder su fuerza y su dureza. En pocos segundos, espantado, nada quedaba de la maravilla anterior. Se dejó estar un instante hasta admitir su nuevo fracaso y después se levantó sin miramientos ni disculpas a ducharse.

Sin palabras la llevó hasta Ipanema, no demasiado lejos de su propia casa, y pudo ver por el espejo retrovisor cómo cruzaba la calle. Una sencilla técnica para que no descubrieran dónde vivía. Oscar no tenía ningún interés en descubrirlo, sólo estaba concentrado en su espantoso problema.

Los relámpagos iluminaban el cielo a través de los ventanales. El departamento de los Narváez se había convertido en una especie de cuartel central del complot.

Buscaban la prueba de que un grupo de médicos, investigadores y laboratorios patrocinantes experimentaba con vidas humanas, sin respetar las reglas de la investigación científica ni los derechos de los enfermos.

Se trataba de personas de carne y hueso que recibían o habían recibido dosis de drogas novedosas que esperaban curarían su cáncer, o bien simples placebos. La evolución de cada uno era controlada por médicos que llevaban prolijas planillas normalizadas, legibles para las computadoras, para establecer las estadísticas sobre las reacciones de toxicidad, efectos secundarios, limitación de dolores, vómitos, fiebre y cualquier otra modificación en su estado general, incluso los psíquicos.

Pero la búsqueda de mejores terapias para la terrible enfermedad podía convertirse en algo atroz si los pacientes, por ignorancia o engaño, sufrían la privación del tratamiento estandarizado —y comprobadamente eficaz—, al menos en algunos casos.

Si estos enfermos no recibían el tratamiento convencional, podían ser condenados a muerte, porque quizá se habrían podido salvar. Lo peor era que la mitad de esos pacientes no recibía nada: ni el tratamiento tradicional ni el nuevo. Sólo un placebo, un inocuo placebo, que servía sólo para fines estadísticos y para comprobar el porcentaje de efectividad de la nueva droga.

Las situaciones que podían presentarse eran de lo más variadas. Había pacientes a quienes el placebo les servía psicológicamente. A otros, la droga les resultaba beneficiosa, mientras que a otros les era perjudicial. En todos los casos, sin excepción, se había prescindido de los tratamientos tradicionales, porque era la única manera de comprobar su efectividad. Algunos se curaban, otros prolongaban su vida y muchos morían. En realidad, nadie podía establecer la causa de la sobrevida o de la muerte, y para eso estaban las frías estadísticas.

¿Pero esas muertes eran naturales o podían ser calificadas de homicidios? ¿Dónde

estaba la diferencia? Esa diferencia, de la que dependía la vida de tantas personas, era la delgada y difusa línea que separaba una experiencia científica que beneficiaría a la humanidad de una monstruosidad. En cualquiera de los dos casos, siempre era posible que el experimento trajera aparejado un adelanto científico más o menos importante... pero a costa de la vida de seres humanos.

El fiscal no lograba determinar cuál era exactamente la línea que dividía el bien del mal. ¿Acaso obrar bien era cumplir con los requisitos burocráticos y formales, como en el caso de las autorizaciones previas de las autoridades sanitarias? ¿O tener el consentimiento de los pacientes?

Federico se mantenía silencioso. Agustín Urtubey, fiscal adjunto —como le gustaba denominarse—, había sido incorporado al grupo y mostraba un entusiasmo poco común e ideas innovadoras que les resultaban útiles a todos. Ernesto estuvo tentado de plantearle sus dudas jurídicas y médicas, pero la presencia de Federico impedía el debate.

—En realidad, todo lo que tenemos hasta ahora es la muerte de una paciente, que supuestamente fue incluida en una investigación clínica con un producto llamado ALS-1506/AR. Es bastante poco —planteó Ernesto, casi provocador.

—También tenemos los nombres de un montón de pacientes que integraron del grupo de estudio, cuya evolución final no conocemos.

—Sólo tenemos unos pocos datos, y concretamente desconocemos qué pasó con los demás. Pueden haber muerto, seguir enfermos y hasta haberse recuperado. Debemos saber de ellos, pero su búsqueda parece imposible desde la clandestinidad. Tampoco podemos hacerlo a cara descubierta, porque no tenemos elementos suficientes como para pedir órdenes de allanamiento y... además, si lo hacemos, nos pondríamos en evidencia —replicó el fiscal.

—Pero ¿qué pasó con ellos? —preguntó Urtubey.

—No lo sé —debió admitir la mujer—, las historias clínicas que pude hojear en esos minutos hablaban del tratamiento, de las reacciones, pero en ninguna se consigna el final. Tampoco si recibieron la droga o sólo placebos.

—¿Entonces?

—Entonces nos están faltando datos sustanciales para llegar a una conclusión.

—¿Y cómo los conseguimos? —preguntó Ernesto.

—Con todas las historias clínicas en la mano para establecer patrones de reacciones o con la información de la computadora del Laboratorio, que debe estar guardada bajo siete llaves y a la que jamás accederemos.

—¿Y dónde está el Laboratorio?

—En los Estados Unidos. Aquí hay una sucursal, pero es difícil que tengan algo.

—Estamos jodidos.

—A menos que... —dijo Julia pensando

—¿A menos que qué? —la apuró su marido.

—Quizás haya algo en la computadora del jefe del servicio.

Oscar no podía explicarse qué le estaba sucediendo. Siempre había sido un hombre potente, quizás en exceso. Disfrutaba de las infidelidades ocasionales y le gustaban las experiencias nuevas. No le importaba demasiado de quién se tratara, porque tenía una singular teoría: cada mujer merecía ser seducida, al menos una vez.

En realidad no podía contar con cuántas se había acostado en su vida. Cada una tenía sus características singulares, aunque sólo fuera un olor o una forma de expresar su orgasmo.

Ahora le parecía que iba a perder todo ese espacio de su vida, que tanto lo animaba. El solo pensamiento lo alteraba, le causaba un estado de angustia que no lo dejaba pensar ni actuar. Siempre la misma sensación: un vacío en el estómago parecido a los momentos en que verdaderamente había sentido miedo.

Los tres ejecutivos chilenos entraron en la sala de reuniones alineados por jerarquía, vistiendo trajes oscuros o negros, camisas claras y elegantes corbatas: una suerte de uniforme de supuesta elegancia y buen gusto.

Leyro Serra comenzó a informarles acerca de los parámetros de la campaña de ventas de productos libres. Era un mercado inmenso y representaba una porción importante de los negocios del Laboratorio. Éste lograba vender esos productos sobre la base de su prestigio y de la propaganda masiva que imponía la necesidad del consumo sin consultar previamente a un médico.

Aquellos productos curaban los dolores de cabeza, las diarreas o las constipaciones, la tos, los piojos y los hongos. También se consumían vitaminas o pastillas para adelgazar, tranquilizantes o enfervorizadores, antigripales. La lista era enorme, y todo dependía de la propaganda, que siempre terminaba aconsejando visitar al médico en caso de duda, para evitar problemas.

En realidad, lo que el laboratorio quería era precisamente que no se consultara al médico. El importe de la consulta o la molestia de la espera eran evitados con la compra de una caja en el supermercado o en la farmacia, sin necesidad de receta.

Era un negocio inmenso, con características propias. Las propagandas no debían avanzar demasiado sobre la exaltación de la autoprescripción ni tampoco desvirtuar la tarea del médico, que era el que aconsejaba o provocaba el consumo.

También era necesario cuidar el tipo de productos. Había que evitar, en lo posible, aquellos que podían producir un daño importante en caso de sobredosis. También, debían distinguirse de los laboratorios pequeños o locales que intentaban quedarse con una tajada de ese mercado, promocionando productos peligrosos. Esos pequeños operadores beneficiaban al grupo porque hacían que las autoridades se ocuparan de controlarlos, dejando libres a las empresas de mayor prestigio.

Leyro Serra había convocado a sus especialistas en marketing, distribución y propaganda, para hacer una evaluación y proyección de las posibilidades en Chile, teniendo en cuenta los requisitos legales de ese país.

Con mucha soltura, se hacían planes para ganar millones de dólares, analizando



las estrategias de penetración en el mercado y creando necesidades.

Pero en el medio de esa vorágine de ideas, Leyro Serra sentía que nada de todo aquello valía la pena.

En el departamento de los Narváez, la mesa estaba puesta. Sobre el mantel azul había platos y cubiertos para cuatro comensales. Julia buscaba las copas en un armario lateral; Ernesto aún no había vuelto del trabajo y ya eran casi las nueve. Pronto llegarían Agustín Urtubey y su invitada: un papelón.

Ambos hombres arribaron juntos, y la mentada Mirta no apareció hasta las diez, sin disculparse por la tardanza.

Era pelirroja y flaca. Su cabello enrulado estaba despeinado. Parecía sucio, pero combinaba de manera excelente con el color claro de sus ojos: un privilegio frecuente en aquellos con el pelo rojo. Sin embargo, en vez de aprovechar esa atractiva combinación, todo su aspecto era una conjunción de detalles que evidenciaban su falta de prolijidad.

Carecía de gusto para vestir, y no hacía nada para acicalar su cara, que tenía más de un rasgo de belleza. Tampoco usaba perfume. Unos anteojos transparentes le otorgaban un aire intelectual, quizá lo único interesante de su persona. Los zapatos de taco bajo, una pollera oscura y una especie de blusa suelta disimulaban cualquier sinuosidad.

Ernesto, después del impacto inicial, se quedó pensando cómo sería aquella mujer desnuda. ¿Tendría cintura estrecha, un traste redondeado o tetas apetecibles? Difícil.

Después de las presentaciones, los hombres abandonaron sus vasos y pasaron directamente a la mesa. La cena consistía en un solo plato: unos fideos con distintas salsas, colocados en potes sobre una bandeja circular, que giraba para que cada comensal pudiera servirse a gusto.

—Como te dije, Mirta, él es mi jefe. Un fiscal del crimen que te va explicar cuál es su tema y para qué necesita tu experiencia en computadoras —dijo Agustín en el momento en que la conversación cayó en un molesto silencio.

—Mirta, aunque Agustín ya te lo haya dicho, éste es un asunto absolutamente confidencial, que no puede ser comentado con nadie. Si alguna vez nos llegan a preguntar algo de todo esto, lo negaremos sin ningún pudor. ¿De acuerdo?

—Claro.

—Bien —continuó Ernesto—. Estamos investigando unas experiencias médicas que parecen no estar en regla. Se estarían utilizando drogas oncológicas no autorizadas, el control correspondiente del Ministerio de Salud. Es posible que tampoco tengan el consentimiento de los pacientes.

Mirta levantó la vista del plato de tallarines que estaba terminando. Agustín le dedicó una breve mirada, como si necesitara asegurarse de que había entendido.

—Creemos que las conclusiones de esas experiencias, o parte de ellas, pueden

estar cargadas en una computadora, y necesitaríamos acceder a esa información para analizarla.

—¿Y cuál es el problema? —preguntó la mujer sin terminar de tragar.

—En realidad...

—¿Por qué no las piden? Vos como fiscal podés exigir eso y mucho más —dijo Mirta, señalándolo con el tenedor.

—Es cierto, pero creo que si lo hago en forma oficial me van a contestar que no tienen nada y van a borrar la información.

—Entonces lo que me están pidiendo es que robe información...

—Más o menos —contestó Agustín Urtubey, preocupado por el cariz que tomaba la conversación. Ellos eran representantes de la ley y su función no era cometer delitos sino perseguirlos. La violación de domicilio y de secretos estaban explícitamente castigados en dos artículos del Código Penal.

—¿Más o menos? ¿Me están pidiendo que robe información privada o no?

—Bueno, sí —confirmó el fiscal.

—¡Es lo que me gusta! ¡Y si tengo a un fiscal conmigo, mucho mejor! —explotó Mirta, sorprendiéndolos.

—Te das cuenta que todo esto es absolutamente ilegal y confidencial, ¿no? —repitió Ernesto, alarmado por la actitud de esa muchacha, que ya iba por su segundo plato de pasta.

—¡Claro!

El jueves a la noche, Oscar Leyro Serra se despidió de los tres chilenos que, felices, disfrutarían de otros tres días en Río, esponsoreados por los Laboratorios Alcmaeon. El propio gerente regional les había sugerido que se quedaran hasta el domingo a la noche o el lunes a la mañana. ¿Cómo perderse semejante invitación en una ciudad como aquélla, con los avances del carnaval y en un hotel cinco estrellas?

Leyro Serra había postergado la visita al urólogo hasta ese viernes a la tarde. Tenía una sensación de permanente inquietud, pero sabía que la entrevista era imprescindible e impostergable.

No se animaba a viajar a Angra y a encontrarse con Suzely. Necesitaba hablar el tema con alguien, con alguien que no lo conociera, que estuviera lejos de él, que fuera científico y pudiera poner las cosas en su lugar sin avergonzarlo.

Sentía un vacío en el estómago cada vez que se acordaba de sus fracasos con Suzely y con la prostituta. El miércoles se había decidido y llamado a su cardiólogo, para pedirle que le aconsejara el nombre de un urólogo, porque creía que tenía un problema de próstata que lo hacía orinar con demasiada frecuencia.

En un momento pensó en consultar a un psicoanalista. Seguramente tendría que pasar varias sesiones para explicar su problema y muchas más para tratar de encontrar el origen de la pérdida de su erección en el mejor momento de la cópula.

No estaba dispuesto a remontarse a los años pasados ni a que se trataran de meter en sus intimidades bajo la apariencia de una necesidad de la ciencia. No le gustaban las sesiones de exactos cincuenta minutos, que siempre terminaban en el momento en que parecía que algo importante surgía de los subsuelos de su existencia. Unos años atrás, ante un estado de angustia, había recurrido a una psicóloga a la que había abandonado dos años después, casi sin resultados.

El estado angustioso había pasado, pero nunca logró saber si fue por las costosas entrevistas o simplemente porque el tiempo había transcurrido, haciendo su trabajo. Mientras tanto, la vida había seguido su curso, y él había llegado al puesto de gerente regional. ¿Acaso las entrevistas de psicoanálisis lo habían ayudado? Nunca lo sabría, pero en algún momento comprendió que habían cambiado las perspectivas de su vida.

No, otra vez no. No quería pasar por los apurones para llegar a la hora exacta abandonando cualquier problema, ni terminar en un momento preestablecido, cualquiera fuera el nudo a desatar, ni tampoco tratar de refutar las interpretaciones absurdas de su conducta que llevaba varias sesiones desentrañar, sin ningún resultado práctico.

Ahora necesitaba a alguien razonable. Alguien que entendiera su problema y se abocara concretamente a él sin tener que investigar en su pasado, ni en su familia, ni en su inconsciente. Sólo quería coger, coger como Dios manda, sin temor a fallar otra vez. Nada más ni nada menos.

Ese viernes llegó de madrugada a su oficina, porque el insomnio lo había atacado a las cuatro de la mañana y no le había permitido volver a dormirse. Todavía faltaban como tres horas para que el personal entrara a trabajar. La ciudad estaba hermosa, casi sin gente, con el aire liviano y fresco. Las luces de las calles y avenidas aún estaban encendidas, y la claridad asomaba. Las miserias humanas parecían haber desaparecido. El Mercedes se deslizaba por la avenida costera, y a pasos de allí el océano lamía la arena.

Algunas personas corrían o se ejercitaban en bicicleta, mientras la legión de miserables que en pocas horas invadiría la ciudad dormía en las favelas o en los portales escondidos de los edificios.

Hacía mucho tiempo que no llegaba tan temprano. Caminar en el silencio de los pasillos mientras encendía las luces era toda una experiencia. Necesitaba tiempo para ordenar las cosas pendientes y preparar las reuniones con la gente de Argentina.

Había elegido Chile en primer término porque sabía que las cosas estaban ordenadas, que se trabajaba a conciencia, en forma seria y siguiendo un procedimiento. Con la Argentina, en cambio, presumía que las cosas no iban a ser tan fáciles.

El director regional trabajó duro, sin verse obligado a oír el ruido de teléfonos y secretarías. Cuando el papeleo estaba en orden, las llamadas pendientes se cumplían, los *mails* se contestaban; todo parecía ir asentándose. Todo volvía a estar en orden, en el exacto lugar donde debía estar.

A las nueve y media empezó la primera reunión. Leyro Serra le dedicó cerca de una hora al gerente de relaciones humanas, para enterarse de las altas y las bajas de la gerencia y de las agencias que dependían de él. En unos minutos, tomó decisiones que iban a cambiar la vida de empleados y funcionarios y de sus familias: en algunos para bien, en otros para mal.

Tuvo una larga reunión con la secretaria, que se fue con una pila de papeles y de tareas. Almorzó con el gerente de marketing zonal, con el que se entendía cómodamente. Eran casi amigos, y estuvo a punto de contarle su problema sexual, pero se contuvo.

Estuvieron ideando la campaña y el lanzamiento de los productos de venta libre. No le contó la orden de desactivar la investigación de ALS-1506/AR, pero insistió en la necesidad de la central de compensar las pérdidas que arrojaría el balance del año.

Creía que era muy importante montar la campaña publicitaria con una imagen de seriedad científica, y con una buena relación calidad-precio. Aplicar aquella vieja premisa propia de dictadores o políticos: *no importa la verdad sino lo que el consumidor crea*.

Sabía que era imprescindible encontrar la fórmula para estar mejor posicionados frente a la opinión pública, por si surgía algún problema con el ALS-1506/AR. Pero no le dijo nada al gerente.

Era indispensable adecuar la propaganda a la idiosincrasia de los distintos países que dependían de su región. En la siguiente semana llegarían de los Estados Unidos los spots, y debían adaptarlos antes de largarlos a los medios. No era posible encarar la publicidad sin un análisis del mercado de cada país, pese a que la agencia norteamericana lo imponía. Ya habían tenido algunas experiencias fallidas por seguir al pie de la letra esas instrucciones.

No había duda de que la adecuación era indispensable. Primero estudiarían la propuesta, para que luego su gente viajara a cada país y coordinara con las agencias de publicidad y los encargados de marketing locales las modificaciones necesarias.

Leyro Serra le recordó a su subordinado la necesidad de contar con un testeo poblacional con grupos sociales diversos, y se reservó la decisión de la aprobación final. Era demasiado importante lo que se estaba jugando para dejarlo en mano de terceros, aunque se tratara de expertos. Ellos también se equivocaban. Si no les gustaba, que lo convencieran. Era preferible discutir hasta el final y modificar lo que fuera necesario, antes de que fallara la campaña o no prendiera en el país.

A las cinco de la tarde, tenía todo ordenado y bajo control. Veinte minutos más tarde, saldría para encontrarse con el médico. Ahora se sentía mejor y más seguro, dispuesto a encarar lo que fuera.

Otro domingo de guardia en el hospital, esta vez sin sol. Había amanecido nublado, y esa mera circunstancia le agregaba una cuota de riesgo a la incursión de

Julia en el Departamento de Oncología. La falta de deportes o paseos al aire libre podía inducir a algún médico a huir de su casa y decidirse A ordenar su escritorio o adelantar trabajo en vez de irse a la plaza con sus hijos.

Fue un calco de la incursión anterior, pero esta vez también Mirta iba enfundada en un guardapolvo blanco. Era tan insignificante que cualquier papel que quisiera representar le quedaría bien, salvo el de modelo publicitaria. Podía ser una médica o una enfermera, y cualquiera que la encontrara no dudaría.

Caminaban los tres por el pasillo como si fueran un pelotón en el cumplimiento de una misión. Cada uno vivía la experiencia según sus propios objetivos y personalidades. Federico estaba en el cumplimiento de una acción de reciprocidad por pasados favores, seguro de contar con un fiscal amigo. Mirta, entusiasmada con la clandestinidad y la trama siniestra de la investigación, se consideraba un *hacker* benefactor de la humanidad. El guardapolvo que le habían prestado le quedaba chico, y le recordaba a los tiempos en que daba clases como maestra primaria. Julia Moret no podía evitar esa sensación entre culposa y gloriosa, y una incontenible excitación se iba instalando entre sus piernas.

Llegaron al hall del Departamento y Federico, sin instrucciones, abrió la primera puerta en un momento. Entraron los tres, cerraron cuidadosamente y abrió la segunda puerta, la del Director. Lo demás no importaba. No hablaban, porque cada uno sabía bien lo que tenía que hacer.

Federico se quedó sentado en el banco del pasillo, y las dos mujeres entraron en la habitación. Julia, con un golpe de cabeza, le señaló a Mirta la computadora. Sin perder tiempo pero sin apresuramiento, la encendió y comenzó a tocar las teclas, que producían pequeños chasquidos.

La PC era un modelo algo antiguo, nada sofisticado, y pronto logró abrir los programas que estaban buscando. Las listas de nombres comenzaron a alinearse en la pantalla. Eran informes sobre el plan ALS-1506/AR, y los pacientes estaban ordenados por los grupos de investigación, por orden alfabético y por el estadio de la enfermedad al comenzar el tratamiento. Había listas separadas de enfermos según el médico tratante.

—Aquí está —dijo Mirta, levantando la vista del monitor.

Julia se acercó y trató de ubicarse en las listas. Allí estaban las conclusiones primarias de las experiencias, tanto las que habían finalizado como las que estaban en ejecución y las que se encontraban en estado de proyecto. Era lo que necesitaban.

Tomó uno de sus cuadernos y comenzó a tomar notas.

—¿Qué hacés? —le preguntó Mirta.

—Necesito anotar algunos datos.

—Mi querida... te voy a copiar todo el disco rígido. Esto y todo lo demás que tenga este doctor en su computadora, lo vamos a ver tranquilas en tu casa.

Una amplia sonrisa iluminó el rostro de Julia.

El consultorio del urólogo estaba cerca de la Facultad de Medicina, en una zona elegante de la ciudad. El edificio era espléndido y la sala de espera tenía unos cómodos sillones. Una enfermera uniformada con un guardapolvo celeste almidonado, sin la menor mácula, lo interrogó en cuando estuvieron sentados uno frente al otro en el pequeño escritorio.

—¿Su nombre?

—Oscar Leyro Serra.

—¿Edad?

—Cuarenta y ocho.

—¿Estado civil?

—Casado.

—¿Domicilio?

Leyro Serra pagó el importe de la consulta con un cheque y la mujer lo hizo pasar sin esperar al despacho del médico, liso le agradó. Odiaba verse obligado a mirar las caras de los otros pacientes, imaginando qué enfermedad contagiosa tenían, o tener que leer revistas siempre viejas.

—Es cierto que he notado en los últimos tiempos alguna dificultad para orinar... pero el verdadero motivo de la consulta es que he tenido dos episodios de impotencia que me angustian mucho, doctor. Más que angustiarme, me ponen loco —dijo después de las presentaciones, decidido a ser sincero y frontal.

—¿Estos episodios ocurrieron con su esposa? —preguntó el médico después de consultar el estado civil en la ficha.

—Una vez, sí. La otra, con una mujer... contratada.

—Entiendo. ¿Contratada para probarse?

—Sí.

—Bien. ¿Usted a qué se dedica, señor?

—Soy ejecutivo de una compañía.

—¿Y está sometido a mucha tensión?

—Sí, a una tensión excesiva.

El interrogatorio continuó, y Leyro Serra terminó por contarle su estada en Nueva York, el fin de año, su regreso. Le habló de la situación difícil por la que estaba pasando en la empresa, sin entrar en precisiones, y le relató con algún detalle los dos episodios que tanto le preocupaban.

El médico sonrió y le dijo:

—Nada de lo que me contó es para preocuparse, amigo... Está pasando por una situación de estrés anormal y por eso se producen estas cosas, como también puede tener insomnio, taquicardia, falta de apetito o cualquier otro síntoma. Éstos son episodios, que se van a superar solos. No podemos hablar de impotencia porque usted ha tenido muchos años de vida sexual plena.

Oscar Leyro Serra le confesó su temor de que volviera a pasarle. El médico abrió un cajón de su escritorio y le entregó un par de pastillas, parecidas a las muestras

gratis que él conocía muy bien por su trabajo.

—Tómese la mitad de una de estas una hora antes del acto y verá como no fallará. No se le ocurra tomar las dos juntas, y además le recomiendo usarla pero sólo para recuperar la confianza. Todo va a estar bien.

Oscar, aliviado, le hizo dos o tres preguntas, notando que, pese a la edad y a ser gerente de un Laboratorio, era un ignorante en esa materia.

Cuando fue a buscar su automóvil, estaba feliz con las dos pastillas en su bolsillo. No le importaba la humedad de la vaselina entre las piernas ni el ardor en el ano, producto de la obligada exploración al no poder convencer al médico de que su próstata estaba bien.

Volvió a la oficina y con frenesí buscó el cuaderno de fotos y llamó. Pidió otra vez por Silvia, pero ella, esa noche, tenía un compromiso familiar. Insistió pero la negativa era absoluta, hasta que ofreció pagar el doble por el servicio. La mujer que lo atendió le dijo que llamara diez minutos más tarde.

Leyro Serra se quedó esperando, sentado en su sillón, y observó satisfecho el escritorio limpio de papeles. Sólo había una gruesa carpeta en el costado derecho: «Argentina», rezaba un prolijo título de letras negras. Su mente entrenada para el trabajo comenzó a enfocar el problema que había estado analizando a la tarde. Pero trató de no pensar en nada hasta que pasaran los diez minutos que le habían pedido.

La respuesta fue positiva. En una hora y media, Silvia estaría allí. El director regional eligió cuidadosamente la comida y la bebida en el menú del exclusivo restaurante que los atendía a domicilio cuando faltaba el cocinero de la compañía. No estaba dispuesto a salir de nuevo. Se bañó y con satisfacción eliminó hasta el último rastro de vaselina de entre sus piernas velludas. Se vistió de sport y abrió la cama, dejando un velador encendido.

La comida llegó a tiempo, y el mozo especial que habían mandado preparó la mesa, y le preguntó si quería que abriera el vino para oxigenarlo. Todo era perfecto y discreto, hasta la factura que pagaría la empresa... Pequeñas satisfacciones que complementaban su suculento sueldo...

Esa noche todo salió conforme a sus expectativas: la música, la comida y la charla rápida e inteligente. Ella estaba espléndida, y si había postergado alguna otra cosa, no le importaba o era lo suficientemente profesional como para que no se notara. Oscar intentó de diversas maneras averiguar algo de su vida, pero ella ponía un muro discreto, a través de una frase irónica que desviaba la conversación.

Leyro Serra calculó la hora necesaria para que la pastilla que resguardaba en su bolsillo hiciera el efecto prometido y, disimuladamente, la tomó partida por la mitad. Durante todo ese rato estuvo esperando alguna reacción, pero nada se alteró. La charla con Silvia era encantadora, tenía el tono y los tiempos exactos para hacerlo sentir cómodo. La mujer lo alababa sutilmente, quizá recordando su falla anterior.

Al descorchar la botella de champagne, Leyro Serra derramó un poco de espuma. Luego sirvió las dos copas, que se entrecocaron en un brindis, y después del primer

sorbo las caras se torcieron para que las narices no incomodaran en el beso.

Se desvistieron sin prisa y Oscar se quedó admirando aquel cuerpo casi perfecto (sólo la anchura de los hombros era algo excesiva). Los pechos, plenos y erguidos, culminaban en pezones grandes y endurecidos, según pudo comprobar en cuanto comenzó a succionarlos. La piel, de tono oscuro, era suave y tremendamente atractiva.

Mientras la abrazaba, Leyro Serra le acariciaba la espalda y recorría, lleno de placer, la redondez de sus glúteos duros, que se continuaban en unas piernas largas y tostadas. Sus manos, con suavidad, bajaban y subían para encontrar la rosada hendidura que comenzaba a abrirse.

De pronto, el ejecutivo sintió una erección, una fantástica y exagerada erección. ¿Sería el efecto de la pastilla o era esa perfección hecha mujer? Oscar la volteó sobre la cama y dejó que ella le acariciara el miembro, orgulloso de su tamaño.

La acarició, la besó y la lamió hasta cansarse, sintiendo cómo su sexo palpitaba ansioso. Los movimientos de ella eran despaciosos, y él trataba de imitarlos impidiéndose brusquedades o urgencias. Cuando se introdujo en su lubricada intimidad, estaba seguro de que, aunque todo tuviera su precio, la recompensa era grande. Ella también parecía gozar.

No hubo ninguna falla. ¡Esas pastillas eran maravillosas!

Quizá fueran sólo un placebo para que él recuperara la tranquilidad. Un placebo como el que le habían suministrado desde el laboratorio a los pacientes en la investigación sobre el cáncer.

La tarde caía sobre la ciudad, y los rayos oblicuos del sol entraban en el departamento, llegando más allá de la mitad del living. Los sábados parecían más feriados, porque el murmullo del tránsito, dieciocho pisos más abajo, era tenue, y necesario para saber que la ciudad no se había vaciado del todo.

En la mesa del comedor, cubierta por un mantel grueso para evitar ralladuras, se desparramaban papeles, una computadora portátil y una impresora que largaba hojas con prolijas listas. Eran los resultados que habían sustraído de los archivos del doctor Salinas, el poderoso y obeso jefe del Departamento de Oncología del Hospital Central de Buenos Aires.

Cada uno trataba de interpretar los cuadros y los gráficos con resultados distintos. Era evidente que los dos abogados estaban en inferioridad de condiciones, y debían pedir explicaciones a la médica y a la experta en computación.

Se trataba de investigaciones distintas con grupos de enfermos de similar estadio en su patología, todos afectados de cáncer. A un primer grupo de enfermos se le aplicó la droga, y la experimentación había culminado. Se siguió investigando con otros dos grupos que comenzaron a recibir la droga un par de meses antes.

Cada conglomerado de enfermos que asistía a la experiencia estaba dirigido por



un médico que supervisaba la administración intravenosa de ALS-1506/AR. Una vez por semana se efectuaba un análisis clínico del paciente, cuyos avances y retrocesos eran motivo de una anotación que el profesor Salinas consignaba con una calificación de uno a cinco en su programa de la computadora. Periódicamente, se realizaban análisis de orina y de sangre en laboratorios externos al hospital.

Según Julia, en estos estudios experimentales nadie, ni siquiera Salinas, sabía cuáles pacientes eran los que recibían la droga y quiénes sólo un placebo. Por eso, sin tener la clave de quién había recibido el medicamento, era imposible establecer el porcentaje de efectividad. Sólo la gente del Laboratorio patrocinador estaba en condiciones de saberlo.

Este resultado era el fundamental en la investigación, y por eso se hacía totalmente anónimo. Si el nuevo producto superaba la efectividad del anterior, eso determinaba la viabilidad de su comercialización. En enfermedades de tan alto riesgo de vida, los efectos secundarios, como los vómitos, fiebre, dolores, la caída del cabello, gastritis y muchos otros, tenían una consideración mínima. Si se podían evitar, mejor, pero lo único importante era vivir, con dolor o sufrimiento, pero vivir.

Por eso, sin saber cuáles de esos pacientes habían recibido la medicación y cuáles el placebo, era imposible determinar la efectividad del nuevo remedio. La existencia o no de efectos indeseados tampoco podía ser apreciada.

—Hasta ahora, no sabemos nada —dijo Ernesto, echándose hacia atrás en su silla.

—Sabemos que han estado aplicando una droga oncológica en grupos de pacientes hospitalarios, entre los que estaba Irma Bermúdez —alegó Julia.

—¿Y? Es un procedimiento que debe hacerse en este momento en decenas de hospitales del mundo, con todo tipo de drogas y para montones de enfermedades.

—Pero ¿entonces por qué lo ocultan? —insistió Julia.

—En realidad, no sabemos si lo ocultan. A vos te esquivaron porque no sos del servicio, pero quizá los resultados están a la vista de todos los especialistas que quieran verlos.

—Quizá... —tuvo que admitir ella, desilusionada.

Todos hicieron un silencio pensando en lo mismo, aunque desde distintos ángulos. ¿Y si habían montado semejante operativo partiendo de una suposición errónea?

Julia bajó la vista, tomando conciencia de que era posible que hubiera cometido un error semejante. ¿Acaso se habría dejado llevar por la angustia que siempre le causaba la muerte? ¿Esa pobre mujer la habría conmovido tanto que le hizo perder el sentido común? ¿Había visto fantasmas y trampas donde no había otra cosa que una investigación médica normal?

—En realidad, las investigaciones en la medicina son esenciales porque sin ellas no habría avances en la curación de las enfermedades —dijo Agustín redundante, cortando los pensamientos disparados de Julia.

—Es cierto, pero creo que en las investigaciones con seres humanos no se puede

depender del éxito o del fracaso para aplaudir o encarcelar al científico. Lo esencial es el respeto a la dignidad de quienes son usados para esa investigación —dijo Mirta vehemente, sorprendiendo a todos. Ninguno de los otros tres había imaginado semejante respuesta de esa insípida mujer que sólo parecía saber manejar las teclas de una computadora.

—No estoy de acuerdo —intervino Agustín—, el éxito de un proyecto hace pasar muchas cosas por alto. Si alguien descubriera hoy la cura para el cáncer, el sida o el Parkinson, a nadie se le ocurriría ver si cumplió con todos los requisitos formales de la investigación.

—¡Ahí está precisamente el problema!

—¿A alguien se le ocurriría procesarnos por violación de domicilio si descubrimos algo grave en esta investigación? —volvió a alegar Agustín, enfervorizado.

—No lo sé... pero no estamos matando gente.

—¡Y por eso no nos condenarían por homicidio sino por delitos menores: robo, violación de domicilio! Lo único que cambia es el bien jurídicamente protegido. ¡A esos enfermos qué les importan las autorizaciones, si logran curarse!

Todos, de pronto, se sintieron incómodos. Las palabras del ayudante del fiscal los habían hecho caer en la cuenta de que estaban haciendo lo mismo que trataban de castigar. La diferencia era que, en un caso, presumiblemente estaban en juego vidas humanas y en el otro, una simple información reservada. Ellos se consideraban los buenos y los otros eran los malos. Pero ¿quién determinaba cuáles eran unos y otros?

—Bueno, bueno —intervino Ernesto—, supongamos que esta información nos llegó por casualidad o en forma anónima.

—En tal caso no nos queda otra cosa que investigar... para eso somos fiscales, y todos los días nos llegan denuncias anónimas que debemos analizar para ver si son verosímiles. No podemos dejar pasar un delito por el origen de la información —dijo Agustín, tratando de salir de la encerrona moral en la que él mismo se había colocado.

—Pero me imagino que ustedes no cometen delitos para investigar otros delitos —agregó, ácida, Mirta.

Cuando estacionó su auto al lado del BMW de Suzely, recordó que la vez anterior había llegado maltrecho y lastimado. Ahora arribaba pleno, bien vestido, bien dormido y bien atendido.

Se sentía otra vez al mando de la situación, tanto en su vida familiar como en su vida sexual y laboral. Lo de la empresa era sólo una crisis, una de las tantas que había sorteado en su carrera a la gerencia regional. Parecía la más grave de todas, pero no era ni más ni menos que una simple crisis.

Estaba pasando el mediodía y hacía calor. El día espléndido resaltaba el verde de

las plantas que enmarcaban la entrada de la casa. El sol cálido daba sobre la cabeza y los brazos de Leyro Serra. El gerente entró por la puerta principal, sin llave.

Encontró a toda la familia comiendo en la terraza bajo un parasol gigante. Las niñas saltaron de sus asientos, felices de volver a verlo. Cuando pudo tranquilizarlas, fue hasta Suzely, que esbozó una sonrisa neutra, y la besó en la boca.

Estaban por los postres, pero él comenzó su almuerzo. Las niñas le contaron que habían ido a navegar en una moto acuática con unas nuevas amigas conocidas en la playa.

El hombre miró más de una vez a su esposa y sintió que se excitaba. Aún le duraban las sensaciones gloriosas de la noche anterior, y estaba seguro de que no fallaría tampoco ahora. Ella estaba deseable, con un top que no ocultaba las redondeces de su busto, erguido gracias a la cirugía. Después de un rato, Suzely se levantó y dijo:

—Estoy muy cansada. Hoy corrí ocho kilómetros. Me voy a dormir un rato. Te espero, querido.

Oscar sintió la invitación como un desafío, pero la saludó cordial y siguió charlando con sus hijas. Comió una carne tierna y tomó el vino tinto español que tanto le gustaba. Se quedó un largo rato conversando y gozando de la inocencia de las niñas. El mar hacía llegar desde la playa el sonido constante de las olas y el perfume del salitre.

Cuando entró en el enorme dormitorio, las cortinas estaban corridas, pero una claridad se filtraba por las rendijas. La vio dormida y desnuda; la marca del bikini quedaba a la vista sobre las nalgas redondas. Las piernas encogidas y encimadas permitían espiar su mata velluda, custodia de su intimidad.

Oscar, silencioso, dio vuelta a la cama para observarla desde otro ángulo. Los pechos estaban ocultos por el brazo, y su rostro era simplemente hermoso. Los ojos cerrados y el cabello cubriéndole parte de la cara le daban un aspecto angelical, pese a sus labios gruesos.

Mientras la observaba, comprendía que todos los años pasados desde que se conocieron habían alterado la relación. Aquella dulzura y pasión inicial fueron desapareciendo hasta encontrar a una mujer madura, atractiva y, quizá, desilusionada de los ideales juveniles. Realista, diría ella.

Viéndola así, espléndidamente desnuda con un cuerpo sinuoso y la expresión inocente del sueño profundo, él sintió renacer esas ínfulas perdidas por la rutina y el tiempo. Con seguridad, ella también había olvidado la frescura de la relación pletórica de sus años jóvenes. En la mente de su esposa, él debía ser simplemente el jefe de la familia. Ella esperaba de él determinados comportamientos como padre y proveedor de la abundancia a la que la familia se había acostumbrado.

Lo demás no era importante y hasta podría decirse que el sábado anterior, una semana exacta, quizás a la misma hora, fallar como hombre le había permitido gozar de la situación. Una pequeña venganza por el abandono, que nunca había interpretado

como un sacrificio suyo sino como la desidia de un ejecutivo que priorizaba el trabajo y hasta alguna aventura ocasional.

En esa siesta de una semana antes, no había habido una sola palabra de aliento ni de apoyo. Sólo un profundo y sonoro suspiro, sonoro como un estrépito. Una pequeña venganza por sus soledades y las infidelidades que él le había infligido.

Ahora estaba allí, desnuda y dormida, mientras él la observaba ávido, comparándola, sin proponérselo, con Silvia. Oscar se dejó estar en ese juego, notando que se excitaba otra vez. Cuando se desnudó, otra enorme erección lo festejaba.

Se acostó y, casi sin juego previo, la poseyó con violencia, reivindicándose ante su asombrada esposa, que no se resistió al requerimiento.

Lo que quedaba por averiguar era el grado de legitimidad con el que el Hospital Central había investigado con la droga llamada ALS-1506/AR. Tenían los nombres de los pacientes, el estado de salud de cada uno y su evolución clínica, pero nada sabían de la autorización del gobierno ni si esos pacientes estaban enterados de lo que se hacía con ellos.

Tenían los porcentajes de muerte en los sometidos al experimento, pero carecían de datos acerca de quiénes habían recibido la droga y quiénes los placebos. Si, en forma arbitraria, se calculaba que el porcentaje de mortandad tenía incidencia en la mitad de los pacientes que efectivamente habían recibido la droga, los números no tenían una diferencia significativa con los tratamientos tradicionales.

Mirta se encargó de traducir estos porcentajes en una torta de colores, dividida en porciones del tamaño exacto de cada número. Cada uno de los trozos representaba respectivamente a quienes habían sido tratados, a quienes estaban en tratamiento, a los muertos, a los sobrevivientes y al grupo de quienes no se tenían datos.

Cuando observaban los gráficos tratando de obtener conclusiones, no advertían que esas porciones de colores representaban a muchos seres humanos, con familias, con dolores y angustias inenarrables. Todo se traducía en una simple estadística con porciones exactamente dibujadas por una impresora.

Hasta allí, Ernesto estaba seguro de la existencia de los tratamientos y de algunos de los resultados, pero también que lo descubierto no alcanzaba para iniciar ninguna causa criminal, porque todo partía de la presunción de su mujer de que se estaba frente a un experimento no autorizado y no sabían si habían cumplido con el consentimiento previo de los pacientes sometidos a la investigación. Ni de las historias clínicas ni de la computadora surgía nada de ello.

Si formulaba una denuncia y aparecían las carpetas con el conforme de las autoridades correspondientes y los consentimientos escritos de los pacientes, el papelón sería mayúsculo. Podría afectar su carrera como fiscal y ser pasible de alguna sanción por el escándalo que produciría. Hasta cabía la posibilidad de que fuera demandado por daños y perjuicios por el hospital y por los médicos, algunos de

renombre.

Ernesto sintió que estaba frente a un dilema irresoluble.

A las seis de la mañana, Oscar Leyro Serra se despertó y comenzó a tocar a su mujer. Ella se asombró al salir del sueño sintiendo las caricias impúdicas sobre su cuerpo. Su primera reacción fue de hostilidad, pero pronto ésta se transformó en una suavidad felina. A Suzely le gustaba dormir hasta tarde y le molestaba que la despertaran temprano, aun para hacerle el amor. Con toda maldad, ella bajó su mano para marcarle su incapacidad y hacerle saber que no debía contar con su ayuda para lo que imaginaba un frustrante juego sexual. Allí se encontró con un miembro duro y enorme, que cambió su humor.

Su marido jugaba con ella sin ningún apuro. Su mano se introducía entre sus piernas y la movía circularmente sobre el clítoris, haciéndola temblar y gemir. Se sintió arrastrada por una pasión y una urgencia incontenibles. Cuando, por fin, él la penetró, ella suspiró sintiendo que explotaba.

Oscar sentía que estaba en plenitud. Se movía despacioso, y a veces empujaba con violencia, demorándose para aplazar su orgasmo. En un momento, le pidió a Suzely que se diera vuelta, y sintiendo la necesidad de lavar sus humillaciones la sodomizó.

Después de los ruidosos orgasmos simultáneos, no hubo ternezas. Ambos se acostaron boca arriba y dejaron que la modorra los invadiera.

Oscar tuvo que superar sus ganas de volverse a dormir y de un salto se levantó para ducharse. Cuando salió del baño, fresco y perfumado, miró hacia la cama y vio que su mujer tenía sus ojos bien abiertos y clavados en el cielo raso. La besó y salió de la casa con pasos rápidos.

Mientras conducía, identificó la potencia del enorme motor del Mercedes con su recuperado rol de macho cabrío. Estaba seguro de haber sorprendido a Suzely, que sin duda en aquel momento estaría pensando en el increíble desempeño de su marido. Oscar había sentido cómo temblaba ella debajo de él, con las piernas levantadas apretándole la cintura para que la penetrara con toda profundidad.

Sonrió mientras subía el volumen de la radio, donde pasaban una canción americana llena de sugerencias cuya melodía comenzó a silbar. Debajo del acantilado, podía verse el océano profundamente azul. Leyro Serra suspiró satisfecho. Por fin había recuperado el equilibrio, roto durante aquellas malditas jornadas en Nueva York.

Cuando llegó a la oficina y se sentó en su escritorio, dedicó la primera hora a cumplir con las llamadas pendientes y dar indicaciones adicionales a su secretaria acerca del trabajo que había preparado el viernes por la tarde, antes de visitar al médico. Parecía mentira que todo se hubiera revertido con tanta rapidez. Las sensaciones oscuras y la angustia que lo embargaba se habían convertido en un triste

recuerdo.

El gerente regional sonrió satisfecho y se dedicó a repasar con método su plan para la reunión con los argentinos. Debió corregir varias cosas que no había previsto, seguramente por el pozo en que se encontraba su ánimo al preparar el esquema.

Se sentía perfecto, como pocas veces en su vida. ¡Ese médico y su maravillosa pastilla! ¡Y aún le quedaba una!

Los cuatro complotados tomaban café después de cenar en la casa de los padres de Agustín Urtubey en San Isidro. La mansión era enorme. Una suerte de mayordomo atendía la mesa ayudado por una mucama, sirviendo las exquisiteces que había preparado especialmente el cocinero.

Ernesto estaba asombrado por la opulencia de su ayudante. Sabía que pertenecía a una familia adinerada, pero el pequeño automóvil con el que llegaba todos los días a trabajar y su ropa lo habían engañado. Sus padres estaban de viaje de negocios en algún lugar del planeta. Ni Agustín sabía exactamente en cuál.

Durante la cena, evitaron conversar sobre la investigación por una razón de buen gusto y por la presencia de los servidores. No querían ningún tipo de filtración ni de testigos. Estaban casi paranoicos por los problemas que presentaba el caso. Era una comida de amigos con una charla rápida, llena de bromas y carcajadas.

Mirta, la insignificante y escuálida Mirta, estaba en su esplendor intelectual, ayudada por el vino y la comida. Aunque era aguda y hasta simpática, su atuendo seguía siendo el mismo de siempre.

Faltaba poco para la primera reunión con la gente de la Argentina. En ella le informarían acerca del estado de las investigaciones, el desarrollo de los productos y las estadísticas obtenidas en el país. Quería que hablaran ese primer día, y dejar el planteo y los detalles de la desactivación del ALS-1506/AR para el resto de la semana.

El miércoles llegaba a Río el supervisor desde los Estados Unidos. No lo había conocido en las reuniones de Nueva York, pero sabía que se trataba de un tipo desagradable, con fama de duro e impiadoso.

No era el mejor momento para recibirlo. Estaban los argentinos y sabía que en ese país había algunos problemas con los requisitos para la autorización de la investigación clínica. Quizá fuera mejor que el americano estuviera en esas reuniones. Así valoraría mejor su trabajo.

Pero tenía que evitar a toda costa que le imputaran una falta de previsión, y para ello necesitaba un cabeza de turco. Había pensado en el gerente médico del Laboratorio en la Argentina. Era un pedante, a veces insoportable, y ocupaba un cargo que era naturalmente responsable de cualquier incumplimiento de las normas

legales o éticas de una investigación.

Para eso tenía que moverse con cuidado. Tenía dos días, el lunes y el martes, para sembrar el temor en el grupo. Había que establecer y analizar la responsabilidad en la falta de cumplimiento de los requisitos gubernamentales y los demás yerros u omisiones cometidos. Para eso estaban todos: el gerente para la Argentina, el jefe de comercialización, el gerente médico, el asesor legal y los dos adscriptos que venían, alegremente, en la delegación.

Varios de ellos podían cargar con el muerto. Y el que resultara responsable perdería su puesto en la compañía sin perjuicio de ser el fusible frente a problemas que pudieran surgir con Nueva York, la opinión pública, las autoridades sanitarias y hasta la justicia.

Volvió a pensar que el gerente médico sería el ideal. Era un hombre que había entrado hacía unos diez años para ayudar a organizar el departamento médico, cuando la compañía había decidido encarar una política de expansión en la Argentina y el viejo facultativo que ocupaba el puesto desde hacía mucho tiempo no tenía fuerzas ni ganas para acompañar los nuevos planes.

El encargado del área fue seleccionado por una agencia de colocaciones entre aquellos que tenían experiencia en puestos similares. El doctor Bernardo Davell tenía antecedentes en un laboratorio pequeño y una enorme ambición, por lo que aceptó encantado el ofrecimiento. Así asumió la gerencia médica de Laboratorios Alcmaeon, con responsabilidad en todos sus sectores: propaganda, congresos e... investigación científica.

Oscar sabía de su ductilidad a cualquier necesidad. Aunque parecía alguien que dominaba la situación, en el fondo era un hombre capaz de cualquier actitud, porque siempre estaba dispuesto a implementar las conductas necesarias para un objetivo comercial, según los beneficios personales que pudiera obtener.

Con él no había dificultades ni negativas y, desde que se incorporó, pasó a ser un importante aliado de la gerencia regional y las gerencias de marketing, antipatías aparte. Leyro Serra siempre lo había considerado un servil, pero un servil útil. Ahora, si era necesario, prestaría el último servicio a la organización: cargar con los errores de la tramitación de las autorizaciones para el ALS-1506/AR.

Era, naturalmente, el funcionario responsable dentro del organigrama. Nadie más adecuado que él.

Agustín ordenó que el café lo sirvieran en el living y todos se levantaron de la mesa. La comida había estado magnífica, y Julia se sentía empujada con sus fideos y el pollo a la mostaza, que eran los dos únicos platos que sabía preparar.

Se sentaron en mullidos sillones y sólo Agustín aceptó el cognac que le ofreció el valet, antes de retirarse dejando una bandeja con una cafetera llena y un par de platos con masas secas.

—Estuve pensando —dijo Ernesto, interrumpiendo la conversación de su mujer con Agustín sobre cómo se preparaba la carne que habían comido— que es demasiado poco lo que tenemos. El problema es que empezamos todo esto con un planteo equivocado.

—Pero... —trató de intervenir Julia.

—No, querida. No es ningún cargo para vos. Sólo estoy tratando de poner los hechos en blanco y negro para que tomemos una decisión. Yo también me entusiasmé con el planteo y lo cierto es que llegamos hasta acá. Casi al punto de partida. Tenemos que resolver si seguimos o nos olvidamos de todo.

Se detuvo un momento, mirando a los otros tres para asegurarse de que estuvieran preparados para hacer un análisis objetivo y razonable de los hechos.

—Estamos seguros —continuó— de que se hicieron investigaciones clínicas con seres humanos con una nueva droga oncológica, ¿sí? —Sólo su mujer asintió con la cabeza—. Incluso tenemos, aunque obtenidos de manera ilegal, todos los resultados de esas investigaciones, quiénes las hicieron, quiénes murieron y quiénes sobrevivieron.

—En realidad, los datos de la computadora están cargados hasta hace un mes, y no sabemos quiénes recibieron el placebo y quiénes la medicación.

—Cierto, pero eso no modifica las cosas. —Ernesto hizo una pausa y siguió—. Ahora queda por determinar si esas investigaciones fueron realizadas cumpliendo con los requisitos de la ley y con el previo e informado consentimiento de los pacientes... o no. Ésa es la diferencia entre una actividad científica legal o una delictual. El respeto o la cárcel, el prestigio o la destrucción de quienes lo hicieron.

Un silencio ganó la sala, como si todos estuvieran pensando en la conclusión de Ernesto. Era impecable.

Agustín fue el primero en hablar.

—Hay dos cosas que no alcanzo a ordenar en mi cabeza: la diferencia entre lo científico y lo delictual, y la influencia que puede tener el éxito o el fracaso en esa calificación.

»Sé que es un tema recurrente cada vez que nos juntamos, pero no puedo entender que cumplir o no con una autorización del gobierno y pedirle el consentimiento a pacientes que se encuentran en estado terminal, pueda ser la diferencia entre el aplauso de la sociedad o la cárcel. Es demasiado.

»Tampoco puedo imaginarme cómo se van a juzgar estos hechos, que pueden ser homicidios, si la investigación tiene éxito. Alguien dijo los otros días: a Fleming, Pasteur o Madame Curie nadie le preguntó nada cuando descubrieron la penicilina o la cura de la rabia. Todos aplaudieron, les hicieron monumentos y hay montones de hospitales en el mundo con sus nombres.

—Eran otras épocas —alegó Ernesto.

—¿Otras épocas...? ¿Cuál es la diferencia? Si alguien hoy se presentara diciendo que encontró la cura para el sida o el cáncer, ¿se le preguntaría cómo llegó a la



pastilla? ¿Cuántos murieron? Entonces, ¿cuál es la diferencia? —volvió a preguntar.  
—Nuremberg —dijo Mirta.

## Capítulo 3

Los seis hombres estaban sentados alrededor de la mesa de reuniones. Conversaban entre sí y con el asesor legal de la gerencia regional, a quien Leyro Serra le había pedido que asistiera. Temía, por los informes, que los incumplimientos formales pudieran ocasionar problemas importantes, y para eso necesitaba un abogado de confianza.

Cuando entró al salón, todos se pararon en tiempos distintos. Los fue saludando uno por uno. Salvo a los dos adscriptos, ambos psicólogos, a los otros cuatro los conocía. Con alguno de ellos había intimado en alguna convención o en una visita a Buenos Aires. Ahora era importante saber de las bondades y debilidades de cada uno.

Las primeras dos horas fueron utilizadas para que el gerente del país, Aníbal Geppe, expusiera lo que había preparado sobre el estado de la compañía, las campañas, el nivel de ventas, los problemas de personal y de la economía en la Argentina.

No era lo que más le importaba, pero se trataba de un ritual inicial de toda reunión de la gente de un país con su gerente regional. No se lo podía saltar sin causar alarma. La convocatoria debía parecer de rutina y las novedades serían, entre otras, la desactivación de las investigaciones con ALS-1506/AR y el inicio de la campaña de venta de productos libres. Se tratarían como dos temas importantes, pero no serían otra cosa que una marcha normal de los negocios de la empresa. Nada ni nadie, en ninguno de los países donde se dejaría de investigar con ALS-1506/AR, debía prender una luz roja. Todo debía parecer normal, el devenir habitual de una investigación y de una nueva campaña de ventas.

Oscar Leyro Serra se detuvo en algunos detalles respecto de las investigaciones clínicas en curso. Además del ALS-1506/AR, tenían un producto para la glucemia y una vacuna para una cepa resistente de la gripe, que seguían sus pasos normales y con objetivos más modestos. No tenían implicaciones sociales y, por supuesto, eran mucho menos dañinos física y psicológicamente que los dirigidos a los enfermos de cáncer.

Luego le tocó el turno al gerente de comercialización. Con cuadros repletos de estadísticas, intentaba justificar por qué no se habían cumplido los objetivos fijados a principios del año anterior y cuáles eran los factores de corrección que debían aplicarse para lograrlos. Leyro Serra, severo, le hizo notar que en otros países latinoamericanos, con situaciones sociales, económicas y médicas similares, los objetivos habían sido alcanzados y, en algunos casos, superados.

Gozó en ver la palidez del gerente, que veía peligrar su puesto y que trató de dar explicaciones convincentes, pero no sólo no lo logró sino que se enredó en la justificación de forma tal que incomodó al resto.

Oscar Leyro Serra necesitaba crear la inquietud en ese hombre que, en parte, tenía razón. En la campaña de ventas de productos libres su actividad iba a ser esencial, y

su preocupación por mantener su posición dentro de la compañía lo haría esforzarse para compensar las falencias puestas en descubierto en su propia exposición.

Le tocaba el turno al gerente médico, pero Leyro Serra le otorgó la palabra al asesor legal. El abogado era joven, elegante y desenvuelto, y no estaba a sueldo de la compañía sino que era el hombre designado por un estudio externo para atender a ese cliente.

Tenía una gran ventaja sobre los otros. Era el único que no dependía de los Laboratorios Alcmaeon, sino del estudio que lo empleaba y que ejercía la atención legal integral de la compañía en el país. Si su desempeño no era adecuado, seguramente tendría problemas y sería sustituido por otro abogado, pero el estudio no perdería a su cliente y menos a los Laboratorios Alcmaeon.

Siguió un orden que lo llevaba de lo general a las particularidades. Comenzó por la situación societaria de la empresa, el cumplimiento de las formalidades de las asambleas de accionistas, las reuniones de directorio y presentaciones de balances. También analizó el grado de cumplimiento de las leyes sociales y de las relaciones sindicales. En la empresa no había conflictos laborales.

Se explayó sobre los pocos juicios en que estaba demandada la compañía. Había algunas acciones contra contratistas y proveedores incumplidores que seguían su trámite y que prometían indemnizaciones importantes. Tenían un sumario por la venta de productos vencidos que atribuyó a la responsabilidad de una droguería a la que le habían rescindido el contrato de distribución e iniciado una acción de daños y perjuicios.

El juicio más complicado se refería a un error del propio Laboratorio en el envasamiento de un medicamento donde se cargó una partida de pastillas con una dosificación mayor a la que se consignaba en las cajas, causando problemas de sobredosis.

Leyro Serra no dejó pasar el tema e hizo que el abogado explicara con todo detenimiento en qué consistía el error, el daño y las posibles consecuencias patrimoniales y de imagen. Los anteriores expositores nada habían dicho sobre el problema porque sabían lo dificultoso que era explicarlo. Era un error imperdonable, con una escala de responsables que llegaba hasta el mismo gerente del país.

Estuvieron toda la tarde con ese tema y finalmente el abogado recibió instrucciones de tratar de terminar con el juicio lo antes posible aunque tuviera un costo económico exagerado. La indemnización por la parálisis de un menor de once años no podría resultar barata, y su importe saldría de la disminución de los bonos de gratificación de los ejecutivos de la Argentina. Ya nadie sonreía.

A las ocho de la noche dieron por terminada la reunión y no fueron invitados a cenar por el director regional, como era costumbre. A Leyro Serra se lo notaba molesto. Había encontrado un error importante en la línea de sus ejecutivos y no lo perdonaba.

Era un mal comienzo de la ronda de reuniones, que esa noche seguramente

comentarían antes de la cena sin la presencia de las mujeres y sin el traidor del abogado externo, que los había delatado.

En un restaurante frente a la Lagoa había una mesa reservada para que los dos abogados, el de la gerencia regional y el de Argentina, cenaran esa noche para conversar de temas comunes.

—¿Nuremberg? —preguntó asombrado Ernesto, tratando de conectar qué tenía que ver una cosa con la otra.

—Sí..., el Código de Nuremberg.

Los dos fiscales trataban de encontrar dentro de sus conocimientos ese código y no lo lograron. No lo conocían, nunca lo habían oído nombrar.

—Cuando los aliados reconquistaron Europa —comenzó a explicar Mirta—, se encontraron con todo tipo de cosas, entre ellas, los campos de concentración. Más allá de cuántos fueron los judíos que murieron en esos campos, quiénes fueron los responsables y qué sabía el pueblo alemán de ellos, también aparecieron los resultados de las investigaciones médicas y balísticas, entre otras cosas. La guerra las había hecho «necesarias», al igual que la anestesia, aparecida en la Primera Guerra Mundial.

Los tres interlocutores estaban absortos ante la explicación de esa mujer que, creían, sólo sabía de computación y que todos, sin excepción, habían limitado a ese rol.

—En Nuremberg, además de las condenas que todos conocen de los jefes nazis, fueron juzgados 21 médicos —veinte hombres y una mujer—, todos ellos brillantes profesionales con antecedentes académicos casi insuperables para la época. Lo paradójico es que a ellos se les deben avances enormes en la medicina pero fueron condenados, ocho a muerte, porque esos avances fueron logrados experimentando con seres humanos.

—¿Pero no lo hacen todos? —preguntó Agustín.

—Sí, claro. No hay experiencia que no termine en los seres humanos, de otra forma no sería posible la administración masiva de drogas.

—¿Entonces?

—La diferencia que esos seres humanos eran judíos prisioneros de los campos de concentración usados como conejillos de Indias.

—¿Es lo mismo que hicieron aquí en Buenos Aires?

—A lo mejor, si no tuvo el consentimiento de los pacientes.

—Vamos, ¡por favor!

A las diez comenzó la nueva reunión de los directivos de la sucursal de Argentina y el director regional de Laboratorios Alcmæon en el imponente edificio de Río.

Estaban las mismas personas que el día anterior, incluso los abogados que ahora charlaban frente al ventanal en el momento en que entró Oscar Leyro Serra al salón.

El gerente regional saludó brevemente y se sentó en la cabecera. Su rostro revelaba severidad, pero en su interior estaba calmo, casi risueño. Después de lo pasado en Nueva York y el desastroso regreso a Brasil con el accidente y sus falencias sexuales, casi nada parecía afectarlo. Es más, situaciones como éstas le devolvían esa sensación de poder que integraba su personalidad.

—Señores, el tema de ayer me ha dejado muy preocupado —dijo tratando de que su castellano no pareciera demasiado primario—, son las cosas que en la empresa no pueden suceder. Los controles de calidad, la excelencia de los productos y la confianza que debemos inspirar en la población son nuestra razón de ser. Si los perdemos, desaparecemos, ¿me entienden?

—Sí, señor —intervino el gerente de la Argentina, sentado a su lado—, pero quería puntualizarle que se trató de un problema aislado y corregido en cuanto se detectó.

—¿Y cuándo se detectó? —preguntó agresivo. Un silencio ganó la sala y Leyro Serra repitió—: ¿Cuándo se detectó, señor?

—Cuando tuvimos noticias de la sobredosis en ese muchacho.

—¿Y qué hicieron?

—Analizamos la veracidad del rumor e inmediatamente retiramos todos los envases de las distribuidoras y las farmacias.

—¿Recuperaron todas?

—No, por supuesto que no. Estuvieron a la venta cerca de veinte días.

—¿Cuántas cajas faltaron?

Otro largo silencio, hasta que el gerente dijo:

—Ochenta y cuatro, señor.

—¿Y no hubo otro reclamo u otro juicio?

—No, afortunadamente no —dijo el abogado argentino.

—¿Y podemos tenerlo?

—Es posible, pero difícil porque ya hubiéramos tenido noticias.

—Crucen los dedos señores, porque estoy seguro que una sobredosis de COAG en ochenta y cuatro cajas vendidas debe haber producido daños importantes que no se atribuyó a la medicación. Un imperdonable error, que hay que reparar cuanto antes e impedir que se difunda al público.

El silencio ganó nuevamente la sala, mientras el director regional buscaba algo dentro de su carpeta. Encontró un papel que leyó durante unos minutos hasta que lo abandonó, cerrándola y apoyando sobre ella sus manos entrelazadas. Levantó la vista y percibió la mirada temerosa de aquellos hombres. El poder, el poder...

—Doctor Davell, me gustaría escuchar su informe sobre su área en la Argentina —ordenó al gerente médico.

El requerido pidió permiso para usar el proyector para sus cuadros y una vez que

se oscureció la sala comenzó a exponer señalando con el punto rojo de una linterna láser.

El hombre vestido con un traje oscuro, camisa con gemelos y una corbata coloridamente sobria, no parecía un médico sino un agresivo y efectivo ejecutivo que describía una política de penetración en el mercado. Y eso era precisamente lo que hacía.

Con gráficos y estadísticas, comenzó a mostrar la influencia para las ventas que tenía la revista del laboratorio, con sus notas y artículos de importantes profesores nacionales y extranjeros. La publicación se distribuía en forma gratuita casi entre cincuenta mil médicos de Argentina, Uruguay y Paraguay.

—Parece mentira, pero no se imagina usted cuántos médicos de estos países no leen inglés ni usan Internet. Estas publicaciones son gratis y tienen un bien ganado prestigio. Muchos las leen y completan sus conocimientos con charlas de colegas en el hospital y lo que les dicen los visitantes médicos. A veces, son las únicas fuentes de actualización que tienen.

»Por eso mismo, el año pasado hemos patrocinado ocho congresos, uno internacional y siete nacionales en distintas especialidades. También hacemos simposios y alentamos viajes de profesionales elegidos y buenos prescriptores a congresos en el exterior.

»Nuestros congresos y simposios son muy exitosos. Garantizamos buen café para el break, inscripción gratis y diploma —dijo lanzando una carcajada grosera, y al ver que nadie compartía su gracia, agregó—: También nos aseguramos que haya buenos temas y profesores.

»Lo cierto es que tenemos un cuerpo de doscientos noventa y cuatro visitantes que recorren hospitales y consultorios, logrando interesar a los médicos en nuestros productos. Además, nos mantienen actualizados sobre las necesidades e intereses de los profesionales, que tratamos de satisfacer dentro de nuestras posibilidades presupuestarias.

El gerente médico se interrumpió. Era hora de almorzar, todos se dirigieron al comedor, pero Leyro Serra no concurrió alegando un compromiso ineludible. Casi todos los hombres comieron y bebieron copiosamente, sin respetar la norma interna que prohibía beber alcohol en las reuniones de trabajo. Alguien había transmitido mal una orden al sector de cocina. El abogado externo tampoco fue de la partida, porque sentía la agresividad del grupo y prefirió cambiarse en el hotel que estaba a dos cuadras y pasar un rato distendido en la playa.

La reunión se reinició a las tres y media de la tarde, y el grupo había perdido la lozanía de la mañana. El doctor Davell, que debía completar su exposición, hubiera querido estar durmiendo una siesta. Las tres tazas de café y las reiteradas refrescadas en el baño no alcanzaban para ponerlo en forma ¡y Leyro Serra se demoró en volver!

Cuando estuvieron todos sentados a la larga mesa, el gerente médico continuó explicando los procedimientos para la fabricación de medicamentos, adentrándose en

áreas que correspondían a otros, pero esquivando prolijamente el yerro en el envase de COAG.

El discurso se había convertido en algo monótono, que exigía el mayor de los esfuerzos de los adormilados compañeros de sucursal. Sólo Oscar Leyro Serra, que lo interrumpía pidiendo precisiones, y los dos abogados parecían mantener el nivel de interés.

Dos horas tuvo que hablar el doctor Davell. Las huellas del cansancio eran visibles en su cuerpo. El cabello castaño, tan prolijamente peinado a la mañana, se iba desacomodando a medida que su mano nerviosa lo llevaba hacia atrás. Una suave sombra se iba insinuando bajo sus ojos, y el hombre ya no sonreía tan a menudo ni hacía chistes.

Finalmente, comenzó a hablar de los trabajos de investigación. Ponderó los éxitos de las otras dos investigaciones, hasta que llegó a la que consideraba una estrella de la compañía: la investigación de la droga ALS-1506/AR. Explicó los equipos que se habían formado para llevarla adelante, los grupos de pacientes involucrados, la exactitud en las evaluaciones y la puntualidad de los envíos de los informes a la central de San Diego, con la cual tenía contactos permanentes.

—Doctor Davell —lo interrumpió Leyro Serra—, ¿todos estos estudios son rentados?

—Sí, claro. Le pagamos dos mil trescientos dólares al investigador jefe por cada paciente, y él se encarga de pagarles a los médicos y al resto del personal necesario. Además, invitamos a algunos médicos a Nueva York o a San Diego para que conozcan nuestras sedes, y patrocinamos a otros interesados en congresos... en especial si se hacen en Estados Unidos o Europa.

—Bien..., ¿y no ha habido problemas con el flujo de fondos?

—No, señor. El dinero asignado a la investigación lo manejo directamente con el sector de finanzas, al que le rindo cuentas de su uso.

—Es decir que, a su criterio, estas investigaciones están bien encaminadas...

—Sí, señor.

—¿Y se ha cumplido con todos los requisitos legales?

—Bueno, en realidad... —atinó a decir mientras buscaba auxilio en su distraído gerente.

La reunión tomó súbito interés para todos. La pregunta del director regional pareció encender una luz roja en la mente de aquellos hombres adormilados.

—Usted recordará, señor, la urgencia en comenzar las investigaciones... — intentó defender Geppe, el gerente de Argentina.

—Sí, claro. Estábamos retrasados... —contestó Leyro Serra casi displicente, dejando la frase sin terminar.

—Por eso debimos sortear algunas presentaciones para poder comenzar a investigar. Usted sabe que la autorización es previa y con el problema de las huelgas no podíamos aguantar las demoras que tuvimos al comienzo. Ya teníamos armados

los equipos con los grupos dos y tres... no es tan fácil conseguir los pacientes, y si el tiempo pasa se pueden morir o desistir.

—¿Y qué hicieron? —preguntó el gerente severo, sabiendo la respuesta.

—Evitamos a la Administración de Medicamentos y comenzamos esas investigaciones sin la autorización... La teníamos autorizada para el grupo uno. ¡Vaya a saber el tiempo que tardarían para una nueva!

—A ver si le entendí, señor. ¿Usted me está diciendo que para el ALS-1506/AR tenemos autorización para investigar con un grupo y que con los grupos dos y tres, que están ahora bajo tratamiento, se está actuando ilegalmente?

—Bueno... decir ilegalmente es una exageración.

—Si no está autorizado, es ilegal. —La tensión del ambiente podía notarse sin ser demasiado sensible. Todos estaban pendientes del diálogo, y la resaca del almuerzo había sido olvidada. Los abogados tomaban frenéticas notas en sus blocks de hojas amarillas.

—Tenemos permiso para el grupo uno, que ha terminado su fase de administración de la droga y los pacientes están en observación.

—¿Y en qué nivel están los demás?

—En distintas etapas... Nos demoramos bastante porque en la Administración estaban en huelga y esperamos hasta que decidimos largamos.

—¿Quién es el investigador jefe?

—El doctor Marcelo Salinas.

—¿Para los dos grupos?

—Sí, señor.

—¿Y admitió hacer la investigación sin las autorizaciones? —preguntó Leyro Serra, incisivo.

—Sí, siempre ha despreciado a los burócratas y está dispuesto a terminar su trabajo sin que ellos se enteren.

—¿Usted tiene conciencia del riesgo que asumimos?

—Sí, señor, pero fue una decisión del doctor Salinas, y era tanta la urgencia de la gerencia regional en continuar con los grupos dos y tres que... —contraatacó.

—¿Habrá cumplido el doctor Salinas con los requisitos del expreso consentimiento de los pacientes? —preguntó, ahora francamente alarmado.

—Me imagino que sí.

—Mirta, ¡no seas cabeza dura! Nadie le preguntó a Fleming cuántos de sus pacientes murieron para que descubriera la penicilina, sino que lo aplaudieron porque salvó a millones de personas de padecer enfermedades tremendas...

—¡El cabeza dura sos vos! Te encerrás en ese argumento que tiene su validez para otra época, pero la humanidad ha avanzado y el respeto por la persona tiene un nivel diferente después del genocidio nazi.



—Sí, porque los muertos fueron judíos... Si fueran palestinos no importaría.

—¡Racista hijo de puta! —lo acusó ella con furia.

—Perdóname Mirta... no me di cuenta —atinó a decir Agustín, enrojeciendo—. No quise decir eso.

Un pesado silencio ganó el ambiente, dejando la discusión en suspenso, porque habían entrado en un campo minado.

Ernesto se preguntó si Nuremberg habría existido en el caso de que Alemania hubiera ganado la guerra. Seguramente no y otro tribunal, en otro lugar del mundo, condenaría a norteamericanos e ingleses por las atrocidades que nunca se habían dado a conocer. Y también por Nagasaki e Hiroshima, que sí se habían conocido.

Julia se levantó a preparar café. El grupo seguía silencioso, tratando de distraerse con el ulular lejano de una sirena o jugando con los cubiertos.

—Bueno, otro día vamos a seguir hablando sobre el ser y el deber ser. Sobre la responsabilidad de los vencidos y la inflexibilidad de los vencedores. Ahora, con nuestro tema, estamos en un punto muerto del que no salimos si no conseguimos dos datos.

—¿Cuáles? —preguntó Mirta redundante, tratando de romper el hielo que congelaba las relaciones.

—Determinar si Salinas y el laboratorio están autorizados por el gobierno, si han informado a los pacientes de la experiencia y si éstos prestaron su libre consentimiento.

—Yo me encargo del primer tema. Ustedes del segundo.

—¿Y cómo vas a hacer? —preguntó Ernesto.

—Mi novio trabaja en la Oficina de Medicamentos.

Los tres se quedaron boquiabiertos, no porque pudiera conseguir una información tan reservada e importante, sino porque tuviera un novio.

La reunión del martes terminó mal. Los yerros de la filial Argentina eran demasiados y groseros. Lo peor fue advertir que la responsabilidad era estructural y que iba subiendo hasta llegar al propio gerente regional. Parecía que toda la escala jerárquica se había aflojado, que nadie tenía claro cuáles eran sus obligaciones, dónde empezada la del otro y quién debía controlar todo el sistema para que no pasaran esas cosas.

Era cierto, aunque Leyro Serra no lo reconocería, que había exigido al gerente local la mayor urgencia para comenzar a investigar con los grupos dos y tres. Sabía que los procesos de África y el Oriente Europeo estaban adelantados, casi terminados, y hasta los otros países del área le llevaban la delantera.

Creó que el gerente recurriría a sus influencias y a alguna forma de soborno para apresurar las autorizaciones, pero nunca imaginó que ese doctor Salinas se largara a experimentar sin ser autorizado. Geppe ni siquiera sabía si había cumplido con la

obligación de tener el consentimiento de los pacientes.

La responsabilidad del laboratorio era enorme. Si algo así salía a la luz, su imagen se destrozaría en el mundo entero. Millones de dólares en propaganda serían tirados a la basura, las pérdidas en prestigio serían incalculables. La competencia se sentiría feliz de verlos caer, quizá sin advertir que se afectaba a toda la industria y que, si el escándalo se expandía, ensuciaría a todos, a los justos y a los pecadores.

Leyro Serra sintió que un escalofrío recorría su espalda y trató de no perder la calma. Su secretaria le acercó un papel donde lo anoticiaban que su *controler* no podía viajar y que llegaría el lunes siguiente a las seis de la mañana ¡Menos mal! En medio de semejante crisis, tener un supervisor encima podía ser fatal.

—Muy bien, señores. Vamos a seguir mañana a las nueve. Lamento tener que suspender nuestra cena de esta noche. Un problema urgente me lo impide —se justificó, levantando el papel que le había traído su secretaria. Ésta le preguntó por lo bajo:

—¿Suspendo la reserva en el restaurante?

—Sí, gracias.

Los hombres, agradecidos porque esa noche podrían descansar, acomodaron sus papeles para irse.

—Geppe, ¿puede quedarse un momento? —le dijo al gerente.

—Cómo no, señor —dijo el argentino, sumiso y alarmado. Ya había pasado un mal momento en la reunión, y el pedido no presagiaba nada bueno.

Cuando estuvieron solos, Leyro Serra llenó su vaso con agua mineral y tomó un sorbo, mientras el otro hombre lo miraba interrogante.

—¿Usted comprende la gravedad de nuestra situación? —le espetó sin anestesia.

—No creo que sea demasiado grave, señor. Allá es bastante común que se hagan investigaciones clínicas sin cumplir con todos los requisitos. Basta que sea gente seria y honesta.

—¿Nosotros lo hacemos?

—No, señor. Es la primera vez. Las normas de la compañía son estrictas en eso.

—Entonces, ¿cómo permitió que comenzaran nada menos que con el ALS-1506/AR? Usted es el que ordena que envíen las dosis, ¿no es cierto?

—Sí, señor, pero la urgencia era muy grande. Usted mismo me llamó varias veces para que le pusiera presión. Ya teníamos la autorización para el primer grupo, y conseguimos que el investigador para el dos y el tres fuera, otra vez, el profesor Marcelo Salinas. En realidad, la nueva experiencia era idéntica, salvando el hecho de que bajaba la dosis, lo cual la hacía menos peligrosa.

—¿Y le parece que eso justifica habernos metido en semejante problema? —preguntó el director regional en portugués, levantando la voz hasta hacerla sonar amenazadora.

—Supongo que no, señor. Pero tenemos grandes posibilidades de terminar sin que pase nada ni que nadie se entere.

—¡Las mismas posibilidades de que nos hagan pedazos!

—Señor —trató de justificarse el otro—, el peso científico del doctor Salinas y el prestigio del laboratorio harán que nadie se anime a hacer nada. Todo está en marcha y nada ha pasado.

—¿En verdad no sabe si han cumplido con el consentimiento de los pacientes?

—No, señor... ésa es una cuestión administrativa que el investigador jefe debe cumplir. Sólo cuando tenemos dudas, controlamos.

—Pero es fundamental, Geppe.

—Estoy seguro de que el profesor Salinas lo ha hecho.

—Pero, concretamente, usted no sabe si las tiene.

—No, señor.

—¡Quiero saberlo! —gritó Leyro Serra, golpeando con el puño en la mesa.

—Si me permite el teléfono, puedo averiguarlo ahora mismo —dijo Geppe, alarmado.

—Es algo que no se puede hablar por teléfono. Si los consentimientos no están, hay que advertirlo del problema y de la necesidad de que nadie se entere.

—En cuanto vuelva, le pido al profesor...

—Usted vuelve esta misma noche, Geppe, y mañana tiene una reunión con Salinas. Espero su llamada antes del mediodía. Le pido la mayor discreción. No quiero que nadie, ni siquiera la gente de su equipo, se entere de su misión en Buenos Aires.

—Lo comprendo, señor.

—Ah... —dijo Leyro Serra, pero de inmediato se arrepintió de ordenarle que se llevara a Davell—. No, nada más. Sólo tenga presente la necesidad de la absoluta discreción, y asegúrese de que el Dr. Salinas también la tenga.

—Lo haré.

—De esto depende su futuro. No lo olvide, Geppe.

En la estrecha oficina, el fiscal del crimen y su adjunto comían unos sándwiches que les había traído el ordenanza. La primera audiencia se había prolongado, y no tenían tiempo para almorzar antes de la siguiente indagatoria.

—¡Mírala a esta Mirta! —dijo Ernesto—. Tenía un novio. ¿No será una tapada? Cada vez me sorprende más.

—Yo la conocí cuando hice el curso de computación el año pasado, y siempre me pareció un palo vestido.

—Lo cierto es que si nos consigue el dato de la Oficina de Medicamentos, nos sacamos la lotería.

—Es importante —asintió Agustín—, pero mucho más importante es saber si estos tipos informan a los pacientes, les explican qué van a hacer con ellos y después firman el consentimiento frente a un testigo. —El adjunto tomó un sorbo de Coca

Cola light, y continuó hablando con vehemencia—: ¡Son pobres tipos, Ernesto! Son enfermos desesperados que ven la muerte a pocos pasos y se agarran a cualquier cosa que les ofrezcan.

—Y por eso se les exige tanto a los investigadores.

—Pero imagínate qué le pueden explicar a un albañil o a un jardinero sobre drogas nuevas que todavía no están probadas. Yo mismo no sé si entendería algo.

—Pero siempre hay un lenguaje para cada uno. Mucho peor es que no les digan nada y los inyecten.

—... Y creo que es lo que están haciendo —dijo apesadumbrado el adjunto.

—La diferencia es sutil. ¿Cómo puede decidir un enfermo que se muere? No tiene ninguna libertad para decidir, porque no sabe si tiene una chance con el tratamiento tradicional, y menos con uno nuevo que está en etapa experimental. Es como tirar una moneda al aire o confiar en un médico porque le parece más tierno o tiene mejor voz. Si se equivoca se muere, y si acierta... probablemente también.

—Exacto. Por eso no la entiendo a Mirta cuando discutimos.

—Yo la entiendo, Agustín. Es judía y los alemanes experimentaron con ellos como si fueran animales de laboratorio, aunque hicieran descubrimientos valiosos. Estos avances después los utilizaron los americanos, como en el caso de Von Braun y sus cohetes. Ahí ya no les importó el fruto del árbol prohibido.

—Es difícil tomar una posición inflexible en estos casos, porque los mismos que mataron a millones de civiles japoneses con un par de bombas son los que juzgan a los que mataron a los judíos o a los gitanos en forma individual.

—Si les hubieran ofrecido que con la experiencia zafaban de los campos, ¿habrían podido elegir?

—No, por supuesto que no. Estoy convencido que en la toda la vida son pocas las circunstancias en que podemos elegir, aunque creemos que todo el tiempo tenemos esa libertad.

—Entonces, menos puede elegir un prisionero o un enfermo grave.

El doctor Salinas estaba sorprendido. Que el gerente general de los Laboratorios Alcmaeon fuera a verlo en forma personal al hospital no tenía precedentes. Cada vez que había querido hablar sobre algún artículo a publicar, una investigación o invitarlo a un viaje, había bastado con un almuerzo en un buen restaurante o simplemente con una cordial charla telefónica.

Pero ahora lo tenía allí adelante, después de haber sido convocado la noche anterior desde algún lugar lejano. El señor Geppe le había pedido esa entrevista urgente, sin admitir que se encontraran a la tarde o en un almuerzo. No le quedó otro remedio que suspender el ateneo que tenía programado para esa mañana, al que le interesaba concurrir porque iría gente de la Dirección del hospital.

—Estimado señor Geppe —dijo Salinas pomposo en cuanto se sentaron—, es

para mí un gusto recibirlo en el hospital. Usted ve que no es tan cómodo como el consultorio, pero el presupuesto...

—Sí, claro. Pero es que tenía cierta urgencia en conversar con usted.

—Diga nomás, Geppe —lo animó Salinas, intrigado y confianzudo.

—Antes que nada quiero asegurarme que esta conversación quede entre nosotros dos y no tenga ninguna difusión.

—Claro. Soy médico.

—Bien ¿recuerda que acordamos investigar con los grupos dos y tres de ALS-1506/AR sin la autorización del gobierno, debido a la urgencia?

—Sí, esos burócratas...

—Pero, dígame, a pesar de no tener la autorización oficial, ¿usted se aseguró de tener la conformidad de los pacientes para la aplicación del ALS-1506/AR?

Salinas se sorprendió. Esperaba cualquier cosa menos eso.

—Bueno, en realidad...

—¿Las tiene o no? —repreguntó el gerente.

—Deben estar...

—¿Cómo «deben estar»? —dijo alarmado, inclinando su cuerpo hacia delante y abandonando el respaldar del sillón.

—Es una formalidad que derivo en cada investigador —contestó con su cara enorme encendida por el rubor.

—Pero ¿no tiene usted control sobre ellos?

—No... en ese aspecto, no. Yo me ocupo del control médico y científico —dijo Salinas casi agraviado, reacomodando su exagerado cuerpo en forma tal que el enorme abdomen se aplastaba contra el borde del escritorio.

—Doctor... yo confié en que usted era meticuloso en todos los aspectos... sus informes son completos y serios, pero...

—Pero, ése no es ningún problema, es una simple formalidad, Geppe. En las anteriores investigaciones no hubo inconvenientes ni los habrá en éstas.

—Me parece que en éstas sí...

—No se preocupe...

—Me están pidiendo de arriba que me asegure que las conformidades están. Parece que hablan muy en serio.

—Dígales que sí, Geppe. Cuando terminemos con los grupos dos y tres van a resultar innecesarias. ¿Están preocupados por algún problema en especial con el ALS-1506/AR?

—Doctor Salinas, necesito saber concretamente si tiene o 110 las conformidades firmadas.

—No lo sé, ya se lo dije, tengo que hablar con los médicos que intervienen en la investigación.

—Pero eso quiere decir que habría pacientes que no han prestado su conformidad.

—Puede ser —contestó el galeno con un gesto indefinido—. ¿Y podríamos

conseguirlas ahora?

—Sí, claro. No creo que haya problemas. Salvo, por supuesto, en el caso de aquellos que están muertos.

Mientras cruzaba la ciudad en el pequeño automóvil, Julia sentía la carga de haber alarmado a su marido con la muerte de Irma Bermúdez. La mañana estaba espléndida y la mujer quería borrar de su memoria la noche de su primer aniversario de casada.

En el problema estaban implicados, además de ellos, Agustín, Mirta y Federico Montes. Habían cometido delitos para averiguar los detalles, se habían complotado con un delincuente habitual y todavía no tenían resultados positivos.

Quizás aquel domingo tuviera suerte y encontraran las conformidades de los pacientes. De la autorización de la Oficina de Medicamentos se encargaría Mirta, y no tenía tanta relevancia porque todos creían que era el cumplimiento de formalidades para que un grupo de burócratas justificara sus puestos sin controlar nada.

Sin embargo, tenía una sensación contradictoria. Por un lado, quería que todo terminara sin complicar a ningún colega, y por otro, se sentía un paladín de la justicia.

Desde que se había recibido, tuvo noticias de cosas raras que pasaban dentro del ambiente. Amores clandestinos, alguna malversación, pagos de sobrepagos, grandes dosis de soberbia e ignorancia pero también amor al prójimo, abnegación y servicios prestados mucho más allá de las retribuciones materiales. No era otra cosa que la naturaleza humana.

No podía admitir que en nombre del avance científico, de los laureles que algunos querían exhibir o los importantes fondos que allegaban los laboratorios, se usara a la gente para experimentar.

Quería que todo terminara sin escándalo, reivindicando a la clase médica, a sus principios en los que creía casi con fanatismo pero, por otro lado, deseaba caer sobre los que violaban la ética con toda la fuerza y la potencia posible, para que nadie más lo intentara.

Pero había algo más, que no podía definir con exactitud. La investigación la había colocado en el mismo carro que su marido. Estaban peleando por primera vez juntos por algo en lo que creían.

Y, además, estaba aquello otro.

La entrada clandestina en el Servicio de Oncología para espiar sus documentos, sus datos estadísticos, sus historias clínicas, las intimidades de los escritorios y armarios, la excitaban. La excitaban sexualmente, y ella no podía impedirlo. Era un raro mecanismo que le avergonzaba descubrir y no podía confesar.

En sus cinco años como ginecóloga había escuchado de sus pacientes cosas que le

costaba digerir. Cómo operaban en la mente de esas mujeres estímulos extraños, muchas veces despreciables, pero sin los cuales no lograban satisfacerse ni disfrutar.

Siempre había tomado distancia de esas locuras que incluían el dolor, la angustia y hasta la destrucción en la pasión amorosa. No podía comprender aquellas distorsiones de la mente humana. Pero sus pacientes no sólo no lo consideraban así, sino que intentaban mantenerlas porque era la única forma de gozar.

En algunos casos había sentido asco por las confesiones de esas intimidades, y creía liberarse de su responsabilidad derivándolas a psiquiatría o a una psicóloga. Algunas se habían ofendido, y varias se habían enfrentado a su indicación con firmeza, como no lo hacían cuando les recetaba una medicación, higiene o exámenes complementarios.

Eran alteraciones de la mente humana que no podía entender. Las mantenía en la intimidad de la consulta y trataba de descartarlas de sus pensamientos, como si pudiera contagiarse. Ni siquiera lo comentaba con los colegas ni con otras personas, porque sentía repulsión. Sólo se había permitido hablarlo una vez con una joven y hermosa psicóloga con la que solía almorzar.

Aquella espléndida mujer le daba explicaciones científicas para esa situación, sin incluir jamás calificaciones morales o estéticas.

Ahora era ella la que estaba en esa situación que antes había rechazado. El delito, la clandestinidad, el peligro de ser descubierta, la excitaban como pocas otras cosas. La primera vez, cuando caminaba con Montes por los pasillos vacíos del hospital como si fueran dos médicos en tareas, había sentido como una garra que le estrujaba el estómago. Pero, inmediatamente, esa sensación había desaparecido para dar lugar a una plenitud que nunca había sentido. Su vagina se había humedecido, causándole espasmos de placer.

Durante todo el operativo había tenido que controlarse, aunque esa sensación era tan poderosa que a veces la obligaba a permanecer quieta apretando las piernas hasta que llegaba una especie de orgasmo liberador. Aquella tarde fue especialmente larga, y cuando se encontró con Ernesto habían tenido una noche loca de disfrute desconocido.

Un bocinazo la hizo salir de sus meditaciones. Julia avanzó con torpeza. Decidió consultar a la psicóloga, como si fuera el caso de una paciente, porque no estaba dispuesta a exhibir su debilidad.

—Si usted quiere, puedo reunir a los médicos investigadores para ver quiénes tienen firmadas las conformidades de sus pacientes —ofreció Salinas.

—¡No, doctor! —se apresuró a negarse Geppe, alarmado—. Ya le dije que no podemos alertar a nadie sobre el problema... debemos ser más que cautos en esta cuestión.

—Está bien.

—Doctor, debe haber una historia clínica en la que se incluyen este tipo de documentos, o quizás es un trámite administrativo previo al ingreso del paciente a los grupos de investigación que maneja el personal de la Secretaría.

—No lo sé... —dijo dubitativo el obeso jefe del servicio, para desesperación del ejecutivo.

Imaginaba que el tema de las conformidades no era una cuestión de máxima prioridad en los servicios, pero creía que su requerimiento estaba estandarizado. Se imaginaba que cuando proponían el tratamiento, daban una explicación. ¿Por qué no les hacían firmar en ese momento el formulario de conformidad? Y si no lo hacían los médicos, ¿por qué no lo hacían los administrativos? Era más que simple, pero fundamental, y nadie parecía tener conciencia de ello. Ni él mismo, hasta que Leyro Serra lo había intimado.

—Doctor, nunca me imaginé que...

—No se preocupe, Geppe. Hace años que estoy en la investigación y nunca tuve un problema.

—Usted no, pero yo ya lo tengo, doctor.

—¿A qué se refiere?

—El laboratorio es muy estricto en el cumplimiento de estas normas.

—Eso no sucede en los Estados Unidos o en Europa, pero aquí es muy común...

—Es que el laboratorio es internacional.

—Bueno, bueno, Geppe. Ellos sabrán comprender que si aquí cumplimos con todo lo que exigen los burócratas con su parsimonia y corrupción, nunca haríamos una investigación.

—No, no lo comprenderán.

—Entonces debemos manejarnos como si lo hubiéramos cumplido y así informarlo...

—Es muy peligroso, doctor. Pueden hacer una auditoría si tienen dudas.

—No lo harán, Geppe. Sería como pisarle la cola al león.

Si ellos hacen eso, nuestros burócratas se verán obligados a actuar y se armaría un escándalo.

—Es cierto. Es lo único que tenemos a nuestro favor. Pero, concretando, ¿hay alguna forma de saber quiénes han firmado la conformidad?

—Veamos el grupo uno —propuso el doctor Salinas. Abriendo un cajón, tomó un llavero. Con esfuerzo, levantó su exagerada humanidad.

Cruzó la habitación y fue hasta los archivos, detrás de los sillones que enmarcaban la mesita. Con una llave abrió uno de los muebles, tirando para sacar un cajón. Tomó un grupo de unas veinte carpetas y se sentó pesadamente, dejando los cartapacios sobre la mesa.

Geppe, dócil, se sentó en otro sillón esperando un milagro, mientras el médico comenzaba a abrir la primera carpeta escrita con gruesos caracteres de marcador negro.



El doctor Salinas respiraba fuerte mientras daba vuelta las hojas con rapidez. Al rato, comenzó a fijarse sólo en las primeras páginas de cada carpeta.

—¡Acá hay una! —dijo triunfante, y le estiró la carpeta al gerente, que la tomó presuroso.

El médico siguió revisando mientras Geppe leía la conformidad de un hombre de sesenta y cuatro años. El papel estaba firmado también por una tal Zulma Sánchez, en calidad de testigo. Era una larga hoja con una serie de cláusulas redactadas por algún abogado meticulado, que dejaba constancia de todas las posibilidades que pudieran presentarse y eximía a los médicos, enfermeras, investigadores y al hospital de cualquier responsabilidad.

Cuando terminó con la pila, Salinas se levantó apoyándose en los brazos del sillón y sacó el resto de las carpetas, algo más del doble de las que tenía sobre la mesita. Revisó todas y separó cuatro.

—En éstas también están las autorizaciones que tanto le preocupan. Todos son pacientes del doctor Virasoro.

—¿Y el resto? —preguntó Geppe, señalando las dos pilas que quedaron frente al médico.

—No hay nada —contestó el médico, impasible y casi desafiante.

—¿Quiere decir que en sólo estas cinco historias clínicas se tomó el recaudo de pedir la conformidad de los pacientes?

—Así parece... pero debe haber más...

—¿Y por qué en éstas sí y en aquéllas no?

—Porque en ésas interviene el doctor Virasoro... un hinchapelotas.

Esa mañana de domingo, la doctora Moret habría dado cualquier cosa con tal de no entrar por la enorme puerta del hospital. El guardapolvo doblado bajo el brazo le daba un pasaporte para circular. Llegó a la sala de médicos con el olfato acostumbrado al olor a desinfectante, encierro y miseria humana.

Dejó su cartera y el saco dentro del armario. Le puso el candado, sin poder olvidar lo fácil que le resultaba a Federico abrirlo, y se colocó el guardapolvo sin abrocharlo. Ya estaba lista para comenzar ese día en el que, además de médica, officiaría de ladrona de datos. El solo pensamiento la inquietó doblemente.

Ese día, la guardia en el hospital comenzó con problemas. Había un accidentado grave en el quirófano y la sala de espera comenzaba a llenarse con los más diversos inconvenientes y patologías. Su especialidad en ginecología no la eximía de la atención de todos los pacientes, como si fuera una médica clínica, y sólo podía derivar algunos casos de cirugía o aquellos que podían esperar hasta el día siguiente, cuando estuvieran en funcionamiento todos los servicios del hospital.

Esa mañana tuvo pocos momentos sin pacientes, que se quejaban de caerse de una escalera, de dolores de un cólico renal, un corte en una pierna y hasta un aborto,

aparentemente espontáneo.

A partir de las once y media, como era habitual, el público comenzó a escasear y la sala de espera a vaciarse. A las doce, todos estaban atendidos, internados o derivados, y al fin pudo tomarse un café con el compañero que le había tocado aquel día. Comentaron alguno que otro caso, mientras Julia miraba con disimulo la hora.

El otro médico aceptó quedarse a cubrir la guardia cuando ella le dijo que ese día era el cumpleaños de su marido y que le había prometido comer con él. En cuanto subió hasta la planta baja, sin sacarse el guardapolvo, en vez de salir, se dirigió hacia el patio interior, donde se encontraría con Federico Montes.

Mientras caminaba por los desolados pasillos, comenzaba a sentir esa excitación que tanto la perturbaba. Trató de distraerse planeando dónde debía buscar las autorizaciones dentro del servicio. Conocía el lugar y cuáles eran los muebles, dónde podrían encontrar la carpeta y cómo estaría rotulada.

Estuvo sentada en el banco del patio hasta que vio la figura de Federico avanzar por uno de los pasillos, saludándola alegre como si se encontraran para un *picnic*.

Se levantó guardando su sándwich, que casi no había probado, y se puso a su lado, encaminándose al servicio de oncología sin hablar. Julia volvió a sentir esa extraña excitación que la incomodaba en esos momentos tensos, donde debía tener todos sus sentidos agudizados... sin perturbaciones.

Llegaron a la puerta y Federico se inclinó, sacando del bolso sus herramientas.

—Está abierta —le dijo en voz baja.

Julia tomó el picaporte y entró con cautela. Con una seña, le dijo a Federico que la esperara afuera. Caminó sin el menor ruido por el pasillo, sintiendo cómo la adrenalina enloquecía sus sentidos. Al llegar a la puerta del director, la vio abierta y se asomó cuidadosa.

—¿Busca a alguien? —oyó que le decía una voz desde uno de los sillones del costado.

Julia se sobresaltó, porque no esperaba encontrar a nadie allí, y toda su atención se había concentrado en el escritorio.

—¡Me asustó!

—Y usted a mí, doctora —dijo un enorme hombre vestido de sport—. Soy el doctor Salinas, jefe del servicio.

—Mucho gusto, doctor. Soy Julia Moret y estoy de guardia. Como vi la puerta abierta, temí que alguien hubiera entrado.

—Sí, yo, por si le parece poco —le contestó él riendo y marcando su humanidad con las dos manos en el abdomen.

—Bueno, menos mal.

—¿Quiere tomar un café? —le ofreció el jefe, señalando un termo rodeado de jarritos.

—No, gracias, me esperan en la guardia.

—¡Vamos, doctora! A esta hora hay poca gente y el café está todavía caliente.

Julia pensó unos instantes. Era una buena oportunidad para tomar contacto con el famoso doctor Salinas. Quizá pudiera averiguar algo. Trató de calmarse y aceptó el café sentándose en uno de los sillones, sintiendo cómo su cuerpo temblaba ante lo imprevisto.

—Es raro ver a un jefe de servicio un día domingo en el hospital.

—Tenía que buscar algunos antecedentes para una conferencia que estoy preparando.

—¡Qué dura debe ser su especialidad, doctor!

—Como cualquiera, ¿usted qué hace?

—Gineco.

—Debo reconocer que para mí podría ser más divertido que la oncología —dijo con una risotada.

Julia sonrió y llevó la taza a los labios mientras trataba de ver qué tenía el doctor Salinas sobre la mesita. Creyó que eran las historias clínicas de la investigación y lo confirmó con los cajones abiertos de los archivos atrás del sillón. ¿Cuál podía ser la razón de semejante apuro que obligara al enorme y omnipotente doctor Salinas a trabajar un domingo?

—¿Sobre qué será la conferencia, doctor?

—Es una ponencia que vamos a presentar en la conferencia de la ASCO.

—Es la más importante de la especialidad, ¿no es cierto?

—Van veinte mil oncólogos de todo el mundo.

Julia silbó leve en señal de admiración. Sonriente, Salinas se animó a decir:

—Cómo hubiera disfrutado cuando era residente si me hubiera tocado una médica como usted en mi guardia.

—Muchas gracias, doctor. ¿Y la ponencia que van a presentar es sobre alguna patología en especial?

—Sí, sobre un tipo de cáncer que hemos estudiado e investigado en el servicio. Hay algunas formas nuevas de terapia con buenos resultados.

—Excelente. Debe ser realmente importante para usted poder presentarlo a esa conferencia.

—Realmente.

—Doctor, muchas gracias por el café, pero debo irme.

—¡Qué lástima! Estoy harto de estudiar estas historias clínicas y cuando la vi aparecer por la puerta, creí que se había hecho la luz.

Julia sonrió mientras se levantaba, pensando si no eran más que piropos inofensivos. Salinas dijo:

—La acompaño, necesito aire fresco.

Salieron al pasillo y Julia rogaba que Federico no estuviera esperándola. No había nadie a la vista; se había olvidado que su socio era un profesional. Si no se había ido, estaría escondido en algún lugar donde no lo verían.

El doctor Salinas le tomó la mano como al descuido y cuando ella lo miró

sorprendida vio una enorme cara que sonreía cómplice. Julia le devolvió la sonrisa y deslizó su mano de entre los dedos regordetes.

—¡Por favor, doctor! —dijo con una suave amonestación.

—Que nadie diga que no lo intenté.

Ese viernes, la reunión con los argentinos terminó tarde. La campaña para aumentar las ventas de productos libres, su publicidad y las técnicas de marketing llevaron más tiempo del calculado.

Sobre el escritorio se habían acumulado algunas cosas que, cuando estaba de viaje, eran resueltas por otros funcionarios de la compañía, pero que ahora quedaban a su consideración. Iba a tener que rediseñar los niveles de decisión y responsabilidad en la gerencia regional. Además, el lunes a primera hora llegaba su supervisor y debía ir a recibirlo.

Por suerte, los argentinos con sus problemas se habrían ido. La semana entrante les tocaba el turno a los brasileños, con los que tenía varias ventajas: hablaban el mismo idioma, pensaban en forma similar, el nivel de ventas era mayor al de toda la región junta y estaban en el mismo edificio, lo que les permitía manejarse con toda libertad en los tiempos libres, para disponer reuniones con o sin el supervisor.

La llamada de Geppe lo había dejado preocupado. El gerente de la sección argentina le había confirmado que no tenían todas las conformidades de los pacientes sometidos a la administración de ALS-1506/AR ni la autorización de la Oficina Nacional de Medicamentos.

¡Cómo podían ser tan inconscientes! Era cierto que los había intimado a que aceleraran la iniciación de nuevos grupos de investigación, que había una dura huelga en el organismo que controlaba y que el profesor Salinas era un hombre prestigioso y de plena confianza, pero nunca se podía dejar de cumplir con ese requisito básico en cualquier investigación con seres humanos.

Se podía alegar que el grupo uno estaba autorizado y que el dos y el tres eran de idéntica conformación y con una dosificación menor. Nada más que la continuación de una única experiencia, como argumentaba Geppe. Podía admitir que no hubieran presentado el permiso previo para los grupos nuevos, pero nunca que se omitiera la conformidad de los pacientes.

El inútil de Geppe ni siquiera le había podido confirmar con cuántas conformidades se contaba; Leyro Serra sospechaba que no eran muchas. Después de sus duras palabras, el argentino le prometió que el lunes o el martes, a más tardar, tendría los números exactos.

Si algo así llegaba a trascender, el escándalo sería enorme. El mundo estaba demasiado sensibilizado en experiencias con seres humanos. Mucho más cuando se trataba de países en desarrollo y de drogas oncológicas. Ni siquiera podía demostrarse la inocuidad, porque el índice de mortandad, si bien no era elevado, existía y en una

proporción quizá superior al estándar del tratamiento tradicional.

¡Un gran problema! Lo tenía allí delante y era consciente de que en alguna forma había ayudado a crearlo. No quedaba otro remedio que cubrir todo lo que se podía y cruzar los dedos para que nadie lo advirtiera. En su larga vida en la industria, había sabido de otras investigaciones con problemas que pasaban desapercibidas para la gente y la prensa. Esperaba que éste fuera uno de los casos.

Súbitamente, se sintió muy cansado y el solo pensamiento de viajar esa noche o a la mañana siguiente a Angra lo abrumó. Debía volver el domingo a la tarde para estar a las seis de la mañana en el Galeão buscando al supervisor.

Marcó rápidamente unos números en el teléfono y esperó:

—¿Suzely? Perdona, ¿está la señora? Por favor, dígame que se me han complicado las cosas y que no podré viajar este fin de semana. ¿Y las chicas?

Habló un rato con sus hijas, tratando de explicarles por qué no iría el fin de semana y no cumpliría con su promesa de llevarlas a pescar en una barca. Al fin las convenció de que lo dejarían para el otro sábado.

¿Dónde estaría Suzely?

—Doctor Salinas... —dijo la enfermera después de golpear suave la puerta de entrada a su despacho—. Lo busca una tal doctora Moret.

—¿Doctora Moret?

—Dice que es de Ginecología.

—¿De ginecología? —En un par de segundos, Salinas ubicó la figura de esa espléndida médica que lo había encontrado el domingo en el despacho. Su cara abotagada se iluminó al recordar sus ojos azules.

—¡Que pase! ¡Que pase! —ordenó con un súbito interés.

—¿Cómo está, doctor? —saludó Julia con su más amplia sonrisa.

—¿Cómo le va, doctorcita? —le contestó Salinas, extendiéndole la mano regordeta—. Perdona que no me levante pero... —dijo señalando las carpetas que tenía sobre su regazo, aunque Julia sospechaba que levantarse del sillón le implicaba un importante esfuerzo.

—Muy bien, gracias. Pasaba por aquí y pensé en visitarlo...

—Perfecto —la alentó, zalamero.

—En el departamento estamos planificando comenzar un estudio con las estadísticas sobre el cáncer de mama y pensé que quizá podríamos complementarnos...

—Doctor Salinas —dijo una voz metálica desde un micrófono del escritorio—, lo llama el señor Geppe de Laboratorios Alcmaeon.

El médico, con un gesto de fastidio, se palanqueó con ambas manos en los apoyabrazos del sillón y, con trabajo, logró zafar del encastre de su enorme cuerpo.

—Discúlpeme —le dijo a Julia mientras dejaba la carpeta sobre la mesita. Se

encaminó hacia el escritorio y apretó una tecla.

—Páselo —dijo, quedándose parado frente al escritorio con el tubo en la mano—. ¿Cómo le va, Geppe?

Julia miró con disimulo y sólo vio la enorme espalda del médico, que parecía querer cierta intimidad en la conversación hablando en voz baja y sin que se le viera la boca.

La médica estiró el cuello para leer en la carpeta abierta y vio una hoja impresa que con letras grandes y en negrita decía «LABORATORIOS ALCMAEON», debajo del logotipo tan conocido. La carpeta llevaba un título: «CONSENTIMIENTO PARA PARTICIPAR DE LA INVESTIGACIÓN DE ALS-1506/AR».

Con cuidado, tratando de que su cuerpo tapara el movimiento de sus manos, levantó la hoja y revisó las otras de la carpeta, advirtiendo que estaban escritas con distintos tipos de letra y firmadas. ¡Eran los consentimientos! Miró una vez más hacia atrás y volvió a ver la espalda de Salinas mientras oía sólo un murmullo de su conversación.

Del bolsillo de su guardapolvo sacó un recetario y un bolígrafo. Rápidamente, temblando, comenzó a anotar los nombres y apellidos que figuraban en esas hojas. En un instante tomó los cinco nombres, guardó el recetario y colgó la lapicera en el bolsillo superior.

Julia se recostó en el sillón, transpirando y sintiendo cómo la humedad se escurría por sus piernas, mojando su ropa interior.

En cuanto llegó al departamento, la urgencia se hizo insoportable. Dejó todo lo que traía sobre el sillón del living y fue a buscar la carpeta de tapas verdes donde, prolijamente archivadas, estaban las listas impresas de los pacientes en que se había experimentado.

Con la hoja manuscrita abierta a su lado, comenzó a recorrer los listados hasta que pudo encontrar la coincidencia de uno de los nombres. A partir de allí, todo fue sencillo.

Las hojas de la carpeta que consiguió espiar eran las conformidades de los pacientes. Ella vio cinco y parecían estar completas y firmadas, con los espacios en blanco cerrados y realizadas delante de uno o dos testigos que también firmaban.

La pregunta que se imponía era: ¿Por qué tan pocos formularios? ¿Por qué estaban en una misma carpeta? ¿Habría otras carpetas que no había podido ver y que quizás estaban en la pila? Después de cotejar las listas generales con los nombres escritos apresuradamente en el papel, surgió la respuesta: todos eran pacientes del doctor Ramón Virasoro, según figuraba en el listado que tenía frente a la computadora.

¿Los demás pacientes tratados por otros médicos contaban con igual información? ¿Habían firmado su acuerdo con las formalidades exigidas por la ley? ¿Estaban archivadas en otras carpetas o en otro lugar? ¿La carpeta de Virasoro estaba en el despacho de Salinas por alguna razón especial del momento y las otras las

tenían los médicos tratantes?

Algo había adelantado: en el servicio tenían conciencia de la necesidad de cumplir con esos requisitos. De hecho, uno de los médicos lo completó prolijamente. ¿Acaso los demás no lo habían hecho? ¿O sí? ¿Sus carpetas estaban en otro lado o en el archivo? ¿No había ninguna irregularidad y sería una de las tantas investigaciones que se hacían en el mundo en cumplimiento de todos los requisitos legales? ¿Acaso ella, su marido, Agustín, Mirta y Federico habían perdido el tiempo por culpa de sus locas fantasías?

La doctora Moret sintió un vacío en el estómago. Esa estructura de cosa tramposa, de irresponsabilidad, de investigación inmoral y hasta de muertes no parecía ser más que el producto de una serie de coincidencias ordenadas, corregidas y aumentadas por su imaginación y la de Ernesto.

Ahora parecía posible que estuvieran ante un grupo de investigadores prolijos, organizados y que se esforzaban en complicadas investigaciones de las que, posiblemente, se obtuviera un beneficio para la humanidad. Los habían espiado y cuestionado a partir de la muerte de una mujer que, simplemente, debía morir en aquel momento, como sucedía con millones de seres humanos.

¡Menos mal que Ernesto fue más cauto y no concretó ninguna denuncia, esperando tener más elementos! Si lo hubiera hecho y el periodismo lo conociera, la situación sería horrible. Su marido quedaría como un estúpido y quizá perdiera su puesto, acusado de alguna oscura maniobra extorsiva o búsqueda de notoriedad.

El cansancio de una complicada y larga noche de guardia, con sus conclusiones simples y claras, la abatieron. Bajó la cabeza y sus manos se hundieron en su cabellera. Julia intentó recuperar la compostura.

Un ruido que llegó del dormitorio la alarmó. Miró su reloj y eran las once y diez de la mañana. Ernesto salía a las nueve. ¿Quién estaría allí? El pánico la invadió por unos instantes.

Cauta, se levantó despacio tratando de que la silla no hiciera ruido al deslizarse por el piso. Avanzó hacia el dormitorio y en aquel instante oyó el ruido del chorro de orina en el inodoro.

—¿Ernesto?

—Sí, mi amor —le contestó su marido desde el baño, alzando la voz por sobre el ruido de los líquidos.

—¡Qué susto me diste! ¿No tendrías que estar trabajando a esta hora?

—¿No te acordás que te dije que hoy hay desinfección en la Fiscalía?

Julia suspiró hacia adentro. Sintió que todo el cansancio de la noche, la tensión de la enfermedad y la lucha contra el dolor y la muerte se le caían encima. El ruido de los orines cesó, dando lugar a la catarata del depósito del inodoro y Ernesto, desnudo, quedó enmarcado en la puerta del baño.

Julia lo miró maravillada. Allí estaba él, su hombre. Él pondría las cosas nuevamente en su lugar, con su lógica masculina y su objetividad de fiscal. Se sintió

protegida y se dijo por enésima vez en la vida que era una enorme suerte tenerlo a su lado.

La médica se desmoronó en sus brazos, sintiendo en su cara la calidez de la piel. Le acarició la espalda y sus manos bajaron hasta la cintura, quebrada al llevar la pelvis hacia adelante. El cuerpo estaba tibio y suave. Cuando sus manos se deslizaron por las redondeces de sus glúteos firmes y musculosos, Julia sintió que la tensión del deseo invadía a Ernesto.

Tenían las bocas unidas en un interminable e íntimo beso. Ernesto fue llevándola hacia la cama arrugada, donde había dormido solitario aquella lluviosa y deprimente noche de domingo. Tropezaron con el cobertor arremolinado en el suelo y se dejaron caer, él completamente desnudo y ella hasta con los zapatos puestos.

No tuvo tiempo para desvestirse, pero con dos movimientos lanzó los zapatos fuera de la cama, porque no podía evitar la sensación de suciedad que le inspiraban. Ernesto le levantó la pollera arremangándola en la cintura y ni siquiera intentó sacar su bombacha. Sólo la corrió un poco para introducirse en la hendidura inundada por el deseo.

A las seis de la tarde, aún entraba plena la luz natural por los ventanales, y la bahía de Guanabara relucía allá abajo con todo su esplendor. Las aguas azules que terminaban en blancas ondas sobre la playa, enmarcada por los morros verdes en los que comenzaban a encenderse las luces, armaban un espectáculo que nunca se había detenido a mirar, pese a que hacía dieciséis años que trabajaba en ese edificio.

Desde el ventanal del décimo piso, Oscar podía distinguir a un grupo de jugadores, muchos de color, corriendo detrás de una pelota de fútbol. Los estrechos bikinis de las mujeres dejaban casi desnudos sus cuerpos sinuosos y perfectos, que caminaban sobre la arena mojada o se estiraban sobre las toallas despidiendo un día de pleno sol.

Se sirvió un cóctel que él mismo preparó con bastante hielo y, corriendo unos trofeos institucionales, se sentó sobre el mueble en el que reposaba la ventana que ocupaba todo el frente, de pared a pared. Tomó un sorbo generoso que, sin pensar, dejó flotando unos instantes dentro de la boca para que el gusto acre del café se neutralizara.

La crisis del ALS-1506/AR parecía estar alejándose, dejándole lugar a otra. *La vida es una sucesión de crisis*, filosofó mientras sentía cómo el alcohol lo iba invadiendo, relajando sus músculos tensos por una semana movida y complicada.

Recordó el fin de año y los días de enero con una sensación de desagrado. Ahora, Chile, Perú y hasta Brasil parecían estar controlados. Las investigaciones en curso habían proseguido normalmente y algunas estaban terminadas. Sólo quedaba el seguimiento de los pacientes para completar la experiencia, pero ya no se harían nuevas aplicaciones de la droga. Nada se había alterado de los planes originales, y



nadie se había enterado de que no se continuaría con el producto.

Contaba a su favor con los compartimientos estancos que formaban el laboratorio con sus distintos departamentos. Por un lado, los investigadores con sus grupos de pertenencia y por el otro, los pacientes, que pocas veces se conectaban entre sí y si lo hacían era en sus pequeños y miserables mundos de dolores, reacciones indeseadas y paliativos.

Todo, al final del proceso, se traducían en una cifra donde el costo de la investigación, el desarrollo y la venta se contraponía con el resultado de los ingresos. Si era positivo, se lograba la ganancia: el objetivo, el único y definitivo logro.

Pero este proceso, aparentemente perverso, estaba en permanente evolución. Había cientos de mentes brillantes pensando e investigando cómo se podía eximir a la humanidad de enfermedades terribles, de sufrimientos espantosos donde la muerte podía llegar a convertirse en una bendición.

Muy pocos de los miles y miles de empleados, científicos y ejecutivos que trabajaban y vivían de esta industria hacían un análisis descarnado de sus actitudes vitales. Más bien, trataban de enaltecer sus trabajos, que creían beneficiosos para la humanidad.

Allí estaban los médicos que realizaban las investigaciones, los científicos que las planificaban y los estadísticos que las evaluaban. Casi ninguno de ellos se planteaba estar formando parte de una maquinaria cuyo resultado final se traducían en una cifra. Estaban convencidos de que eran gente útil y beneficiosa para la humanidad. En gran parte eso era cierto, y lo demás no era su problema.

Cada uno limitaba su accionar a su función. El que investigaba, investigaba; el que curaba, curaba; el que vendía, vendía; el que ganaba, ganaba. Nada podía alterar estas ecuaciones.

Gracias a estos investigadores y a esas inversiones cuantiosas, la humanidad había progresado. Enfermedades que diezmaban a la población eran cosa de la historia, sufrimientos horripilantes se convertían en un lejano recuerdo, el promedio de vida se prolongaba cada vez más, aunque nadie se planteara ni supiera para qué.

Todos trabajaban y dedicaban sus esfuerzos, a veces inconmensurables, para beneficiar al prójimo y no se cuestionaban en qué lo alteraban ni para qué servía. Ésa era tarea de los filósofos o de Dios.

En el último, en el más bajo peldaño de esta escala, estaban los que sufrían. A ellos estaban destinados estos esfuerzos en su lucha contra el mal, contra la enfermedad y contra la muerte.

Eran los que recibían los beneficios, según la cuota de los avances y retrocesos de esta maquinaria de progreso. A algunos les resultaba útil, les llegaba a tiempo, otros morían antes del descubrimiento y otros debían servir para experimentar las nuevas armas contra el mal que la humanidad disfrutaría en el futuro, una vez que ellos hubieran muerto.

La segunda y generosa copa con una mayor proporción de ron se estaba

acabando, y la tarde se convertía en noche, llenando de colores el mar, la playa y los morros, alejando a la gente de las playas hacia sus casas y hoteles, después de gozar de los placeres que sólo la salud brinda.

Oscar Leyro Serra se sorprendió de sí mismo. Pocas veces o quizá nunca había pensado en su ubicación dentro de aquel inundo monstruoso y sublime.

El teléfono, con su juguetona estridencia, lo sacó de sus cavilaciones.

—¿Hola? Sí, mi querida, a las nueve ¿está bien?

Sólo unos instantes después de colgar lo demoraron en su asiento, pensando en qué estarían sus hijas, allá en la playa. De Suzely tuvo una vaga visión de sus pechos grandes y erguidos: no pudo dejar de recordar lo cara que había resultado la cirugía.

—Mi novio sólo pudo encontrar un pedido de autorización para investigar con ALS-1506/AR para un grupo de veinte personas. Es un permiso que se concedió hace como un año y aparentemente está concluido. No encontró nuevos pedidos ni nuevas autorizaciones, pero me dice que ésa fue la época de las huelgas y que no es seguro que todo esté registrado, porque hubo mucho sabotaje y se tiraron montones de papeles y archivos.

¡Qué país!, pensó Agustín. Esos papeles y archivos se referían a medicamentos, investigaciones y tratamientos que se aplicaban a miles de personas, y por un problema de horarios o de sueldos de un grupo de empleados se destruían.

—O sea que... —intentó proseguir Mirta.

—O sea que no sabemos nada.

Todos callaron por un momento, reflexionando. Sintieron una incómoda sensación, quizá producto de la frustración al advertir que no había nada más que infundadas sospechas sobre una causa que los había apasionado.

—Creo que aun así debemos seguir imaginando cómo —volvió a defender el caso Ernesto.

—Yo creo que no —dijo terminante el fiscal adjunto, su subordinado—. Estamos seguros que por lo menos cinco de los pacientes de uno de los grupos ha prestado su conformidad con las investigaciones. De los demás no tenemos constancia ni positiva ni negativa, pero todo hace presumir que sí. Lo mismo con las autorizaciones de la oficina de control de medicamentos. Hay una de las investigaciones, la primera, que fue previamente autorizada y controlada. ¿Por qué las demás no? Se trata de un laboratorio serio, un hospital público reconocido y un jefe de servicio que es profesor de la facultad. Es ilógico pensar que se van a meter en semejante problema por no presentar unos papeles.

Todos se quedaron en silencio. La lógica de Agustín era impecable, habían visto fantasmas donde no existían, se habían entusiasmado y ahora estaban frustrados ante las evidencias. Les quedaba un estrecho margen de duda, un estrecho e ilógico margen que nadie parecía dispuesto a explorar.

Lo mejor sería olvidar todo, preparar una buena comida con bastante vino y reírse de ellos mismos, pensó Julia.

Finalmente, hubo acuerdo en dejar el tema y esa noche comieron entre carcajadas. Habían conseguido, al menos, un buen grupo de amigos.

## Capítulo 4

Silvia entró en el salón como una aparición. Vestida con un vestido largo totalmente negro y un único adorno: un collar de perlas blancas. Ni aros, ni pulseras, ni anillos. El collar, el vestido y unos zapatos también negros de terciopelo envolvían ese cuerpo hermoso que no se revelaba en su plenitud cuando estaba cubierto.

La mesa estaba servida con el nivel habitual del restaurante Quadrifoglio, quizás el más caro de la ciudad. La vajilla, sobria y delicada, y las tres copas alineadas coronaban cada lugar. Los cubiertos pesados sobre el mantel y las servilletas de hilo impecable completaban el encuadre de una comida que no daría lugar a la menor crítica.

En el momento en que entraron en el salón, el discreto mozo asignado se les acercó con dos empañadas copas altas con burbujeante champagne francés. Encendió las velas ubicadas estratégicamente y se retiró esperando una señal para servir.

La cena estuvo exquisita y bien servida. A Leyro Serra, Silvia le resultaba cada vez más atractiva, porque además de su belleza rebosaba de alegría y era aguda e irónica en la charla, en que revelaba un nivel cultural que sólo se podía lograr en una buena universidad.

Hablaba de corrido inglés, alemán y castellano, jugando incluso con algunos modismos que Leyro Serra conocía de sus largas visitas a esos países. Usaba alternadas cualquiera de esas lenguas, y mechaba las frases con palabras en distintos idiomas.

Era un juego que le imponía a Oscar, que se esforzaba en seguirla en el sendero idiomático. El hombre trataba de averiguar datos acerca de su vida, pero nada lograba. Creía que iba acorralándola con sus preguntas, pero ella siempre encontraba una salida elegante o simpática que desviaba la conversación. Nada se filtraba, salvo su evidente cultura, que era un atractivo para su trabajo, así como la tersura de su piel o las sinuosidades de la cintura.

Lo único que los vinculaba era un número telefónico donde siempre atendía una amable mujer con voz cascada. Si ese teléfono no contestara o si ella se negara a verlo, la perdería para siempre. La perspectiva inquietó al director regional, que comprendió que lo mismo sucedía con él: sólo tenía que dejar de llamar para terminar con la relación, aunque Silvia conociera el lugar donde trabajaba y quizá su nombre completo y su cargo en la compañía.

La cena fue alegre y sensual. Cuando terminaron los postres, el mozo acercó una bandeja con la jarra con café caliente, pocillos y unos marrón glacé envueltos en papel dorado.

—Está bien, Joaquín, gracias por la atención —dijo Oscar mientras le entregaba algunos billetes doblados que el hombre introdujo rápido en su bolsillo.

—Muchas gracias, señor. Que tengan una buena noche.

—Gracias —dijeron al unísono.

Tomaron café, comieron un par de dulces, mientras prolongaban la charla ahora refiriéndose a los juegos y sensaciones de los encuentros pasados. Oscar sabía que encontraría el momento oportuno para realizar su fantasía. No importaba qué pensara ni qué sintiera haciéndolo. Era parte de su trabajo y la alta tarifa que cobraba la compensaban de lo que no le gustaba. Pero en Oscar se producía una dicotomía: por un lado quería obtener el mejor rédito en placer por lo que la empresa pagaba y, por otro, quería que esa mujer disfrutara con él, que lo descubriera, que lo hiciera suspirar de placer sólo porque le gustaba, sin ninguna otra retribución que no fuera su propio goce.

¿Era tan imposible? Ahora se sentía de nuevo en plena capacidad para provocar reacciones en cualquier mujer que se le presentara. Se veía atractivo pese a su calvicie, los cuarenta y ocho años y un abdomen abultado, pero era un hombre con experiencia, con una posición envidiable y estaba seguro de que aún podía entusiasmar a otra mujer, naturalmente mucho más joven que Suzely.

¿Podría hacerlo con Silvia? Un evidente desafío, mucho mayor que cualquier otro. No sólo era joven, endiabladamente bonita y *sexy*, sino culta, inteligente y... puta.

Esos pensamientos lo habían llevado lejos, tan lejos que la conversación de Silvia había caído en un monólogo incómodo que la obligó a callarse, despertándolo de sus ensueños.

Le sonrió y se levantaron de la mesa para irse. Llegaron rápido al edificio de los laboratorios y fueron al salón de recepción, donde Oscar manipuló un aparato para conectar la música.

Se volvió y la vio parada al lado de la mesa, tomando un sorbo de champagne, inclinando la cabeza hacia atrás y dejando ver el cuello largo y terso. Era una diosa, una diosa inconquistable con el afecto pero disponible por el dinero, Quizás aquél era el camino para llegar a donde él quería, desafiando la lógica y los acuerdos de la relación.

La abrazó para bailar y sintió la fragilidad de su cuerpo entre sus brazos. Ella se aplastó, provocándole las primeras oleadas de deseo. Allí, casi espantado, advirtió que se había olvidado de tomar la pastilla que tenía oculta en el bolsillo de su saco.

Pensó en irse hasta el baño para ingerirla, pero le pareció imprudente interrumpirse en ese momento en que todo empezaba. Además, el efecto demoraba una hora y era obvio que no podría tardar tanto tiempo en el juego previo.

Decidió olvidarse de la muleta y ponerse a andar solo como lo había hecho durante tantos años. Otro desafío.

El fiscal Ernesto Narváez, en pantuflas, pijama y despeinado, reacomodó prolijamente las hojas impresas y las recorrió una vez más. Cuánto dolor, cuánta desesperación, cuánta angustia había en esas listas.

Volvió a la frialdad de su análisis para evitar que las emociones lo perturbaran. Se sirvió otra taza de café y mientras lo calentaba en el microondas, concluyó que no había otra forma que la entrevista personal con algunos de los enfermos para saber qué había sido de ellos. Pero ¿cómo justificaría la llamada? ¿Cómo les explicaría que un fiscal del crimen quería preguntarles sobre su enfermedad?

La solución surgió casi instantáneamente. Necesitaba una denuncia. No importaba que fuera anónima, pero que le permitiera investigar por sí o a través de la policía sin despertar sospechas.

No podía aceptar la decisión del grupo de abandonar todo. Se sacaría la duda en forma directa, actuando legalmente y cumpliendo con su deber de fiscal. Si no lograba comprobar nada, ahí dejaría el tema, como lo habían hecho los demás. Sólo necesitaba la comprobación de las conclusiones, porque dejarlo allí sería una injusticia para la sociedad y una frustración para él.

Alegre con la idea, terminó su café y fue hasta el baño a ducharse.

Cuando la figura alta y desgarbada de Mister Jones se fue caminado por el ancho pasillo del aeropuerto que conducía a Migraciones y a la sala de embarque, Oscar Leyro Serra suspiró aliviado. El peligro había sido superado de la mejor manera.

La semana de monitoreo con aquel hombre duro, acostumbrado a despellejar gente sin piedad, había sido toda una prueba para él. Sistemáticamente, el hombre iba por todas las dependencias de la compañía, en cualquier lugar del mundo, para descubrir errores, desfalcos, imperfecciones que pudieran perjudicar al Laboratorio en su patrimonio o en su prestigio.

Para eso había viajado a Río. Luego, junto con Leyro Serra, se habían dirigido a Santiago de Chile y a Perú. Jones había dado vuelta las dos sucursales como a una media, con un método y un rigor que, si no causara temor, debía ser reconocido como infalible. Todas las áreas de las sucursales habían sido auditadas en sus puntos sensibles, que él conocía a la perfección. Sólo encontró un par de fallos, que no influían en el nivel de calidad y que habían sido corregidos.

Uno de los temas principales era la campaña de desactivación de la investigación con ALS-1506/AR. Brasil y en mayor medida Chile eran dos modelos de cómo se tenía que trabajar en investigaciones clínicas. El seguimiento del Manual del Laboratorio era completo y sin renuncios ni faltantes documentales ni operativos.

Los grupos de pacientes sobre los que se realizaba la prueba iban cumpliendo todas las etapas previstas, con los controles en los tiempos señalados, la documentación en orden y los enfermos contentos y agradecidos con el Laboratorio que les daba, quizá, la última oportunidad para sobrevivir.

La política de seguir adelante todos los pasos de la investigación hasta el cumplimiento de las evaluaciones finales había sido adoptada por el Comité de Investigación y constituía un objetivo incuestionable.

Los grupos que se estaban formando para posibles nuevos estudios se desarmaban con excusas plausibles, que no despertaban sospechas ni producían inconvenientes. A los médicos se les prometía otra investigación y a los pacientes, sus tratamientos tradicionales, con la excusa de que la investigación se realizaría en otros países y que, una vez probados, serían los primeros receptores.

Nada parecía estar fuera de lugar, y una operación tan difícil como la que se le había encargado se estaba cumpliendo prolija y exactamente. La actitud silenciosa y dura de Mister Jones no permitía que se adelantara opinión, pero Leyro Serra no tenía dudas de que el informe sería positivo.

Por fortuna, había podido sortear el tema en la Argentina. Un par de preguntas y contestaciones vagas le habían hecho imaginar que allí se reproducirían las circunstancias y situaciones de Chile, Perú y Brasil. Pero Leyro Serra sabía que la realidad no era ésa y, por suerte, ahora tenía el campo libre y el tiempo necesario para solucionar los problemas sin que nadie se enterara.

Desde el aeropuerto, volvió a la oficina pese a que había terminado el horario. Se sentía vigoroso, con ganas de seguir adelante, sabiéndose ganador.

—¿Geppe? Soy Leyro Serra.

—¡Ah! ¿Cómo está, señor? —dijo sorprendido.

—Bien, gracias. ¿Cómo andan las cosas por allá?

—Todo encaminado, señor.

—¿Y eso qué quiere decir?

—El doctor Salinas sigue muy cooperativo, entrevistando en forma personal a los pacientes y obteniendo las conformidades...

—Perfecto, ¿le faltan muchas?

—No creo, señor. Anteayer estuve con él y le faltaban ocho... además de las que no se pueden conseguir.

—¿Y cuáles son ésas? —preguntó el director regional con dureza.

—Las de los pacientes fallecidos.

—¡Ah! ¿Son muchos?

—Once.

—¡Qué barbaridad! Entrevístese mañana y llámeme. Veremos qué hacemos. ¿Y qué pasó con las autorizaciones de los grupos dos y tres?

—Estamos rehaciendo todo, señor.

—¿Y la fecha, Geppe?

—Hemos conseguido que se haga un expediente en el que se justifica la pérdida del pedido de las autorizaciones cuando estuvieron en huelga y los huelguistas destruyeron tanta documentación.

—¿En serio? —preguntó incrédulo.

—Sí, señor. Además, son muchos los años que ando en esta actividad y tengo buenos amigos allí también.

—Lo felicito, Geppe.

—Gracias, señor. Creo que en unos veinte días todo estará en forma y después se harán los controles de la Administración para justificar la pérdida de la documentación. De esta forma, todo queda como de su absoluta responsabilidad y nosotros prestando colaboración para reconstruir lo que sus empleados destruyeron.

—Perfecto. Cuando esté todo terminado, me gustaría que se venga por aquí con su señora así me informa con exactitud de todo y de paso se toma unas vacaciones.

—Gracias, muchas gracias, señor.

Cuando colgó el auricular, Oscar Leyro Serra exhaló todo el aire de sus pulmones y tiró para atrás su sillón, abriendo los brazos en cruz.

Era la expresión de su júbilo.

El listado que tenía ante sí el doctor Marcelo Salinas contenía treinta y ocho nombres ordenados alfabéticamente. Once de ellos tenían una cruz y cinco un tilde: correspondían a los muertos y a los pacientes del doctor Virasoro.

¡Si todos hubieran sido tan hinchapelotas como este Virasoro, ahora no tendría que estar haciendo veintipico de entrevistas personales a pacientes! Escuchando a cada uno con sus dolores, ansiedades y angustias, para que no sospecharan nada cuando le pidiera que firmaran el formulario y aclararan su nombre en forma manuscrita.

Ya había conseguido que firmaran catorce, le quedaban tres pacientes y después venía lo difícil: los cinco que habían abandonado el tratamiento o habían sido excluidos por distintas razones.

—Adelante, Suárez. Adelante —invitó cuando se entreabrió la puerta de su despacho.

Lo que entró nada tenía que ver con la foto que estaba abrochada a la tapa del legajo de su historia clínica. De un sonriente, rubicundo y cachetudo hombre de cuarenta y seis años, se pasaba en siete meses a ese espectro con ropas holgadas.

La humildad del paciente y su lastimoso estado envalentonaron a Salinas, que esperaba terminar con los tres que le faltaban en no más de media hora, completando lo que le había prometido a Geppe.

—Siéntese —le ordenó sin levantarse de su sillón ni ofrecerle la mano—. ¿Cómo anda, Suárez? Se lo ve muy bien —dijo, sabiendo que era una mentira horrible.

—Bastante bien, doctor.

—¿Está siguiendo el tratamiento como le indica su médico... el doctor Otaegui? —preguntó, corroborando en el legajo el nombre del encargado.

—Por supuesto, doctor.

—¿Y le está haciendo bien?

—Parece que sí... si no fuera por estos dolores —dijo, señalándose la parte baja de la espalda. Salinas leyó en la historia la sentencia, escrita con letra apresurada: *metástasis en pulmón*.



Dedicó los siguientes diez minutos a conversar generalidades y a alentar al paciente. Finalmente, le dijo:

—Suárez... de la dirección del hospital nos piden que llenemos esto. —Le alcanzó una hoja—. Firme y aclare su nombre con el número de documento abajo de la firma, por favor.

El hombre tomó el bolígrafo que le alcanzaba el médico y antes de firmar comenzó a leer. Salinas, que se había dedicado a hojear la historia del próximo paciente, el anteúltimo, levantó la vista y arqueó una ceja.

—¿Pasa algo, Suárez?

—Esto es una conformidad para someterme a un tratamiento experimental y yo no quiero. Ando bien con el que me están haciendo.

—Es una simple formalidad. Es el mismo tratamiento que le está haciendo el doctor Otaegui, pero la gente de la dirección es muy meticulosa.

—¿Y por qué no lo firmé hace seis meses, cuando me empezaron a inyectar?

—Porque creíamos que no era necesario y ahora nos piden que completemos la historia clínica con este detalle. Es lo mismo, Suárez, antes o ahora. En nada cambia su tratamiento ni el médico. Usted está mejorando.

—Me lo voy a llevar para leerlo tranquilo en casa.

—No, no se lo puede llevar. Ésa es documentación del hospital que no puede salir de aquí. ¡Firme de una vez que lo están esperando para la nueva aplicación!

—No sé, doctor...

—Está bien, Suárez. Si usted no tiene confianza en mí ni en el doctor Otaegui después de todas las cosas que hemos hecho por usted...

—No es una cuestión de confianza, es de...

—Vaya nomás, Suárez. Hágase el tratamiento y piense en lo que está haciendo con nosotros. Si se decide a firmar, venga a verme.

—Pero, doctor... —intentó decir el hombre con expresión de desesperanza.

—Aquí no es cuestión de «peros». ¿Firma o no?

—Está bien, doctor —dijo el hombre, tomando la lapicera y firmando dificultosamente.

—Vaya nomás, Suárez, y haga pasar al próximo —le indicó Salinas mientras pensaba que no importaba demasiado que firmara o no porque, en pocos días más, sería el muerto número doce.

La llamada lo sorprendió. ¿Mirta Stein? ¿Sería la Mirta computarizada? Creía que nunca había conocido su apellido, pero tampoco conocía otra Mirta.

—Pásela —le ordenó a la secretaria—. ¿Qué tal, Mirta? ¡Claro que puedo! —le contestó cuando le dijo que quería verlo fuera de su oficina.

¿Qué le pasaría? ¿Por qué no venía a la oficina? ¿O a su casa, como siempre? Esperaba que no hubiera nada raro en la imaginación de esa mujer, que no hubiera

tenido alguna fantasía con él, producto de ese tiempo en la clandestinidad. No, no era posible.

Lo citó en una pizzería de la Avenida Corrientes al 1300. Él había ido alguna vez allí. Tenía un salón cerrado en la parte de atrás. Menos mal, no se imaginaba comiendo con semejante mujer en una vidriera a la calle. Además, le venía bien, casi de paso, porque tenía que hacer unos trámites personales en el Palacio de Justicia y aprovecharía para ir un rato antes a completarlos.

A las once y media salió de su oficina en el antepuerto de Buenos Aires y sin decir nada a nadie, se encaminó a su intrigante encuentro.

Oscar Leyro Serra caminaba rápido por la vereda ondeada de la avenida Copacabana, en dirección a su oficina. Se había demorado demasiado en el Ministerio de Salud, donde se realizaba una reunión para lograr el abaratamiento de los medicamentos para los sectores sociales más rezagados del Brasil. Los números eran enormes en personas y costos, parecía mentira que en ese país hubiera semejante cantidad de pobres que no podían acceder a lo mínimo de la medicina.

Pero ése era un problema que no estaba en sus manos. Los pobres eran un tema de la macroeconomía y las donaciones que el Ministerio les pedía a los laboratorios, en especial a los multinacionales, debían ser giradas a las casas centrales para su resolución. Después de muchas vueltas accederían a resignar una parte de las ganancias de sus ventas, pero encontrarían la forma de lograr una contraprestación.

Esa tarde había decidido dejar el auto porque necesitaba caminar un poco para que sus músculos, acostumbrados al sedentarismo, se estiraran. Un error. La reunión que se proyectaba para una hora y que con la caminata le llevaría una media hora más, le consumió casi toda la tarde, porque se dedicaron a pasar videos con estadísticas y escenas de miseria extrema para sensibilizarlos.

¡Si supieran quiénes decidían! La miseria y la enfermedad eran la fuente de sus ganancias, la razón de ser, lo que les permitía esa vida opulenta que llevaban alejados de sus enfermos y más de los pobres en países lejanos a los que alguna vez iban en exóticas vacaciones.

Subió apresurado a su escritorio y buscó el cuaderno que escondía bajo llave. Esas mujeres únicas, maravillosas, volvieron a gratificarlo. Marcó los siete números y mientras se demoraban en atender pensó qué haría en el caso de que Silvia estuviera ocupada.

Era una estúpida e insólita fidelidad.

Los dos siguientes pacientes no tuvieron ningún problema en firmar la conformidad. Ambos parecían gozar de buena salud. ¿Sería realmente efectivo el ALS-1506/AR?

Ahora le quedaba lo más difícil. Lo sabía desde el principio y por eso lo dejó para el último momento: los pacientes que habían abandonado el tratamiento o habían sido excluidos. Eran un total de cinco y dos habían muerto, según le informaron los médicos que los trataron. Ya tenía trece. Los tres que quedaban no sólo abandonaron el tratamiento sino que se entregaron voluntariamente a la muerte, porque ya no tenían ansias de resistir a la enfermedad.

En realidad, de los tres, uno solo había abandonado, y los otros dos fueron excluidos por el médico tratante por no ser consecuentes con las aplicaciones. Uno de ellos se volvió agresivo, algo incompatible con el grupo. Con ellos se debería entrevistar y no le quedaba otro remedio mientras tuviera a Geppe mordiéndole los tobillos.

Le costó trabajo ubicarlos: uno se había vuelto a su Tucumán natal para morir, y el pueblo tenía sólo dos teléfonos: en la comisaría y en la municipalidad. Llamó y dijo ser un amigo que necesitaba saber cómo andaba.

—Murió hace dos semanas —le dijo un hombre de voz gruesa que se identificó como el delegado municipal.

Ya sumaban catorce.

El otro paciente, el agresivo, accedió a atenderlo después de llamarlo tres veces y, a poco de conversar, lo insultó. No se animó a explicarle que necesitaba la conformidad porque era más peligroso que supiera que tenía que pedirle algo. Su furia lo podría llevar a cualquier cosa.

El último concurreó mansamente al consultorio y Salinas nunca estuvo tan atento y meloso en la entrevista con un paciente. Consiguió la conformidad, que el médico antedató con su propia letra.

El resultado final no era malo. Tenía veintitrés conformidades firmadas (cinco de ellas, de Virasoro), catorce habían muerto y sólo uno se había negado.

Sonrió satisfecho. Geppe y su *controler* brasileño iban a saltar de contentos. Él seguiría siendo el investigador de Laboratorios Alcmæon en Argentina y, seguramente, en la próxima reunión de la ASCO expondría su experiencia.

Juró que nunca más accedería a realizar una investigación si antes no se cumplía con todo el papeleo, aunque se la perdiera o se demorara.

Ernesto llegó unos diez minutos tarde y después de sortear a los parroquianos que comían de pie, consiguió enfrentar el pasillo que lo conducía al gran salón de atrás, donde se alineaban las mesas con manteles verdes. El lugar estaba impregnado de olores a aceite y a *pizza*, que pusieron en alerta sus jugos gástricos.

Vio a Mirta casi en el fondo, cerca de la cocina, sentada en una mesa contra la pared. Parecía más fea e insignificante que de costumbre, y se felicitó de estar en ese lugar escondido, donde nadie lo vería con ella.

—¿Cómo estás, Mirta?

Pidieron una *pizza* grande, una botella de cerveza y una Coca light.

—Necesitaba hablar con vos sin interferencias —le dijo en cuanto tomaron el primer trago de sus bebidas y esperaban que les trajeran la *pizza*.

—Decime a qué se debe tanto misterio —invitó el fiscal, temeroso de lo que iba a oír.

—Quería estar a solas con vos porque Agustín, al que le tengo afecto, es un esquemático con quien es difícil razonar. Y tu mujer, que es divina, es médica y piensa como tal.

—¿Y cómo piensan los médicos? —preguntó divertido, tratando de adivinar quién sería el de pensamientos cerrados.

—También son esquemáticos. Su ética es hacer todo lo que pueden por el paciente sin preocuparse por saber qué es lo que necesitan o lo que quieren. Su deber se resume en luchar contra el dolor y la muerte sin darse cuenta de que la muerte siempre gana y que sólo en algunos casos se puede retardar.

La frase lo impactó. ¿De quién sería? *La muerte siempre gana, sólo podemos retrasarla.*

Trajeron la *pizza*, una olorosa *pizza* grande con la mozzarella derretida y algo de orégano y aceitunas. Después de los primeros bocados, Mirta continuó:

—Te voy a contar una historia, Ernesto. Es la historia de mi familia, y vas a comprender por qué tu investigación me impactó tanto.

Hizo una pausa larga, como si tuviera que tomar aliento o enviñón para contar algo que la corroía.

—Mi abuelo estuvo internado en los campos de concentración de Polonia durante la guerra y se presentó como voluntario para las investigaciones médicas que hacían los nazis con sus prisioneros. Dio su conformidad por escrito para que usaran su cuerpo en experiencias que iban, supuestamente, a beneficiar a la humanidad.

»Las hacían oficiales médicos alemanes, nazis o no, con un historial profesional fantástico. Estaba el médico personal de Hitler y casi todos los demás reunían condiciones científicas suficientes para acceder al Premio Nobel. Los voluntarios que se presentaban recibían un trato especial como prisioneros. Eran alimentados correctamente, vivían en pabellones especiales con calefacción, eran vacunados y abrigados, mientras los demás se pudrían en las barracas y terminaban en las cámaras de gas. Tenían ciertas libertades. Sin dejar de ser prisioneros, eran tratados con consideración por los soldados.

»Todo esto me lo contó un judío que era el compañero de cama de mi abuelo cuando les ofrecieron ser voluntarios para las investigaciones de los médicos alemanes. Mi abuelo fue considerado un traidor por sus compañeros de prisión, un colaboracionista.

»He tratado de imaginar cuál fue la razón para que, voluntariamente, admitiera ser sometido a esas investigaciones pero esa vez fueron unos treinta los seleccionados por su estado físico y edad, entre dos centenares que se presentaron. Les prometían

una vida mejor y lo aceptaron sin saber que los experimentos previos, la etapa preclínica, la habían hecho con animales y, también, con judíos no voluntarios.

A Ernesto le costaba seguir comiendo la *pizza*. El relato era espantoso, y Mirta le imponía un aire dramático, que impedía escucharlo con neutralidad.

—De allí se pueden sacar todas las conclusiones y hacer todas las especulaciones que quieras —prosiguió la mujer—. Seguro que la ciencia médica avanzó notablemente con esas experiencias dirigidas por esos genios científicos. Pero ¿a qué costo?

»Mi abuelo fue un voluntario, casi un traidor a su raza. Pero ¿tenía libertad para elegir? Era un prisionero en las peores condiciones y tenía altas probabilidades de morir. Comparalo con las experiencias de Salinas: ¿avanzará la medicina? Posiblemente, sí. ¿Tienen libertad los pacientes para elegir sobre un tratamiento tradicional o uno experimental? Probablemente, no, como mi abuelo.

—No, pará, Mirta. No compares las investigaciones éstas con aquéllas ni las conformidades de un prisionero de guerra con un enfermo.

—¿Y cuál es la diferencia? Las investigaciones son investigaciones en la guerra y en la paz. Y ¿cuál es la libertad que tiene un judío de un campo? y ¿cuál la de un enfermo de cáncer que sabe que se va a morir? *Mutatis mutandi*, como dijiste los otros días.

—Bueno, está bien. Son diferencias que hacen a la libertad de elegir. Nunca nadie elige con libertad, ni en las cosas más mínimas. Siempre hay condicionantes más o menos importantes porque la libertad absoluta no existe. En una elección democrática millones de personas eligen entre varios candidatos pero de una forma u otra están condicionados por la situación, la propaganda y hasta la sonrisa del candidato.

—No entremos en una discusión porque quiero seguir con mi historia familiar.

—Adelante.

—Mi abuelo murió en una experiencia médica en el año 43 y quizás haya permitido que la humanidad se beneficie a costa de su vida, pero nadie se lo reconoció y los otros judíos prisioneros lo despreciaron porque lo consideraron un traidor.

»Su mujer había emigrado a la Argentina en el año 36, con dos hijos, mi padre y mi tío. Aquí se criaron, mi abuela se volvió a casar con un judío ortodoxo y crió a sus hijos con una severa ideología que no permitía la menor desviación.

Sobre la fuente de lata, las restantes porciones de *pizza* se enfriaban perdiendo la lozanía del queso caliente y el aroma que tanto los había atraído unos momentos antes. Ernesto estaba fascinado por la historia y por Mirta. Conocía pocos judíos y a ninguno con una tradición familiar como la que estaba escuchando.

—Mi padre se casó con una mujer, que también provenía de una familia ortodoxa y me tuvieron a mí. Dos años después, mi madre moría de un cáncer de mama. Con papá fuimos a vivir con mis abuelos porque él no me podía cuidar solo. Años después, cuando entré en la adolescencia, yo me rebelé a ese fanatismo religioso. Mi

padre me echó de la casa.

Ernesto, conmovido, estuvo tentado de tomarla de la mano para ayudarla a que siguiera contándole su vida. Estaba impaciente por conocer el resto de la historia.

—Como sucede en estos casos, le tomé aversión a todo lo religioso, a la raza. Quise cambiar de nombre, me relacioné con cualquiera que no fuera judío. Era una insoportable racista, pero con gente de mi misma raíz. Años después, tuve un hijo que murió también de cáncer, y mi unión no lo soportó. Intenté elaborarlo pero no pude, y seguí viviendo con mis contradicciones, mi dolor y mi soledad.

Ernesto ni tomaba su cerveza, para no distraer el relato. Vio cómo los ojos de Mirta se llenaban de lágrimas y la voz se quebraba. Ernesto no sabía qué hacer ni qué decir. Decidió quedarse callado, y mirarla con tibieza y afecto.

—El golpe final fue el año pasado, cuando un miserable ortodoxo le contó a mi padre la historia de mi abuelo. Entonces él, un ortodoxo fanático, supo que su padre no había sido otra cosa que un traidor en el campo de concentración. No lo pudo soportar y murió... nunca supe de qué, pero creo que se suicidó.

»¿Te das cuenta ahora por qué me importa tanto este tema de las investigaciones médicas no autorizadas ni consentidas?

El gerente general de la rama argentina de Laboratorios Alcmaeon, Aníbal Geppe, odiaba los hospitales, y pocas veces alguien conseguía llevarlo a alguno. No visitaba enfermos y cruzaba los dedos cada vez que pasaba frente al sanatorio en que había muerto su padre. La larga agonía, su vida en pasillos fríos y en penumbras, la espera de noticias que nunca llegaban de atrás de las puertas de terapia intensiva, lo habían golpeado cuando era un chiquilín; desde entonces no había conseguido despegarse de esa sensación ni de sus imágenes.

Sin embargo, esa mañana hermosa caminaba por los largos pasillos entre los pabellones de internación y de servicios para ver al omnímodo doctor Salinas, que lo había llamado diciéndole que tenía buenas noticias.

Iba asustado, mirando a la gente que se cruzaba con él y que formaba una legión de dolientes que mendigaban curación. También se cruzaba con los médicos, practicantes y enfermeras, que circulaban a la cafetería o a un ateneo con sus guardapolvos y estetoscopios colgando como si fueran togas en un tribunal o charreteras en un cuartel. Dos de ellos lo saludaron, pero él no los conocía.

Finalmente llegó al Departamento de Oncología y no pudo dejar de cruzar, aprehensivo, por delante de las sillas plásticas alineadas, en las que esperaban los pacientes.

—Herminia Olivera —dijo una voz, y una mujer anciana se levantó presta de su asiento para acercarse a la misma ventana a la que él iba a anunciarse.

—¿Cómo está, doctor? —le dijo la mujer de guardapolvo blanco en cuanto lo vio, dando por supuesto que era médico: tenía traje, corbata y estaba en el hospital.

Geppe pensó si no sería una de las pacientes a la que le estaban aplicando el ALS-1596/AR. El anonimato que daba la masificación del trato lo alentó en la seguridad de que en ese mecanismo nada podría salir mal. Los pacientes estaban acostumbrados a esperar en esas sillas y en ese salón, y que los introdujeran en salas donde los inyectaban, y de las cuales salían un par de horas más tarde para esperar las reacciones que las drogas producirían en sus organismos.

—Doctor —dijo la empleada, llamándolo—. El doctor Salinas lo está esperando.

—Gracias. Yo conozco el camino —le dijo para que no lo acompañara.

—¡Estimado Geppe! —exclamó Salinas a modo de saludo, sin levantarse del sillón de su escritorio. El gerente estimó que esos actos comunes implicaban un gran esfuerzo para aquel hombre que debía movilizar unos ciento cuarenta kilos.

—¿Cómo está, doctor?

—Bien, bien. Siéntese. Me alegro que haya podido venir, porque ya tengo casi todo solucionado.

La palabra *casi* lo preocupó.

—Me he dedicado personalmente a cada enfermo y tengo casi todas las conformidades.

—Magnífico, doctor. ¿Falta alguna?

—Unas pocas, pero son las que no traerán ningún problema.

—Cualquiera, una sola, puede traer problemas —replicó él, alarmado.

—Es que nos faltan catorce de pacientes fallecidos y uno que se negó a firmar porque tenemos problemas con él desde el principio del tratamiento.

—Pero...

—Pero ¡tenemos veintitrés formularios firmados y en regla! —dijo el médico, abriendo los brazos con una sonrisa que ocupaba su enorme cara.

—Nos faltan quince —volvió a insistir Geppe, tozudo.

La *pizza* había quedado definitivamente olvidada. Las botellas estaban vacías y Mirta seguía hablando. Ya no contaba la historia familiar sino que intentaba convencer a Ernesto de seguir adelante para atrapar a esos médicos insensibles. Intentaba desprender a Agustín Urtubey y a Julia del grupo, porque consideraba que estaban fuera del objetivo, que serían un lastre. Sólo ella y Ernesto tenían en claro cuál era el problema, cuál era el punto exacto donde se afectaba la dignidad humana y el Código Penal.

El fiscal ya estaba decidido a continuar con la investigación antes de ese encuentro pero ahora, con esta historia contada por Mirta, la necesidad de resolver su dolor y objetivar su venganza contra quienes, nazis o demócratas, despreciaban al ser humano para entronizarse en la gloria, lo impulsaban aún más.

—Decime lo que estás pensando —lo desafió Mirta.

—Primero te voy a decir lo que siento. Estoy conmovido por tu historia familiar.

Tiene todos los componentes del dolor, del desgarró, de la locura y vos has sobrevivido a todo eso. Mirta, te...

—Dejate de macanas, Ernesto. Sólo quiero saber si estás dispuesto a seguir adelante con nuestra lucha. Con eso me basta. El resto déjalo para la terapia... cuando me la pueda pagar.

—En realidad, sí. Estoy dispuesto a seguir investigando, pero te tengo miedo, Mirta.

—¿Miedo a mí?

—Sí. Tengo miedo de que con esa historia de tu familia que te involucra tanto, dejes de pensar con claridad.

—Yo te prometo que estaré a tu lado para todo y no te presionaré. ¡Pero por favor, Ernesto! No dejes que esto se deshaga en el olvido ni en la burocracia. Hagamos algo.

—De acuerdo.

El clima de ese día estaba horrible. Eran raros los días lluviosos en marzo, pero parecía que el otoño se estaba acercando. El Mercedes 500 se deslizaba casi sin ruido, levantando una llovizna a su paso y con unos leves movimientos que amortiguaban los desniveles de la autopista de Río a Angra.

La noche anterior con Silvia había resultado fantástica. Ya no comían escondidos en el salón de la oficina con esa sensación de casa vacía. Habían ido al restaurante Quadrifoglio, con sus luces tenues, sus sonidos apagados por las alfombras y cortinados, la atención y las comidas perfectas. Leyro Serra se había encontrado con un ejecutivo de Bagó y no había tenido problemas en exhibir a Silvia, dejándole la intriga de quién sería, porque estaba seguro de que ese hombre no conocía a su esposa.

Tampoco volvieron a su dormitorio en la compañía. El director regional se había animado a llevarla a su departamento y durmieron en la enorme cama del dormitorio principal. Sabía que era riesgoso, y hasta impúdico, que estaba jugando con fuego con los porteros, los vecinos y hasta la propia servidumbre, pero eso parecía excitarlo aún más.

Entrar a la una y media de la mañana con Silvia agachada en el asiento lo llenaba de gusto. La barrera se levantó en cuanto reconocieron el auto y el ascensor los llevó directamente al piso. El champagne en la terraza mirando el mar, y las lejanas luces de las favelas y los barcos pesqueros, le otorgaban un entorno perfecto para los besos suaves, para recorrer las vértebras de esa espalda perfecta.

Era la primera noche que no pagaba. Merecía ese romanticismo, esa levedad de los contactos, ese juego despacioso y calificado sólo para ella. En el anterior encuentro (¿había sido el martes?), mientras jugaba enredando los dedos en su vello púbico, Leyro Serra se había animado a decirle a Silvia que le estaba faltando algo para que todo fuera perfecto: la sinceridad.



Hacer pagar la factura de esos caros servicios no le costaba otra cosa que una inicial al pie para que se hiciera el cheque y se contabilizara como un gasto normal por distintos ser vicios. Ningún contable ni ningún auditor cuestionaba esas prolijas iniciales del gerente regional. Pero...

Silvia lo entendió inmediatamente.

—Mi querido, creo que tenés razón. Ya nos hemos encontrado ocho veces y todo parece andar muy bien. Si querés, la próxima vez no pasamos por la señora.

—¿Y dónde te llamo?

—Yo te llamaré. Seré la señora Da Silva.

—Silvia Da Silva... casi en verso, casi capicúa —dijo Oscar entre risas, y ésa fue la firma de un pacto.

El jueves siguiente fueron a cenar a Quadrifoglio. Él intentó pasar a buscarla pero ella no lo admitió, y quedaron en encontrarse en el restaurante. Aquella noche fue distinta. Ya no había una prestación de servicios. Era una sutil diferencia que todo lo cambiaba aunque, como lo presumía Oscar, esa diferencia era la que le permitía a Silvia vivir.

Creó que con ese avance podría conocer más de su vida, de sus circunstancias, pero no. En eso no cedió en nada: era el campo vedado en el cual no se podía ingresar, al menos por el momento.

Cuando a mitad de la noche se levantó para orinar, la vio en su espléndida desnudez y sonrió seguro de que no estaba allí por dinero. Reconfortado y temiendo que ella tuviera problemas, escogió de su billetera unos billetes y se los puso dentro de la pequeña cartera que hacía juego con los zapatos y el cinturón.

Ernesto Narváez se decidió a seguir trabajando en aquella locura que había comenzado exactamente el día de su primer aniversario de casado. Para ello debía hacer algo que no sabía si se calificaría como un delito pero que, sin duda, era incalificable para un fiscal del crimen.

Cuando llegó a su oficina, con el gusto grasiento de la *pizza* en el paladar, su estómago cargado de cerveza y con la historia de Mirta dándole vueltas en la cabeza, cerró la puerta después de darle instrucciones a su secretaria de que no le pasara ninguna llamada.

Se sentó frente a la computadora, eligió un tipo y tamaño de letra que jamás usaba y comenzó a escribir.

Señor Juez:

Soy un ciudadano preocupado por las cosas que pasan en mi país. Desgraciadamente, todos los días vemos a funcionarios, políticos y empresarios cometer actos que deberían llevarlos a prisión, sin que les importe demasiado porque siempre tienen a mano una explicación.

Por una serie de circunstancias, he tenido conocimiento de algo absolutamente monstruoso. En la ciudad de Buenos Aires, en el Hospital Central y quizás en otros lados, se están haciendo experiencias con drogas oncológicas en seres humanos sin tener la debida autorización ni el control de las autoridades sanitarias, ni tampoco la conformidad de los pacientes que son sometidos a semejante salvajada.

Efectivamente, en el Servicio de Oncología del Hospital Central, cuya jefatura ejerce el doctor Marcelo Salinas, un grupo de médicos bajo sus órdenes realiza una investigación clínica con una droga llamada ALS-1506/AR del Laboratorio Alcmaeon que no ha sido autorizada ni por el FDA, en los Estados Unidos, ni por la Oficina de Medicamentos aquí. Es una droga supuestamente efectiva contra el sarcoma, un cáncer extraño, y se aplica a pacientes del servicio como si se tratara de una terapia convencional sin que ellos estén al tanto de que son objeto de una investigación clínica.

La carta seguía dando detalles y acompañaba fotocopia de un listado de pacientes, incluyendo el número de documento, el domicilio y el teléfono, según los datos de la computadora de Salinas.

Explicaba que necesitaba el anonimato porque trabajaba en el servicio cuestionado (de otra forma, lograr esa información habría sido imposible) y le solicitaba al juez el máximo de reserva y que investigara para adecentar a la humanidad.

La carta contenía varios errores de ortografía y absurdos en la terminología legal. La corrigió dos veces, tratando de sacarle toda relación con él. Cuando estuvo satisfecho, colocó todo en su portafolios.

A las siete de la tarde, antes de irse para su casa, Ernesto se fue hasta Flores a despachar el sobre en una agencia de correos alejada de los Tribunales y de su casa. Antes, pasó por una librería para comprar un sobre grande y una etiqueta que le hizo llenar al empleado, alegando un golpe en la mano.

La tarde lluviosa era ideal para un abrigado sueño. Leyro Serra abrió el ventanal, que dejaba ver a lo lejos el océano agitado con penachos blancos de espuma. Encontró una revista para leer algo mientras esperaba que Suzely acondicionara y despidiera a las niñas, que iban a jugar a la casa de unas amiguitas. Ellos estarían solos toda la tarde.

Pero Oscar se quedó dormido a los escasos minutos, y así lo encontró su mujer cuando entró al dormitorio. Sin importarle demasiado, se desnudó y se metió en la cama tratando de no despertarlo, porque le molestaba esa especie de rutina de sexo

cuando su marido llegaba.

Se ladeó hacia la ventana dándole la espalda, y sus enormes ojos quedaron fijos en los vidrios donde estallaban las gotas de lluvia.

Cuidadosamente, para no despertarlo, se tapó los hombros con la sábana y sintió el abrigo del liviano edredón. Así dejó transcurrir el tiempo, y sus pensamientos se encaminaron solos hacia su solitaria vida, que la había empujado a las aventuras más absurdas y arriesgadas.

En esos largos días, la libertad absoluta y los días de sol, la gente de vacaciones y sus atractivos físicos convocaban a más de uno, como la miel a los insectos. Sus originales rechazos a las insinuaciones o proposiciones habían ido cediendo terreno a la curiosidad y después a la avidez de nuevas experiencias.

¿Qué haría Oscar si se enterara? ¿Le importaría?

Eran las once de la noche cuando Ernesto estacionó su auto en el garaje. Estaba cansado, realmente cansado, asqueado por el juicio oral en el que había tenido que actuar.

Era el caso de un violador compulsivo. Se discutía si el acusado era un insano o un hombre que entendía la criminalidad de sus acciones. En la sala estaban presentes algunas de las víctimas, que tuvieron que enfrentarse una vez más a esa bestia sádica que las había humillado de todas las maneras posibles y que, por si eso fuera poco, debían soportar las preguntas capciosas del abogado defensor, que pretendía demostrar que su cliente había sido incitado o al menos inducido por ellas.

El hombre manejaba un taxi, tenía unos treinta y cinco años y una apariencia seductora. Bien peinado y afeitado, delgado, con un rostro simpático y aniñado, era difícil imaginar que se trataba de un violador serial.

Amenazaba a sus víctimas con un revólver, aparentemente inútil porque en el momento de la captura se había comprobado que no tenía percutor y no podía dispararse. Por lo general, las violaba dentro del mismo taxi, pero antes de la penetración se hacía excitar de las más diferentes y aberrantes formas, disfrutando con el terror de sus víctimas.

Los relatos eran denigrantes para las mujeres, hasta tal grado que, en un momento, el presidente del tribunal hizo desalojar al público. Ernesto se había entretenido en observar la cara de esos espectadores que se espantaban, se enfurecían y, aunque jamás lo admitirían, gozaban con la descripción de los hechos.

La circunstancia de que el acusado tuviera una apariencia inofensiva y hasta honesta, un abogado defensor que no se detenía ante nada con tal de mejorar una situación indefendible y un tribunal que no imponía límites a ninguno de los actuantes, lo obligó a desplegar una actividad desusada para proteger a las víctimas. La descripción de los hechos, la identificación del acusado y las repreguntas sobre cuestiones que herían sin piedad su intimidad, las ofendían tan fuertemente como el

delito mismo.

La condena fue de dieciocho años de prisión por la reiteración y peligrosidad del acusado, desechando las alegaciones de inimputabilidad por trastornos psiquiátricos. Un éxito como fiscal, a pesar del poco tiempo que había tenido para preparar la causa.

Julia estaba recostada en el sillón, leyendo unas hojas atrapadas por un clip enorme, y le sonrió desganada.

—¿Cómo estás, amor? ¡Qué tarde se te hizo!

—Recién termina el juicio de ese hijo de puta.

—¿Cuál?

—El del violador. Le pusieron dieciocho años.

—¡Dieciocho años! Es un disparate. Cuando ese hombre salga va a ser un anciano.

—Seguro que va a salir mucho antes por buena conducta, y no te parecería un disparate si fueras alguna de las once mujeres que hoy estuvieron en el juicio o algunas de las decenas que nunca se sabrá que violó y que se esconden.

Julia se quedó pensativa. Ella podría haber sido una de las mujeres que tomaron ese taxi. ¿Se habría animado a reconocerlo y a declarar en el juicio?

Se levantó del sillón, lo besó y lo mantuvo un rato apretada contra su cuerpo. Se dieron cuenta de cuánto se necesitaban después de estar todo el día en contacto con la miseria humana: ella después de una tarde de cirugía, viendo la sangre y las vísceras de la gente, y él lidiando con una bestia que nunca llegaría a amar. Necesitaban una buena comida y muchas ternezas para reconciliarse con la humanidad y con ellos mismos.

Ernesto se sirvió una copa generosa en el bar y tomó un sorbo exagerado que sintió bajar por su esófago. Luchar contra el delito era su trabajo de todos los días. Sabía que muchas veces perdía, pero ésas eran las reglas del juego. Sentía que ese hombre de apariencia agradable había sido bien castigado, que a estas horas estaría entrando en el penal donde le darían la otra condena, la que aplican los otros presos a los violadores. Se sintió como un ángel vengador.

Era la venganza oculta de la sociedad marginal, porque la que él representaba no se decidía a ser más dura.

—Pero están muertos, Geppe. Los muertos no pueden firmar, salvo ese desgraciado que no quiere ni venir y que se permitió insultarme. ¡La gente es loca! Después de todo lo que hicimos por él...

—De todas maneras, doctor, esas conformidades debían estar firmadas antes de que se comenzara con los tratamientos. Antes de que se murieran.

—Dígales que tiene todas y termine con el asunto.

—No puedo, pueden mandar un auditor y usted no va a saber qué decirles.

El silencio ganó el enorme despacho del jefe del servicio. El doctor Salinas y el gerente de Laboratorios Alcmaeon en la Argentina se aseguraban que nunca más dejarían pasar ese detalle que ahora les traía tantos problemas. Pero el tema estaba instalado ahí, con esas investigaciones, y de nada servía ahora plantearse el caso para las futuras operativas. Necesitaban resolver ese problema de inmediato.

—¡Ya sé! —exclamó finalmente Salinas con una amplia sonrisa—. Quememos esas historias clínicas.

—¿Cómo?

—Sí, las destruimos y si alguien viene a preguntar, le decimos que no están.

—No, doctor. Eso es infantil —dijo el gerente arrepintiéndose inmediatamente de lo dicho, porque lo podía ofender y éste no era un buen momento para que Salinas se enojara.

—Pensemos... pensemos un poco. En vez de destruirlas se podría quemar un armario donde las guardáramos.

—Es peligroso, doctor.

—Es cierto, siempre alguien puede...

—Pero se las pueden robar del auto.

—¡Eso!

—Usted se las puede llevar a su casa para preparar las conclusiones para un trabajo y pasa por algún lugar donde le rompen un vidrio y roban el portafolio.

—Perfecto.

Una amplia sonrisa iluminó el rostro de ambos hombres y se dedicaron durante un buen rato a ajustar los detalles.

—¡Están reconstruyendo los expedientes! —afirmó Mirta atragantándose con un sorbo de su bebida, siempre light.

¿Qué temor podía tener de engordar? Ni tetas tenía, pensó despiadado Ernesto.

—¿Qué expedientes? ¿Qué reconstrucción?

—Hace algunos meses, en una huelga feroz en el Ministerio de Salud Pública, los gremialistas llevaron las cosas al límite ocupando los edificios, destruyendo muebles, computadoras y documentación. Algunos aprovecharon para quemar algunas cosas que los comprometían y eso les viene al pelo a la gente del Laboratorio que se han presentado en la Oficina de Medicamentos con un informe sobre las investigaciones y pidiendo la inspección que deberían haber hecho.

»El pedido siguió su curso, todos los pasos administrativos que corresponden y al no encontrarse antecedentes sobre la autorización previa, se ha ordenado la reconstrucción del expediente y lo están haciendo con supuestos duplicados que el mismo Laboratorio ha aportado como si se tratara de las copias de lo que, en algún momento, presentaron.

—¿Y cómo sabés vos todas esas cosas?

—Ya te dije que mi novio trabaja ahí.

—¿Y qué hace? ¿Cómo se llama? —preguntó imprudente.

—Eso no te lo puedo decir... Es un funcionario importante y está casado.

Ernesto volvió a asombrarse. ¿Cómo podía un tipo casado e importante tener un amorío con ella? ¡Hay gente para todo!

—Está bien —dijo finalmente—, guardá tu reserva. No te olvides que soy fiscal y que en todas las causas sé muchas cosas que nunca saldrán de mí. Nadie, como yo, tiene el deber de secreto. A lo mejor, en algún momento necesite hablar con él.

Ante la alarma en la cara de Mirta, agregó:

—Siempre en el más absoluto secreto.

—Mejor vos haceme las preguntas y yo te traigo las respuestas. Ernesto, por favor, no hagás que me arrepienta de haber confiado en vos para castigar a esos miserables, yo puedo hacer todo lo que quieras pero no lo obligues a él.

—Si me pedís que no lo involucre, no lo voy a hacer. Vos sabés que soy leal. Tu historia es propia de una novela pero te ocurrió a vos.

—No te imaginás hasta dónde me ha golpeado —le contestó bajando la cabeza.

—Tampoco podés vivir toda tu vida con este estigma. Son los horrores de la guerra y hay miles de casos que...

—Pero pocos que afecten a todo en lo que creés. Me costaba mucho trabajo pero estaba consiguiendo superarlo hasta que Agustín me propuso meterme en esto que eran investigaciones clínicas con humanos sobre el cáncer que diezmó a mi familia.

—A lo mejor esta gente descubre algo que termine con la enfermedad.

—Pero no puede hacerlo en esta forma, Ernesto. ¿Quién no quiere que descubran la cura del cáncer? Pero bien, Ernesto, bien, sin usar a los enfermos, que los respeten, que lo hagan para el beneficio del ser humano y no a pesar del ser humano.

—Vos sabés que estoy de acuerdo, pero también es cierto que sin investigación científica no hay progreso.

—Claro que no se puede progresar sin investigar pero, después de tantos horrores —de los nazis y de los científicos—, una investigación debe hacerse con todas las garantías para la gente.

Ernesto trató de digerir la andanada de conceptos y no encontró falla en el razonamiento ético de Mirta. Indudablemente eran pensamientos elaborados en tantos años de sufrimiento y que compartiría más de un filósofo.

No tendría tetas pero sí corazón y hasta, parecía, cerebro.

Los cómplices se reunieron en un café de la avenida Independencia. El culo del doctor Salinas rebozaba la silla mientras comía un sándwich tostado con una gaseosa y esperaba ansioso la llegada de Geppe que entró apresurado por la puerta.

Los dos autos estaban en el garaje de la otra cuadra listos para partir a su aventura. El gerente estaba pálido y evidentemente nervioso.

Hablaron durante un rato para ratificarse la seguridad de que lo planeado era la única solución para terminar de una vez. Volvieron a repasar la ruta que tomarían.

Un rato después, cuando Geppe terminó su café, fueron hasta el garaje y subieron a sus automóviles. Salinas iba adelante con su Renault 21 azul, algo deteriorado por encontronazos varios cuyas huellas no se molestaba en reparar. No era ni un buen conductor ni un cuidadoso de su automóvil. Geppe, con su ostentoso Toyota Corola impecable, lo seguía a cierta distancia pero sin perderlo de vista.

Anduvieron un buen rato tratando de que los semáforos no los separaran y el gerente dejó que Salinas eligiera el lugar. Finalmente se detuvo varios kilómetros después de haber dejado los límites de la ciudad en un barrio de casas bajas de Caseros.

Era una cuadra donde no se veía a nadie a esa hora de la tarde y Salinas frenó, dejó la ventanilla apenas abierta y en el asiento trasero un portafolios con unas revistas médicas y un libro en desuso. Relucía como un farol para cualquiera en ese barrio con muchas necesidades. Un par de minutos antes, cruzaron por la periferia de una villa miseria. El desguace estaba asegurado.

Rápido fue hasta el auto de Geppe —que se había detenido unos cinco metros atrás— y subió desnivelando el automóvil japonés con su enorme peso. El gerente arrancó presuroso queriendo estar lo más lejos posible de aquel lugar. Tres cuartos de hora después, lo dejaba en su consultorio de la avenida Quintana, en lo mejor de la ciudad, no sin repetirle que fuera a hacer la denuncia a la seccional de la zona lo antes posible.

Cuando el gerente llegó al edificio donde tenía su oficina, estacionó el auto en la cochera, apagó el encendido y se quedó unos minutos sentado con la cabeza apoyada en el respaldo tratando de recuperar el equilibrio perdido en esa maniobra que habían ejecutado con Salinas.

Esperaba que todo saliese bien, que nada se complicara por una estupidez, que el médico hiciera la denuncia en forma, que la policía fuera tan ineficiente como siempre y que no encontrara el automóvil o hallara los restos meses después destruido o incendiado.

Se repitió una y mil veces que todo estaba bien. Era un paso necesario e indispensable. El otro, en la Oficina de Medicamentos, también estaba encaminado aunque necesitaba algo más de tiempo.

En dos o tres semanas, estaría en condiciones de viajar a Río para dejar todo limpio y asegurar su puesto de gerente en la Argentina.

En la distribución de la correspondencia de ese martes nublado, llegó el pesado sobre que Ernesto se mandó a sí mismo. Había implantado la costumbre de abrir en forma personal la correspondencia que llegaba a la Fiscalía sin permitir que lo hiciera ninguna secretaria o empleada. Era la forma de asegurarse que todo le llegara de

primera mano sin que nadie, por una tontería o por interés, ocultara o derivara algo que él ignorara.

Una vez que le dio curso a cartas, informes y documentación que recibió ese día, llamó a Agustín Urtubey a su despacho.

—Mirá lo que llegó —le dijo sin mirarlo a los ojos y entregándole las hojas y la carta.

Agustín se tomó su tiempo para estudiar toda la documentación y, de vez en cuando, levantaba la vista para mirar a su jefe y amigo.

—¡Qué bárbaro! —dijo al fin—. Espero que a nadie se le ocurra hacer un peritaje de la tinta de esta carta y del cartucho de tu impresora.

—¿Por qué lo decís?

—No, por nada —le contestó con una amplia sonrisa que aseguraba amistad y silencio—. ¿Qué pensás hacer?

—Investigar, ¿qué otro remedio queda!

—¿Me necesitás a mí?

—Sólo si estás dispuesto a ayudarme sin preguntas ni condicionamientos.

—Bueno, va a ser divertido.

—Entonces preparame un escrito pidiendo una orden de allanamiento al Departamento de Oncología del hospital y para la Oficina Nacional de Medicamentos. También otra para los Laboratorios Alcmaeon.

—Estamos en un mal turno, Ernesto. Hasta la semana que viene está el calzonudo de Vincett y nos va a dar mil vueltas para largar las órdenes.

—Entonces tenés más tiempo para preparar el escrito y para pensar cómo actuamos porque al primer movimiento van a correr a protegerse como si hubiéramos pateado un hormiguero.

Oscar Leyro Serra había perdido toda precaución en sus encuentros con Silvia. Exceptuando algunos lugares y horarios donde con seguridad sería reconocido, se lo podía ver con ella en restaurantes, en la playa o simplemente paseando por lugares en las afueras de Río. Si alguien los veía, mala suerte.

Ella pensaba que las cosas iban demasiado rápido, pero no podía detenerlo... o no quería. Estaba pasando por una etapa excepcional donde muchas cosas podían quedar atrás, aquellas cosas que podía dejar sin la menor pena.

A su lado, acostado en la arena estaba ese hombre emocionalmente traslúcido que de pronto había irrumpido en su vida como un torbellino. La flaccidez de su abdomen era lo único que revelaba que estaba llegando a la cincuentena. El cabello era escaso y en partes canoso pero el cuerpo conservaba algo de sus años jóvenes de deportista; le podían otorgar la duda de algunos años menos.

No era, por supuesto, ni lo imaginado en sus sueños de adolescente ni lo repudiado en sus noches de acompañante pagada. Era un hombre normal, sin



demasiadas pretensiones, pero tampoco despreciable. Era rico y estaba dispuesto a jugarse por ella con un futuro juntos.

Dormía y ella lo observaba sin limitaciones. Seguía pensando que, más allá de las conveniencias, las cosas se habían desencadenado demasiado rápido por el impulso de Oscar que no permitía que nada se interpusiera cuando quería algo pero ella necesitaba tiempo para pensar y para volver a sentir.

Había dedicado años a esa vida de acompañante, como le gustaba decir, y no se arrepentía. Le había proporcionado una serie de beneficios que difícilmente hubiera encontrado en otra actividad. Ahora, debía elegir entre seguir con su vida de total libertad donde cada noche de su trabajo le alcanzaba para vivir cómoda un par de semanas o estaba dispuesta a pertenecer a un solo hombre que, tal como todo pintaba, estaba dispuesto a brindarle seguridades y estabilidad. ¿Podría olvidar cómo la había conocido después que se le pasara el entusiasmo?

Sus cavilaciones fueron interrumpidas por una suave caricia en su pierna. Cuando levantó la vista vio la amplia sonrisa y los ojos clavados en ella con una indisimulable ansia de dominio.

Se levantó de un salto y la arrastró hacia el mar. Allí jugaron con total impudicia al abrigo del agua que tapaba intimidades. Jugaron con sus sexos, se acariciaron y se besaron. Hasta se dejó penetrar fugazmente con un gozo orgásmico.

Un rato después, estirados en la arena sintiendo el rigor del sol, ambos pensaban en esa locura que los arrastraba vaya a saber dónde.

Los mozos de la pizzería los conocían, atendiéndolos con alguna deferencia. Ernesto imaginó los comentarios que harían mientras se fumaban un cigarrillo en la trastienda pero, en realidad, no le importaba. El complejo de vergüenza de las primeras veces había sido superado por el encanto de esa mujer y su inteligencia. Además, tenía la ventaja de que si alguien los viera juntos nunca podría pensar que estaba engañando a Julia. Era una enorme tranquilidad poder evitar malos entendidos.

—El expediente se mueve con una agilidad asombrosa —afirmó Mirta—. Parece que son instrucciones directas del subadministrador, que es un hombre de muchos años en la Oficina.

—Pero tenemos que esperar unos días todavía. Si pedimos ahora las órdenes de allanamiento, caemos en el turno de un juez que es un timorato y, en definitiva, demoraríamos más con el peligro de que se filtre la información. Además ¿cómo vamos a comprobar que no hacen lo que corresponde si el expediente, efectivamente, se destruyó?

—Demostrando que nunca existió el pedido original.

—¿Y cómo se prueba lo negativo?

—Carlos dice que hay que acreditar que nunca se presentó por la mesa de entradas, que es tan primitiva que todavía siguen llevando un libro donde anotan a

mano cada papel que entra. Se olvidaron de destruirlo y allí está para el que lo quiera ver.

—Por eso necesito hablar con Carlos. Me puede dar un montón de información.

—Ya te dije que eso es imposible. No insistas. Vos me preguntás a mí y yo le pregunto a él. Ése es el sistema.

—No es lo mismo. Necesito saber dónde buscar, en qué oficina, en qué lugar.

—Decime y yo le pregunto.

—Tengo que ser preciso porque en cuanto les deje un rato, van a hacer volar cualquier cosa que los comprometa.

—Carlos no te va a ver por nada del mundo. Podría perder su puesto y además, tiene pánico que alguien lo relacione conmigo. Su esposa...

Ernesto dudó que fuera un problema de celos maritales. Se imaginó que el tal Carlos no quería que nadie supiera que salía con esta mujer. La excusa de una esposa celosa era ideal para esconderse de la gente. ¡Pobre Mirta!

—Está bien. Necesito un diagrama del edificio. Dónde encuentro la mesa de entradas, dónde está ese libro donde anotan los expedientes y cómo pruebo que nunca pidieron la autorización.

Mirta anotaba en un cuaderno que había llevado. Levantó la vista interrogante y se encontró con una extraña mirada de Ernesto, como si la estuviera examinando.

—¿Qué más? —preguntó incómoda.

—Dónde está la oficina de los verificadores de las investigaciones en curso y cualquier otra cosa que me ayude a demostrar que no se había pedido autorización antes de empezar a investigar. También necesito cualquier prueba que me acredite que no se han hecho los controles que se deben hacer.

—Está bien.

Terminaron de comer el resto de la *pizza* con el queso ya endurecido y con ese acostumbramiento a la necesidad de que no los vieran, Mirta propuso:

—Salgo yo primero.

Ernesto se quedó observándola y trató de imaginar su cuerpo debajo de los pantalones grandes y la blusa suelta que más se parecía a un delantal. Algo debía haber o el tal Carlos era, definitivamente, un perverso.

En un restaurante de Puerto Madero, Geppe esperaba al doctor Antonio Villamil, el omnipotente subadministrador de la Oficina de Medicamentos. Ya había devorado parte de los crocantes pancitos untándolos con manteca y espolvoreándolos con sal. Una botella de buen vino tinto estaba siendo consumida a medida que se vaciaba la panera.

Llevaba un retraso de veinte minutos, ¿habría entendido bien el día y el lugar? Buscó en la agenda electrónica el número y lo llamó a su celular.

—Estoy a cinco minutos de allí. Perdóneme, Geppe.

Siguió dando cuenta del pan con manteca y sal hasta que lo vio aparecer conducido por una hermosa rubia que oficiaba de recepcionista.

—Mil disculpas, pero se me atravesó un problema en el momento en que salía.

—No se preocupe. Temía desencontrarnos —le contestó sabiendo que siempre llegaba tarde a las reuniones. Una especie de defecto en las costumbres que era su modo de demostrar jerarquía. ¿Haría lo mismo cuando lo llamaba el ministro?

Pidieron la comida, unos platos exquisitos, y se dedicaron a saborearla comentando generalidades y contando algunos chistes subidos de tono. Cuando llegó el postre, Geppe se animó a preguntar:

—Doctor, ¿cómo anda el tema de la autorización para el ALS-1506/AR?

—Muy bien. El expediente está reconstituido y he ordenado que mañana le hagan un monitoreo. Avísele a Salinas que van a ir.

—¡Ah, muy bien! ¿No tuvo ningún problema con la gente de la oficina?

—¿Y qué problema puedo tener? Es uno de los muchos expedientes que se perdieron en la huelga. Además, no es otra cosa que repetir la primera experiencia autorizada pero con diferente dosificación. Más baja, para mayor seguridad aunque no sirva para nada en esas dosis homeopáticas.

—Sí, claro. Sabía que podía contar con usted, doctor Villamil.

—Siempre puede contar conmigo, Geppe. ¡Hace tantos años que nos conocemos!

Tantos años que arreglamos cosas, pensó el gerente. ¿Qué pasaría el día que no le entregara un abultado sobre como el que tenía en el portafolios?

—Una cosa más, doctor.

—Sí, diga.

—El doctor Salinas tuvo un problema. Le robaron el auto y allí tenía un portafolio con las historias clínicas de los pacientes de la investigación que ya fallecieron y un par de historias más de otros pacientes que no terminaron con el tratamiento.

—¡Qué macana! ¿Dónde fue?

—Aquí en el centro, a la vuelta del consultorio. ¡Ya no hay garantías!

—¿Hizo la denuncia?

—Claro.

—Pero ¿denunció que estaban esas historias clínicas en el portafolio?

—Por supuesto, las llevaba a su casa porque estaba haciendo un trabajo para publicar en la revista. Ni en el hospital ni el consultorio le dejan tiempo. Además tenía cheques, tarjetas de crédito y otras cosas.

—¡Qué bárbaro! Dígale que no deje de agregar una fotocopia de la denuncia cuando vaya el monitor.

—Se lo diré. A propósito de la revista, le traje unos números —le dijo, abriendo el portafolios y sacando un sobre plástico grande con el logotipo del último congreso patrocinado por el laboratorio.

Villamil lo tomó y lo abrió sacando a medias las revistas para poder asegurarse que adentro quedaba otro sobre tamaño oficio que resguardaba los fajos de billetes.

—Dígale al profesor Salinas que no se preocupe, que le mando un auditor amigo, pero que sea prolijo y no deje nada pendiente. Necesitamos un informe definitivo para encaminar las actuaciones.

—Ya estamos en camino, Mirta. Este domingo termina el turno de Vincett y nos vamos a presentar la semana próxima haciendo la denuncia. ¿Me trajiste lo que te pedí?

—Acá está todo. Un plano de la planta, la ubicación de la mesa de entradas, de la oficina de verificación de investigaciones, y el armario donde guardan las carpetas de las investigaciones en curso, que puede estar con llave, según la hora que llegues.

Estuvieron un rato viendo los lugares y las ubicaciones que necesitaban para hacer un operativo relámpago. Mirta anotaba las nuevas preguntas que tenía que hacerle a su oculto Carlos.

—Hacelos mierda, por favor —dijo vehemente, sorprendiendo a Ernesto.

—Voy a tratar, pero lo importante es encontrar las pruebas, sino...

—Son unos miserables, Ernesto. Si vieras las cosas que me cuenta Carlos. Son burócratas que tratan de trabajar lo menos posible, piden todas las licencias que pueden, reciben regalos o propinas de los laboratorios. No tienen en cuenta que deben vigilar y autorizar medicamentos que van a la gente... al consumo de la gente enferma.

¿Cómo le gustaría hablar con el tal Carlos de todo esto! Pero Mirta lo protegía de cualquier exposición. ¿Por qué?

Los ojos de Mirta se llenaron de lágrimas y bajó la cabeza ocultando su cara y dejando ver sólo su mata de pelo colorado y revuelto que ya no parecía sucio. Un par de gotas cayeron sobre el mantel dejando dos lamparones perfectamente circulares.

Ernesto extendió la mano sobre la mesa y tomó las de ella en un gesto natural de solidaridad. Quería ayudarla, sacarla de todos esos años de fanatismo, dolor y lucha interna que no la dejaban ser mujer. Sintió el calor de su piel y una suavidad que invitaba a acariciar, algo más que solidaridad.

—Tranquila, Mirta, tranquila.

—Lo que no puedo soportar es que haya gente que le expropie a estos enfermos el derecho a su propia muerte. Que en aras de la medicina, del avance científico, los arrastren a sufrimientos indecibles hasta que mueren sin dejarles siquiera la muerte propia, la única muerte que pretende ser digna... si la hay.

Ernesto se quedó pensando en lo que le decía Mirta que, cada vez qué se encontraban, lo asombraba con algo. La miró y vio los ojos celestes inundados por las lágrimas y se conmovió apretándole las manos.

—La única muerte digna es la que se elige —sentenció escupiendo las palabras.

Unos metros más allá el mozo los espiaba creyendo que se trataba de una pelea de enamorados entre el lindo y la fea ¿Cuál sería la compensación de ese hombre, se

volvió a preguntar, pedestre y elemental?

Las cosas estaban tranquilas en la oficina del Laboratorio y decidió tomarse el jueves y el viernes. Hacía mucho tiempo que no estaba con sus hijas ni en familia. Pronto empezarían las clases y volverían a Río; la rutina escolar, social y de trabajo se impondría al grupo como un corsé del cual no podían apartarse sin tener problemas.

El miércoles volvió a salir con Silvia, cambiaron de lugar y comieron en un encantador restaurante italiano de Botafogo. Otra vez se fueron a dormir al departamento de Oscar con la rutina de esconderse en el asiento al entrar y al salir del garaje. Se ocultaba en el baño cuando le llevaban el desayuno al cuarto y ambos tomaban de la misma taza. Bajaban como ladrones para que no la vieran. Era divertido.

Pese a los esfuerzos y las concesiones que estaba haciendo, Oscar no podía conseguir enterarse de nada de esa vida secreta que tenía una vez que se separaban. Ya no cobraba sus encuentros, le dedicaba tiempos importantes y lo hacía sentir pleno sin que mediara nada económico. Pero nunca se traspasaba la frontera de su intimidad pese a que habían dejado de esconderse, que la llevaba a dormir a su propia casa, que le hacía regalos importantes. Él transparente, expuesto. Ella, completamente misteriosa y segura.

El espectáculo de la llegada a Angra lo admiró otra vez, pese a que había recorrido esa costa decenas de veces. La plenitud de la vegetación, las islas irrumpiendo en la lisura del mar y las playas de arenas blancas eran una postal que siempre lo remitían a un paraíso feliz.

Cuando se bajó del auto, en la puerta de su casa, aspiró profundamente el aroma de las plantas mezclado con el salobre del mar que, con un arrullo lejano, no dejaba de marcar su presencia eterna.

—La señora no está —le informó la criada uniformada.

—¿Y las chicas?

—Tampoco, señor.

—¿Y dónde fueron?

—La señora está en la casa de la señora Carla, y las niñas se fueron a Parati con la familia Rofrano. Vuelven a la tarde.

—Gracias. Voy a buscar a la señora.

—Si quiere, tengo el número de teléfono. La puedo llamar.

—No, deje. Le daré una sorpresa... mejor voy a ir caminando —se decidió, cerrando la puerta del auto.

Salió por la parte de atrás de la casa y caminó en diagonal por un terreno baldío que separaba las casas. A unos doscientos metros vivían Carla y su marido, y el director regional pensó que quizá se lo encontraría. No tenía ganas de hablar con ese

imbécil.

El día estaba espléndido, ni siquiera hacía demasiado calor. Se desprendió dos botones de la camisa para que el sol le diera en el pecho y, contento, aceleró el paso pensando en su mujer y en las sensaciones que le había dejado Silvia. Inevitablemente las comparó. Eran tan distintas: una todavía era misterio, a la otra la conocía en todo. Una toda novedad, la otra previsible. Una delicada y perfecta, la otra abundante y con algo de celulitis, pese a los tratamientos y las cirugías: había una diferencia de algo más de diez años entre ellas... y se notaba.

Había llegado hasta la enorme casa, y decidió entrar por la playa donde un muro separaba la pileta de natación de la arena. Cuando fue a abrir el portón de madera, su vista captó la escena. Las dos mujeres estaban tomando sol sin los corpiños... con dos atléticos jovencitos a quienes doblaban en edad.

Retrocedió por la sorpresa, sin saber qué hacer. El primer impulso fue entrar sin aviso y provocar un escándalo. Pero...

¿Qué haría? ¿La golpearía? ¿Se trezaría a golpes con los muchachos? Seguro que perdería. ¿Qué ganaba descubriéndola? ¿Provocar una separación? ¿Un divorcio? No era el momento.

Casi como un intruso, se corrió hacia unas plantas que lo ocultaban y le permitían mirar a través de las ramas. En ese momento, el muchacho que estaba al lado de Carla se levantó y la besó en la espalda antes de lanzarse al agua con una zambullida perfecta. Ella no se movió de su posición, como si estuviera dormida.

Volvió a Suzely y la vio estirar su mano acariciando el estómago a su compañero, mientras jugueteaba con la línea de pelos negros que salían del slip hasta su ombligo. Con la uña roja lo rodeó varias veces. El joven volvió la cabeza hacia ella y le sonrió. La mano de ella comenzó a deslizarse hasta meterse debajo de la tela. El cuerpo oscuro y musculoso se corrió en su reposera para permitirle una mayor comodidad en la caricia.

Oscar miraba la escena atónito. Nunca había imaginado que algo así podría pasarle. Sentía la necesidad de salir de su escondite y golpear. Golpear de cualquier forma, aunque corriera un riesgo físico. Pero allí estaba, paralizado, viendo cómo su mujer, su esposa, sonreía mientras le acariciaba el sexo a un joven casi perfecto. La pareja siguió jugueteando. Los movimientos de ese cuerpo atlético y bronceado revelaban que no podría aguantar mucho más la provocación. En un momento, el joven extendió su mano y le acarició el pezón desnudo y erizado. Oscar, estúpidamente, pensó en la silicona que lo mantenía.

El otro salió del agua y dijo algo que hizo reír a todos. Carla se incorporó en su reposera mostrando unas tetas perfectas y caminó hacia él. ¿También tendría cirugía? Seguro.

Algo se dijeron, pero Oscar no pudo oírlos. No podía dejar de mirar; se estaba excitando. El rubio que había salido del agua se sacó el slip y se acercó a Carla, quedando parado a su lado esperando la caricia. Ella comenzó a besarle mientras las

manos le acariciaban los glúteos musculosos.

Suzely y su compañero se levantaron y se fueron hacia la casa. Oscar vio cómo su mujer y el joven caminaban abrazados. La mano de él acariciaba su espalda y bajaba hasta sus redondeces. Los otros dos comenzaron a contorsionarse, y unos instantes después copulaban sobre la reposera.

Leyro Serra se quedó hipnotizado durante algunos momentos, hasta que decidió volverse. La escena lo había excitado visiblemente, pero no podía dejar de pensar que se trataba de su esposa, que en aquel momento estaría gimiendo de placer con ese joven que se había conseguido. Contra eso no podía competir, y su mente voló a Silvia.

—No la encontré. Llámela por teléfono, por favor —ordenó a la mucama, mientras se servía, alterado, una copa.

*La única muerte digna es la elegida*, repetía Ernesto enfrentando el escritorio de su despacho, mientras recordaba el encuentro con Mirta y sus ojos claros llenos de lágrimas. No alcanzaba a determinar si era una verdad, pero impactaba y sonaba impecable.

Esa muchacha estaba llena de sorpresas: una angustia de años, una vida signada por muertes, traiciones y la venganza, un novio oculto e inasible, sus sentencias precisas y duras que lo dejaban impresionado.

¿Dónde y de qué viviría? No parecía tener empleo y menos un pasar cómodo. Lo único que sabía era que vivía sola y que se comía las tres cuartas partes de la *pizza* cuando se encontraban. Que tenía un novio que era casado, pero no sabía cuántas veces lo veía ni dónde. Sólo la imaginaba durante horas en una biblioteca estudiando filosofía o ética, haciendo changas de clases o preparando algunos programas de computación que le daban unos pesos para subsistir.

Ahora tenía que planificar cómo harían para evitar que los involucrados en la causa, que ya estaba caratulada con una tapa oficial, se comunicaran entre sí. No debía permitir ni darles tiempo para que borrarán las huellas de sus delitos en el momento en que se hicieran los allanamientos. Era indudable que necesitarían simultaneidad. Al hospital lo conocía por las descripciones de Julia y Federico; al edificio de la Oficina de Medicamentos, por lo que le había informado el novio de Mirta. ¿Y la sede de Laboratorios Alcmaeon? ¿Qué iban a buscar allí?

Trató de imaginar qué cosa podría lograr en ese lugar y le costaba trabajo determinarlo. No habría documentación de los enfermos, quizá se ocuparían de la llegada y entrega de las drogas y hasta del reenvío de los resultados a los Estados Unidos. ¿Tendrían un director médico relacionado con el hospital y con la Administración? Quizá lo podrían interrogar para que les diera algunos entretelones de las relaciones de la investigación.

Decidió que él iría al hospital, que era el lugar más conflictivo, y dejaría para

Agustín Urtubey la Oficina Nacional de Medicamentos, donde tendría indicaciones precisas y documentos que buscar.

En forma directa, sin secretaria, llamó al comisario Rimoldi Fraga, un antiguo y decente jefe de la División Delitos Económicos de la Policía Federal. Quizá le diera una pauta de qué y dónde buscar información en el Laboratorio Alcmaeon.

Cuando Suzely llegó a la casa, encontró a Oscar tomando una copa en la terraza. Estaba calmo y sonriente.

—Decidí tomarme estos cuatro días... estoy muy cansado.

—¡Qué bien!

—Hace mucho que no estoy con ustedes. Sé que las tengo un poco abandonadas y no hay trabajo que merezca eso.

—Por supuesto, me alegro de que te des cuenta. ¿Hace mucho que llegaste?

—Una media hora... te fui a buscar a lo de Carla y nadie me contestó el timbre.

—Es que habíamos ido a comprar unas cosas y las mucamas no estaban.

Oscar la miró para encontrar signos de turbación o, al menos, un involuntario rubor, pero no. Su rostro no acusó el menor impacto. Había estado cogiendo locamente con un jovencito unos minutos antes y ahora estaba hablando con su marido, que casi la atrapaba, sin sentir la menor incomodidad. ¡Qué hija de puta!

¿Pasaría lo mismo con Silvia? Seguro, pero ella, al menos, era una puta declarada y de eso vivía. Era más honesto que la simulación de su esposa.

Conversaron mucho sobre las novedades de Río y del trabajo, de los problemas superados y de una recorrida que debería hacer por los países que dependían de su gerencia regional, como si la loca y erótica escena que había presenciado unos minutos antes no hubiera existido y Suzely no sintiera aún los rigores del sexo con ese muchachito de cuerpo oscuro y perfecto.

El calor se había intensificado y aun bajo el toldo se hacía sentir. El viento del mar no alcanzaba a refrescar. Oscar estaba descalzo, gozando de los dedos libres sobre el mosaico fresco. Se paró y se desnudó completamente.

—Me voy a nadar —anunció, y se lanzó a la pileta sintiendo el placer del agua entibiada por el sol. Se dedicó a bracear durante un rato a lo largo de la pileta, sintiendo que sus músculos se estiraban. Se detuvo a descansar y vio a Suzely en el borde, con los pies en el agua.

—Entrá, ¡está lindísima! —la invitó. Suzely le sonrió y se desabrochó el corpiño. También se sacó el bikini, dejando ver su cuerpo desnudo en todo su esplendor. Abrió un poco las piernas para que él la viera desde el ángulo perfecto a ras del agua. Oscar sintió cómo se excitaba otra vez sin poder evitarlo.

Ella se dejó deslizar y por un momento desapareció bajo el agua, emergiendo con el cabello empapado pegado al cráneo. Se acercó a la pared donde él estaba recostado y lo abrazó por el cuello, mientras su cuerpo se aplastaba ansioso.



—¡Qué suerte que viniste!

El juego previo fue demorado por Oscar, pese a su excitación. Le gustaba sentirla ansiosa. ¿Sería la necesidad de continuar lo que había interrumpido con su llegada? Iba a entrar donde momentos antes había estado otro, mucho más joven, ocupando ese espaciopreciado.

Sin apuro y estirando su cuerpo, se introdujo lento mientras Suzely exhalaba un suspiro y tiraba la cabeza hacia atrás, dejando disponible el cuello, al que él se adhirió.

## Capítulo 5

En Nueva York, el frío iba cediendo. Ya no se producían esas tormentas terribles que paralizaban la ciudad. La luz del sol, además de calentar un poco más, iba ganando espacio en el tiempo, haciendo las tardes más largas. De todas formas, miles de toneladas de combustible se seguían gastando en calefaccionar esas moles.

En el rascacielos de Laboratorios Alcmaeon comenzaba una reunión importante, con una veintena de personas de varias áreas. En un pequeño anfiteatro estaba hablando uno de los jefes de informática. La sala estaba en penumbras.

—Las computadoras han arrojado resultados asombrosos cuando se baja la dosis de ALS-1506/AR. Afortunadamente, los programas están preparados para captar todas las modificaciones que se producen en los pacientes durante los estudios, no sólo respecto del objetivo determinado sino sobre otros elementos marginales que puedan recoger los investigadores.

Hizo una seña al operador de la cabina y le pidió:

—Por favor, el cuadro uno.

La pantalla detrás de la tarima donde se encontraba el orador se iluminó con un cuadro de barras, que representaban porcentajes.

—Cuando llegaron los resultados de Ohio, de Polonia, Rumania, Nigeria y Grecia, se prendió una luz de alarma por los múltiples eventos adversos que se estaban produciendo en los pacientes. El porcentaje de un 28,9% de mortandad implicaba la posibilidad de una toxicidad no prevista y además había síntomas preocupantes como disfunciones cerebrales, erupciones generalizadas y hasta problemas cardíacos.

Una tos cargada resonó en el salón y se percibieron movimientos en los asientos de los asistentes.

—La dosis prevista de 5 mg diarios de ALS-1506/AR parecía la adecuada según los resultados obtenidos. El grado de toxicidad en ratones recién se obtenía superando los 30 mg diarios, y por eso decidimos emprender la fase III con un margen de seguridad y con dosis de 5 mg.

—¿Y por qué no se ensayó en la fase II con esa dosis antes de pasar a la fase III?  
—preguntó alguien desde la primera fila.

—No es mi área, señor.

—¿Quién me puede responder a esta pregunta? —volvió a decir la misma voz de la primera fila.

Las luces del salón se elevaron en intensidad. Alguien, sentado en la tercera fila del otro lado del pasillo, dijo:

—Porque no teníamos tiempo. Los plazos fijados para las distintas fases no daban para ampliar la fase II con una dosis menor. Estimamos que reduciendo de 30 a 5 mg estábamos más que cubiertos.

—Pero no fue así —dijo un hombre canoso y de físico corpulento sentado en la primera fila.

—No, señor. Los efectos adversos en los primeros grupos de Ohio y Europa fueron importantes. Se ratificó en los grupos de África.

El eufemismo de *efectos adversos* se utilizaba mucho en esos ambientes, pero todos sabían lo que significaba. Personas que morían o quedaban con secuelas irreversibles por la experiencia.

—¿Y por qué no volvieron a los animales para ajustar la dosis?

—Lo hicimos, señor, y los resultados fueron positivos. La toxicidad bajó a niveles normales: ninguna droga es inocua, señor.

—¡Ya lo sé! —estalló el hombre—. Hace treinta años que estoy en la industria farmacéutica. La pregunta es por qué no tomaron mayores prevenciones.

—Lo hicimos, señor. Volvimos a los cobayos y comprobamos. De todas maneras, bajamos la dosis de 30 a 5 mg para los primeros grupos, a 3 mg para el África y de 2 a 0,5 mg para América latina.

—Sin embargo, estas reducciones no parecieron suficientes y por eso tuvimos que decidir suspender las experiencias con el ALS-1506/AR para fines de año.

—Efectivamente, señor.

—¡Pase aquí adelante, doctor! Porque, si no, van a tener que experimentar con algo para la torcedura de mi cuello.

—Ya lo tenemos y es de venta libre —dijo una voz, provocando unas sonrisas que distendieron el ambiente.

—Para octubre y noviembre del año pasado, tuvimos varias reuniones y al final decidimos suspender todo, perdiendo un montón de millones y exponiéndonos al desprestigio y a la voracidad de los abogados.

—Así es, señor. Era lo prudente y así lo concordamos el grupo de investigadores de la gerencia de investigación clínica —contestó el médico que había bajado desde la tercera fila a instancias del ejecutivo al que se le doblaba el cuello.

—Y se volvieron a equivocar.

—No exactamente o, en realidad, sí.

—Explíquese, por favor.

—Ahora se han descubierto resultados muy alentadores en las bajas dosis. En dosis mínimas de 0,5 mg, como las que se utilizaron en la Argentina.

—¿Pero no habíamos suspendido todas las experiencias?

—En realidad, no. En América latina habían demorado el comienzo... como siempre. Decidimos no suspender abruptamente las aplicaciones para no provocar una reacción de los enfermos y sus familiares que nos trajeran problemas.

—¿Y era posible que siguieran los efectos adversos?

—Claro, señor, pero tenga en cuenta que el ALS-1506/AK es una droga contra el sarcoma, un tipo de cáncer bastante letal, y muchos de ellos se morirían con o sin la droga.

—¡Pero, doctor! Ese razonamiento no parece demasiado adecuado para nosotros. Creo que tendré que hacer renacer el comité de ética o que se reúna con mayor frecuencia. Bueno, está bien. Siga y perdón por la interrupción.

—Bueno, como decía, con la dosis de 5 mg siguieron los problemas y después de todos los análisis se decidió suspender la experiencia, pero en América del Sur estaban en pleno desarrollo y se decidió seguir adelante hasta completar los ciclos.

»Aunque se había abandonado el proyecto, la rutina hizo que se siguieran cargando los datos que se enviaban desde Brasil y Chile con dosis de 2 mg, que terminaron primero, y también del Perú y de la Argentina, que eran los más atrasados y experimentaban con dosis de 0,5 mg. Un décimo de la dosificación que nos había dado problemas aquí, en Europa.

Todos los concurrentes en el salón estaban al tanto de la sucesión de los acontecimientos, pero uno de ellos no pudo dejar de pensar en lo terrible que parecía que el manejo de las dosis tóxicas o perjudiciales se hiciera con tal liviandad. Recordó sus tiempos de aviador en Vietnam, cuando se disponía un bombardeo de saturación en algunas áreas. Allá abajo había gente... y aquí también.

—Reconozco —dijo el gerente de investigaciones clínicas— que debimos demorar o suspender la fase III en sus comienzos, pero el apuro de la gente de marketing y las noticias de que otros dos laboratorios estaban ensayando sobre la base de principios reactivos similares, nos llevaron a apurarnos. Hemos aprendido la lección —concluyó humilde.

—¡Así me gusta! —dijo el hombrón de la primera fila—. Es indispensable aprender de los errores. Hacer la autocrítica en el error, como hacen los marxistas. De otra manera, se volverán a cometer. ¡Casi perdemos muchos millones de dólares! Ahora explíqueme, doctor, por qué no los vamos a perder.

—Como decía el ingeniero, las computadoras que habían dado tan malos resultados en estas experiencias a doble ciego con dosis de 5 mg, incluso complicando todas las variables analizadas, comenzaron a estabilizarse en 2 mg y a dar resultados fantásticos en las dosis de 0,5. Y no con respecto al sarcoma, sino... ¡con el colesterol, el LDH y los triglicéridos!

—Es decir, doctor, que los enfermos de sarcoma seguirán con su evolución y probablemente morirán porque el ALS-1506/AR no les sirve para nada.

—No hay que ser tan duros, señor.

—¿Pero es así o no?

—Sí, pero el descubrimiento de las facultades del ALS-1506/AR para los lípidos en sangre salvará millones de vidas en el mundo. Siempre el éxito llega a través de los fracasos... o de la casualidad.

El sábado por la noche, la casa de los Leyro Serra en Angra estaba repleta de gente. Habían venido de Río, de Parati y de todas las playas. Corría el champagne y

cualquier otra bebida que se pidiera en el bar, atendido por un hombre de color totalmente afeitado y de una altura imponente.

Las mujeres lucían vestidos que parecían informales, pero que cualquiera que conociera un poco sabía que se trataba de modelos exclusivos de alta costura. Lo que en ningún caso era informal eran las joyas que relucían a la luz de las lámparas, o las antorchas que rodeaban la pileta.

A un par de centenares de metros, allá en la playa, alrededor de una fogata, había dos muchachos jóvenes, uno rubio y el otro mulato, hablando acerca de esas mujeres maduras que habían conseguido y con las cuales jugueteaban cuando los maridos estaban en Río. Si seguían así, juntarían lo suficiente para no tener que trabajar en el invierno.

El bullicio de las conversaciones superaba la música suave grabada que antecedió a la orquesta, la cual preparaba sus instrumentos en uno de los costados del parque, para tocar después de la cena.

Oscar conversaba animadamente en un grupo, mientras presionaba disimuladamente su brazo contra el de Carla, que le sonreía cómplice. Se acercó apresurada una de las mucamas con un teléfono inalámbrico en la mano.

—Lo llaman a usted, señor.

—¡Ya le dije que...!

—Es de Nueva York y dicen que es urgente.

Oscar tomó el auricular, pensando en la telefonista que hablaría en portugués, satisfecho porque los demás habían escuchado el diálogo que lo hacía importante y exitoso.

La voz de Mr. Fisoff, aquel que no lo había dejado volver en Navidad, sonó amistosa:

—Perdone la hora, Mr. Leyro Serra, pero ha surgido algo nuevo y acabamos de terminar una reunión en la que se han tomado decisiones importantes que debemos hablar con usted. Por eso, necesitamos que venga lo más pronto posible —ordenó en un tono amable.

—Está bien, señor, pero hoy es sábado y... —se quejó el director regional, hablando en inglés.

—Quizá el lunes a la mañana podríamos reunirnos aquí —insistió.

—¿Es tan urgente?

—Sí.

—Está bien, el lunes nos vemos.

—¿A las diez?

Oscar calculó la hora de llegada del avión y dijo:

—Está bien, señor.

Leyro Serra cortó y bajó el auricular despacio, tratando de pensar en qué lo afectaba esa comunicación. Que Mr. Fisoff estuviera en su oficina en la noche de un sábado citándolo para primera hora del lunes indicaba que se trataba de un asunto

muy importante y grave. Sintió un vacío en el estómago e involuntariamente pateó el suelo de césped.

—¿Qué pasa, querido? —preguntó Suzely yendo hacia él.

—Mañana tengo que viajar a Nueva York. ¡Malditos yanquis!

Ni la sonriente e invitante sonrisa de Carla desde otro grupo lo entusiasmó.

La fiesta había terminado al amanecer, con anécdotas de borrachos, alguien que se lanzó a la piletta vestido y algunos solitarios que se fueron juntos. Uno, incluso, abandonó su automóvil. Ya vendría a buscarlo.

El alcohol, la noche cálida y la inminencia de la partida acercaron a los esposos Leyro Serra. Ella estaba espléndida, deseable y dispuesta. Él, exultante en su casa llena de gente divirtiéndose, como si festejaran algo. Sus cuernos, tal vez...

Siempre había pensado que, si algún día ocurría, sería capaz de cualquier cosa. De insultar, pegar y hasta matar. Ahora que le había pasado, no sentía nada, casi le gustaba. Podía poseer a su mujer mejor que aquellos muchachos musculosos. Podía competir y eso siempre le gustaba. No sólo se necesitaba fuerza y juventud, sino también la técnica y la experiencia.

Suzely estaba como nunca, dulce, tierna y accesible. Esa noche, cuando decidieron irse a dormir pese a que algunas parejas aún circulaban por los jardines y la playa, pasaron momentos espléndidos, llenos de emociones y sensaciones, de juegos y leves inquietudes.

Oscar dejaba que su cuerpo y su mente se lanzaran al placer y al hedonismo. Mezclaba las imágenes de Silvia haciéndole el amor con la de Suzely hundiendo la mano bajo el slip del muchacho musculoso. Con todo ello, el director regional gozaba.

Después de un orgasmo buscado y trabajado, lleno de placeres intermedios y coronado por un grito primitivo, se quedó profundamente dormido unas tres horas. Cuando despertó, tuvo que ubicarse en el espacio y en el tiempo: estaba en su casa de Angra, y eran las nueve y media de la mañana.

Se levantó. Calzó unas pantuflas de cuero y fue al baño, donde desagotó su vejiga con un suspiro de satisfacción. Ce pilló más de lo habitual sus dientes y se mojó varias veces la cara con agua fría. Sin ducharse se enfundó en una esponjosa bata y salió del cuarto sin ruido.

En el trayecto, encontró a una de las mucamas que intentaba ordenar la casa y le pidió café. Tomó el auricular inalámbrico de su base, su agenda y salió a la terraza, donde el sol inundaba todo. Volvió a buscar sus anteojos oscuros y se recostó en una reposera al sol.

Llamó a su agencia de viajes y nadie contestó ese domingo a la mañana. Por la operadora averiguó el teléfono de Varig e hizo una reserva en primera clase para el vuelo directo a Nueva York que salía a las 11:25 PM y llegaba a las 5:30 al Kennedy.

Siempre lo buscaban en el aeropuerto cuando aterrizaba pero ese lunes tomaría un taxi, no quería preocuparse por nada más. Sólo llamó al hotel habitual para hacer una reservación porque necesitaría una ducha antes de ir a la reunión.

Marcó el número del celular que había obligado a tomar a Silvia.

—Mi querida, ¿no es temprano?

—No, mi amor, ¿no te ibas a Angra?

—Estoy en Angra.

—¡Qué dulce en llamarme! Me emociona.

—Desde el miércoles que no te puedo sacar de mi cabeza.

—Eso no es bueno... al menos por ahora.

—Pero me gusta tenerte siempre presente.

—Gracias.

—Nuestros momentos, nuestros movimientos, nuestros códigos.

El silencio ganó la línea y Oscar se vio obligado a decir:

—¿Cómo has pasado estos días?

—Bien, muy bien. Gracias.

¿Qué querría decir? ¿Seguiría trabajando con la agencia de acompañantes? El solo pensamiento lo ofendió, como no lo había ofendido ver a Suzely revolcándose con un muchachito. Estuvo por decir algo pero prefirió callar. No era el momento.

—Esta noche tengo que viajar a Nueva York. Dentro de un rato me voy a Río. ¿Podríamos almorzar juntos y pasar la tarde? Mi vuelo es a las once de la noche.

—No, no puedo.

—Silvia, estoy viajando no sé por cuánto tiempo —le hizo notar él, molesto por la negativa.

—Te comprendo, Oscar. Pero los domingos, no —dijo definitiva, sin derecho a cuestionamientos.

—Está bien —aceptó el director regional, asustado por el tono de sus palabras.

—Es mi vida, amor. Algún día vas a saber... *tempo al tempo*, como dicen los italianos.

—De acuerdo —dijo él, más relajado—. No sé cuánto voy a estar allá, me mandaron llamar urgente y no sé por qué. Te hablo cuando sepa si me tengo que quedar, quizá podrías venir unos días. ¿Tenés el pasaporte en regla?

—Por supuesto.

—¿Podrías viajar?

—Veremos —dijo, intrigante.

Cuando cortó la comunicación, Oscar se estiró en la reposera sintiendo el placer de los músculos distendiéndose. Pensó en irse nuevamente a la cama pero desistió. Tenía sueño pero quería gozar de ese momento, de esa soledad y de la frescura de la mañana.

Todo parecía estar en orden. Pero en realidad todo, sus amores, su trabajo y su vida estaban en el aire, muy complicados. Sin embargo, tenía esa rara sensación.

Toda parecía estar en orden. Aunque no supiera con qué se iba a encontrar en Nueva York.

—¿Geppe? Soy Leyro Serra. Estoy en Nueva York y hay novedades importantes.

—¿Buenas, señor?

—Sí. Me gustaría que nos encontremos en Río la semana que viene. Invítelo al profesor Salinas. Necesito conversar con ustedes.

—¿Qué día, señor?

—El que quiera a partir del martes. Arregle con el doctor Salinas y después me llama.

—Bueno, señor.

—Si quieren pueden venir con las señoras y aprovechar los días libres. Nosotros necesitamos sólo dos o tres días.

—Perfecto, señor. Muchas gracias.

El viernes a las cinco de la tarde, después de casi dos semanas de espera, Ernesto y su adjunto revisaban por última vez el escrito que el lunes, en cuanto se abriera el nuevo turno, iban a presentar al Juzgado de Instrucción.

¡Siempre le pasaba lo mismo! La lectura repetida de lo que ya había corregido varias veces le hacía pasar párrafos enteros sin mirarlos. Más de una vez había pagado caro esa costumbre, saltándose algún error ortográfico o algún párrafo fuera de contexto.

Formulaban la denuncia relatando los hechos, sin calificarlos a propósito para ampliar el espectro a «*varias conductas ilícitas tipificadas como delitos en el Código Penal de la Nación*». De esta forma quedaba abierta la acusación para que el desarrollo de los acontecimientos le permitiera focalizar en los delitos más graves, sin asumir responsabilidad de la imputación concreta y directa.

Agregaban algunas frases, como la siguiente: «*No se le escapa a esta Fiscalía la importancia de la investigación científica y especialmente, la médica, pero es indispensable el respeto a la persona humana mediante una información completa, veraz y objetiva de lo que se va a hacer en su cuerpo, con qué intención y cuáles son los efectos indeseados que puede sufrir. Además es indispensable que todo el proceso lo controle un organismo independiente, para asegurar ese respeto, la gratuidad de los tratamientos y evitar el abuso de los científicos que muy pocas veces, afortunadamente, no se detienen en los límites de la ética para lograr sus fines*».

Los fiscales estaban conscientes de lo difícil que sería para el juez y para todos entender su denuncia contra científicos que estaban trabajando en bien de la humanidad, tratando de encontrar una cura contra un tipo de cáncer raro pero casi siempre letal, que atrapaba a los pacientes en un pozo oscuro y tenebroso de dolor,



mutilación y deterioro.

*«Esta fiscalía sostiene que en el estado actual de la civilización y después de las aterradoras experiencias que se vivieron con las investigaciones practicadas por los médicos nazis juzgados en Nuremberg y los japoneses en la unidad 721 (y otras no tan difundidas), resulta indispensable priorizar la integridad moral y física de los pacientes al éxito de la investigación porque, de otra forma, dejaríamos al ser humano inerme ante la voluntad de las organizaciones y convertido en una cosa sobre la que se puede realizar cualquier experimento en aras de la ciencia.*

*»El éxito es el objetivo de cualquier investigación clínica y quizá de cualquier acción humana, pero no puede ser obtenido a cualquier costa. Los científicos no son dioses ni sus experimentados insectos: los dos son seres humanos respetables».*

Esta frase le gustó a Ernesto. Resumía su pensamiento, aunque dudara de su aplicación real en el caso concreto.

—Tenemos que decidir cómo vamos a actuar —le dijo a su adjunto mientras lanzaba el escrito de unas veinte carillas sobre el escritorio.

—Si te parece bien, yo voy al hospital a secuestrar las historias clínicas de los archivos de Salinas, vos te vas a la sede central de la Oficina de Medicamentos para conseguir los libros de mesa de entrada y los expedientes de autorización.

—Nos queda el laboratorio —acotó pensativo Urtubey.

—Ya estuve hablando con el comisario Emilio Rimoldi de Delitos Económicos y me parece que es el hombre ideal para realizar la diligencia.

—No lo conozco.

—Es un tipo decente y con mucha experiencia. Necesitamos a alguien así porque no sabemos qué estamos buscando. Quizá la conexión entre todos.

—¿Qué le dijiste a Julia?

—Nada.

—¿Vos estás loco? ¿Vas a caer al hospital donde trabaja, en el que se metió en las oficinas de un jefe de servicio, sin decirle nada? Te va a matar —dijo su ayudante, meneando la cabeza.

—Tenés razón, esta noche voy a hablar con ella.

—¿Y Mirta?

—No creo que...

—Hay que decirle también.

—Dejá, yo me encargo.

En la penumbra de la cabina, saboreaba una última copa de champagne. La excelente cena había sido servida por tres auxiliares, aburridos porque sólo dos pasajeros ocupaban, en filas separadas, las poltronas de primera clase.

Las siete horas del vuelo directo de ida al norte siempre las aprovechaba para estudiar y prepararse para las reuniones. En el viaje de vuelta intentaba relajarse y

evaluar los resultados. Esta vez, por suerte, habían bastado tres días para informarlo y darle las instrucciones de la nueva orientación para el ALS-1506/AR. Había euforia en la central y él había pasado de ser una incomodidad a un gerente regional exitoso porque en su área se habían descubierto las fantásticas propiedades de la droga.

La inquietud que le había producido la llamada urgente de un sábado a la noche para presentarse el lunes se había convertido en angustia al subir al avión con un pesado portafolio con documentos, gráficos y la computadora portátil para soportar cualquier pregunta que le hicieran. Los recuerdos del diciembre pasado y del fin de año en Nueva York aún estaban presentes en su mente y no quería repetirlos.

No sabía a qué se tenía que enfrentar ni cuál era el problema o si había estallado algo. Esa bendita costumbre de convocarlo sin informar los temas a tratar volvió a presentarse esta vez y por eso, en la tarde del domingo, fue hasta la oficina vacía y estuvo como tres horas revisando todo para recordar qué estaba pendiente y tratar de adivinar el porqué de la urgencia.

No pudo evitar que sus pensamientos volaran a Silvia, que estaría quizá cerca de allí. ¿Con quién? Los domingos no puedo, había dicho. Trató de apartarla de su mente y concentrarse en el trabajo hasta la hora de irse al aeropuerto. Sentía su soledad.

Después, en la noche de vuelo, se distendió y durmió por un rato hasta que lo despertaron para el exagerado desayuno que correspondía a su clase.

Cuando se reunió con Fisoff y otros ocho ejecutivos en el mismo salón de reuniones con el inmenso ventanal, estaba tenso y cauteloso. No sabía con qué se encontraría, y la sorpresa no pudo ser mayor cuando descubrió las sonrisas y felicitaciones. Estaba casi comprobado que el ALS-1506/AR había dado un extraordinario resultado en Perú y en la Argentina, pero no para mejorar la terapia del sarcoma sino que era un fantástico remedio para los lípidos que envenenaban la sangre y deterioraban las arterias.

Había millones de enfermos en el mundo que esperaban hacía años una mejora de los medicamentos que parecían detenidos en el tiempo. Salían a la venta algunos productos nuevos que mejoraban a uno anterior con un precio varias veces superior y un resultado magro, a veces nulo.

El tema no parecía demasiado importante para los laboratorios, que ganaban fortunas vendiendo sus marcas que mejoraban en poco los daños arteriales. Una disciplinada dieta seguramente era mucho más eficaz. Ahora, a partir de la casualidad del descubrimiento de las propiedades de ALS-1506/AR, todo se renovaría y su patente produciría ganancias enormes.

Leyro Serra, sin proponérselo ni imaginarlo, era el responsable de semejante impacto, que justificaría los gastos en investigación por varios años. ¿Qué era lo que había hecho? Nada, seguir las indicaciones que le mandaban para la experimentación a través de su gerente de investigaciones. Hasta se había descuidado en cumplir con el manual de procedimientos de la compañía al no verificar los requisitos

administrativos en el sector Argentina.

El ALS-1506/AR desde 8 a 2 mg no parecía servir de mucho en la cura del cáncer. Pero en la mínima dosis de medio miligramo que se había utilizado en Perú y en la Argentina alteraba en tal forma el metabolismo del paciente que prácticamente hacía desaparecer las grasas dañinas y ayudaba a eliminar las acumuladas liberando las arterias e impidiendo las embolias cardíacas y cerebrales.

La acción del medicamento era fantástica y revolucionaria, y alteraba todos los conceptos médicos conocidos. En cuanto se generalizara, la segunda causa de muerte del mundo pasaría a ser una anécdota de la medicina, como la viruela, la sífilis o la poliomiелitis. Meros recuerdos que la generación siguiente no conocería y que sólo los ancianos y los historiadores de la medicina tendrían presente.

Después de estar al borde de la caída porque la investigación había fracasado y no haber controlado el cumplimiento de los requisitos para evitar responsabilidades, en Buenos Aires, sin saberlo y de pura casualidad, se había hecho el descubrimiento.

Pensó que si lo mismo hubiera sucedido veinte o treinta años antes, nada habría pasado, porque las computadoras no estaban desarrolladas y se habría utilizado un procedimiento primitivo o manual. De no existir estos fantásticos aparatos, nunca se habría podido comparar los resultados, evaluar las variables para establecer algo tan sutil como un elemento secundario de diagnóstico. Los resultados de los análisis de sangre, cargados en forma rutinaria por los operadores, habían hecho saltar la impensada e imprevista conclusión.

Si bien la base de experimentación era escasa, no existía duda sobre la bondad de la droga, esa pequeña dosis que eliminaba los problemas de toxicidad y producía el efecto maravilloso de eliminar los lípidos dejando, a través del tiempo, las arterias limpias y renovadas.

La necesidad mundial del producto era innegable y muchos en el Laboratorio estarían haciendo las cuentas de cuánto produciría su patente. Inmediatamente comenzaría una investigación clínica a doble ciego con enfermos cardíacos y cerebrales con una base mínima de dos mil pacientes. Se podía entrar directamente en la fase dos y, en forma conjunta, con la tres porque los problemas de toxicidad estaban resueltos y descartados.

En el exitoso viaje de regreso, cómodo en su asiento con la cabeza apoyada en la impoluta almohada, miraba las burbujas del champagne mientras pensaba cómo iba a utilizar al máximo este golpe de suerte.

## Capítulo 6

Ya habían lanzado la piedra y ahora tenían que esperar unos días para que el juzgado decidiera qué iba a ordenar con la denuncia de la fiscalía. Inmediatamente después de presentarla, el fiscal Narváez se había encargado de hablar con el Juez para contarle sobre el tema y la importancia del caso, uno de los primeros recibidos en el turno que siempre era una avalancha de asuntos. Necesitaba confidencialidad porque si la información se filtraba las medidas que estaba pidiendo carecerían de efecto.

Mirta lo llamaba por teléfono cada dos días con el nombre de señora de Leiman para que Agustín ni nadie de la fiscalía se enteraran de la conexión. Se había fracturado un tobillo en un mal movimiento y esa tontería la obligaría a llevar un yeso por un mes y permanecer inmóvil durante la primera semana. Quizás ésa fuera la razón de su impaciencia.

Cuando llamó, Ernesto se estaba preparando para salir.

—¿Cómo estás? ¿Cómo está tu pie?

—Bastante bien, casi no me duele. ¿Qué pasó con la denuncia?

Por un instante, Ernesto la imaginó en la cama en su cuarto. ¿Cómo sería su habitación? ¿Viviría con alguien? ¿Carlos la visitaría? ¿Tendría quién la atendiera y le diera de comer ahora que estaba inmovilizada?

—No puedo hablar por este teléfono. —Pero yo necesito... me muero por...

—¿Nos encontramos en la pizzería? —le preguntó sabiendo la respuesta.

—No puedo moverme, Ernesto.

—Si querés te voy a ver... estaba saliendo.

Hubo un silencio y después dijo:

—Está bien, pero no te asustes por el lugar. Es en la calle Medrano 418.

—Bien, ¿piso, departamento? —tomando una rápida nota en un papel suelto.

—No. Medrano 418, es una casa.

Eso era en Almagro, a cuatro cuadras de Rivadavia. Hacia allí partió Ernesto, divertido e intrigado.

Oscar llegó a las seis y veinte de la mañana al Galeão y una vez que pasó por la Aduana y Migraciones se dirigió al stand de remises que utilizaba habitualmente y se hizo llevar hasta su casa en Ipanema.

Era demasiado temprano para llamar a nadie y se tiró en la amplia cama de su dormitorio. ¿Qué haría? Tenía varias opciones: quedarse a trabajar el viernes, irse a Angra o llamar a Silvia y hacer un programa de tres días en algún lugar.

Comprobó que no había opciones. Imaginarse esos días con ella en alguna playa no tenía rival. ¿Podría? Se quedó dormido por tres horas hasta que su próstata agrandada le exigió ir al baño. Eran casi las diez y le pidió a la mucama que le sirviera un desayuno con frutas, tostadas y café. Después del primer sorbo, marcó de

memoria el número de un celular.

—Silvia, mi amor. Ya estoy de vuelta en Río.

—¡Qué suerte! Te extrañé —le dijo tratando de sobreponer la voz al ruido del tráfico.

—Yo también.

Hablaron un rato sobre el viaje, del tiempo espléndido en Río que se mantendría y las ganas de volver a verse.

—Tengo estos días libres, podríamos hacer algo —le ofreció ansioso.

Un largo silencio en el teléfono y sabía que seguían conectados por el fondo del sonido de las bocinas y los automóviles.

—Silvia... —atinó a decir luego de unos momentos.

—Sí, mi amor. Estoy pensando si puedo. ¿Me podés llamar en quince minutos? O te llamo yo. ¿Dónde estás?

—No, yo te llamo —dijo antes de cortar y mirando la hora en el reloj de la mesa.

El café estaba exquisito y más al contraponerse con el dulzor de los gajos de naranja. Sus pensamientos volaron a Silvia en el medio de la calle viendo cómo hacía para huir con él esos días.

¿Seguiría trabajando? Los cuadernos anillados de fotos como el que tenía en el escritorio estaban distribuidos por toda la ciudad. Si alguna se retiraba o se mudaba, simplemente no estaría disponible y no figuraría en el nuevo cuaderno que cada tanto actualizaban y mandaban por correo sin remitente a los clientes. Sólo tenía que llamar al número de siempre y pedir por ella para ver qué le respondían. Mejor dejaría pasar un tiempo, ahora no estaba para comprobar esas verdades.

Era el momento de disfrutar del desayuno, de su inesperado éxito en la compañía y ver con quién y dónde pasaba el fin de semana. Si con Silvia o se iba a Angra donde tenía una esposa disponible y adúltera, con dos hijas.

Los recuerdos del fin de semana pasado aún lo conmovían. ¿Seguiría acostándose con aquel muchacho? No se sentía furioso ni demasiado molesto, sólo esperaba que tuviera la precaución de usar preservativos. Le espantaban las enfermedades.

Habían pasado más de quince minutos. Marcó oprimiendo el botón de «redial». Sólo dos timbrazos y su voz:

—¿Hola?

—Mi amor, soy yo.

—Sí, todo está bien. Puedo hasta el sábado a las seis de la tarde. ¿Dónde nos vemos?

—Donde vos digas ¿en la puerta de Quadrifoglio?

—De acuerdo, ¿a qué hora?

—A las doce y media. ¿A dónde vamos?

—¿Te gustaría Teresópolis? Conozco un pequeño hotel que...

—Me encanta.

Sábado seis de la tarde... ¿Tendría un trabajo a la noche? El domingo había algo

o alguien que la indisponía, quizá la familia o un hijo. El pacto era no preguntar pero la ignorancia lo descolocaba. Miró otra vez el reloj y calculó que tenía como dos horas antes del encuentro.

Se dedicó a desarmar el equipaje y a preparar el que necesitaría en esos tres días. Llamó al hotel en el que paró en una convención de visitantes médicos e hizo las reservaciones. Se duchó despacio, se afeitó y se vistió, alegre, para sus cortas vacaciones. Estaba silbando una vieja canción.

Llamó a la oficina y la secretaria le dio las novedades. Le dejó breves instrucciones entre las que se encontraban las reservas para los matrimonios Geppe y Salinas, cuando confirmaran sus viajes, que pasaran a recogerlos en el aeropuerto y que les armaran un programa si venían con las mujeres.

—El lunes estaré por la oficina —le dijo a modo de escueta respuesta.

Pensó si debía llamarla a Suzely y decidió que no. Debía mentirle y no podría evitar que lo llamara a Río o Nueva York, según lo que le dijera. De esta forma, si ella se preocupaba por él o quería hablarle, se inquietaría al no saber dónde estaba. La situación le gustó y, si tenía ganas el sábado por la noche, después de dejarla a Silvia, le podría dar otra sorpresa. Preparó un bolso extra por si decidía viajar directamente a Angra y se despidió de la gente de la casa.

Silbando la misma canción, bajó la breve escalera hasta el Mercedes reluciente que lo esperaba en marcha.

Mientras conducía por las atestadas calles de Río, en el enloquecido tráfico, sintió que era una falta de responsabilidad no utilizar esos días para planificar sus pasos futuros con la gente de la oficina y de la Argentina.

Le habían dado total poder para hacer los anuncios, la publicidad que fuera necesaria otorgándole el mérito del descubrimiento en la sucursal de Buenos Aires de Laboratorios Alcmaeon. ¡Qué paradoja! Eso le daría un carácter más internacional a la empresa y que los éxitos no necesariamente deben ser norteamericanos y, además, distraería la atención en los fracasos iniciales en los Estados Unidos, Europa y África.

En Nueva York le daban gran importancia a la forma en que iban a presentar el descubrimiento, los datos que debían reservarse hasta que el producto saliera a la venta y cómo evitarían el espionaje de los otros laboratorios hasta el registro de las patentes mundiales.

En las reuniones, habían acordado que debían ser sutiles en el anuncio, necesitaban deslizar rumores del descubrimiento al mundo científico y querían que fuera el investigador principal el que lo revelara después de los trascendidos. Era necesario darle un sabor local porque Alcmaeon investiga en todo el mundo. Esta vez, le tocó a Buenos Aires. Recién entonces se produciría la gran noticia, que ellos confirmarían, y las revistas científicas independientes se encargarían de la propaganda en forma gratuita. Seguro que se llenarían con notas de cardiólogos

prestigiosos que no querrían dejar la oportunidad de subirse a la cresta de la ola.

Mientras tanto se completarían las investigaciones y el departamento de marketing se dedicaría a preparar las campañas publicitarias, los envases, los prospectos y a coordinar la propaganda científica.

Leyro Serra era el encargado de dar la patada inicial a semejante negocio pero eso tendría su recompensa en sueldos, beneficios y bonos. Su valor en el mercado laboral aumentaría en forma vertiginosa. El profesor Marcelo Salinas, impensada e inmerecidamente, saltaría a la fama mundial y él se posicionaría mucho mejor.

En cuanto regresara de su merecido paseo con Silvia, debería planificar con cuidado sus movimientos futuros para aprovechar el inesperado éxito que le había caído en las manos. Estas cosas no se dan dos veces en la vida.

Pero todo iba a quedar en suspenso hasta el sábado después de las seis de la tarde. A diez minutos de allí, lo estaba esperando Silvia para festejar juntos.

En las oficinas de Laboratorios Alcmaeon de Río, Marcia, la secretaria de Leyro Serra, recibía la confirmación de Geppe de su viaje para el sábado. El doctor Salinas llegaría el miércoles aunque ninguno de los dos se imaginaba lo que les esperaba.

Estaban convencidos de haber cumplido con lo que el gerente regional les había exigido. Ahora tenían casi todas las conformidades de los pacientes vivos y la autorización fabricada de la Oficina de Medicamentos, basada en la corrupción, pero que cubría la carencia inicial en forma inobjetable.

También ambos estaban felices por un viaje gratis a Río con el mejor hotel y las comidas pagas. Laboratorios Alcmaeon cuidaba a su gente... ¡había que reconocerlo! Para Geppe, además, volver en esta forma tenía algo de reivindicatorio.

Después de luchar con el tráfico de la tarde, finalmente llegó al 400 de la calle Medrano. Dejó su pequeño automóvil estacionado en la cuadra siguiente donde encontró un espacio y se tuvo que volver para encontrar el número exacto.

Era una calle de mucho tránsito, con edificios de no más de ocho pisos y casas antiguas que no habían sido modificadas en las últimas dos décadas. Algunas habían sido pintadas y presentaban un aspecto más decoroso pero el humo de los vehículos se encargaría de deteriorarlo en poco tiempo. Un clásico barrio de Buenos Aires que, en las calles laterales, caía en el silencio y la quietud.

Llegó hasta el 418, una puerta alta de madera trabajada, de principios de siglo. Pulsó el timbre y esperó. Pasaron un par de minutos y volvió a oprimirlo y al rato apareció una mujer de alguna edad pero no anciana.

—Vengo a ver a la señorita Mirta.

—¿Quién es usted?

—Ernesto —contestó sin animarse a dar el apellido.

—Pase.

Detrás de la puerta había un zaguán con la pintura descascarada que, a través de otra puerta, daba a un patio grande bordeado, en uno de sus costados, por una galería. El lugar estaba lleno de macetas enormes con plantas y hasta algún árbol de los que exhalaban aromas diversos. Parecía mentira que veinte metros atrás, hubiera una ruidosa y contaminada avenida mientras aquí reinaba el silencio y el olor al verde.

La mujer, arrastrando unas zapatillas achancletadas, caminó hacia el fondo atravesando el patio hasta una puerta con vidrios recortados en la parte superior. Golpeó.

—Mirta. Aquí está el doctor Narváez —anunció.

—¡Que pase!

La habitación era enorme, cuadrada, con techos altos y pintada con un color crema pálido. La primera impresión le agradó. Una cantidad de bibliotecas de madera barata alineadas contra la pared tenían sus estantes repletos de libros. En un costado, los estantes se cortaban dejando lugar a un mueble donde se instalaba una computadora que, a Ernesto, le pareció importante y poderosa. El mobiliario era escaso; una mesa ovalada rodeada de sillas viejas en el centro de la estancia y, al lado de la puerta por la que había entrado, una mesa con una cocina pequeña, sin horno. Luego, siempre contra la pared, una piletta sobre la cual colgaba una alacena con puertas corredizas y un secaplatos lleno de vajilla lavada.

En uno de los rincones, había una cama doble en la que estaba recostada Mirta con una pierna enyesada levantada por dos almohadones. ¿Allí estaría con Carlos, cuando la visitaba?

—Pasá, Ernesto, disculpé el desorden pero no me puedo mover.

—Está muy bien —aceptó arrastrando una de las sillas para sentarse cerca.

Hacía calor en la habitación. Ernesto no veía ninguna ventana ni ventilación, salvo la banderola abierta sobre la única puerta de la habitación. Mirta estaba vestida con un liviano camisón, y tapada con una sábana celeste.

En cuanto se sentó, notó un cambio. Una leve sombra oscurecía sus párpados y una línea negra delineaba los ojos celestes que los recordó llorosos en la pizzería. Su cabellera roja y abundante lucía peinada. Por primera vez veía sus brazos descubiertos y le parecieron bien torneados. El escote del camisón era amplio y dejaba ver parte de su pecho. ¡Tenía tetas! Buenas tetas.

Ernesto comenzó a contarle las peripecias de la denuncia que se presentó en el juzgado, los tiempos que se tomaban y cómo pensaban ejecutar las medidas en cuanto salieran las órdenes de allanamiento, aunque le costara mirarla sin distraerse en el escote.

Estuvieron cerca de una hora hablando y cambiando ideas. Ella ofreció café que Ernesto preparó en la única hornalla de la primitiva cocinita y obtuvo azúcar de un aparador antiguo cuya mesada estaba atestada de libros. Le gustaba el lugar con sus cuadros mal alineados y estampas o estatuitas en las bibliotecas delante de los libros.



No había fotografías.

—Discúlpame Ernesto, pero necesito ir al baño... no doy más —dijo Mirta, sonriendo avergonzada.

—Está bien. ¿Querés que salga? —se ofreció Ernesto, pensando dónde estaría el baño. No estaba a la vista ni había puerta que lo anunciara.

—No, la que tengo que salir soy yo.

Se incorporó en la cama y estiró el brazo para alcanzar la muleta que estaba apoyada en la pared. Ernesto, presto, se levantó. Le acercó la muleta y la tomó del brazo para ayudarla a incorporarse. El escote del camión se amplió al agacharse y dejó ver dos senos perfectos algo pequeños, rematados con pezones erguidos de un tenue rosado.

Ernesto se quedó impactado. Jamás habría imaginado que abajo de esos trapos holgados hubiera semejante belleza. El olor de su cuerpo, que mezclaba desodorante y mucho de mujer, lo perturbó aún más.

Cuando se fue hacia la puerta saltando en una pierna ayudada por la muleta, la luz de afuera se translució a través de la tela del camión y definió una silueta con una cintura fina y redondeces inimaginables.

El fiscal, perturbado y confundido, no podía dejar de caminar por la habitación esperando el regreso para confirmar su enajenada visión.

Ahora comenzó a respetar al tal Carlos y buscó alguna foto de él, pero no la encontró a la vista.

Eran como las ocho y la ciudad estaba iluminada a pleno en un sábado por la noche, cuando Oscar Leyro Serra emprendió la marcha hacia Angra. Un par de horas antes, había dejado a Silvia y su bolso en una parada de taxis en algún lugar de Río. Anotó la patente del automóvil para volver a preguntarle al chofer a dónde la había llevado.

Mientras conducía su Mercedes por la carretera con el rostro levemente iluminado por las luces verdes del tablero, iba cambiando de espíritu cuando sus pensamientos oscilaban entre los fantásticos momentos pasados en Teresópolis y los misterios que ella le ocultaba.

No podía decir que estaba celoso de su vida de prostituta, ni siquiera del mundo extraño que se insinuaba detrás de Silvia. Lo que realmente le molestaba era esa negativa a revelar cualquier cosa que correspondiera a su vida privada. Ni siquiera sabía dónde vivía, ni su apellido real. Sólo un número de teléfono celular los unía y bastaba con que renunciara a la línea para no saber nada más de ella. Lo exasperaba porque los momentos juntos eran una perfecta delicia de sexo y delicadeza que merecían una compensación de afecto y confidencias.

Casi doscientos kilómetros más adelante lo esperaba su mujer. Su esposa: voluptuosa, engañada y engañante. A la que todavía deseaba pese a la pasión que le

provocaba Silvia y la certeza de ser reemplazado por un jovencito atlético y, seguramente, un portento sexual. Sentía un desafío en demostrarle con quién gozaba más.

No negaba que se estaba enredando sentimentalmente y supo que la única forma de volver a vivir con tranquilidad y plenitud era sacarse de encima las ataduras. Las internas y las externas. Admitir que Silvia era una puta, una puta muy fina pero puta al fin y Suzely, una mujer sensual que necesitaba de algunos estímulos. Si él aceptaba ambas cosas, podía extraer de las dos lo mejor que tenían.

Estuvo fantaseando en el camino sobre qué estaría haciendo en un sábado por la noche en que todo Angra explotaba en bailes, música y alcohol. No le había avisado de su viaje y ella ni siquiera sabía si estaba en el país. Quería sorprenderla en algún disparate pero, insólitamente, la encontró sola en la casa mirando una vieja película por la televisión, como si supiera de su llegada.

Las niñas dormían y esa noche estuvo magnífica.

Geppe llegó a las once y media de la mañana por Varig al Galeão acompañado por su parlanchina y agradable mujer, apenas más joven que él. Era una magnífica esposa y compañera pero toda una complicación cada vez que la exponía en sus relaciones de trabajo. Hablaba demasiado y, a veces, podía parecer algo elemental, hasta grosera.

Un hombre, vestido de riguroso traje negro, camisa blanca y corbata también negra, los esperaba con un cartel en la mano para identificarlos. Se hizo cargo del carro con las valijas y le pidió que lo acompañaran por el interminable hall del aeropuerto.

Geppe se sentía halagado con el recibimiento después de ser prácticamente expulsado de la reunión anterior por el mismo gerente regional que ahora lo recibía con toda pompa. Algo de razón tenía para ponerse furioso al saber que no se habían cumplido con las normas básicas para hacer viable una investigación clínica pero lo más sorprendente era el cambio de actitud.

Ahora, una vez solucionados los problemas, todo parecería haberse transformado, hasta con un chofer que los iba a buscar al aeropuerto y lo revalorizaba frente a su mujer. Tenían el fin de semana antes de la primera reunión para pasear por Río, usar sus playas y hacer algunas excursiones cortas. El doctor Salinas llegaría recién el miércoles porque ese martes tenía una importante reunión en Asociación de Oncología Clínica, donde era miembro titular.

La visión del escote del camión de Mirta y su silueta delineada al trasluz lo habían trastornado. Era como si hubiera descubierto lo imposible pero que, sin embargo, existía. Esas visiones no dejaban lugar a dudas y el misterio de Mirta Stein

se agigantaba en su mente.

Su soledad, su indefensión ahora que estaba inmobilizada, lo conmovían y lo mantenían pendiente de ella. Sin embargo, era una locura, casi una impudicia tener semejantes pensamientos eróticos con un personaje al que no había valorizado salvo como una experta en computación.

Estuvo tentado de comentar el hecho con su ayudante y amigo Agustín Urtubey pero sin ninguna razón lo mantuvo oculto, como si no quisiera compartir su secreto ni despertar codicias. Agustín era soltero y la conocía antes que él, aunque se hubieran peleado duramente y distanciado en las discusiones sobre las investigaciones clínicas.

El pensamiento y la visión de Mirta fue perdiendo fuerza a medida que avanzaba la semana. El viernes, agotado por el trabajo forzado para dejar libre de compromisos la siguiente semana, se dedicó a acomodar las carpetas con un orden obsesivo, puso los bolígrafos y lápices desparramados en el escritorio en el jarro con la insignia de su club favorito y se sentó a revisar la agenda para dejar todo listo y poder descansar hasta el lunes.

Cuando llegó a su departamento, Julia había preparado una cena especial. La mesa era una estampa donde cada detalle estaba cuidado en una combinación de colores y elementos. Esa noche le había tocado al verde con algunos deslumbrantes toques de rojo. Todo el ambiente estaba inundado del aroma de una comida que se le antojó que sería cerdo con alguna salsa muy elaborada.

—Mi amor... —la saludó mientras dejaba el impermeable, que había acarreado inútilmente todo el día, sobre el sofá.

Se besaron durante un rato jugando con sus lenguas y gozando de sus sabores. Esa noche era especial para ellos: la del sábado estaba condicionada a la toma de la guardia de Julia a las ocho de la mañana pero el viernes era algo así como la liberación de los compromisos de la semana, de las obligaciones y los problemas que quedaban al nivel del suelo y ellos estaban en el piso dieciocho. Nada podía contaminarla, salvo ellos mismos.

Comieron con música que, esta vez, había elegido Julia. La comida estaba en el exacto punto y charlaron de muchas cosas tratando de que los problemas y el trabajo no interfirieran.

De postre había una mousse de limón con lenguas de chocolate que no podía dejar de comerse porque se deshacía en la boca dejando el paladar y las papilas de la lengua inundadas de sabor. El resplandor de un relámpago y el estrépito de un rayo anunciaron la llegada de la tormenta, que había amenazado con su presencia durante todo el día.

La lluvia comenzó a golpear contra los ventanales de la terraza dando al ambiente, a la música y al champagne recién servido, una intimidad especial y deseada.

—Amor, no sé si es el momento, pero tengo que contarte algo...

Otro relámpago los sobresaltó y se prepararon para recibir el estrépito que llegó,

invariable, unos momentos después.

—Es el tema de las experiencias en tu hospital...

En un par de minutos, todo pareció cambiar y la perfección de una noche de viernes preparada y ambicionada se transformó en incómoda y hostil. Julia sintió una inesperada traición de su marido por el secreto con que había trabajado en un asunto que habían comenzado juntos y que comprometía a gente de su hospital.

El ambiente perdió su lozanía, la música molestaba y las palabras hirientes comenzaron a circular entre ambos hasta que seguros de que el clima se había perdido, decidieron acostarse.

Esa noche, las gloriosas cópulas que los dejaban exhaustos de placer en medio de gritos animales se convirtieron en un formal orgasmo que Ernesto sólo pudo lograr pensando en Mirta. Ni la lluvia que golpeaba consiguió la intimidad deteriorada.

En el bar del hotel, que a la mañana se transformaba en el salón del desayuno, Geppe y su rolliza mujer consumían la mayoría de las cosas que ofrecían las largas mesas que bordeaban las paredes.

Por los ventanales del segundo piso divisaban la playa, más allá de la avenida transitada por veloces vehículos, y el mar azul con su eterno destilar de olas encrespadas al llegar a la arena.

Sabían que estaban comiendo más de lo habitual pero los huevos revueltos, los pancitos calientes, las frutas y los yogures no tenían competencia contra el par de tostadas de pan de centeno que calentaban cada mañana en Buenos Aires. Esto era Río, Río y gratis; debían gozarlo.

Habían pasado un fin de semana fantástico en las playas, haciendo paseos, subiendo por el *bondinho* al Pan de Azúcar y haciendo compras beneficiados con la diferencia de cambio. Eso había pasado y ahora había que trabajar.

Geppe era el único del salón que estaba vestido con saco y corbata en un riguroso tono oscuro de ejecutivo. No cometería el error de distinguirse en el formal ambiente del laboratorio donde los hombres estaban signados por determinados estereotipos que hacían a su comodidad.

El *maître* le trajo el teléfono inalámbrico.

—Señor Geppe, hay una llamada para usted.

Era Marcia, la secretaria de Leyro Serra.

—Buen día, señor —dijo en un portugués que trataba de que sonara a español pero con escaso éxito—. El señor Leyro Serra tiene una serie de inconvenientes que le impedirán reunirse con usted en el día de hoy.

—¡Oh! Cuánto lo lamento —dijo Geppe, feliz por la noticia.

—Me pidió que le dijera si usted quisiera venir a visitarnos mañana a las nueve y media.

—Claro. Allí estaré.

—Muchas gracias por su colaboración, señor, y espero que tenga usted un muy buen día.

En Buenos Aires, el lunes todavía seguía lluvioso y las calles encharcadas producían un sonido especial al ser recorridas por los neumáticos de los automóviles. Ernesto se había levantado muy temprano y preparado el desayuno para los dos tratando de sacarse el mal sabor del viernes a la noche, que el paréntesis del sábado de guardia había diluido un poco.

Esa mañana debía organizar todo para que a primera hora del martes se largaran los operativos ordenados por el Juez ante su denuncia. En todos los casos irían acompañados por policías y personal de la Fiscalía, salvo en la pretenciosa sede de Laboratorios Alcmaeon en la que el comisario Rimoldi se haría presente con el personal que creyera necesario.

—Entonces, ¿cuándo vas al hospital?

—Mañana a las once.

—¿Van a llegar con sirenas y todo eso?

—No, mi amor. Vamos a entrar por la puerta, como cualquiera.

—No te olvides de preguntar dónde está Oncología porque se supone que no conocés el hospital.

—Por supuesto —contestó advirtiéndole que no lo había pensado.

Al día siguiente, mientras desayunaba pensando en la entrevista con Leyro Serra, varios llamados urgentes de su oficina interrumpieron las bocanadas de huevos revueltos, panes y frutas. Subió rápidamente a su habitación con una taza de café en la mano y marcó su número directo en la oficina de Buenos Aires. No lo atendió su secretaria sino una voz masculina.

—Soy el señor Geppe, el gerente general de esa empresa. ¿Quién es usted? ¿Dónde está mi secretaria?

—Soy el inspector Somoza. Estamos realizando un allanamiento y su secretaria está impedida de atender el teléfono.

—¿Usted está al mando del operativo?

—No, el comisario Rimoldi Fraga.

—¿Y dónde está ese comisario?

—Enseguida se lo llamo.

Esperó un par de minutos y una voz gruesa, algo despreciativa, dijo:

—Soy el comisario Rimoldi, jefe de la División Delitos Económicos de la Policía Federal. ¿Quién quiere hablar conmigo?

—Yo soy el gerente general del Laboratorio y un oficial me informa que están haciendo un allanamiento en la empresa.

—Así es, señor Geppe.

—¡Pero tiene que tener una orden de allanamiento!

—La tengo, señor y, si quiere puedo darle los datos del juez interviniente y de la causa donde se emitió la orden.

—Bien, comisario. Espero que esté actuando legalmente porque si no mis abogados lo van a hacer pedazos.

—No se preocupe, señor. Todo está correcto. A propósito, ¿dónde está usted?

—¿Y eso qué le importa?

—Me importa porque, a lo mejor, tenemos que hacerle algunas preguntas.

—Entonces, no le diré dónde estoy.

Cuando colgó con violencia el auricular, se quedó temblando en el borde de la cama. ¡La policía le quería hacer preguntas! En ese momento entró su mujer que había terminado su desayuno:

—¡Querido! ¿Pasa algo? —Lo miró y vio su palidez—: ¿Qué te pasa?

—Están allanando la compañía.

—¿Están qué...?

—Allanando, la policía. Sentate allí y callate, por favor. Necesito pensar.

Unos momentos estuvo silencioso y después, bajo la mirada azorada de su mujer, abrió frenético su portafolio. Buscó una agenda y marcó.

—¿Doctor Silva?

—Sí, ¿quién habla?

—Geppe, doctor.

—¡Ah! Cómo está, señor. Lo oigo mal.

—Estoy en Río de Janeiro y me avisan que la policía está allanando mis oficinas.

—Me llamaron hace quince minutos. Estoy yendo hacia allá. Por favor, deme su número que lo llamaré en cuanto me entere de qué se trata.

Se lo dio y le recomendó:

—Llámeme enseguida, doctor. Me quedo en la habitación esperando su llamado. Por favor, no diga dónde estoy.

Volvió a buscar otro número.

—Necesito hablar con el señor Leyro Serra. Soy Alberto Geppe, el gerente de la Argentina.

Unos instantes después, se oyó su voz:

—¿Cómo está, señor Geppe? Bienvenido a Río. ¿Está bien su habitación?

—Perfectamente, señor. Pero me acabo de enterar que hay un problema grave en Buenos Aires.

—¿Qué problema?

—La policía está allanando nuestras oficinas.

—¿Por qué?

—No lo sé. Estoy esperando la llamada de nuestro abogado para que me informe.

—La cuestión de la autorización de Salud Pública y de las conformidades de los

enfermos, ¿están definitivamente solucionadas?

—Sí, señor —le contestó.

—Bien. Venga a mi oficina.

Unos suaves golpes en la puerta le hicieron levantar la vista.

—Adelante.

Una cara desconocida se asomó y preguntó:

—¿Usted es el jefe del servicio de Oncología?

—Sí, ¿y usted quién es? —contestó Salinas levantando la voz, creyendo que se trataba de un impertinente visitador médico nuevo que no sabía que él no los atendía.

—Soy el fiscal Narváez y tengo una orden de allanamiento en este Servicio —dijo entrando al despacho junto con un policía de uniforme.

Salinas alcanzó a ver, a través de la puerta abierta, que estaban desalojando la oficina administrativa que se ubicaba al otro lado del corredor. El fiscal se desplazó rápido por el salón y llegó hasta el escritorio donde el médico se había incorporado con una rara agilidad para su volumen.

—Por favor, córrase —le ordenó desplazándolo sin violencia hacia un costado.

—Pero...

—Puede sentarse en esa silla, doctor —le dijo señalándole la que enfrentaba el escritorio del otro lado— así podemos hablar mientras trabajo.

—Un momento, un momento. Esto es insólito, inconcebible. ¡Repítame quién es y qué hace aquí, en mi despacho!

—Soy el doctor Narváez, fiscal del crimen —le extendió una credencial—, y estoy aquí por orden del Señor Juez interviniente para allanar el servicio y secuestrar toda la documentación referente a las experiencias clínicas con una droga llamada ALS-1506/AR.

—¿Secuestrar? ¿Juez en lo Criminal? ¿Me puede explicar de qué mierda me está hablando?

—Hay una denuncia sobre experiencias en seres humanos con drogas no autorizadas y estamos investigando la verosimilitud de esa denuncia.

—¿De quién es la denuncia? —preguntó agresivo sin sentarse.

—Es anónima.

—¿Y ustedes por una denuncia anónima invaden un Departamento de Oncología de un hospital público donde se están atendiendo enfermos de cáncer y haciendo tratamientos de quimioterapia? ¡Están locos! —sentenció.

—Locos o no, tengo una orden judicial y la voy a cumplir, doctor...

—Doctor Salinas, Marcelo Salinas —completó desafiante y pareciendo estallar. Su cara era granate y comenzaba a azularse—. ¿Puedo usar el teléfono?

—¿A quién va a llamar?

—A mi abogado.

—Claro.

Ernesto se dedicó a revisar los cajones del escritorio del médico, sin encontrar nada que sirviera salvo un par de revistas pornográficas que depositó sobre la mesa, ostentosamente.

—Mi abogado quiere hablar con usted —le dijo el hombre.

—Soy el fiscal Narváez. ¿Con quién hablo?

—Con el doctor Ramírez, abogado del doctor Salinas. ¿Me podría informar qué está pasando?

—Estamos cumpliendo con una orden de allanamiento del Juez de Primera Instancia en lo Criminal y Correccional N° 7 en la causa 35 987.

—¿Y de qué se trata la causa, doctor?

—De una denuncia anónima que informa que en el hospital se estarían haciendo experiencias con seres humanos en que se utilizan drogas no aprobadas, sin el consentimiento de los pacientes y sin autorización de la Oficina de Medicamentos.

Salinas que escuchaba atentamente la conversación no pudo esconder una leve sonrisa. ¡Era eso! ¡Qué oportuno había estado Geppe con sus exigencias! ¿Sabría algo? Tomó nuevamente el tubo y habló unos instantes.

—Mi abogado viene para aquí. Me instruye que no diga ni haga nada hasta que él llegue pero si usted me dice qué necesita quizá lo pueda orientar e impedir un escándalo.

Ernesto no le contestó. Estaba absorto en dos gruesas carpetas anilladas que en el lomo ostentaban prolijos carteles:

AUTORIZACIÓN ADMINISTRACIÓN DE MEDICAMENTOS  
Grupos II y III

La primera hoja de la segunda carpeta era un acta fechada una semana antes y trataba sobre una inspección del monitor médico asignado.

Agustín Urtubey, el fiscal adjunto, entró al edificio de la Oficina Nacional de Medicamentos al frente de un pequeño pelotón integrado por tres de sus empleadas, un oficial principal de la Policía Federal y un suboficial. Se encontraron con la guardia de un administrativo y un policía que se levantó de su silla en cuanto vio al oficial.

—Justicia de Instrucción, venimos a hacer un allanamiento —dijo el doctor Urtubey en cuanto llegaron.

—Voy a avisar —atinó a decir el empleado mientras estiraba su mano hacia el teléfono.

—No se le ocurra —lo intimó el fiscal—. Graciela, quédese aquí y no deje que estos hombres llamen ni hablen con nadie hasta que le avise —le ordenó a una de las



empleadas—. Usted, ¡quédese con ella y protéjala! —volvió a ordenar al policía de baja graduación.

—Bien, doctor —dijo asumiendo una actitud de dueño de la situación aun frente a su colega que parecía tener mayor rango.

Los que quedaban avanzaron por el amplio pasillo hasta llegar a un mostrador que ostentaba un cartelito de «mesa de entradas». Levantó una parte del mostrador y entró decidido al salón. Los empleados uniformados con un guardapolvo estaban trabajando, tomando café o conversando y levantaron la vista sorprendidos por la irrupción.

—Está prohibido entrar aquí —dijo uno de ellos con una graciosa cabellera enrulada.

—Soy el doctor Urtubey y traigo una orden de allanamiento. Todos deben pararse y dirigirse al fondo del salón.

—¡Usted no me puede ordenar nada! —le gritó el mismo hombre avanzando amenazante hacia el fiscal.

—Le he dicho que se vaya al fondo del salón ¡obedezca!

—¡Yo no obedezco un carajo! —dijo, y se acercó más ahora con sus puños cerrados.

—Oficial, deténgalo.

El policía se interpuso en el camino y el hombre le dio un empujón que lo arrojó sobre un escritorio desparramando papeles y carpetas. El policía de un salto se recuperó y llegando hasta el empleado, que prácticamente estaba sobre Urtubey, lo tomó del cuello y con un movimiento rápido lo arrojó al suelo. Allí le colocó la rodilla sobre la garganta y extrajo las esposas que ciñó en las muñecas del individuo.

Los demás, que habían quedado suspendidos observando la escena, parecieron animarse en cuanto el hombre quedó esposado en el suelo. Cada uno tuvo una actitud distinta intimidado por el incidente. Uno se dedicó a guardar cosas en los cajones de su escritorio, la mayoría se fue hacia el fondo del salón, como les habían ordenado y una de las empleadas se echó a llorar desconsolada.

—¡He dicho que se vayan al fondo del salón! —gritó Urtubey y ahí sí todos se movilizaron compitiendo en ligereza—. Comiencen a revisar —les dijo a sus empleadas.

Las dos mujeres comenzaron la búsqueda de los libros de entrada. Unos grandes mamotretos de tapas duras y negras, según la descripción de Mirta, que generalmente estaban abiertos en una mesa cercana al mostrador para informar al público que requería información sobre la marcha de un expediente.

Mientras tanto, el fiscal y el oficial de la policía subieron las escaleras y fueron directamente a una oficina del segundo piso que no tenía ninguna identificación en la puerta. La abrieron sin golpear y se encontraron con una estancia grande con armarios metálicos oscuros apoyados en las paredes y varios escritorios o mesas deterioradas en el medio del lugar.

Sólo había un empleado viejo con un guardapolvo gris que parecía quedarle grande. Unos anteojos pequeños se montaban en una nariz enrojecida por el resfrío.

—Soy el doctor Urtubey, de la Fiscalía en lo Criminal y estoy actuando por orden del Juez en lo Criminal... —Cuando terminó con su presentación, los ojos del hombre parecían haberse agrandado pero seguía sentado sin moverse de su lugar. En el ambiente había un olor extraño, rancio y algo desagradable que Agustín no supo si atribuirlo a los papeles, al viejo o a la ventana cerrada.

—Tengo que avisar a mi superior —dijo el empleado con voz baja, como si estuviera despertando de algo.

—No puede avisar a nadie —dijo severo el fiscal—. Esto es un procedimiento judicial y usted debe colaborar sin necesidad de autorización de nadie.

—No, señor. Mi deber es informar y usted... —dijo levantándose de su silla ágil pese a sus años.

El oficial de policía le puso una mano sobre el hombro y lo obligó a sentarse de nuevo. El hombrecito parecía abatido, sin saber qué hacer.

—Quiero que me diga cuál es la mecánica de los trámites en esta oficina.

—Doctor, no estoy autorizado —clamó.

—No necesita autorización de nadie para informar a la justicia y menos en una cosa tan sencilla. ¿Cómo se trabaja en esta oficina?

Un silencio ganó el lugar y el hombre bajó la cabeza.

—¿Me va a contestar o no? —dijo Agustín autoritario. Silencio—. Entonces lo llevaremos detenido por resistencia a la autoridad.

—No, doctor, no —imploró.

—Entonces ¡conteste! ¿Cómo trabaja esta oficina?

—Aquí llegan los expedientes que presentan los laboratorios o los investigadores solicitando autorización para hacer investigaciones. A cada caso se le asigna un médico monitor que es el encargado de ese caso.

—¿Cuántos médicos hay trabajando?

—Ocho.

—¿Quién asigna al monitor?

—Es uno por cada expediente, según el orden de entrada. —¿Usted es el que recibe los expedientes y los entrega al médico que le corresponde?

—Sí.

—¿Quién tiene asignada la investigación de un producto ALS-1506/AR de Laboratorios Alcmaeon?

—El doctor Saraví.

—¿Le tocó en el turno?

—No. Era un caso especial de un expediente perdido en la huelga y se lo asignaron de la Subadministración.

El succulento desayuno que había ingerido Geppe le pesaba en el estómago y lo obligaba a eructar, lo que trataba de disimular. Esperaba a Leyro Serra que venía desde algún lado para reunirse con él.

—El señor Leyro Serra llegará en unos minutos ¿puedo ofrecerle algo?, ¿café?

—No, muchas gracias. Necesitaría hacer una llamada a Buenos Aires —dijo mirando el reloj y calculando que el doctor Silva ya estaría en la empresa y habría podido interiorizarse del problema.

—¿Quiere que lo comunique o prefiere marcar? —volvió a preguntar Marcia.

—Puedo marcar —dijo mientras se incorporaba del sillón para que lo condujera a la sala de reuniones donde había un aparato. Cuando estuvo solo, marcó el número de un celular.

—¿Doctor Silva? Soy Geppe.

—Espéreme un minuto que salgo de aquí.

Por el auricular se oían voces, algunas exaltadas y después algo de silencio hasta que oyó el bochinche del tráfico.

—¿Está usted ahí?

—Sí, doctor. ¿Qué pasa?

—Realmente no sé muy bien, pero aquí hay por lo menos una docena de policías con el jefe de Delitos Económicos, un comisario Rimoldi con fama de duro e incorruptible. Están dando vuelta todo.

—¿Pero qué buscan?

—Parece que algo referido a un medicamento del Laboratorio: el ALS-1506/AR.

—¡Ah, era eso!

—¿Qué es el ALS-1506/AR? —preguntó el abogado.

—Una droga oncológica para el sarcoma, que está en etapa de investigación con el doctor Salinas.

—¿Marcelo Salinas?

—Sí.

—Aquí están buscando todo sobre él. Los pagos que se le hicieron, las drogas que se le entregaron, hasta interrogan a los empleados para saber qué relaciones tiene con el Laboratorio.

—Está bien, doctor. Es un investigador jefe a cargo del Departamento Oncología del Hospital Central. Un hombre muy prestigioso, aunque me parece que los empleados no deberían ser interrogados, parece algo irregular.

—Hace un momento que he tenido un grave altercado con Rimoldi sobre eso y si es necesario voy a presentarme al Juez.

—Muy bien.

—Si necesitan saber algo, que citen a quien quieran como testigo o imputado pero en la fiscalía o el juzgado. No acá y menos la policía, ¿dónde está usted?

—En Río de Janeiro.

—Porque es probable que lo quieran interrogar, tal como viene la mano.

—¿Y usted cree que debo volver? ¿O es mejor que me quede aquí por algunos días? —preguntó temeroso en el mismo momento en que la puerta se abría y entraba Leyro Serra.

—Hábleme a las cuatro de la tarde hora de aquí y le digo cuál es la situación.

—Gracias, doctor.

Geppe se había quedado parado después de estrecharle la mano a su gerente mientras hablaba.

—Parece que tenemos un problema serio.

—¡Tengo la autoridad suficiente para llevarme lo que considere pertinente y útil para la investigación! —gritó el fiscal Narváez.

—¡Usted no se puede llevar documentación médica que es secreta entre el médico y su paciente! —le respondió Salinas, con la cara enrojecida por la furia gesticulando con sus cortos brazos.

—¡Por supuesto que puedo!

—¡Espere hasta que llegue mi abogado, al menos!

—No lo voy a esperar; si llega, llega —le contestó sin mirarlo, mientras apilaba las carpetas con las historias clínicas que había sacado de los cajones del archivo. Al fiscal le parecían pocas—. ¿Son todas las que hay? —le preguntó.

—No tengo por qué contestarle.

—Está bien. Entonces, salga de aquí y espere afuera.

—De aquí no me muevo. ¡Ésta es mi oficina! ¡Usted es un intruso!

—Doctor Salinas —dijo con voz baja pero amenazante, clavándole la mirada—. Yo soy un fiscal que está actuando con autorización de un Juez del Crimen y tengo una orden de allanamiento. No soy ningún intruso y si usted no sale inmediatamente, lo voy a hacer esposar y llevar detenido a la comisaría paseándolo por todo el hospital, ¿me entendió?

El médico estuvo por responder con violencia pero su imagen con las muñecas esposadas era terrible. Se quedó con la boca abierta y palideció. Dio media vuelta a su cuerpo enorme y se dirigió a la puerta.

—¡Esto no va a quedar así!

Ernesto sacó de su portafolios la lista de pacientes y comenzó a tildar los nombres de las historias clínicas. Fallaban dieciséis.

—Todo parece indicar que se trata de algo relacionado con el ALS-1506/AR.

—¿Usted me ratifica que todo está correcto, señor Geppe?

—Sí, señor. Hubo ciertas desprolijidades al principio pero, por su indicación, todo

ha sido completado.

—¿Absolutamente seguro? ¿Todos los consentimientos y la autorización de Salud Pública?

—Sí, señor. Un grupo de historias clínicas fueron robadas junto con el automóvil del doctor Salinas y la autorización de la Oficina de Medicamentos que se había perdido durante la huelga está reconstruida y hasta tiene una inspección del médico monitor del programa.

Un destello pícaro en la mirada de Geppe no dejaba duda de que todo eso había sido amañado después de la discusión en la anterior entrevista. Leyro Serra notó de inmediato que habían armado coberturas para lo que no se había hecho y no quiso darse por enterado.

—Entonces ¿usted me garantiza que no vamos a tener ningún problema en esta avanzada de la policía?

—Yo lo garantizo, señor —dijo tratando de parecer seguro pero sin estarlo. No le quedaba otro remedio.

—Sepa, Geppe, que en esto va su puesto —advirtió.

—Sí, señor. Lo sé.

—Bien. Ahora cuénteme lo que sabe y veamos qué podemos hacer.

Julia Moret pasó un día horrible. La noticia del allanamiento en el hospital corrió de inmediato por todos los servicios y oficinas. En Oncología había policías y gente de un juzgado del crimen que estaban revisando todo y llevándose documentación. A cada rato una nueva versión reemplazaba a la antigua y la imaginación de cada uno le agregaba algo a los hechos que comenzaron a ser creídos en una dimensión exagerada y a veces burda.

Se hablaba de un desfalco importante y, como al pasar, algo se agregaba a la personalidad arbitraria del gordo Salinas y sus preferencias por las residentes jóvenes. Ahí comenzaban las historias amorosas de la gente del servicio, algunas ciertas y otras que eran absolutos inventos pero que eran tomados de inmediato como hechos irrefutables, ciertos y comprobados.

Se dijo que era una comprobación de los bienes de Salinas que le hacía su mujer para divorciarse, que había denuncias de mala praxis, que una residente lo había denunciado por violación, que se robaban medicamentos e insumos del hospital y todo otro tipo de historias pero nadie conocía la realidad.

La única que la sabía era Julia Moret, la médica de Ginecología a la que nadie conectaba con el fiscal que algunos metros más allá confrontaba con Salinas. Su apellido de soltera era importante en el ambiente. Su padre, ya fallecido, había sido un respetable médico traumatólogo que adquirió fama con una nueva técnica de operación de rodilla que aún se usaba y que llegó a ser director del hospital durante cuatro años.

—Está bien, doctor Ramírez —admitió Ernesto al abogado de Salinas—. Vamos a fotocopiar las historias clínicas para dejárselas a su cliente pero me voy a llevar los originales.

—Usted comprende que son necesarias para los tratamientos en curso.

—Claro, pero su cliente es un prepotente que se quiere llevar a todo el mundo por delante y eso no se lo voy a permitir a él ni a nadie.

—Es un gordo bueno y simpático —alegó amistoso el abogado Ramírez—. Lo que pasa es que si usted se le mete en el despacho, revisa sus documentos y le exhibe una orden de allanamiento, tiene que estallar.

—No tengo otra forma de hacerlo.

—Lo comprendo, doctor. ¿Qué delito le imputan a mi cliente?

—Hasta ahora ninguno. Estamos averiguando sobre unas investigaciones clínicas que se hacen en este servicio aparentemente sin el consentimiento de los enfermos ni autorización de las autoridades de control.

—No puede ser... —alegó el doctor Ramírez palideciendo—. El doctor Salinas es un respetado médico, profesor universitario y jefe de este servicio. ¿Cómo se va a meter en semejante lío? ¿Quién hace la denuncia?

—Es una denuncia anónima pero con un montón de documentación, parece seria y, a propósito, aquí faltan dieciséis historias clínicas —dijo el fiscal, apoyando su mano en la pila de arriba de la mesita.

—Algo me dijo de una documentación médica que desapareció cuando le robaron el auto. ¿Quiere que le pregunte? —se ofreció el abogado.

—Está bien, hágalo pasar.

El doctor Salinas tenía que ponerse de costado cuando una de las hojas de la puerta de su despacho estaba cerrada pero no por ello perdía su aire imponente ni tampoco dejaba de lado su postura de ofendido. Entró mirando fijo al fiscal sentado en uno de los sillones que enfrentaba a la mesita, pero aquél no se dejó intimidar. Sin pedir autorización, porque consideraba que estaba en su casa, se sentó en otro sillón y su abogado también lo hizo.

—Doctor Salinas —dijo el fiscal—. Aquí me están faltando dieciséis historias clínicas del total de treinta y ocho pacientes sometidos a la investigación con ALS-1506/AR en este servicio. ¿Dónde están?

—Me las robaron. Estaban en el auto cuando lo levantaron cerca del consultorio.

—¿Hizo la denuncia?

—Claro.

—¿De las historias clínicas desaparecidas también?

—Claro.

—Todo está en el expediente del Juzgado 11. Más tarde le puedo dar el número de causa —acotó el doctor Ramírez.

—¿Y para qué las llevaba en el auto, fuera del servicio? —le preguntó incisivo pero sin agresión.

—Porque estaba escribiendo un artículo científico sobre los pacientes fallecidos y aquellos que habían abandonado el tratamiento.

Narváez ordenó a una de sus empleadas que fotocopiara la totalidad de las historias clínicas que tenía ante sí y mientras se dedicaron a hacer el acta de la documentación incautada. El CPU de la computadora del doctor Salinas también fue secuestrado, pese a sus quejas.

Desde las once, Geppe estaba en la habitación de su hotel caminando como un león enjaulado tratando de calmarse. De vez en cuando se detenía frente a los ventanales mirando la playa y el sol en un día totalmente despejado. No podía dejar de contestar el saludo de su mujer que, con un absurdo bikini, tomaba sol dejando exhibidos sus rollos de grasa.

Estuvo tentado de irse a la playa hasta la hora de llamar al doctor Silva pero sabía que no podría aguantar el parloteo de su esposa sobre cualquier intrascendencia o que se vería obligado a contestar sus preguntas o a darle explicaciones sobre lo que estaba sucediendo. Le hubiera gustado poder compartir con alguien su angustia pero sabía que si le decía algo a ella, caería en la locura de contestar un centenar de preguntas, con explicaciones sobre cuestiones obvias y hasta soportar la crítica por lo que hizo y por lo que no hizo.

No, era preferible quedarse allí, tomando agua mineral y mirando a cada rato su reloj. Recibió de Buenos Aires una llamada del gerente de marketing en pánico por irrupción policial que se llevaron agendas y una computadora.

Unos quince minutos antes de las cuatro, hora de la Argentina, sonó el teléfono.

—Señor, soy Davell —dijo una voz suave.

—¡Ah! ¿cómo le va, Davell?

—Bien, señor, pero algo preocupado por lo que está sucediendo.

—Todos lo estamos, Davell.

—Me arrasaron la oficina, señor. Se llevaron todos los archivos de las importaciones de ALS-1506/AR, las entregas al hospital, las planillas que los investigadores mandaban acá. Dicen que me van a llamar a declarar.

—Bueno, tranquilícese, doctor. Ya veremos de qué se trata y lo que tiene que decir. Cualquier cosa, niéguese a declarar y llame al doctor Silva, que lo va a defender. Creo que todo es una pavada que pronto aclararemos.

—No tan pavada, señor. Me enteré que hicieron lo mismo en el hospital y en la Oficina de Medicamentos. Todo el problema es con el ALS-1506/AR. Parece que hay una denuncia.

Durante un largo rato se dedicó a calmarlo. Sabía que no era un hombre de carácter y temía que pudiera quebrarse si lo sometían a presión. Era poco lo que sabía pero de algo se había enterado y podía complicar las cosas. Era necesario tenerlo bajo control.

Miró una vez más su reloj pulsera y se asombró de la hora. Habían pasado diez minutos de la hora convenida para llamar a Buenos Aires. Marcó y habló largamente con el abogado, que lo anotició de todo lo que había podido averiguar. No agregó mucho más de lo que sabía y no podía imaginar cuáles podrían ser los próximos movimientos de la fiscalía o del juzgado.

Marcó el número de Leyro Serra y lo comunicaron de inmediato.

En la oficina de la fiscalía, estaban reunidos Narváez y Agustín Urtubey evaluando los respectivos allanamientos al hospital y a la sede de la Oficina de Medicamentos. Comenzó a contar Agustín:

—Conseguimos lo que queríamos. El libro, los antecedentes que tenía en la carpeta el doctor Saraví y sembrar cierto desconcierto que nos va a resultar útil en el momento en que empecemos con las declaraciones.

—Creo que tenemos que empezar con ese Villamil, así aprende a no ser grosero. No te imaginás el despelote que hizo cuando se enteró de que estábamos allanando. Revisó todo el edificio hasta que nos encontró en la oficina con el viejo y a los gritos me amenazó con hacerme echar de la Fiscalía. Lo tuve que parar feo y lo hice sacar con el oficial. Sirvió para que el viejito se pusiera más locuaz porque se dio cuenta del poder que tenemos y me parece que odia a ese prepotente. Cuando lo traigamos acá, creo que va a hablar mucho más.

—¿Pudiste encontrar el libro de la mesa de entradas?

—Te cuento que cuando terminamos con el viejo, bajamos y el sargento los mantenía a todos contra la pared del fondo. Estas dos taradas —dijo señalando la pared de atrás— habían dado vuelta todo y no lo habían encontrado. No nos quedaba demasiado tiempo porque la gente se estaba amontonando en la puerta del edificio.

—¿Lo encontraste vos?

—No, porque cuando me iba a poner a buscar, veo que una de las mujeres del fondo me hacía señas disimuladas. Adivina quién era. —Esperó unos instantes y largó—: Mirta, que no la había reconocido.

—¿Mirta? ¿Y qué hacía ahí?

—Me parece que es empleada porque estaba con un guardapolvo y...

—Pero está con una pata rota.

—Sí, está enyesada y se mueve con muletas.

—¿Y?

—La llamé y a los gritos le pedí el libro de entradas. Me contestó que no sabía dónde estaba pero como les daba la espalda a los demás empleados, me marcó con el dedo un enorme libro sin tapa debajo de una pila de papeles. Hice como si comenzara a buscar por ese lado y lo encontré.

—¿Y cómo las chicas no habían podido encontrarlo?

—No sé, me imagino que estaban nerviosas y buscaban un libro de ese tamaño



con tapas negras y duras y éste no tenía tapas y estaba oculto debajo de una pila de carpetas.

—¡Qué bárbaro! Mirta trabajando ahí... ¡cómo nos macaneó! ¿Carlos existirá?

—Lo cierto es que si no fuera por ella posiblemente no hubiéramos descubierto el libro en ese despelote de papeles.

—¿Y hay alguna constancia de presentación de Laboratorios Alcmaeon?

—Creo que ninguna. Las chicas lo están revisando de nuevo pero parece que no hay ninguna constancia del pedido de autorización.

—¡Bravo, Mirta!

Leyro Serra y Geppe, frente a frente, en la mesa de la sala de reuniones con una taza de café cada uno, conversaban sobre los acontecimientos. El argentino le detalló todo lo que sabía y evaluaban las implicaciones del problema.

—Seguramente mañana los diarios darán la noticia y lo van a levantar todas las agencias del mundo. Hay pocas instituciones tan atacables como los laboratorios medicinales y la competencia los alentará.

—Esto es inevitable, señor.

—No sería así si ustedes hubieran hecho las cosas como correspondían.

—Tiene razón, pero ahora todo está remediado.

—Dígame concretamente qué fue lo que hicieron para cubrirlo.

—El doctor Salinas denunció el robo de su automóvil y de un portafolios que contenía las historias clínicas de los pacientes muertos y de dos que habían abandonado el tratamiento. Todos los demás prestaron por escrito el consentimiento. Por otra parte, presentamos en la oficina de control de medicamentos un pedido para provocar la búsqueda del expediente de autorización y, al no encontrarlo, nuestro amigo el subdirector Villamil ordenó su reconstrucción y nos hizo presentar los duplicados de la documentación. Ya hicieron un monitoreo en el hospital y encontraron todo en orden.

—¿No quedaron cabos sueltos?

—No lo creo, señor. He sido muy prolijo.

—Ojalá hubiera sido prolijo desde un principio.

Una mueca de reconocimiento se dibujó en la cara de Geppe y lo obligó a bajar la cabeza:

—Tiene razón —admitió.

—Bueno, ahora vamos a planear nuestra estrategia. Hubiera preferido contarle las novedades en otra situación pero parece que no va a ser posible.

Durante los siguientes quince minutos, Leyro Serra le refirió los descubrimientos sobre el ALS-1506/AR y las instrucciones de la central de que fuera la Argentina la que diera al mundo la primicia. ¡Éste era el momento! Tenían que largarse a publicitar el descubrimiento para compensar la publicidad adversa y atajar cualquier

embestida contra el Laboratorio.

—¿Cuándo sale la revista del Laboratorio?

—Creo que la semana que viene.

—Pero ¿qué día?

—No lo sé, en realidad no tiene un día fijo. Cuando está lista, se comienza a distribuir.

—Averigüe cuándo estará terminada —le dijo, señalándole el teléfono.

Marcó de memoria y esperó unos instantes. Leyro Serra apretó la tecla del parlante y el otro hombre, sumiso, colgó el auricular. Una voz atendió.

—Carola, soy el señor Geppe. Dígame en qué punto está la revista.

—Creo que está todavía en la imprenta pero bastante avanzada —le contestó sorprendida por la llamada directa del gerente, a quien lo sabía en el exterior.

—¿Me puede averiguar en qué etapa están?

—Claro, señor. ¿Adónde le aviso?

—Yo la llamo en quince minutos pero necesito que me digan exactamente en qué nivel de impresión se encuentran trabajando.

—Perdón, señor, pero ¿qué importancia tiene nuestra revista en todo este lío?

—No se lo puedo decir, pero es importante, Carola. Créame.

—¿La revista del Laboratorio?

—Sí, Carola. Es una publicación científica con una importante difusión. Con los escándalos del allanamiento, no habrá periodista que no quiera tenerla. Es importante. La llamo en unos quince minutos y asegúrese de los tiempos, por favor.

—Y a vos, ¿cómo te fue? —preguntó Agustín después que se agotó el relato de su diligencia.

—Bastante bien, porque secuestré todas las historias clínicas y hasta la computadora de Salinas.

—¿Y qué tal es? ¿Es tan gordo como dicen?

—Sí, pero es un tipo hábil e inteligente. De él no vamos a sacar nada y todo lo que tenía estaba en perfecto orden.

—¿Estaban todos los consentimientos? —preguntó asombrado el adjunto.

—Todos y los dieciséis que faltan están denunciados como robados junto con su auto en una causa que tramita en el Juzgado 11.

—¿Robados?

—Creo que es un cuento, pero un cuento perfecto. Si se las robaron, se las robaron y nada podemos hacer nosotros. No hay duplicados. Casualmente son las historias clínicas de los muertos y de uno o dos que abandonaron el tratamiento.

—¿Y los demás?

—Impecables. En cada legajo está el consentimiento y todos los tratamientos que les hicieron. Los controles clínicos con las reacciones que tuvieron. Los análisis...

todo.

—Pero cuando Julia y Mirta entraron en la oficina, no estaban.

—Ahora sí. No sé si los tenían en otro lado y ahora los agregaron o si las inventaron y las firmas son truchas, aunque no parece. Es lo que tenemos que averiguar cuando llamemos a las testimoniales.

—Pero, Ernesto, ¡son enfermos de cáncer! ¿Los vamos a llamar a declarar como si se tratara de...?

—No va a quedar otro remedio y tenemos que buscar a esos que abandonaron el tratamiento porque pueden ser el punto flojo que estamos buscando.

—Y Salinas, ¿qué dijo?

—Es todo un personaje. Un gordo inmenso que no puede admitir que alguien se le meta en su cueva. Está convencido que es un benefactor de la humanidad y que todo el mundo le debe algo. Pero es un hombre inteligente...

—Si no, no hubiera llegado a jefe del servicio ni a profesor titular en la facultad.

—No sólo eso. Cuando ya estábamos terminando y esperando que las chicas llegaran con las fotocopias, todo se ablandó y comenzó a recriminarme de cómo actuaba. Ya se le había pasado la agresividad y estaba calmo, razonable y hasta docente. Creo que me veía demasiado joven para hacerle lo que le estaba haciendo.

—Es natural.

—Me planteó la razón de nuestra actuación que molestaba a la investigación científica que quizá salvará mi vida o la de mis hijos. Volvimos a nuestras discusiones y a las que tuvimos con Mirta. El éxito como objetivo incluso a pesar de la ética.

—¿Y Ramírez? Fue compañero mío en la Facultad —señaló Agustín.

—Bien, tranquilo. Aunque me insistió que estábamos cometiendo un error con su cliente, que era un científico dedicado a su profesión y apreciado en el mundo.

—A lo mejor, tiene razón.

—No sé, pero ahora no podemos volvernos atrás.

—Es cierto pero mejor que no le digamos nada a la prensa. Calladitos hasta que podamos dar el golpe.

—De acuerdo. Espero que nos den tiempo.

—Carola. Soy el señor Geppe de nuevo. ¿Pudo averiguar?

—Sí, señor. Hablé con el encargado de la imprenta y como siempre están un poco atrasados. Casi terminaron de imprimir el cuerpo de la revista pero les falta la compaginación de las tapas, que es lo que más tarda.

—¿Y cuándo calculan que la tendrán lista?

—Me dijeron que estaban trabajando a doble turno y que también lo harían de noche. Así terminarían para el fin de semana y el lunes estarían en condiciones de entregar una primera tanda de trescientas.

—Carola, vuelva a llamarlos y dígales que sigan con la impresión pero que no

compaginen ni impriman las tapas porque necesitamos incluir cuatro u ocho páginas de centro y hacer una tapa nueva. Pero que el resto lo tengan listo ¿de acuerdo?

—De acuerdo, señor.

—Gracias, Carola. Hágalo ahora.

Los dos hombres se miraron y sonrieron. Las cosas estaban saliendo como planeaban.

—Llámelo al doctor Salinas para que no venga y se pueda encontrar con usted en Buenos Aires mañana mismo.

Consultó la agenda y otra vez marcó todos los dígitos de una llamada internacional. Sin que se lo indicara su jefe, apretó la tecla del parlante: ocupado. Esperó unos instantes y pulsó el redial. Llamó.

—¿Doctor Salinas?

—Sí, ¿quién habla?

—Soy Geppe, doctor.

—¡Geppe! ¿dónde está? Aquí hay un quilombo bárbaro.

—Estoy en Río, doctor.

—Mañana viajaba yo... pero me parece que no voy a poder —su voz sonó apenada.

—Creo que no. Aquí está el señor Leyro Serra.

—¡Ah! ¿Cómo está, señor? Lamento que...

—No se preocupe, doctor. Hay cosas más importantes que un viaje. Seguro que lo podrá hacer más adelante con tranquilidad y tiempo.

—Claro.

—El señor Geppe va a viajar mañana a la mañana con novedades que le va a contar. Es muy importante un rápido anuncio sobre ALS-1506/AR.

—¿Un anuncio? —preguntó alarmado Salinas sin entender de qué le hablaban.

—Sí y se trata de algo muy importante para todos.

—Bueno, me podría...

—Mañana, doctor. Mañana el señor Geppe le va a explicar todos los detalles. Un gusto haberlo escuchado. Espero que nos veamos pronto por acá y lo felicito sinceramente.

¿*Lo felicito sinceramente?* ¿Estaban todos locos? Lo había allanado un juez del crimen, lo amenazaron con esposarlo, y lo felicitaban. ¿Ahora tenía que hacer un anuncio?

Realmente, no entendía nada.

Cuando llegó Rimoldi, se sentaron los tres para informarse y tratar de combinar los elementos que cada uno había conseguido. Debían armar el rompecabezas. Contabilizaron las pruebas y elementos que consiguieron en cada diligencia y los iban anotando en una pizarra de papel con marcador azul.

En pocos minutos, el papel de un metro veinte por ochenta parecía un cuadro psicodélico porque las medidas que pensaban implementar las escribían con un marcador rojo y las relaciones entre las distintas pruebas logradas y las nuevas pruebas a pedir las vinculaban con una flecha verde.

La conversación era rápida y aguda. Se trataba de tres hombres inteligentes y entrenados en estos casos complejos pero el comisario Rimoldi Fraga los asombraba a cada momento con una idea o una deducción impensada para ellos. Quizás era la experiencia que le otorgaba la edad porque les llevaba más de veinte años y se notaba en las arrugas, en su bigotito fuera de época y en el teñido del pelo canoso.

Estos casos divertían al comisario y disfrutaba con la investigación. Era como la caza del zorro, no una tonta y elemental caza de perdices donde sólo había que tener buena puntería y disparar. Aquí había que jugar contra gente hábil, audaz y sin escrúpulos. Era inteligencia contra inteligencia, habilidad contra habilidad y la diferencia era que unos representaban la ley y los otros la violaban o, al menos, trataban de aprovecharse de ella.

—Lo cierto es que pese a todo este lío que armamos, no tenemos nada contundente ni definitivo —dijo el fiscal.

—Parece que es así —afirmó su ayudante.

—Hay una serie de indicios y relaciones complicadas pero con todo eso —dijo señalando descuidadamente la pizarra— no podemos acusar a nadie. Todos tienen su salida, sus excusas y son culpables de pequeñas cosas que no los van a llevar a la cárcel y que, para peor, no se pueden probar.

—Esperen un momento, chicos. No se me caigan ahora —dijo el comisario parándose de su asiento pese a la falta de espacio y estirando los brazos como si estuviera entumecido. Se acercó a la pizarra y comenzó a marcar las relaciones entre el Laboratorio, la Oficina de Medicamentos y el hospital aunque se daba cuenta de que estos vínculos podían ser perfectamente legítimos y no ser motivo de ningún reproche legal.

—¿Alguno podría hacer una acusación con esto? —insistió Ernesto.

—No, por supuesto que no, pero recién empezamos. ¡Vamos a ver cuando tomemos las testimoniales y las indagatorias! Alguno se va a quebrar, fíjese lo que pasó con el viejito. Sólo hay que apretar en el lugar que corresponde... el más molesto o el más sensible.

—De acuerdo. ¡Adelante! Y ahora tengo que encontrarme con mi mujer que está furiosa y no quiere saber nada de todo esto. ¿Qué le habrá pasado esta tarde en el hospital?

Esa noche las luces de la oficina del último piso del edificio de Laboratorios Alcmaeon estuvieron encendidas hasta muy tarde. En la sala de reuniones, con la mesa tapizada de papeles, carpetas y vasos plásticos, estaban reunidos Geppe con seis

brasileños que se ocupaban de distintas áreas que se consideraban indispensables para el lanzamiento de un producto. Era como un protocolo armado que se aplicaba cada vez que algo se lanzaba al mercado.

Leyro Serra estuvo allí hasta completar la carpeta que Geppe se llevaría a Buenos Aires con todas las estadísticas y conclusiones que demostraban lo fantástico del producto descubierto para los hombres y mujeres de esta Tierra que sufrían de colesterol y sus arterias se tapaban por los lípidos que circulaban por la sangre. En realidad, eran la mayoría de los adultos que no estaban en estado salvaje.

Además de la pesada acumulación de papeles con gráficos, notas y estadísticas, un elegante sobre contenía un largo y fundamentado artículo preparado por algún investigador del Laboratorio y escrito en inglés, que podía servir de base a la nota que, en cuatro u ocho páginas ilustradas, ocuparía el centro de la revista que estaba esperando en la imprenta de Buenos Aires. Sólo había que traducirlo y todos esperaban que Salinas no tuviera objeciones, así lo publicaban en la versión bilingüe.

El diagrama de esas páginas, las fotos del doctor Salinas y los copetes quedaban a cargo de los diagramadores argentinos que habían demostrado su capacidad para esas cosas. El artículo era una nota perfecta para ser publicada y, quizá, Salinas le daría un par de toques propios pero rogaban que fuera poco lo que quisiera alterar en atención a la urgencia de sacar la revista a la calle.

El trabajo estaba hecho y bien hecho. Todos confiaban en que el investigador jefe no tuviera veleidades de reescribirlo y se conformara con algunas modificaciones. Era su puerta a la fama mundial y todo estaba preparado para el lanzamiento. Geppe pensó que sólo faltaban los fuegos artificiales que lo anunciaran. Ya llegarían.

Leyro Serra miraba con cierta insistencia su rólex hasta que dijo:

—Bueno, señores. Creo que estamos en claro sobre todo esto. Es un gran momento para la empresa y no debemos desaprovecharlo. Aquí hay prestigio y dinero y, por qué no, el paso a la Historia. Vamos a revolucionar la medicina con este descubrimiento. En ello está nuestro futuro.

—De acuerdo, señor —asintió Geppe asombrado y temeroso de lo que tenía entre manos. Los allanamientos y la persecución parecían alejados en el tiempo y el espacio por esta cosa fantástica que las computadoras habían descubierto que convertían la muerte en la solución de una pastilla. Todo consistía en un simple error en las dosis y en las computadoras inteligentes que conectaban variantes.

—Tengo una cena con el viceministro de Salud que no puedo suspender. Le ruego, señor Geppe, que se quede con nuestra gente que lo va a ayudar en todo lo que necesite para el lanzamiento del producto. Todo va a producirse en Buenos Aires y nosotros los vamos a apoyar plenamente. Les agradezco a todos la colaboración. La cena y cualquier otra cosa que necesiten se lo piden a mi secretaria.

—Gracias, señor —le dijo, sinceramente emocionado por la oportunidad que le estaba dando—. ¡Cuando se enterara Salinas...!

Leyro Serra puso en marcha el Mercedes en la penumbra del inmenso garaje medio vacío en los sótanos del edificio de Laboratorios Alcmaeon. Mientras dejaba calentar el motor, como era su costumbre, trató de recapitular la situación. El descubrimiento había llegado en un momento providencial, cuando todo parecía que iba a estallar por la inconsciencia de la gente de Buenos Aires que se tomaba las cosas a la ligera.

¿Quién podría ahora oponerse al ALS-1506/AR o a Laboratorios Alcmaeon, con el descubrimiento más importante en décadas? Realmente, nadie. Sonrió dispuesto a no dejar que ninguna de esas cosas ni los pensamientos sobre el negocio le arruinaran la noche.

El motor emitía un sonido apagado cuando recibió la orden de llevar el pesado automóvil por la rampa hacia arriba. El chillido de las cubiertas en el pavimento del estacionamiento era el inevitable acompañamiento de la salida y la entrada a su trabajo como la conexión y la desconexión de sus obligaciones.

Era la tarea condicionante que le había impuesto al sonido agudo y trataba de obedecer porque creía que la disciplina en su mente era un requisito esencial para ocupar el puesto que tenía. A medida que avanzaba y los neumáticos chirriaban en cada curva de la rampa, su ceño se alisaba y los problemas o la fama quedaban atrás. Sabía que era más difícil apartarse del éxito que superar los fracasos. Y él había vivido las dos situaciones con escasos meses de diferencia.

Cuando salió casi despedido a la calle por la empinada pendiente de la rampa, todo debía quedar atrás porque a unos pocos minutos Silvia lo esperaba en Quadrifoglio. Por primera vez desde que se conocían, llegaría con algunos minutos de atraso. Se lo podía permitir.

Era una noche especial, estaba decidido a ordenar también esa loca y arriesgada relación. Decidido a exigir y a ofrecer aunque fuera algo más complicado que las drogas de Alcmaeon.

Estirado en su viejo y gastado sillón frente al escritorio, el comisario Rimoldi trataba de pensar en el asunto del fiscal Narváez en el que se había metido. Eran dos buenos chicos, trabajadores y honestos, pero con poca experiencia pese a que ellos creían lo contrario.

En realidad, se había confiado en lo que le habían informado sin detenerse demasiado en los detalles. Todo parecía estar listo para actuar, y excitaron su imaginación con el hecho de enfrentar a gente que realizaba un monstruoso experimento con seres humanos. Era un caso fantástico que ponía en juego toda su experiencia como policía.

Si cosas como éstas existían, había que cortarlas de raíz para que a nadie más se le ocurriera hacer algo parecido. Lo peor es que estaban apañados por las autoridades, que seguían el mandato de un laboratorio multinacional que probaba sus productos en

países subdesarrollados. Detrás de todo eso había cifras inmensas de ganancias, de balances positivos, que aumentaban el valor de las acciones en la Bolsa de Nueva York. Unos pocos que llenaban sus exageradas cuentas con el sufrimiento de los enfermos.

De todas formas estaba metido en el lío y los periodistas daban vueltas alrededor oliendo a podrido. Debía tomar distancia y seguir investigando hasta ver a dónde llegaban las cosas. Su gente estaba analizando el material secuestrado en el laboratorio y habían descubierto que Salinas no cobraba aquí sino que sus honorarios los depositaban en una cuenta en los Estados Unidos. Algún inspector de Impositiva se sentiría feliz.

Hasta ahora no había nada que pudiera constituir un delito. Sólo se trataba de presunciones o, lo que era peor, simples preconcepciones. Se sentía incómodo porque sabía que estaba del lado de los buenos, quizás equivocados, pero eran los buenos y bien intencionados. Aunque eso no alcanzaba para enlodar a médicos de primer nivel o a empresas importantes como los Laboratorios Alcmaeon.

Apagó la luz de su despacho, se levantó provocando el chillido del sillón y se acomodó la pistola en el sobaco.

Mañana sería otro día.



## Capítulo 7

En el aeropuerto de Ezeiza los esperaba un automóvil que los llevó directamente al norte de la ciudad. Dejaron primero a la señora de Geppe y las valijas en la amplia casa de San Isidro. Tanto el chofer como su esposo agradecieron el repentino silencio del que gozaron en el automóvil.

El encuentro con el doctor Salinas se había convenido en el departamento de Davell, en Palermo. No había ninguna razón para que no se pudieran encontrar públicamente, pero ambos estaban asustados y preferían evitar inconvenientes. Si los veían en el Laboratorio o en el hospital, que habían sido allanados, podía armarse un pequeño escándalo.

Geppe llegó a la hora convenida y un amable portero le otorgó paso en cuanto dijo su nombre. Luego subió hasta el quinto piso.

—¿Cómo le va, Davell? —saludó al entrar—. ¿No llegó?

—No, todavía no. ¿Usted prefiere que me quede o...?

—En realidad tenemos que conversar algunas cosas confidenciales, y si no le molesta...

—Por supuesto que no. Le enseño dónde está el café.

—Después voy a la oficina y me gustaría hablar con usted. Hay importantes novedades con el ALS-1506/AR.

—La policía también parece tener interés en lo mismo —dijo Davell, con un tono que no se supo si era irónico o apesadumbrado. Sonó el timbre de la puerta y entró el enorme doctor Salinas, que saludó con amabilidad a Geppe y se puso serio cuando vio a Davell en la sala. El dueño de casa dijo que debía irse y salió rápido.

—¡En qué lindo lío nos ha metido, Geppe!

—¿Yo?

—¿Quién si no?

—Bueno, creo que todos tenemos la culpa de esto, pero no es el momento de discutirlo. Traigo importantes novedades del Brasil, doctor.

—Lo escucho... —dijo el médico mientras se sentaba pesadamente en el sillón, haciendo resoplar a los almohadones.

—¿Quiere café? —El médico negó con la cabeza. Geppe abrió el portafolio y sacó una de las carpetas—. Parece que el ALS-1506/AR no sirve para el cáncer —dijo, mirando al médico, que no se inmutó—, pero se ha comprobado que, administrado en dosis bajas —dosis como las que nosotros utilizamos en Buenos Aires—, es un fantástico eliminador de lípidos en la sangre.

La cara del médico siguió impassible. La papada le cubría el nudo de la corbata, que siempre parecía quedarle corta.

—Tan importante es la acción del ALS-1506/AR, que prácticamente van a desaparecer los casos de hipercolesterolemia en la población y parece que hasta disuelve las placas, dejando las arterias limpias y recuperando su elasticidad. ¿Qué

me dice?

El silencio ganó la sala. El doctor Salinas trataba de asimilar lo que estaba escuchando. Parecía mentira. En el ensayo de un medicamento contra el cáncer se descubriría la dosis de la droga apta para evitar un grave mal que afectaba a casi toda la población adulta... y a él como a nadie.

—No puedo creer lo que me dice, Geppe. ¿Es cierto o es una presunción?

—No, doctor. Está comprobado, son conclusiones de la computadora de San Diego en el universo de los pacientes de Perú y la Argentina. Por supuesto que hay que ampliar el espectro y hacer las pruebas de doble ciego con una base estadística mucho mayor, pero los científicos de los Estados Unidos no tienen dudas. Estamos ante algo sensacional.

—¡Qué bárbaro! —se entusiasmó el médico, pensando en los 324 mg de colesterol de su último análisis.

Geppe le mostró todos los gráficos y estadísticas que contenía la carpeta. Estuvieron un buen rato comentando las conclusiones y aceptó tomar un café que el gerente preparó apretando un botón de la máquina. En una bandeja plateada había tazas, azúcar y unas galletas de dudosa apariencia.

—Doctor, ahora viene lo bueno para usted. El Laboratorio quiere darle la primicia del anuncio al mundo científico.

—¡Oh, muchas gracias! Es muy importante.

—Me han dado una serie de pautas para comenzar a despertar el interés de la gente subiendo los decibeles a medida que avancen las últimas experiencias que están preparando, pero quieren empezar ya.

—Me parece perfecto.

—Además, vamos a contrarrestar esta acción de desprestigio que estamos enfrentando con los allanamientos. He parado la edición de nuestra revista porque pensamos que sería el mejor lugar para comenzar a hablar sobre el producto. ¿Está de acuerdo?

—Claro. Voy a estudiar esta documentación y trataré de preparar una nota.

—No hay tiempo, doctor. La revista tiene que estar en la calle cuanto antes para que nadie se nos adelante y para tomar la ofensiva contra esa gente que quiere perjudicarnos.

—Bueno, voy a tratar de apurarme.

—La gente de los Estados Unidos y de Brasil ha preparado la nota para que usted pueda corregirla. Será publicada de inmediato en inglés y castellano. Ya están mandando las nuevas tapas de la revista con el anuncio, y quizás esta tarde y mañana podríamos hacerle una sesión de fotos en el consultorio y el hospital.

—Claro —aceptó Salinas, vanidoso.

Julia apagó su luz y se dio vuelta para dormir sin despedirse de Ernesto como

acostumbraban. La noche había comenzado y terminado mal. El fiscal, tratando de remediar la situación, había llegado temprano a la casa y preparado una comida especial.

Ella se enterneció ante semejante muestra de humildad y la forma esquiva que tenía de pedir disculpas, pero sabía que todo eso no alcanzaba para resolver el conflicto que se había desatado con esa locura, aun cuando ella misma la hubiera provocado. Ernesto, por alguna razón que no comprendía, siguió adelante en secreto, dejándola de lado, sin consultarle ni avisarle.

No era necesario que él compartiera sus decisiones de trabajo, pero sí que le fuera leal. No era posible que ella, la médica del hospital, a la que se le había muerto una paciente, la que había invadido el Departamento de Oncología violando secretos médicos, se enterara el día anterior que iban a allanar, de la manera más brutal, un área de enfermos delicados.

A él, su marido, le pareció normal, propio de su trabajo, pese a haber acordado con Mirta, Agustín y ella que se olvidarían de todo. Cuando discutieron el tema, le parecía estar hablando con un extraño, con alguien a quien recién conocía y no con su esposo. Absurdo. Menos mal que nunca había usado el apellido de casada en su trabajo porque, si no, habría quedado humillada y cuestionada por los otros médicos, a los que nunca podría convencer de que no era una espía y una entregadora de los abogados.

Porque ésos eran los términos en que habían quedado planteadas las cosas. Muchos médicos, en su misión de curar gente, no concebían que en el ejercicio de su profesión pudieran ser controlados ni cuestionados si no era por otros médicos. Los abogados, los fiscales o los jueces (también abogados) no estaban en condiciones de entender la actividad médica, comprender sus códigos ni los riesgos que se debían asumir en cada decisión o diagnóstico. Menos se podía cuestionar la actividad científica, que era el más alto peldaño de la profesión y que sólo reconocían el éxito o el fracaso como dictamen.

La cena había transcurrido en un clima tenso. Las frases caían en el vacío seguidas de un silencio que intentaban romper, pero las palabras sonaban inoportunas y fuera de lugar. Tan incómodos estaban que se apuraron para terminar de cenar sin comer el postre y se fueron al dormitorio para encender el televisor, que dispuso los silencios y los distrajo.

Cuando apagaron la luz del velador y ella se enrolló sobre sí misma, porque en esa posición fetal se sentía más protegida, sintió el cuerpo desnudo de Ernesto que se apoyaba contra el suyo. Esa situación le resultaba irresistible.

—Mi amor... lo siento mucho. No quise...

No le contestó pero tampoco se movió, aunque lo sentía adherirse y deslizar los labios por su cuello. Nada podía hacer sin provocar un conflicto grave. Levantarse e irse a dormir al sillón del living, correrse en la cama sin espacio o decirle que quería dormir sonarían como declaraciones de guerra.

—Mi amor, lo lamento...

Julia trataba de resistirse, pero sabía que no lo lograría por mucho tiempo. Lo quería intensamente, pero su furia mantenía su intensidad, aunque no sabía si era contra Ernesto o contra ella misma.

—Estoy muy cansada, mañana hablamos —se escuchó decir, y no sonó tan mal.

Ese sábado amaneció nublado y con frío. En la coqueta casa del Barrio Parque, las luces se habían encendido a las seis y media cuando el doctor Salinas, enfundado en su bata carmesí, se levantó dificultosamente de la cama. Su mujer, como siempre, dormía a su lado sin escucharlo ni molestarse por sus movimientos. La envidiaba. Él no podía dormir una noche completa porque el insomnio lo atacaba en el medio de la oscuridad y sin motivo aparente. De todas formas, no menos de dos o tres veces se despertaba para orinar, por lo que los espacios de sueño nunca eran mayores a las tres horas. Ella podía dormir ocho horas seguidas en la misma posición sin que nada ni nadie la perturbara.

Los largos años de hospital, con los turnos que empezaban a las ocho de la mañana, lo habían acostumbrado a levantar se a las seis o a las seis y media para tomarse tranquilo unos mates antes de empezar el día. Su rutina de sueño no distinguía los días feriados y no podía soportar quedarse en la cama sabiendo que no se volvería a dormir.

Ese sábado no era una excepción aunque no trabajara. No leería el diario, sino que terminaría de corregir el artículo preparado para ser publicado en la revista del Laboratorio, que le habían enviado la noche anterior. En realidad, estaba perfectamente escrito, y fundamentado con solidez en estadísticas y con una proyección que a él mismo le asombraba. No pudo adivinar si lo había hecho un médico o un publicista. Quizás alguien que hacía las dos cosas.

Lo habían traducido y corrigió primero el texto en castellano porque le resultaba más sencillo. Cambió un par de palabras por otras que le parecieron más profesionales y después se dedicó al texto en inglés. No tenía dificultades para leer en inglés y en alemán, pero tenía problemas para hablar y mucho más para escribir. De todas maneras hizo la corrección adicionando un *sticker* amarillo, donde indicaba que era necesaria una revisión general del texto antes de imprimir.

Cuando terminó, se reclinó en el sólido sillón de madera que imitaba a un mueble español antiguo y dejó escapar sus gases acumulados con un suspiro de satisfacción. Siempre se preguntaba por qué la gente repudiaba la pedorrea, cuando era una función tan natural como un estornudo o una tos. ¿En las sociedades primitivas también habría sido así?

El rastreador pensamiento sólo le ocupó unos instantes en su mente y comenzó a fantasear sobre las consecuencias del artículo que pasarían a buscar en un par de horas para llevarlo directamente a la traductora y luego a los diagramadores. Le

aseguraron que el martes, o a más tardar el miércoles, la revista estaría distribuyéndose y, a partir de allí, el fortuito descubrimiento sería compartido por el mundo científico. Era la prueba de fuego.

Sabía que tratarían de criticarlo, que aparecerían dos o tres artículos contradiciéndolo y acusándolo de fantasioso y de poco serio, porque no se habían concluido los estudios. Pero había revisado con cuidado las estadísticas y aunque la base de investigación fuera nada más que de sesenta individuos, no dejaba dudas en las proyecciones. Sólo había que comprobar con una base de tres o cuatro mil individuos, pero parecía una formalidad para completar la fase III.

La gente de publicidad y de marketing del laboratorio sabía lo que hacía, cómo debía mover las piezas a medida que el interés fuera creciendo, en qué forma debían despertar la curiosidad de los científicos y de los médicos. Así estaba redactado el artículo que acababa de corregir y que aún permanecía sobre su escritorio debajo del lápiz de correcciones. Casi no había asertos y estaba lleno de condicionantes con pocos detalles.

Ya habría tiempo de dar precisiones y quizá lo haría él mismo en conferencias en centros médicos o universidades que se encargarían de publicitar en sus revistas y producirían un efecto de oleada expectante. Le esperaban momentos importantes para su carrera, quizás hasta la fama.

Se levantó con dificultad para calentar más agua con la que cebaba el mate.

A algunas pocas cuadras de allí, Ernesto Narváez también se levantó temprano porque le costaba seguir durmiendo al lado de su mujer sintiendo que algo se interponía entre sus cuerpos.

Habitualmente, el sábado a la mañana, cuando se despertaban sin sobresaltos, en medio de ternezas y caricias, jugaban con sus cuerpos y dejaban que la tensión se hiciera insoportable. Entonces cualquiera de los dos se levantaba para calmarse y provocar la necesidad un rato después. Tácitamente habían pactado no usar el goce cada vez que se presentaba, sino diferirlo para hacer más imperiosos los requerimientos y disfrutarlo en toda su intensidad. No todas las veces lo lograban.

Pero esa mañana de sábado nada de eso sucedió. El malestar de la pelea de la noche anterior subsistía y sin saber si ella dormía o simulaba, Ernesto se levantó despacio a preparar café. No supo si tostar una o dos rebanadas de pan. ¿Le llevaría el desayuno a la cama, para acercarse a una reconciliación? Finalmente se decidió y puso dos rebanadas, colocó la bandeja sobre la mesada y acomodó las tazas, los dulces y quesos. Hizo jugo de naranjas mientras olía el café recién destilado.

La habitación estaba a oscuras y apenas se divisaba el bulto de Julia dormida, pero conocía el camino de memoria. Dejó la bandeja sobre la silla de la que colgaban sus pantalones y se acercó a la cama del lado de ella.

—Mi amor... preparé el desayuno.

—Estoy muy cansada... lo tomo después.

—Tengo que irme a la Fiscalía —casi amenazó.

—Bueno, nos vemos a la tarde —lo despidió ella, sin sacar la cabeza de debajo de las sábanas.

Ernesto, furioso y frustrado, no se preocupó si hacía ruido, desayunó rápido con doble ración de jugo de naranjas y tostadas, devolviendo el café de la otra taza a la jarra. Se encerró en el baño y diez minutos después se vestía con *jean*, una remera y zapatillas. Contrariamente a su costumbre, se llevó el auto para dejarlo en la playa del edificio del Poder Judicial.

Sentía que la furia bullía en su interior porque era absurdo que se peleara con Julia por un asunto de trabajo, mínimo para la relación de ellos. Pero parecía que el agravio que había significado hacerla a un lado en el caso que ella empezó con la muerte de Irma Bermúdez, su paciente, fuera de tal intensidad como si lo hubiera pescado en una infidelidad.

Cuando subía por el ascensor, trató de dejar el conflicto atrás. Tenía todo el día de trabajo por delante y había convocado a Agustín, al comisario Rimoldi y a una de sus empleadas para las doce. Calculaba que a esa hora tendría ordenadas las ideas para decidir cómo actuar en ese maldito asunto.

El pasillo ante el cual se alineaban las oficinas estaba oscuro y desolado. Encendió la hilera de lámparas y abrió la puerta de las oficinas que correspondían a la fiscalía. El silencio y el olor a papeles lo abrumó.

Con el expediente y las historias clínicas sobre el escritorio, trató de concentrarse y olvidarse del problema con su mujer, cuyo recuerdo le causaba una sensación de malestar casi físico.

Era evidente que si quería llevar adelante esa causa, debía reconstruir un rompecabezas que prolijamente la gente del Laboratorio, la del hospital y de la Oficina de Medicamentos se había encargado de desarmar tratando de no dejar huellas.

Tomó papel y lápiz y comenzó a escribir para concretar las ideas dispersas. Ernesto comprendió que tenía un gran trabajo antes de poder llegar a alguna conclusión válida. Sólo con los interrogatorios de los enfermos, médicos y enfermeras del hospital tendría como veinte o treinta personas. Sumados a la gente de la Oficina de Medicamentos y la del laboratorio, la cantidad se duplicaría. Si lograba liberar a su personal de las otras causas que tenía en la Fiscalía, algunas más urgentes e importantes que aquella, tardaría un par de meses para interrogar a todos.

Decidió que haría un muestreo de interrogatorios por cada uno de los grupos que había delineado. Tres declaraciones de pacientes vivos, dos o tres de parientes de los fallecidos, las de quienes se habían apartado voluntariamente del tratamiento. Dos médicos, dos enfermeras y dos administrativos. Un par de la mesa de entradas de la Oficina de Medicamentos, el anciano que había hablado con Agustín y, quizá, la secretaria de Villamil. En el laboratorio debía llamar a aquellos que le indicara

Rimoldi.

Si comenzaba a probar lo que buscaba, tomaría declaraciones indagatorias a Villamil, a Salinas y a un tal Geppe, el gerente de Laboratorios Alcmaeon. Eligió los nombres de los testigos que llamaría, dejándose llevar por el impulso de una fonética familiar, la cercanía del domicilio respecto del hospital o del tribunal, el sexo y hasta el azar. Estaba apuntando en la oscuridad, no tenía ninguna pauta racional para citar a unos y no a otros, pero no tenía otro remedio si quería empezar por algún lado: tirar a ciegas para ver si algún disparo daba en el blanco.

La campanilla del teléfono lo sobresaltó. Seguramente sería un número equivocado. No, era Julia: necesitaba el auto.

El matrimonio Salinas acostumbraba pasar los fines de semana en un *country* de la zona norte de Buenos Aires. Hacía muchos años que habían comprado un lote, luego habían edificado una casa y la habían ampliado hasta hacerla una de las más importantes y lujosas del lugar. Quedaba a unos cincuenta minutos de automóvil por la autopista. Con los años, habían formado círculos de amistades, lo que eximía al desgastado matrimonio de tener que convivir y hablarse.

La gran urgencia para la salida de la revista hizo que la sesión de fotos para adornar el artículo central se produjera ese mismo sábado en la casa del Barrio Parque, con todo el despliegue de pantallas, máquinas y luces. El domingo se reunirían con Geppe y Davell para definir la diagramación definitiva. A ninguno de los tres ni a la gente de Brasil se le escapaba que cuanto antes estuviera la revista en la calle, en la boca de los médicos y del periodismo, el paraguas de protección se abriría para evitar que el fiscal se les echara encima.

Salinas se felicitaba una y otra vez por haber cedido ante la exigencia del Laboratorio de cumplir con los requisitos restantes para la investigación. Conseguir casi todas las conformidades de los pacientes y hacer desaparecer el auto con las historias clínicas de los muertos y los rebeldes que nunca firmarían, había sido una buena idea. Se acordó que el lunes debía completar los trámites para cobrar el seguro. En el garaje tenía un nuevo auto flamante y reluciente que deseaba probar, pero ese fin de semana estaba completo.

Una vez que saliera la nota en la revista, estaría en condiciones de hacerles saber a sus pacientes de cáncer que el ALS—1506/AR les había eliminado los lípidos de la sangre y que sus arterias se estaban regenerando, devolviéndoles elasticidad y, por ende, la juventud.

Se detuvo unos momentos mirando por la ventana las hojas de los árboles húmedas por la lluvia, pensando para qué querían unas arterias limpias si el 84,11% de ellos, como lo establecían las estadísticas, moriría del sarcoma. Quizá si antes se les tapara una arteria, el infarto podía ser una bendición para morir rápido, sin tanto sufrimiento.

Él y su gente habían conseguido impensadamente que los problemas arteriales de sus pacientes cancerosos desaparecieran aunque murieran poco tiempo después desesperados de dolor. Salinas sonrió con tristeza ante la paradoja.

En la reunión con Agustín Urtubey y el comisario Emilio Rimoldi habían definido la forma de actuar, cuándo iban a tomar las declaraciones a los elegidos de las listas a los que se había agregado una testigo sospechosa que firmó, junto con los pacientes, varios formularios de consentimiento.

Rimoldi con su gente se encargaría de ubicar a los que tenían que declarar o a sus parientes en el caso de los muertos. A los demás se les harían citaciones directas que serían llevadas por policías de uniforme para impresionar. Las indagatorias a los presuntos responsables quedarían para el final.

Rimoldi y Urtubey se encargaron de marcar a quienes debían declarar en el laboratorio y en la Oficina de Medicamentos. A algunos los habían conocido en las diligencias y creían que eran claves o débiles que se quebrarían con el susto. En esos lugares donde había mucha gente, era imposible ocultar algo en forma total.

—Está bien, voy a planificar con el comisario cómo ubicamos a la gente y cómo podemos llamarla sin necesidad de una orden escrita. En especial a los pacientes y a los familiares de los muertos. A ellos no tienen forma de ponerlos sobre aviso, y al fin y al cabo se trata de las víctimas —dijo Agustín.

—Pero a los del Laboratorio y a los de la Oficina los tenemos que traer en tandas de un solo día, para que no preparen las declaraciones.

—Claro.

—Por lo pronto, podemos llamar a los enfermos para el próximo jueves. Allí comenzaremos a moverlos.

Las pruebas de página y la tapa de la revista eran magníficas, en sobriedad e impacto. La portada tenía como fondo el corazón que se utilizaba en las revistas de cardiología y que impresionaba a los legos por sus venas y arterias resaltadas. También conformaba a los médicos como una familiar fotografía de un órgano que veían en los manuales, en las operaciones y en las autopsias.

Sobre ella, con el fondo negro y el corazón impactante en varios colores, resaltaban, en letras blancas y gruesas, el nombre de la revista y del Laboratorio. También en letras blancas, pero mucho más chicas y delgadas, un anuncio: «UN DESCUBRIMIENTO ARGENTINO», y una fotografía de tres por tres de una cara rechoncha. Abajo, en letras pequeñas: «Doctor Marcelo Salinas».

La revista tenía cerca de ochenta páginas, con papel más o menos bueno, artículos de diversos médicos y algunos con una definida propaganda de los productos de Laboratorios Alcmaeon. Como en toda revista, los había buenos, regulares e



intrascendentes.

Las ocho páginas centrales estaban dedicadas al ALS—1506/AR. Era el artículo que había corregido Salinas el sábado a la mañana, ahora debidamente diagramado con algunas frases resaltadas y atractivos copetes. La traducción en inglés estaba en paralelo, y entre ambas versiones se ampliaban las fotos del frente del hospital, del doctor Salinas, elegante y trabajador, en mangas de camisa y con corbata, otra con guardapolvo y una excelente foto conferenciando desde un podio de un congreso en Mendoza, que él conservaba.

La abotagada cara de la portada se reproducía en el encabezamiento del artículo. Todo era sobrio, absolutamente sobrio y elegante, como exhibir una joya valiosa con la naturalidad de una imitación.

Esperaban gran repercusión, una vez que la noticia golpeará a partir de ese artículo que, si bien estaba incluido en la revista del Laboratorio, con una difusión limitada y supuestamente local, llegaba a los médicos y a los medios científicos. Lo importante era que los tiempos se habían cumplido y se había logrado poner en la calle en menos de una semana.

Geppe ordenó la impresión de quinientos ejemplares más para distribuirlos en el exterior. Necesitaba la mayor difusión posible.

Hacía una semana que la vida del matrimonio se había convertido en algo pesado de soportar. Los dos llegaban tarde sin nada que lo justificara. Comían cualquier cosa pero rápido y se acostaban tratando de que sus cuerpos no se rozaran en la cama.

Pero no siempre lo lograban. La costumbre que habían adquirido de abrazarse y acariciarse durante la noche no se cambiaba de un día para otro. Solía ocurrir que, a cualquier hora de la madrugada, uno de ellos se despertaba abrazado por el otro. Algunas veces lo aceptaba y le dejaba hacer lo que no se animaba a proponer. Otras, lo apartaba con la suficiente rudeza como para que se despertara y comprendiera que el conflicto continuaba.

La situación les molestaba a los dos por igual, porque no estaban acostumbrados a vivir en esa forma. Necesitaban un refugio que los ayudara a soportar sus trabajos difíciles y deteriorantes, ese piso dieciocho que constituía todo un símbolo de la intimidad prometida y deseada.

Ahora, después del problema, el departamento se había convertido en algo incómodo. Estaban todo el día pensando cómo se iba a solucionar el conflicto, sintiéndose aprisionados por la tristeza. Cuando llegaban a casa, cansados, no se atrevían a hablar ni a hacer los planteos necesarios.

Una de las tardes, Julia llegó cuando anochecía. Estaba decidida a discutirlo esa noche, pasara lo que pasara. Ernesto entró una hora y media después. Le dio un beso a Julia y se fue hacia el dormitorio a ducharse.

—Tenemos que hablar —dijo ella con severidad aunque notó que le temblaba la

VOZ.

—Hablemos —aceptó, mientras se desabrochaba la camisa.

—Ernesto, estoy realmente mal porque no puedo concebir lo que ha pasado.

—En realidad, es poco lo que ha pasado. Descartamos seguir con un tema que nos había complicado, un tema que trajiste vos, pero surgieron nuevas cosas que hicieron que lo retomara.

—¡Y no me dijiste nada!

—No, porque no sabía hasta dónde iba a llegar y no quería complicarte de nuevo —mintió.

—Pero somos marido y mujer, Ernesto.

—Por supuesto, y por eso te quería proteger, evitando que te metieras otra vez en este asunto.

—No te entiendo. No soy una niñita a la que hay que proteger. Soy tu mujer, adulta y médica.

—Lo sé.

—Empezamos esto juntos y lo terminamos juntos, liberados. Y después vos lo recomenzás solo, sin decirme una palabra y, encima, me decís que era para protegerme.

—Estuve mal, debí haberte avisado, pero me pareció que era lo que tenía que hacer.

—Pero ¿vos te das cuenta de que llegué a violar secretos médicos, a complotarme con un delincuente, a comprometerme como nunca lo hubiera hecho por ninguna otra cosa? ¿Qué habría pasado si algo salía mal y nos pescaban con Federico, como ese domingo que me encontré con Salinas en su oficina?

—Tenés razón, Julia, ¿qué querés que te diga? Tenés razón pero yo también participé en todo esto para descubrir una verdad que te estaba haciendo bolsa. Soy un fiscal y organicé un grupo para violar domicilios, hurtar documentación y también formar una asociación ilícita.

—¡Eso es lo que más me preocupa! Sos un fiscal y cometés delitos, con un buen fin pero delitos al fin. Sos mi marido y me ocultas cosas, con un buen fin pero... es una deslealtad.

—No es cuestión de poner las cosas así, Julia...

—¿Y cómo querés que las ponga? ¿Que un día te descubra y me digas que sos infiel para hacer feliz a una pobre mujer?

Ernesto pensó en Mirta y decidió callarse. Era una discusión que jamás conduciría a nada positivo. Se terminó de desnudar y dejó que el chorro de agua tibia lo golpeará durante un buen rato.

La perspectiva de encontrarse con Silvia lo mantenía feliz y no podía concentrarse en la reunión que estaban celebrando en el piso diez del edificio de

Laboratorios Alcmaeon.

—Creemos, señor Leyro Serra, que con una campaña agresiva referida a los productos solidificados en el mercado que tienen venta libre, aumentaremos extraordinariamente las estadísticas de ventas.

—Estoy de acuerdo. Quiero que me hagan una estrategia de publicidad que contemple todos los aspectos, no sólo el comercial ni el estrictamente médico. Necesitamos condicionar al público consumidor, que no tenga necesidad de recurrir al médico ni de pagar una consulta. Tiene que ir al supermercado o a un kiosco y curarse de los hongos del pie, el dolor de cabeza o las hemorroides. Lo mismo que compra preservativos para no embarazar ni contagiarse. ¿Cuál es la diferencia?

—Creo que ése es precisamente el punto, señor. Tenemos que...

—Consultemos a unos psicólogos y veamos otras campañas que han apuntado a figuras indubitables como la madre, el abuelo, un anciano, un niño o un amigo. Usemos la figura del médico para recomendar a todos y no individualmente... Armemos el diseño de publicidad que incorpore la imagen de que lo bueno, en medicina, tiene nuestro nombre.

—Trataremos de que... —volvió a intentar decir el gerente de marketing, pero Leyro Serra lo interrumpió.

—Muchas gracias, señores.

Cuando el salón quedó vacío, se demoró unos minutos para salir. Todo estaba encaminado: desde Buenos Aires le habían avisado que la revista estaría lista en un par de días y que el lío judicial parecía estar dominado. En toda su área sudamericana se estaba preparando la campaña masiva de productos de venta libre, tal como se exigía de la central. El fantástico descubrimiento del ALS-1506/AR para los problemas cardiovasculares serviría con su sinergia para potenciar estas ventas y cumplir con las metas fijadas.

Pero su situación familiar se estaba complicando. Suzely y sus hijas ya habían vuelto de sus largas vacaciones en Angra porque comenzaba el año escolar. Ya no tenía libres las noches completas ni podía seguir excitándose con esos revolcones en su cama matrimonial, llevando a Silvia escondida en el asiento de su automóvil. Ahora sólo quedaban los hoteles o el dormitorio en la empresa. Quizá debía pensar en alquilar un departamento amueblado para sus encuentros. Ya vería.

—Mi amor —dijo cuando, por fin, Suzely se puso al teléfono después de pasar por la mucama y una de las chicas que le reclamaba unas zapatillas que le había prometido regalar—. Tengo gente de Perú y voy a cenar con ellos —mintió.

—Está bien, querido. ¿Adónde vas a cenar? ¿A Quadrifoglio?

Cuando cortó, se sintió desarmado. Volvió a marcar, pero al número de un celular.

—Mi amor... esta noche no vamos a comer en Quadrifoglio. Mejor te paso a buscar por...

Las primeras audiencias de los testigos estaban previstas para el jueves. Ernesto calculaba que durarían una o dos horas cada una, pero esto nunca se sabía porque de una cosa se derivaba a la otra y era necesario explorar hasta el fondo.

Los dos primeros eran enfermos elegidos al azar entre los veinticinco sobrevivientes de los grupos. A los empleados de la fiscalía se les estrujó el alma cuando llegaron. Era gente que estaba en el umbral de la muerte. La flacura, el color de su piel, la mueca de dolor que no se les borraba de la cara, anunciaban que el final estaba próximo y, sin embargo, hablaban animosos con los hijos, que los ayudaban o los arrastraban en una silla de ruedas. Se sentían lejanos de un desenlace y uno de los muchachos comentaba que su padre estaba mejor.

Los fiscales que habían comenzado la mañana con ganas porque era el principio de su investigación, ahora se sentían culpables de hacer venir a esos hombres que alguna vez habían sido fuertes y felices a una audiencia donde procuraban saber qué se había hecho con ellos. Por su aspecto, el tratamiento no había resultado. ¿Pero ellos habían estado de acuerdo? Eso era lo que importaba.

Como de costumbre, las empleadas los habían citado a la misma hora por si alguno de ellos faltaba. Casi nadie se quejaba por esperar para declarar ante un fiscal del crimen, como tampoco lo hacían con las esperas de los médicos. Eran los privilegios indiscutibles del poder. Esas muchachas que se regodeaban con el poder delegado para las tareas mínimas como fijar el horario de las audiencias, lo utilizaban en forma despiadada, citando por lo menos a dos a la misma hora para no perder tiempo. El que necesitaba esperaba y, cuanto más necesitaba, menos se quejaba.

Todos estaban conmovidos por esas ruinas humanas. Las chicas se sentían culpables y los fiscales, incómodos por la situación. Querían liberarlos cuanto antes para que volvieran a sus lechos con los dolores, medicinas y pequeños avances y retrocesos que los tenían atrapados en su devenir.

—Agustín, vamos a atender uno a cada uno para que se puedan ir. Estas boludas...

—Está bien. ¿Qué te interesa saber?

—Si les explicaron qué iban a hacer en la investigación y cuándo firmaron la autorización.

—Está bien.

Los hicieron pasar y los atendieron separadamente en sus oficinas. Contra lo que indicaban los reglamentos, dejaron pasar a sus acompañantes. Ni Ernesto ni Agustín se sentían seguros a solas con ellos.

—Dígame, señor Álvarez —dijo el fiscal una vez que se aseguró que el primer paciente estaba bien instalado en uno de los silloncitos, con su hijo a su lado—, ¿cuándo comenzó a ir al hospital?

—Hace como un año y medio.

—¿Y qué le diagnosticaron?

—Sarcoma. Un cáncer de huesos.

El chasquido suave en el teclado del ordenador que manejaba una de las empleadas era el único sonido que se oía en la oficina.

—¿Qué tratamiento le aplicaron?

—Quimioterapia.

—¿Recuerda qué drogas utilizaron?

—No, doctor.

—¿Le hicieron bien?

—Al principio sí, pero después volvió el cáncer y los dolores eran terribles.

—¿Y qué otra cosa le hicieron?

—Casi no hay nada que hacer, cuando hay una recidiva.

—¿Recidiva?

—El cáncer es así. Cuando se lo ataca generalmente se repliega si no está demasiado avanzado. Deja a la gente en paz durante algún tiempo y después vuelve a la carga... y a los médicos se les termina la artillería.

Ernesto no sabía qué más preguntar, y sólo se le ocurrió decir:

—¿Y usted qué hacía cuando estaba sano?

—Estaba jubilado desde hacía tres años pero antes trabajaba en la Dirección de Deportes y Recreación de la Municipalidad... es que fui campeón.

—¿Campeón?

—Sí, campeón sudamericano de los medianos en 1961, hasta que en una de las peleas de desafío me rompieron la mandíbula y tuve que dejar de pelear. El gobierno me dio ese puesto y trabajé hasta que me jubilé.

Ernesto lo miró una vez más, preguntándose cómo era posible que un campeón de boxeo pudiera ser reducido a eso por una enfermedad. ¿No habría sido mejor, más piadoso, que lo atropellara un camión?

—Dígame, señor Álvarez, ¿le propusieron otro tratamiento después de la quimioterapia?

—Sí. Me llamaron a casa y me dijeron que estaban experimentando con una droga nueva que estaba dando muy buenos resultados en Europa, y me preguntaron si quería ser parte del experimento.

—¿Y usted aceptó?

—Claro, ¿qué otra posibilidad tenía?

—¿Pero usted sabía que se trataba de una experiencia con una droga que aún no estaba aprobada?

—Claro. Le digo que era lo único que me quedaba y además de esta forma podía ir al hospital. Me trataban en forma especial, con consideración, y me daban morfina para los dolores.

—¿Y usted firmó que estaba de acuerdo?

—No, en ese momento no. Un tiempo después el doctor Salinas, el jefe del

servicio, me llamó y me dijo que necesitaba que firmara un consentimiento con el tratamiento, porque así se lo exigía la dirección del hospital.

—¿Y usted lo firmó?

—Claro, y mi hijo salió de testigo.

Ernesto había pensado en hacer declarar al hijo, pero ahora era innecesario. Entonces este paciente, al menos éste, no había sido engañado. Simplemente había firmado la autorización algún tiempo después, en el medio del tratamiento del que había sido informado como correspondía.

—Muchas gracias por venir, señor Álvarez.

El mensajero, con el casco de motociclista en la mano, le dejó a la empleada del Departamento de Oncología el paquete de revistas del Laboratorio. Enseguida estuvo sobre el escritorio del doctor Salinas, a quien estaba dirigido. Con una tijera cortó las tiras y las arrojó al basurero.

Tomó un ejemplar y fue directamente a las páginas centrales. Allí estaba el artículo tal como lo habían aprobado el domingo, con las fotos y las notas, en inglés y castellano. Se incluían cuatro fotografías suyas contando la de la tapa y la de comienzo del artículo.

En su cara regordeta asomó una sonrisa de satisfacción. Era el éxito que durante tanto tiempo había buscado y ahora estaba allí, impreso. Hasta dónde llegaría no lo podía saber anticipadamente, pero dependía de la acogida de los colegas, de la propaganda del Laboratorio y de la oposición que encontrara. La expectativa de la gente de marketing era llegar con la noticia a la prensa general, para que el descubrimiento tomara entidad mundial y no pudiera ser parado por los médicos envidiosos o los laboratorios superados.

—Elvira, haga una cita de todos los médicos para las doce y media... ¡Ah! Y otra para el resto del personal, para la una y cuarto —dijo por el intercomunicador.

Marcó cuatro números en el teléfono y esperó:

—Necesito hablar con el señor director... De parte del doctor Salinas, gracias.

Esperó unos instantes mientras hojeaba la revista para ver qué otras notas y novedades se publicaban en el mismo número.

—Doctor, ¿cómo le va? Quería mandarle una revista de los Laboratorios Alcmaeon que tiene una nota sobre el hospital y este departamento...

»Es sobre una investigación que estamos haciendo con un producto que se denomina ALS-1506/AR y que ha resultado muy útil para reducir los lípidos en sangre.

»Yo sé que usted también la recibe, pero como se trata de una nota sobre el hospital, pensé que le interesaría tenerla antes.

»Bueno, le mando un ejemplar. Gracias, doctor.

Volvió a marcar cuatro números.

—¿Cardiología?

—¡Ya está! —dijo triunfante Agustín, entrando en la oficina del fiscal—. Era lo que presumíamos. Nadie le informó nada a este pobre hombre. Le dijeron que le estaban haciendo *el tratamiento* y nada más. No firmó nada, y se acuerda que hace unas dos semanas lo llamó Salinas y le hizo firmar algo que no sabe bien qué es.

—¿Estás seguro?

—Absolutamente, aquí está la declaración firmada.

—A mí el otro me dijo todo lo contrario. Que lo informaron y que también le hicieron firmar el consentimiento después, pero que él estaba totalmente de acuerdo.

—O sea que coinciden en que la firma del consentimiento fue posterior o en el medio del tratamiento.

—Sí, pero es muy distinto que no le hayan dicho nada a que sabía todo y después cumplió con la formalidad de la firma.

—¿Y ahora qué hacemos?

—Me parece que vamos a tener que tomar muchas declaraciones.

—Doctores, es una gran satisfacción para mí felicitarlos por sus tareas de investigación. En esta revista sale un artículo con mi firma donde reconozco sus esfuerzos para el progreso de la medicina.

Los médicos, unos veinte, reunidos en el amplio despacho del Jefe del Departamento Oncología, no entendían nada. ¿De qué estaba hablando el gordo Salinas?

—El protocolo de investigación del ALS-1506/AR no dio los resultados esperados con respecto al sarcoma. Eso es evidente por el índice de mortandad y por la evolución de los pacientes sometidos al tratamiento, pero... —Hizo un silencio largo para crear expectativa—. Pero las computadoras arrojan resultados asombrosos en la caída de los índices de colesterol y triglicéridos en los análisis de sangre de todos los pacientes.

Un rumor ganó la sala y uno de los médicos preguntó:

—Pero, doctor, ¿qué era lo que estábamos investigando?

—La respuesta del sarcoma ante el ALS-1506/AR en bajas dosis.

—¿Entonces...?

—Un fracaso con dosis bajas, y también con las dosis altas que se usaron en los Estados Unidos, Europa Oriental y África. Pero las dosis bajas de ALS-1506/AR tienen un efecto fantástico sobre los lípidos en sangre y hasta producen un regeneramiento arterial.

—¡Qué bárbaro! —dijo alguien.

—¿Ustedes se dan cuenta de lo que esto significa? Estamos hablando de que se

acabaron los infartos cardíacos y cerebrales, de que las arterias se están limpiando espontáneamente en los enfermos que ustedes tratan. Y que, algún día, van a limpiar también las nuestras.

—Es fantástico. Pero ¿está comprobado?

—Se están haciendo los estudios sobre la base de grupos importantes, pero los resultados con nuestros grupos II y III y los del Perú no dejan lugar a dudas. ¡Es el descubrimiento del siglo, doctores!

Nuevamente el murmullo se generalizó, porque a los médicos reunidos allí les costaba creer lo que oían. Se trataba de algo tan extraño, de una casualidad impensada por todos que, por eso mismo, resultaba difícil de digerir.

Salinas repartió las revistas y los médicos se le acercaban para pedirle otras precisiones. Muchos se quedaban en sus lugares leyendo el artículo y mirando las fotografías. Por lo menos, había una con el frente del hospital y una mención que hacía Salinas del Servicio de Oncología, donde era el jefe.

Varios notaron que los números que se manejaban eran insuficientes, de que se necesitaban estadísticas con grupos más numerosos y de distintas etnias, comprobaciones que los alejaran del error para poder creer que habían contribuido a semejante descubrimiento.

Pero Salinas, en este momento, no podía concebir el error.

El cuerpo pesado de Ernesto la aplastaba. Estaba casi encimado a ella, abrazándola con su brazo dormido. Lo corrió un poco, todo lo que pudo, y se quedó quieta en la cama. No llegaban sonidos de la calle y oía el sonido acompasado de la respiración de su esposo.

Como era su costumbre, dormía desnudo, y podía sentir el calor de su piel sobre la de ella. Ahora estaba despierta y sabía, por experiencia, que no volvería al sueño. Los pensamientos comenzaron a derivar hacia cosas mínimas, como la factura del gas que vencía el miércoles, la última paciente que había atendido en la tarde, que necesitaba más bien un psiquiatra.

Ernesto se reacomodó y se apretó más contra ella. Pudo sentir la erección nocturna contra su pierna y una oleada de deseo la invadió, acuciada por los varios días que no habían tenido ningún tipo de contacto físico.

Ya su furia inicial estaba siendo superada. El paso del tiempo curaba estas cosas y permitía verlas en su natural dimensión. En la discusión de las otras tardes, le había dicho todo lo que pensaba y él se había disculpado de todas formas, pero Julia seguía desilusionada.

Llevaban algo más de un año de casados y cinco desde que se habían conocido. Y recién ahora comenzaban a aparecer estas fisuras en la personalidad de su marido, que Julia nunca habría imaginado.

Ella lo admiraba por su integridad, por la forma de hacer respetar la ley, por vivir



como pensaba. Pero los hechos recientes le habían mostrado lo contrario. No tuvo problemas en alistar a un delincuente para que lo ayudara a conseguir las historias clínicas. Era cierto que ella misma le había dicho que no existían formas legales de tenerla y que, de esta forma, quedaba trunca la posibilidad de confirmar las sospechas. Pero para conseguir lo que necesitaba, aunque fuera para fines nobles y decentes, no tuvo inconveniente en violar la ley e, incluso, permitir que su esposa lo hiciera.

Lo razonable en aquel momento habría sido enterrar el problema, así como estaba enterrada Irma Bermúdez.

Después, cuando acordaron que no había nada más que hacer, decidió cortarse solo y sin decirle nada continuó la investigación. Había hecho la denuncia y conseguido órdenes de allanamiento para el hospital, donde trabajaba... ¡su mujer! Si alguien llegaba a ligarlos, le iba a ser muy difícil explicar que ella nada sabía.

Pero allí estaba él, abrazado y haciéndole sentir el calor de su cuerpo y su inconsciente necesidad de poseerla. ¿Qué debía hacer? ¿Echarlo? Le había dicho todo lo que pensaba y, además, no había otra forma de reparar el daño. Era aceptarlo o dejar que el problema subsistiera hasta que se complicara y se constituyera en un mal autónomo.

Pero le quedaba en su alma esa cosa dolorosa y ofensiva de la falta de lealtad con ella y con sus principios. Estaba frustrada y era una desilusión, la primera importante. ¿Cuántas más le depararían los años por venir?

La realidad hay que aceptarla, se convenció, y ya veremos en los próximos años. Ahora es ahora, es la madrugada, él me abraza y yo lo deseo.

Se dio vuelta y lo besó. La reacción fue tan rápida que Julia dudó que él estuviera verdaderamente dormido.

—Dígame, doctor Saraví, ¿cuánto tiempo hace que trabaja en la Oficina Nacional de Medicamentos?

—Dieciséis años.

—¿Siempre en el Departamento de Control de Investigaciones Clínicas?

—Tuve distintos puestos dentro, hasta que se me encargó el control de algunas investigaciones, y allí me quedé a cargo de las que me asignan.

—¿Cómo se asignan los casos?

—Por orden de llegada de los pedidos de autorización, le toca uno a cada médico del Departamento y si alguien está enfermo o de licencia al que sigue en el mismo orden. Después, cuando se reintegra, se compensan en forma tal que todos tengamos igual número de expedientes.

—¿El pedido de autorización para la investigación clínica de un producto llamado ALS-1506/AR, de los Laboratorios Alcmaeon, siguió el mismo orden?

—En el primer caso, sí. En el segundo, no.

—Explíquese, por favor —le ordenó el fiscal.

—Los Laboratorios Alcmaeon pidieron una autorización para investigar ese producto en un grupo de enfermos de sarcoma hace alrededor de un año y, como todo estaba en orden, se lo autorizó y realicé el seguimiento del protocolo. Después habría efectuado otro pedido para experimentar con otros dos grupos pero con una dosificación menor, y ese expediente se perdió o fue destruido en la huelga del personal. Por eso, se ordenó la reconstrucción.

—¿Y en qué se alteró el orden?

—En el segundo caso se me asignó directamente porque había tenido a mi cargo la autorización anterior e incluso el seguimiento.

—¿Y en el segundo caso, también estaba todo en orden?

—Sí, claro. Se trata de un laboratorio importante y el doctor Salinas es un profesor titular en la Facultad y un hombre de gran rigor científico.

—Bien. —El fiscal se mantuvo callado frente a la mirada inquieta del médico. Estaba pensando la próxima pregunta.

—¿Cuando usted verifica la marcha de las investigaciones, constata que los pacientes hayan prestado su consentimiento para esas experiencias?

—Es uno de los requisitos.

—¿Y en el caso del ALS-1506/AR esos consentimientos estaban en orden?

—En el caso de la primera etapa no lo recuerdo con exactitud, pero me imagino que sí porque si no habría notado la falencia y consignado en el informe. Habría sido una grave irregularidad, capaz de paralizar la investigación.

»En estos últimos dos grupos recuerdo que el doctor Salinas me informó del robo de las historias clínicas de los pacientes fallecidos que habían sido sometidos a la investigación, y también que verifiqué las autorizaciones con respecto a los demás casos.

—¿Recibió alguna instrucción especial para realizar estas verificaciones?

—No, sólo en el segundo tramo de las investigaciones. Entonces me pidieron que monitoreara con urgencia en razón de que se trataba de un expediente extraviado y que los trabajos estaban avanzados. Algo razonable.

—Por cierto. ¿Y quién le pidió que apurara la visita al Servicio de Oncología?

—El subadministrador, el doctor Antonio Villamil.

—¿Hace mucho que investiga, doctor?

—Desde que entré al Servicio de Oncología del hospital siempre estamos investigando distintos productos.

—¿Por instrucciones del doctor Salinas?

—La investigación es parte del trabajo, como la docencia o los tratamientos. El doctor Salinas es el jefe del servicio y él coordina esas tareas. La investigación, en especial, exige coordinación y fluidos contactos con los laboratorios que encargan y

patrocinan esas investigaciones.

—¿Le pagan por esos trabajos?

—Por lo general, hay una asignación por el seguimiento de los pacientes que pagan los laboratorios y que el doctor Salinas distribuye entre los médicos asociados, los residentes y las enfermeras. Es un sobre que recibimos agradecidos porque el sueldo del hospital es una miseria.

—¿Es importante esa asignación?

—Por lo general no, pero ayuda. En realidad, lo importante es estar en el equipo de investigadores por el currículum y porque, de vez en cuando, nos invitan a algún congreso en el exterior y nos mandan información actualizada.

—Doctor, ¿en todos los casos le informan al paciente que va a ser sometido a una experiencia de la que no se tienen resultados probados?

—Claro... por supuesto —dijo algo desorientado el médico, tratando de ver hacia dónde iba la pregunta.

—Pero ¿les hacen saber que solamente la mitad recibirá la droga?

—Claro.

—¿Y todos aceptan?

—La gran mayoría, doctor. No se olvide que se trata de pacientes con cáncer, en la mayoría de los casos los tratamientos tradicionales han fracasado. Cualquier cosa que les dé... la mínima esperanza es siempre mejor que nada. He sabido de casos donde se hacen aplicaciones absurdas o terribles sin ninguna base científica.

—¿Y qué resultados tuvieron con el ALS-1506/AR?

—¿Como respuesta al sarcoma?

—Sí.

—Bastante pobres, hemos tenido una proporción de mortalidad comparable con los tratamientos tradicionales.

—¿Provocada por el remedio?

—No, por supuesto que no. Ya le dije que casi todos son enfermos terminales de un tipo de cáncer altamente agresivo y letal. En todo caso, se puede decir que las drogas que les administramos no dieron el resultado esperado, pero no que esas drogas les provocaron la muerte.

—¿Y cuál era el resultado esperado?

—Una mayor y mejor sobrevida que, estadísticamente, no se ha dado. Pero ésta es, precisamente, la esencia de la investigación: a través de los fracasos, se logra el éxito.

—Lástima que los fracasos matan a la gente —acotó, parcial, el fiscal.

—Y salvan a muchos. Fíjese que esta experiencia con ALS-1506/AR aparentemente fracasó con los enfermos de sarcoma pero descubrió una droga maravillosa para los lípidos en sangre. Es probable que eso convierta a los infartos en un recuerdo en la historia de la medicina.

—¿Cómo es eso? —preguntó Narváez, asombrado.

—Parece que el ALS-1506/AR no es demasiado efectivo como terapia para el cáncer, pero en bajas dosis elimina la grasa de la sangre, liberando a las arterias de las placas que las obturan y las calcifican. Ahora comienzan los experimentos masivos para obtener resultados estadísticos válidos, pero todo indica que es algo fabuloso, un descubrimiento tan importante como la penicilina. Y lo hicimos nosotros. ¿No leyó la revista?

—¿Qué revista?

—La del Laboratorio Alcmaeon. Allí están las cifras, las estadísticas, las infinitas posibilidades de esta nueva generación de medicamentos.

El fiscal estaba asombrado y no sabía qué más preguntarle a ese médico parlanchín.

—Muchas gracias, doctor. Lea su declaración, modifique o agregue lo que quiera y fírmela. Si necesito que me amplíe su testimonio, lo volveré a llamar.

Después de darle la mano, salió de su despacho para el de Urtubey, que estaba estudiando otra causa que no admitía demora.

—¿Sabés de lo que me acabo de enterar?

Le contó mientras marcaba un número en el teléfono.

—¿Guillermo? Soy Ernesto, ¿cómo estás? Mirá, necesito que me consigas una revista que publica el Laboratorio Alcmaeon.

Esperó unos instantes y volvió a decir:

—Te la mando buscar. No... no tengo colesterol, todavía.

Salinas era el primer asombrado por la repercusión de la nota en la revista. No habían pasado tres días desde la distribución y los pedidos de entrevistas se sucedían. No sabía cómo, pero habían conseguido los teléfonos del hospital, del consultorio y hasta el de su celular. Uno de los periodistas llamó a su casa.

Había de todo. Desde revistas científicas de seriedad reconocida hasta semanarios sensacionalistas despreciables. Al primero que llamó, un médico brillante que había sido su alumno en la Facultad y que ahora dirigía el suplemento de salud de un diario de nivel nacional, le concedió la entrevista.

Después llegó el aluvión e instintivamente tomó distancia. Comprendió que no era él quien debía manejar los tiempos, ni elegir qué medios tendrían acceso, ni qué convenía decir. Llamó a Geppe y le contó. Su entusiasmo fue inocultable, y le pidió que no rechazara a nadie ni tampoco aceptara ninguna, por más importante que le pareciera. Alguien con experiencia en imagen debía manejar todo eso.

La vanidad de Salinas comenzaba a llenarse y su imaginación a volar indefinida a la fama. Trató de indagarse sobre lo que pretendía y hasta dónde estaba dispuesto a llegar. Sabía que, si todo seguía así, le iba a ser muy difícil después controlar la vorágine.

Además era indispensable fijarle esas pautas a la gente del Laboratorio que,

aunque fueran los dueños del producto, no podrían someterlo a situaciones que no estaba dispuesto a soportar. De todas maneras, creía que todo eso merecía una adecuada compensación.

Se convenció de que debía dar una imagen de sobriedad, con una gran solvencia intelectual y moral. Aparecer como un paradigma de los médicos y de los médicos argentinos que tenían una capacidad no del todo reconocida en el mundo.

Tenía que alejar a la casualidad como la descubridora de las cualidades del ALS-1506/AR para el colesterol y los triglicéridos. Era la investigación seria y esforzada de su equipo, con su dirección, la que había llegado a las conclusiones. La computadora dio el alerta sobre los efectos beneficiosos de la droga en bajas dosis, pero no era otra cosa que un auxiliar mecánico sin capacidad de razonamiento ni inteligencia.

En el Manual de Procedimientos del Laboratorio siempre constaba la exigencia de realizar periódicos análisis de sangre a los pacientes como también la evolución clínica, radiografías y otros requisitos, pero ello no significaba que el Manual hubiera descubierto nada. En todo caso, era un simple elemento coadyuvante del hallazgo.

La casualidad no era un valor, y no era irrazonable hablar de coincidencias entre una terapia dirigida al cáncer y la válida que sería útil para otro flagelo de la humanidad con una mortandad similar o superior. Los alcances de la publicidad para su prestigio médico eran ilimitados. El reconocimiento de la medicina e incluso de la Historia dependían de cómo se moviera frente a los hechos que le habían explotado frente a las narices.

—¿Qué cargo ocupa usted?

—Soy la jefa de la División Mesa de Entradas de la Oficina Nacional de Medicamentos —contestó con aire de ofendida la mujer llena de arrugas.

—Dígame, señora, ¿todos los papeles, notas o expedientes que entran en la Oficina deben pasar por la mesa de entradas?

—Claro, salvo los que se entregan en mano a algún funcionario.

—Pero, concretamente, un pedido de autorización para realizar una investigación clínica en un hospital patrocinada por un laboratorio, ¿debe o no pasar por la mesa de entradas y tener un número de expediente?

—Por supuesto.

—¿Y si la recibe en mano algún funcionario?

—No es documentación que pueda ser entregada en mano a ningún funcionario, no sólo por ser voluminosa, sino porque es el caso clásico que debe tener un expediente con un número que siga los pasos que marca la reglamentación.

—Muy bien. ¿Qué hace su oficina cuando recibe un pedido de esta naturaleza? —preguntó Urtubey.

—Mi división —la mujer contestó marcando la palabra «división», que

seguramente superaba a la de «oficina»— le otorga un número correlativo de expediente, le coloca una carátula y después me lo envían para que lo gire adonde corresponde.

—Es decir que no hay forma de que un pedido de autorización para una investigación clínica de un producto pueda existir o tramitarse sin un número.

—No, señor.

—¿Y dónde se anotan esos expedientes?

—En el libro de la mesa de entradas, como el que usted secuestró de mi División.

—Bien, entonces, ¿cómo me puede explicar que un expediente de pedido de autorización para investigar con una droga llamada ALS-1506/AR del Laboratorio Alcmaeon en el servicio del doctor Salinas, no se encuentre anotado en el libro que le secuestramos?

—Eso no es posible. En eso no puede haber error.

—Carola, traiga el libro para que la señora lo revise.

—Doctor Virasoro, ¿usted se encuentra a cargo de un grupo de pacientes que se están tratando con un producto llamado ALS-1506/AR?

—Sí, es parte de una investigación clínica que se realiza en el Departamento de Oncología del hospital donde trabajo.

—¿Hace mucho que usted presta servicios allí?

—Unos diez años.

—¿Recibe algún pago por esos trabajos?

—Alguna vez nos pagan algo.

—¿Firma algún recibo?

—No, es un sobre con dinero que dice «Investigación».

—¿Y quién dirige esa investigación?

—El doctor Marcelo Salinas, que es el jefe del servicio, y es también el investigador jefe.

—¿Y es quien efectúa los pagos por «Investigación»?

—Entiendo que sí.

—¿Usted informa a sus pacientes que van a ser sometidos a una investigación clínica?

—Por supuesto. Lo hago con toda dedicación y contesto todas sus preguntas. No les oculto nada y, si puedo, siempre lo hago en presencia de un pariente o un amigo que están menos condicionados que ellos para aceptar o rechazar el ofrecimiento. Es un tema muy delicado. Si aceptan, firman un consentimiento que les leo en voz alta al paciente y a la persona que va a salir de testigo de todo.

—¿Y los pacientes aceptan someterse a un experimento con resultados inciertos?

—Casi todos. Algunos piden unos días para pensar, pero finalmente están de acuerdo. A los pobres no les quedan demasiadas opciones y agradecen que los

tengamos en cuenta. Se creen privilegiados.

—¿Y usted les dice que por exigencias del tratamiento, sólo la mitad recibirá la droga y la otra mitad, no?

—Claro.

—¿Y aun así aceptan?

—Doctor, no sé si me explico. Se trata de enfermos desesperados que viven con y para la enfermedad. Muchos están sufriendo física y moralmente porque han fracasado en los tratamientos estandarizados. Para ellos ya no quedan armas en la medicina de hoy, y entonces se aferran a cualquier posibilidad, aunque sea de un cincuenta por ciento, de que les llegue la droga, que ni siquiera se sabe si es efectiva.

—¿Y lo fue?

El chasquido de las teclas de la computadora que manejaba Carola se dejaba oír sobre el interrogatorio. Era tan veloz que no necesitaba detenerlos mientras hablaban. Aquí paró, mientras el doctor Virasoro pensaba la respuesta porque sabía que entraba en un terreno complicado.

—No, doctor, no lo fue. Los índices de mortandad son importantes, quizá tanto como si no se hubiera hecho nada, y similares al tratamiento tradicional.

—Pero estamos enterados de que a raíz de esta experiencia parece que se ha encontrado un remedio excepcional para disolver la grasa en la sangre.

—Eso fue pura casualidad.

—Sin embargo, el doctor Salinas habla del esfuerzo y sacrificio del equipo que investigó y obtuvo semejante descubrimiento. ¿Usted opina lo mismo?

—Ya le dije, doctor. Es pura casualidad, es un hallazgo no buscado ni imaginado, aunque el resultado pueda ser extraordinario.

—¿Y es tan extraordinario como dicen?

—No lo sé. Parece que sí, pero el mérito es de una computadora que es la única que sabe quién recibió la droga y quién no. Me imagino que los resultados son computados en quienes la recibieron.

En Río aún estaba caluroso pese a que el verano dejaba lugar al otoño. Durante todo el día, Leyro Serra había estado trabajando en la oficina con el aire acondicionado a una temperatura estable y no había notado la humedad.

La campaña sobre las fantásticas propiedades del ALS—1506/AR en bajas dosis estaba tomando el cuerpo publicitario que necesitaba la Central. Desde el rumor que se había dejado correr, la nota de la revista en Buenos Aires, las declaraciones del «descubridor» y las noticias pautadas en diarios de gran circulación en distintos lugares del mundo comenzaban a formar una ola que avanzaba rápido y sin escollos hacia el éxito.

Eran muchas las cosas que debían articularse para llegar al objetivo en el momento en que los resultados en experiencias en grandes núcleos de población

estuvieran listos para dallas gran noticia oficial, lograr la rápida aprobación de la PDA y de los organismos de control sanitario de los distintos países del mundo donde se vendería.

Nada debía ser improvisado, y la gente de marketing trabajaba con gran profesionalismo largando las noticias y llevando a pasear al doctor Marcelo Salinas, el héroe del momento, a los lugares que interesaba. Nadie, ni el propio Salinas, aseguraba que la droga tuviera virtudes. Eran indicios, probabilidades, nunca asertos.

El voluminoso médico era dócil a las indicaciones de sus asesores de imagen, iba a los lugares que debía concurrir, daba las conferencias que debía dictar, decía lo que debía decir. Su vanidad lo hacía vulnerable pero también proclive a cualquier necesidad publicitaria. Había que aprovecharlo.

Los pensamientos de Leyro Serra sobre el ALS-1506/AR y las ventas masivas de productos libres se desviaron a la nueva crisis que se avecinaba en su vida. Se concentró en su decisión de separarse de Suzely.

Sentía una sensación de angustia en vez de la euforia que, creía, iba a sentir. Había estado casado doce años y no podía decir que se hubieran llevado mal. Juntos habían construido una familia, dos hijas y un patrimonio importante. Ella lo había apoyado e impulsado para lograr escalar posiciones dentro de la compañía.

Pero el amor había desaparecido, diluido en el tiempo en forma imperceptible. Ya no sentían aquellas locas necesidades de estar juntos, de acariciarse o caminar por la playa en una noche de luna. Del desenfreno del sexo habían pasado a la rutina, hasta que aquella visión de ella con otro hombre lo había hecho volver a los primeros años, pero no alcanzaba. Ambos eran infieles y lo sabían, soportándolo y sin incomodarse demasiado.

La relación con Silvia se había intensificado hasta el paroxismo. Oscar contaba las horas que faltaban para encontrarla. Vivía un renacer en su vida, algo que no había creído posible. Tenía una foto de ella tomada en una de las escapadas y la guardaba en el cajón principal de su escritorio para mirarla a escondidas cuando sentía que la necesitaba. Era absurdo para su edad y las circunstancias.

Pese a esta locura que lo iba a impulsar a dejar todo lo que había construido en su vida, todavía continuaba la incógnita sobre Silvia, aunque algunas cosas habían comenzado a filtrarse en los largos momentos pasados juntos. No le importaba nada: si estaba casada, si tenía hijos, si mantenía padres o cualquier otra cosa. Sólo quería saberlo.

Temblando, llamó a la agencia simulando la voz, y comprobó que no estaba disponible como acompañante y en el último álbum que recibió tampoco aparecía. Parecía que era una etapa que quedaba atrás. ¿Sería por él?

Lo que no podía seguir soportando era esa vida clandestina, temiendo encontrarse con alguien que los descubriera, limitar lugares a los que quería llevarla para que conociese, para exhibirla y para gozar juntos como una pareja normal y no en sombras que salían y entraban de hoteles y restaurantes. Era un adúltero, pero no un



prófugo.

Sólo era cuestión de tiempo. Su adulterio era, quizás, el motivo que Suzely estaba esperando para romper el matrimonio. Pero Leyro Serra creía que ninguno de los dos se merecía algo así, y mucho menos las hijas, que sufrirían un seguro conflicto.

Quería anticiparse a eso poniendo las cosas en claro, dividiendo bienes y arreglando el dinero que les daría para que vivieran. Civilizadamente, como correspondía, pero de todas maneras le resultaba difícil encarar el tema.

Lo importante era tener la decisión tomada. No quería seguir con esa doble vida de engaños y escondidas. Quería vivir plenamente esa nueva oportunidad que se le presentaba de sentirse vivo, de sentirse un hombre, un ser humano feliz de esperar que llegara la hora de encontrarse con Silvia.

Decidido, pulsó el botón del ascensor, que se encendió con una premonitoria luz roja.

Era una pobre mujer que retorció entre sus manos un pañuelo con florcitas pequeñas de fuertes colores. No lloraba, pero su cara presagiaba que en cualquier momento caería en una crisis.

Ernesto revisaba unos papeles sin mirarla. Su declaración era importante porque era una especie de secretaria y sirvienta de Salinas en el hospital, aunque su lugar de trabajo estaba en la oficina administrativa del Departamento. También firmaba como testigo en ocho de los consentimientos de los pacientes, cinco de ellos del primer grupo, fechados meses atrás.

—Bueno, señora. Vamos a interrogarla sobre diversos hechos que usted conoce pero antes deberá prestar juramento de decir verdad. —El fiscal se paró solemne, puso una Biblia sobre el escritorio e inventó una fórmula que nunca le salía igual.

—Sí, juro —dijo ella con voz temblorosa y adelantando la mano derecha.

—Señora, le hago saber que las penas por falso testimonio en una causa penal son de prisión, inhabilitación especial para desempeñar cargos públicos y pérdida de todos los beneficios de los que gozare.

Ya no necesitaba nada más. La mujer estaba totalmente intimidada y dispuesta a contar todo lo que se le preguntara. Ernesto comenzó duro:

—¿El doctor Salinas le paga algo por las investigaciones médicas que se realizan en el Departamento?

—No —dijo ella, desconcertada—. Alguna vez me ayudó cuando se enteraba de que estaba en problemas de plata, pero no eran pagos, era una ayuda. El doctor es muy buena persona.

—¿Éstas son sus firmas? —le preguntó enseñándole las ocho hojas que había marcado en las historias clínicas. La mujer asentía con la cabeza cada vez que veía una.

—Dígame cuándo y cómo firmó.

—No sé cuándo, pero el doctor Salinas me llamaba y me decía dónde debía firmar y yo lo hacía. Creo que me llamó dos veces y firmé todo esto.

—¿Usted sabe lo que firmó?

—No.

—¿Nunca estuvo presente el paciente que firma a su lado?

—No, nunca.

—Pero ¿los conoce?

—Creo que sí. Vienen o venían a hacerse el tratamiento.

—Señora, ahora le voy a hacer una pregunta muy importante y le recuerdo que se encuentra bajo juramento y que si se comprueba la falsedad de lo que usted declare podrá ser sometida a un proceso criminal, ¿me entendió?

—Sí, doctor.

—¿Cuándo fue que usted firmó las hojas que recién le mostré?

—En realidad... no me acuerdo.

—Usted me dijo que el doctor Salinas la llamó dos veces para firmar, ¿cuándo fue eso?

—Y fueron con tres o cuatro días de diferencia. Seguro que en la misma semana porque yo tenía enferma a la nena con bronquitis y le pedía al doctor permiso para ir a cuidarla porque en mi casa se había quedado la maldita de mi suegra.

—¿Y cuándo fue eso, señora? —repreguntó Ernesto con voz gruesa.

—El mes pasado, a principios de mes y ahora me acuerdo porque la nena estaba enferma y mi marido, que cumplió años el cinco, quería hacer un asado y...

Ernesto volvió a mirar las fechas: los consentimientos estaban fechados siete meses antes, los cinco del primer tramo y cinco meses los tres del segundo tramo.

La conclusión era obvia. En el momento en que habían empezado con los tratamientos, no estaban firmadas las conformidades, las habían hecho después.

Era la prueba que necesitaba.

Un momento antes de salir de la oficina, lo llamó la señora Da Silva. Cuando la secretaria la anunció, se alarmó. Algo importante debía pasar para que lo llamara, porque nunca lo hacía.

—¿Silvia? ¡Qué sorpresa!

—¿Cómo estás?

—Bien.

—Quisiera verte en un rato, ¿podés?

—Me iba para casa, pero sí... ¿es urgente? —dijo Leyro Serra, pensando que si quería hacerle el planteo a Suzely, necesitaría bastante tiempo. No podía estar apurado ni hacerlo a las doce de la noche.

—Más o menos, pero es algo importante.

—Está bien, ¿dónde nos vemos?

Cuarenta minutos después, Leyro Serra entraba en una confitería del otro lado de la Lagoa, que cobijaba a quienes no querían ser vistos. El lugar era discreto, con luces tenues y mesas con velas en un enorme *deck* sobre el agua. En una de esas mesas, estaba sentada Silvia, más hermosa que nunca, con una blusa blanca con cuello abierto que dejaba ver un collar que él le había regalado.

—Tengo que decirte algo importante —expresó después de los saludos y que despidieran al mozo con el pedido.

—Te escucho.

—He dejado definitivamente mi trabajo. Por vos. He cortado todos los lazos que tenía y espero no tener problemas. No creo, porque quienes me conocen tienen más cosas que esconder que yo. Fue una decisión difícil pero creo que me merezco... nos merecemos al menos una oportunidad.

Oscar extendió la mano sobre la mesa y la apretó sin decir palabra pero mirándola fijo a los ojos. Ella prosiguió:

—Por eso, mi querido, a partir de ahora pasaré a ser otra persona: la real. Sé que tenés el pleno derecho de terminar aquí y ahora con todo, porque una cosa es tenerme por unos reales y otra... pero no te pido nada, no estoy en condiciones.

—Mi amor, te he dado suficientes muestras de que si algo me molestaba eran esos pagos. Te quiero, te lo dije mil veces y no como un compromiso después de un orgasmo. Te quiero en serio, me enamoré de vos. Sin razón, pero estoy enamorado y te lo digo aquí y no en una cama.

El mozo jamás estuvo tan inoportuno trayendo el pedido. Se tuvieron que callar pese a la necesidad de expresar inflamadas declaraciones mientras el hombre de immaculado saco blanco se dedicaba a depositar las copas, las servilletas, los platos con los bocaditos, los cubiertos, el balde de hielo y varias cosas más. Lo despidieron y quedaron, otra vez, libres para hablar. Los dos temieron que se hubiera perdido el momento.

Oscar quiso continuar pero ella lo detuvo:

—Gracias, mi amor. Sabía que era así pero necesitaba que me lo repitieras. Ahora quiero y debo contarte los secretos que tantas veces me pediste.

—No es necesario...

—Sí, lo es. Es una historia complicada, casi melodramática, que nunca te conté porque era mi vida, mi vida íntima, que no estaba dispuesta a compartir con nadie y mucho menos con quien me conocía a través del álbum.

La imaginación de Oscar se disparó mientras ella hablaba. Pero se quedó silencioso esperando la revelación.

—Mi padre era un diplomático que obligó a la familia a vivir en distintas partes del mundo. Por eso sé tantos idiomas. Mi hermano y yo circulábamos por colegios bilingües, donde convivíamos con los hijos de otros diplomáticos formando una comunidad cerrada, sobre todo cuando los destinos eran el África u Oriente.

Era el planteo de una historia común que anunciaba una verdad difícil. Ansioso,

Oscar tomó un trago de su copa.

—Mi padre fue ascendiendo en su carrera y los destinos fueron cada vez más importantes: Europa, Estados Unidos. Mientras, nosotros vivíamos como príncipes en las casas de las embajadas. Era un mundo ficticio donde los valores eran distintos a los de la gente común y fuimos creciendo viendo a nuestros padres pasar su tiempo entre recepciones y cócteles.

»Algo pasó entre ellos cuando papá fue designado embajador en México, porque nos quedamos en Río. Ya habíamos crecido y mi hermano entraba en la Universidad, y a mí me faltaban un par de años para hacerlo. Los vínculos eran frecuentes y normales, pero algo se había roto entre ellos, y eso de alguna forma nos afectaba.

»Comencé mi licenciatura en filosofía en la Universidad y como parecía sobramente el tiempo, simultáneamente, cursaba ciencias políticas: un buen complemento.

Oscar comenzó a comprender a qué se debía el nivel intelectual que lo asombraba en especial a él, que había tenido un fugaz paso universitario en administración de empresas. Silvia continuó:

—Todo parecía normal. Tenía un novio adecuado que provenía de una familia aristocrática con el que, loca de amor, tuve mis primeras relaciones. En la universidad lograba notas altas y la vida me sonreía. Para entonces, era la hija del vicescanciller de la República, el más alto cargo en la carrera diplomática de Itamaraty, porque el canciller casi siempre es un político. Hasta que todo estalló.

Estaba oscureciendo y los rasgos de Silvia se iban embelleciendo aún más con el resplandor de la vela. Un destello de recuerdo de esas noches maravillosas se encendió en la cabeza del hombre, que la observaba cada vez más intrigado.

—Mi apellido es Nieto Reis.

Allí sí, todo pareció hacerse presente: el gran escándalo de hacía nueve o diez años antes.

—Una mañana, al llegar a mi clase de economía política, percibí algo raro. Se necesitaron pocas horas para que me enterara. Una revista sensacionalista publicaba fotografías a todo color del vicescanciller del Brasil en una orgía loca con todo tipo de perversiones.

»Se dijo que había sido una venganza de un grupo económico al que le había fallado un gran negocio por la actitud de mi padre, que era la necesidad de un editor para vender más la revista, que lo había impulsado un partido de oposición, pero lo cierto es que tuvo que renunciar. No podía ser vicescanciller de la quinta potencia del mundo un homosexual perverso, no sólo por razones de moralidad sino porque era demasiado vulnerable.

Los enormes ojos de Silvia se llenaron de lágrimas y Oscar le tomó la mano a través de la mesa.

—Está bien, mi amor. No sigas.

—No, quiero que sepas todo, cómo llegué hasta aquí. Mis padres no pudieron soportar lo sucedido. Él se suicidó tres días después de renunciar, dejando una carta

que no convenció a nadie y mi madre, que imagino que sabía todo lo que sucedía desde que se había negado a ir a la embajada en México, comenzó a deteriorarse al grado que hoy está loca, internada en un hospicio.

»A mi hermano y a mí se nos derrumbó el mundo. Los amigos comenzaron a tomar distancia, delante de nosotros nadie hablaba de un tema que ocupaba la tapa de los diarios y daba lugar a sesiones de interpelación en el Congreso. Mi novio, por el que estaba loca de amor, finalmente me dejó. Trató de que no me doliera pero me destrozó. No me quedaba nadie.

»Con mi hermano descubrimos que la situación económica de mi padre era ruinoso y nunca supimos si era por decente o por las obligaciones que le creaba su perversión. A mi hermano, que tenía un puesto importante y prometedor en una multinacional, le ofrecieron un cargo en Inglaterra y lo obligaron a irse. No podían tener al hijo de Nieto Reis en el Brasil, nadie podía negociar con él.

»Pusimos la casa en venta porque no podíamos mantenerla y, por supuesto, terminamos vendiéndola en un precio absurdo porque nadie la quería. Hoy, que la gente no la relaciona con mi padre, debe valer tres veces el precio que recibimos.

—Pero, mi amor, debieron esperar a que se acallara el escándalo.

—Estábamos desesperados, Oscar. Nadie se nos acercaba, parecíamos leprosos con un padre muerto en la ignominia, una madre insana que me retenía a su lado y un hermano partiendo al exilio.

»Por supuesto, dejé la facultad porque el clima se me hacía irrespirable, y pensé irme del país, quizá con mi hermano, pero mi madre estaba en un estado tal que no la podíamos dejar. La internamos y me llené de culpa.

»Debí buscar trabajo y en todos el apellido era determinante para no ser aceptada. Conseguí que me emplearan en una clínica particular y usaba sólo el apellido Nieto, pero el dueño me acosaba permanentemente hasta que logró que me convirtiera en su amante. Para mantenerme en esa condición y que su esposa no se enterara me llenaba de regalos y hasta me daba dinero.

»Una vez, trajeron a una chica hermosa quebrada en un accidente automovilístico y en su larga internación me contó que trabajaba para una agencia de acompañantes y me presentó a la dueña una vez que la vino a visitar... y así comenzó mi profesión. Pautada, protegida y muy cara. La profesión más vieja del mundo, de la cual vivo bien sin mayor esfuerzo y donde nadie me pregunta el apellido. Eso es lo que querías saber, mi amor. Te pido que no me exijas detalles.

—No, por supuesto que no. Estoy conmovido. Imaginé que había algo oscuro y doloroso detrás de tu silencio pero nunca tanto. ¿Y qué vas a hacer ahora?

—Como decías, el escándalo se va olvidando y son pocos los que me identifican. En estos años he conseguido hacerme de unos ahorros que me dan un tiempo para vivir sin trabajar. Mi hermano ascendió en la compañía y estuvo de acuerdo en hacerse cargo de la internación de mamá y yo voy a tratar de volver a la facultad, buscarme otro empleo para reubicarme en el mundo.

—Quizá yo te pueda ayudar, mi amor. Vos te merecés eso y mucho más.

—Gracias, pero creo que me voy a arreglar sola.

—Te decía con la búsqueda de trabajo. Tengo contactos, puedo recomendarte.

—¡Ah, bueno! Yo entendí que...

—Estás demasiado susceptible. Contá conmigo y te diré que los dos vamos a recomenzar la vida. Me he decidido a pedirle el divorcio a Suzely.

## Capítulo 8

Cuando Oscar entró en su casa, advirtió que algo extraño sucedía. No escuchó el rumor habitual de las niñas o sus niñeras protestando, la música en los altoparlantes del living o los movimientos habituales. Todo era silencio y quietud, como si el departamento hubiera estado vacío en los días de vacaciones.

Comenzó a recorrer los ambientes y nadie aparecía, más silencio que las noches en que llevaba a Silvia escondida en el auto. Ni en el living ni el comedor había nadie; tampoco en los dormitorios. Volvió a bajar alarmado y fue hasta la cocina. Allí estaban dos de las mucamas.

—Señor —dijo una de ellas en un portugués cerrado—. ¡Qué desgracia, señor!

—¿Qué pasa? ¡¿Qué pasa?!

—¡Es Flor...!

—¡¿Qué pasa con Flor?!

—Un accidente, señor. Se cayó por la escalera.

—¿Y qué pasó?

—Se la llevaron muy mal para el hospital.

—¿Qué hospital?

Mientras corría por la ciudad sin respetar semáforos ni peatones, sentía una angustia que le oprimía el pecho. Su preocupación por la separación de Suzely ya carecía de importancia.

¡Su querida Flor!

De las indagatorias de Geppe y el subadministrador Villamil no pudieron sacar nada en claro. Quedaba en el aire la presunción de que todos eran del mismo grupo y se cubrían entre sí. Unos hacían investigaciones clínicas y los otros no controlaban. Ahora estaban tratando de protegerse para que no se descubrieran las falencias. En realidad no había ninguna prueba contundente más allá de unas declaraciones de algunos enfermos y sus testigos de que habían firmado después de comenzado o terminado el tratamiento. Las firmas eran auténticas, y habían estado de acuerdo con el tratamiento asignado.

Geppe afirmó rotundamente que el pedido de autorización fue presentado en forma oportuna pero que el expediente desapareció de sus oficinas en la época de la huelga. Nada sabía de los consentimientos de los pacientes, porque ésa era una obligación del investigador jefe que era verificada por el monitor. El laboratorio recalca la necesidad de que los médicos tratantes informaran a sus pacientes con claridad y exactitud. La Oficina de Medicamentos, al controlar, lo verificaba. Pero a partir de allí era incumbencia del equipo que llevaba adelante la investigación.

Alcmaeon no tenía ningún contacto con los enfermos y toda la aplicación y evaluación clínica dependía de los médicos que hacían los informes, los que eran

remitidos a San Diego para su carga en la computadora.

Villamil ratificó la historia y se mostró ofendido por la investigación judicial y la forma en que allanaron sus oficinas. No sabía cómo era posible que un expediente no estuviera registrado en el libro de mesa de entradas pero lo consideró un simple error administrativo o una omisión menor. Era una simple falla que podría dar lugar a un sumario y a una leve sanción a la jefa del área, si se comprobaba que eso era así.

Todos eran detalles que no alcanzaban para configurar nada, salvo una sospecha más o menos fundada en coincidencias pero sospechas y coincidencias no alcanzaban para procesar y menos para condenar a nadie.

Podían llamar a más parientes de los muertos o a los enfermos pero Ernesto estaba harto de ver gente sufriende en su despacho a la que no se animaba a preguntarle a fondo para no mortificarla más. Ellos tenían suficiente con sus desgracias, para minarles la confianza que habían depositado en sus médicos o las esperanzas, casi siempre frustradas, de curarse o, al menos, vivir un tiempo más con el mal que los aquejaba.

Sólo quedaba el doctor Marcelo Salinas, el omnipotente y ahora famoso doctor Salinas que, según decían los diarios, estaba en una conferencia de nivel mundial en Toronto, dando una charla sobre su hallazgo, al que trataba de disfrazar como producto de la investigación. En realidad, ya nadie se preguntaba cómo había llegado a descubrir semejante bendición para la humanidad, sólo querían escuchar a su mentor hablar sobre sus bondades y saber cuándo estaría disponible para el público.

Premeditadamente le mandó la citación al hospital con un policía de uniforme que le proporcionó Rimoldi. Debía preguntar en todos lados dónde quedaba la oficina del doctor Salinas para que los médicos y enfermeras se enteraran que la policía lo estaba buscando para algo. Podía estar dando conferencias en Toronto o en cualquier otro lado pero Narvéez quería que supiera que en Buenos Aires tenía problemas. Lo quería preocupar, que supiera que en su propio reducto se sospechaba de él, porque necesitaba inquietarlo y hacerlo sentir inseguro para el momento de su declaración.

Con él no tendría la piedad ni los límites que le imponían las caras sufriendes de los enfermos y de los hijos o los esposos de los muertos.

Cuando la enorme humanidad de Salinas bajó del podio con un estuche de cuero con un plato grabado de reconocimiento en la mano y con los oídos llenos de los aplausos que lo halagaban, sintió el placer de la gloria. Ahora comprendía los sentimientos de aquellos que, por aparecer en la televisión o jugar bien al fútbol, eran victoriados y premiados.

Era imposible sustraerse a la sensualidad de esos aplausos, al halago de todo el mundo, a ser calificado como benefactor de la humanidad como lo hizo el presentador en ese hotel cinco estrellas. Era una exageración, ¡pero era tan lindo escucharlo!



Los comensales habían pagado ochenta dólares para cenar con él y esos fondos se destinarían a obras de caridad, lo que sumaba para su popularidad y lo hacía más cercano a la gente que recibiría los beneficios de su investigación. No sólo había descubierto un remedio que evitaría la muerte de muchos de los que estaban allí comiendo grasas sin límites, sino que también viajaba y se sacrificaba dando conferencias con fines benéficos para la ayuda a los hospitales públicos y la niñez desprotegida.

Fue hasta su mesa donde ocupaba el lugar de honor entre un senador y el presidente de la Academia de Medicina y brindó con ellos. En realidad, brindaba por él mismo por esa bendita suerte de que las computadoras no descartaran nada de lo que se les informaba, ni los resultados de los análisis de sangre de unos desgraciados que morirían en poco tiempo porque las drogas que les habían administrado no tenían el menor efecto sobre el cáncer.

Era recurrente el pensamiento de que si la experiencia la hubieran hecho cincuenta años antes, habría pasado inadvertida porque aunque se controlara la sangre de los enfermos, la exactitud de los resultados era relativa y solamente alguien con una intuición especial podría descubrir la influencia del medicamento sobre los lípidos. En aquel entonces los síntomas y los resultados de cualquier cosa se anotaban en tarjetas con la letra ininteligible del médico y con sus códigos indescifrables. De esa forma, habría sido un verdadero milagro que alguien relacionara que un remedio probado contra el cáncer pudiera servir para otra cosa.

A nadie se le ocurriría darle mérito a una computadora que sacaba estadísticas y conclusiones matemáticas. Tampoco a la casualidad, porque nadie, ninguna sociedad, se priva de tener sus propios héroes, los exitosos a quienes aplaudir. Salinas sonrió al pensar que toda esa gente que lo palmeaba debería aplaudir y llevar en andas a una computadora. La podrían presentar en el mismo escenario, pero seguro que no podría pronunciar un discurso ni sonreír y no podría agradecer el homenaje.

El *maître* se le acercó por detrás y le dijo suavemente:

—Doctor, llamaron dos veces de la Argentina mientras usted estaba hablando y pidieron que se comunicara urgente con esta persona.

Salinas abrió el papel doblado y vio escrito con gruesos trazos: *Doctor Ramírez* y un número de teléfono con el código de Buenos Aires.

—Muchas gracias —atinó a decir mientras trataba de imaginar de qué se trataría. Si fuera un problema de familia, su mujer o alguno de sus hijos lo llamaría. Si hubiera problemas en el hospital, lo haría alguno de los médicos, pero no Ramírez. ¡Seguro que era ese infeliz del fiscal con alguna de las suyas!

—Necesitaría hacer una llamada a Buenos Aires, es urgente —le dijo al presidente de la Asociación Médica.

—Cómo no, doctor —dijo el otro levantándose y atrayendo la mirada de muchos de los comensales que pensaron que comenzaría una nueva tanda de discursos interrumpiendo la cena de ochenta dólares.

Fueron hasta el lobby del hotel y el presidente lo dejó en una cabina acolchada que absorbía todos los ruidos.

—¿Ramírez?

—¿Cómo le va, doctor? Estaba esperando su llamado.

—¿Qué es lo que pasa?

—El fiscal Narváez consiguió que el juez lo llame a prestar declaración indagatoria.

—¿Qué es eso?

—Es una declaración que le toman a alguien que sospechan que ha cometido un delito.

—¿Un delito?!

—Bueno... las declaraciones son testimoniales o indagatorias y usted siendo el jefe del departamento donde se hacían las investigaciones, no puede ser llamado como testigo sino como imputado... seguramente quieren que aclare algunas cosas.

—¿Y para cuándo es?

—Para pasado mañana a las nueve.

—Pasado mañana tengo una conferencia en Lima.

—Ya lo sé, doctor. Los diarios de acá están llenos de noticias tuyas.

—¿Y entonces cómo fijaron la audiencia para ese día?

—Quizá para molestarlo, doctor. Mañana voy a pedir que posterguen la audiencia y una eximición de prisión.

—¿Eximición de prisión? Estamos todos locos, Ramírez. ¿Prisión para mí?

—Son términos jurídicos y de esta forma nos aseguramos que usted no quede pegado después de declarar.

—¿Pero hay alguna posibilidad de que eso suceda?

—Todo es posible, doctor. Usted tiene mucha notoriedad ahora. Eso juega a favor y en contra. Su prestigio lo protege pero siempre están los que quieren ser reconocidos por su rectitud, por aplicar la ley pareja y se la agarran con los famosos.

—Está bien, Ramírez. Haga lo que tenga que hacer. Yo me voy a mover a otro nivel, sin interferir con usted, por supuesto.

—Yo no tengo inconveniente. Todo ayuda.

—¿Le parece que vuelva a Buenos Aires, después de la conferencia?

—No, doctor, mejor no. Prefiero asegurarme con la eximición de prisión para que usted no pase un mal momento.

—Está bien —aceptó, sintiendo que algo se le daba vuelta en el estómago.

El inefable doctor Marcelo Salinas, el homenajeador de esa noche, no pudo comer cuando volvió a su mesa. La sonrisa permanente se había convertido en una máscara, pero no iba a dejar que se notara su angustia.

Cuando Leyro Serra llegó al hospital, las noticias eran peores de lo que había

imaginado. Flor estaba sumida en un coma tres con un posible daño cerebral traumático. La pudo ver unos instantes con la cabeza deformada por el golpe mientras la llevaban por el pasillo para hacerle una tomografía computada.

Esas interminables noches a su lado tomándole la manito y rogando que se despertara lo hicieron sentir culpable, como si el accidente hubiera sido un castigo por su búsqueda de la felicidad perdida, por estar dispuesto a mandar al diablo su matrimonio dejándola en la crisis del divorcio de los padres. Se olvidó de todo, sólo estaba disponible para ella y su angustia. Pero, en algún momento, la llamó a Silvia para contarle lo que estaba pasando.

Se hacía escapadas a su oficina para solucionar los problemas urgentes y disponer medidas que no admitieran dilación. El resto lo manejaba por teléfono y filtrado por los niveles inferiores que se hacían cargo de la situación. Las noticias sobre la proyección mundial del ALS-1506/AR contrastaban con las que llegaban desde Buenos Aires donde se había citado en un juicio criminal al doctor Salinas por sus experiencias, precisamente, con el ALS-1506/AR. También estaba involucrado el gerente Aníbal Geppe y, en consecuencia, el Laboratorio.

Toda la regional, con las gerencias de los distintos países, estaba en plena preparación de la campaña publicitaria para las ventas de productos de libre comercialización en paralelo con las ventajas que le proporcionaba la difusión de las propiedades de la nueva droga que revolucionaba la farmacopea del mismo laboratorio.

Pero toda esta vorágine de noticias, de situaciones que se presentaban de improviso y que requerían un seguimiento inmediato, parecían estar muy lejos de su problema actual. Era evidente que no estaba preparado para este tipo de cosas. Podía aguantar crisis diversas y de hecho había pasado algunas importantes en los últimos tiempos, pero su hija al borde de la muerte lo anulaba para cualquier otra cosa, cualquiera fuera, incluso Silvia o el trabajo.

En esos momentos de angustia, sentado en una banca del aséptico pasillo del hospital que terminaba en la puerta del área de quirófanos y de cuidados intensivos, sentía que su vida se desmoronaba. No podía dejar de pensar que si hubiera llegado unos momentos antes a su casa las chicas habrían estado jugando con él. Pero él estaba en otra cosa, en una egoísta y encerrada situación amorosa. Confesándose con su amante.

En esas largas noches con la luz mortecina de una lámpara que no molestara a la enferma, se quedaba dormido con la cabeza apoyada en la cama de Flor y la relación con su mujer fue tomando una dimensión que no conocía. Allí estaba la madre, con la que habían tenido esas hijas, demostrando algo inalterable para ambos.

Lejos habían quedado sus aventuras de Angra y quizá las que tuviera también aquí, en Río. Hasta Silvia parecía lejana. Ya nada de eso importaba, ni engañar ni ser engañado. Eran, simplemente, una madre y un padre con sufrimientos profundos e iguales.

Cuando parecía que todo lo superaba, que no podría soportar tanta desolación y dolor esperando durante horas interminables el dictamen médico sobre si sobrevivía o no, se tía la mano de su mujer deslizándose entre las suyas como una forma de empujar juntos o de suplicar unidos por esa hija que parecía necesitar un milagro de sobrevivencia.

Finalmente, días después, el milagro se hizo y les dieron la noticia de que Flor viviría. La emoción los embargó y se unieron en un abrazo lleno de lágrimas y felicidad ¡Flor vivirá! No sabían cómo, pero viviría. Ahora, era lo único que importaba.

No pasó demasiado hasta que llegó el otro golpe, casi tan devastador como el accidente. Las lesiones cerebrales le habían producido una hemiplejía de su costado derecho y necesitaría un severo plan de rehabilitación, sin que se pudiera pronosticar en qué medida lo lograría.

Todas las ideas de separación, de volver a encontrar la felicidad sacrificada en el altar matrimonial y el regreso a las emociones juveniles quedaron en el fondo de un tonel. Necesitaba tiempo para replantear su escala de valores. No era éste el momento para destruir y destruirse aún más con un divorcio porque sus dos hijas (la pequeña también) lo necesitaban diariamente, a cada momento. Ni él mismo podría soportar abrir otro frente a nivel familiar.

Ya decidiría qué hacer. Ahora sólo podía dejar pasar el tiempo y ocuparse de cada cosa que se le presentaba. Debía ir solucionando los problemas de a uno, a medida que el destino se lo exigiera.

Se estaba acercando el día de la declaración de Marcelo Salinas. Se le había escurrido de todas las formas procesales posibles, planteando una eximición de prisión como requisito previo para su declaración. Después había pedido dos suspensiones alegando y probando conferencias anunciadas en el exterior.

Quizá por consejo de sus abogados, cauto, no volvía al país manejando a sus pacientes, los problemas del servicio y demás situaciones por control remoto. Sabía que el tiempo debilitaba la causa.

Era un bicho, un bicho hábil que no se dejaría arrinconar. Como fiscal, Ernesto había forzado un poco las cosas y conseguido que se le ordenara prestar declaración indagatoria, pero Salinas consiguió demorarlo lo suficiente para llegar seguro de que, al menos en lo inmediato, no le iba a pasar nada porque estaba protegido por la exención en una detención y porque su fama se agrandaba por horas.

La exigencia del procedimiento de tener formalizada la acusación en el momento que el imputado fuera a declarar, estaba destinada a preservar los derechos de los ciudadanos que no podían ser sospechados sino por hechos concretos que tuvieran una pena prevista en el Código Penal. El fiscal se vio en un apuro porque las acciones que le reprochaba al médico podían violar normas éticas y constituir faltas

administrativas de las regulaciones de la Oficina de Medicamentos que eran castigadas con una simple multa. Pero no alcanzaban para una acusación criminal.

Trató de ser objetivo y coherente en sus pensamientos, porque de ello dependía el éxito o el fracaso de esta causa que lo enloquecía y que le había traído problemas personales.

¿La muerte era consecuencia de la administración del ALS-1506/AR o de todas maneras, con o sin la inoculación de la nueva droga, se habrían muerto igual porque su enfermedad era terminal? ¿O la muerte se había producido por haberse prescindido del tratamiento habitual y protocolizado para sustituirlo por el experimental del ALS-1506/AR?

¿Cómo probarlo? Porque si conseguía acreditar que se había dejado de lado el tratamiento indicado para aplicar otro experimental, podía llegar a sostener que se habían producido lesiones y hasta homicidios en los pacientes por el accionar del doctor Salinas. Pero no se le escapaba que era demasiado duro utilizar figuras penales tan fuertes como el homicidio para una experiencia científica.

Había otro flanco. ¿Qué pasaba con los fondos que Salinas recibía del Laboratorio por las experiencias cotizadas a tanto por paciente? Rimoldi, con sus pericias contables, había probado que esos fondos eran depositados en una cuenta del exterior y por las declaraciones de los médicos se sabía que Salinas pagaba, en negro, los honorarios de los colaboradores que intervenían en la investigación. Parecía que la cifra era mínima pero algo les pagaba sin tener obligación y sin ningún tipo de recibo.

Podría haber una violación a la Ley Penal Tributaria y hasta una pequeña malversación porque, para la investigación, se utilizaba el personal, las instalaciones y algunos insumos que correspondían a un hospital público. También pensó en alguna figura que atentara contra la salud pública y no lo creyó viable aunque podría ser uno de los caminos para encausar el proceso cuando se debilitara.

Quizá, era táctico acusarlo de delitos menores, porque no tenía pruebas para otra cosa, no descartando otra acusación más grave para el futuro.

Mientras tanto, Salinas estaba en Río de Janeiro matando varios pájaros de un tiro. Por indicación de sus abogados, no llegaría a la Argentina hasta tanto saliera la resolución del Juez que hiciera lugar al pedido de eximición de prisión. Ya habían declarado Geppe y Villamil y ninguno de ellos había tenido problemas y la precaución que tomaba el abogado Ramírez parecía excesiva, pero no le quedaba otro remedio que obedecerle.

De Canadá viajó a México y a Perú. Fue atendido magníficamente por los representantes locales de Laboratorios Alcmæon y en todas las conferencias que pronunciaba les concedió a los investigadores de su país parte del mérito en el descubrimiento. Nada se consigue en este ámbito si no es por una tarea en equipo. Se quedó varios días gozando de la gloria y viajó a Miami, donde concedió una

entrevista a la revista *New England Journal of Medicine*, que arreglaron desde Nueva York, a través de la oficina de prensa del Laboratorio, para acelerar el impacto mundial con una nota editorial.

Era una revista de primer nivel científico y las notas de periodismo médico que publicaban tenían el valor de un documento. De todas maneras, se cuidó de puntualizar que se trataba de resultados preliminares que era necesario comprobar con series estadísticas. Utilizó frases condicionantes que lo hacían más cauto y científico.

Aprovechó para hacer compras y pasear tranquilamente con mucho tiempo disponible. De allí viajó a Río, donde se encontraría con su mujer. Los viajes en primera clase tenían la bondad de gozar de asientos amplios en los que podía dormir y comer sin límites. Recordaba otras épocas donde sus compañeros de fila en los asientos de clase turista hacían lo imposible para cambiarse evitando que su gordura lo aplastara contra el fuselaje. Algunos, imprudentes, protestaban en voz alta al comisario de a bordo reclamando por la incomodidad.

Tuvo una recepción propia de un importante científico y no sólo lo alojaron en una inmensa *suite* con vista a la bahía sino que el mismo director regional de Laboratorios Alcmaeon lo estaba esperando en el aeropuerto. Le entregó la lista de las actividades que tenía preparadas, que incluían una conferencia en la Facultad de Medicina y una visita a la Asociación Cardiológica Brasileña donde sería recibido por el consejo directivo en pleno y homenajeados con una cena.

El gerente de Laboratorios Alcmaeon parecía ser una persona agradable y se puso a su disposición, pero se excusó de cenar con él esa noche porque tenía un problema familiar importante.

—No se preocupe, señor. Estoy realmente cansado del viaje y esta tarde llegará mi señora. Prefiero una cena liviana y tranquila en el hotel para acostarme temprano. De todas maneras, se lo agradezco mucho.

—El agradecido soy yo, doctor. Le dejo un automóvil a su disposición en el garaje del hotel. Puede usarlo cuanto quiera y si necesita un chofer, no deje de llamar a mi secretaria, a cualquier hora. Estoy preparando otras reuniones pero no quiero abrumarlo ni tampoco retenerlo más de lo indispensable.

¡Se acabó el gordo Salinas! Ahora, era el profesor, el científico, el descubridor... pero nunca más el gordo.

Sin embargo, no dejaba de advertir que todas esas actividades, además de la propaganda, eran una forma elegante de retenerlo hasta que desde Buenos Aires llegara la noticia de que no había peligro para volver.

Precisamente, en Buenos Aires, los fiscales seguían con las audiencias programadas, un poco más descongestionados porque las sucesivas prórrogas de la indagatoria del doctor Salinas les habían otorgado más tiempo para seguir buscando

huellas de su desprejuiciado accionar.

Los interrogatorios a los empleados administrativos del Servicio de Oncología y a otros dos médicos que llamaron no hicieron otra cosa que ratificar lo que habían declarado sus compañeros. De las horas de interrogatorio no se obtenía otra cosa que comprobar pequeñas irregularidades o costumbres de oficina inadecuadas que no hacían más que confirmar esa impresión de que todo estaba alterado por la irresponsabilidad, pero sin nada concreto ni definitorio en el aspecto delictual.

Lo mismo sucedió con la declaración de otro médico monitor, una empleada de la mesa de entradas elegida al azar (porque Mirta, que en efecto trabajaba allí, no quiso declarar). Para cubrir el tiempo sobrante, el Fiscal decidió seguir interrogando a los pacientes y cuatro de ellos confirmaron haber firmado las conformidades hacía poco tiempo. Pero expresaron que siempre habían estado conformes e informados de que se trataba de una droga experimental. Ahora estaban felices y premiados por el destino al ser atendidos por un médico famoso como el doctor Salinas, que incluso los había recibido personalmente.

Ellos eran parte del descubrimiento del que tanto se hablaba, aunque el cáncer los estuviera matando. Lo que importaba era la investigación y el prestigio del nuevo medicamento que a ellos no les serviría para nada, aunque no lo supieran o lo negaran.

Se concentraron en los pacientes que habían abandonado el tratamiento porque creían que con esos disconformes encontrarían algo. Sus historias clínicas figuraban entre las robadas juntamente con el automóvil de Salinas, por lo que no había prueba alguna de sus conformidades. Pero tenían sus datos y domicilios en las listas de la computadora. Ya Rimoldi había comprobado que uno de ellos había viajado a Tucumán para morir en su tierra sin que se supiera más de él. Dos habían muerto hacía un tiempo, otro estaba agonizante e imposibilitado de declarar. Sólo quedaba Victorio Rizzo.

—Dígale a la señorita sus datos personales, por favor —le indicó el fiscal adjunto, que estaba tomando la audiencia porque Narváez se había retrasado.

—Victorio Rizzo, documento nacional de identidad 5 098 456.

—¿Estado civil?

—Casado.

—¿Profesión?

—Comerciante.

—¿Domicilio?

—Calle Belgrano 889, Ezpeleta, Provincia de Buenos Aires.

—Señor Rizzo, ahora le voy a tomar juramento; debe decir la verdad y le hago saber que si usted incurre en falso testimonio cometerá un delito castigado en el Código Penal.

Terminadas las advertencias y prevenciones, Urtubey preguntó:

—¿Usted estaba en tratamiento con el doctor Salinas en el Hospital Central?

—Sí, un tratamiento contra el cáncer —dijo el hombre, endureciendo la mirada. El fiscal lo percibió y decidió profundizar. Aquel paciente no era como los demás. Era un hombre de unos sesenta años con el cabello totalmente blanco, de estatura mediana y de fuerte contextura. Nadie diría que estaba enfermo de cáncer.

—¿Cuánto tiempo estuvo tratándose?

—Unos dos meses y medio o tres.

—¿Terminó el tratamiento?

—No, no me dejaron.

—¿Cómo que no lo dejaron?

—Cuando me diagnosticaron cáncer a los huesos, me volví loco. Vi a veinte médicos y me aconsejaban tratamiento con químicos y rayos, pero ninguno me daba esperanzas. Por el contrario, sentía como si me estuvieran desahuciando.

El chasquido de las teclas de la computadora subsistía unos segundos después que el hombre terminaba de hablar.

—Continúe, por favor —dijo el fiscal ante el silencio del hombre.

—En esa recorrida de médicos, por consejo de una vecina, fui al Servicio de Oncología del Hospital Central. Después de ir dos veces y hacer una cola a las seis de la mañana para conseguir turno, me atendió un médico que, viendo los análisis, ratificó el diagnóstico y me propuso un tratamiento con una droga nueva que era muy efectiva.

—¿Le dijo que era experimental?

—No. Me informó que el tratamiento tradicional era terrible, con vómitos, dolores y debilidad que muchos enfermos no aguantaban. Que lo que me proponía casi no tenía efectos colaterales y que tenía la suerte de haberme enfermado después de que se hubiera descubierto.

—¿Y usted qué hizo?

—Acepté, por supuesto.

—¿Y?

—Y comencé el tratamiento; dos veces por semana iba al hospital. Siempre tenía que esperar pese a que tenía turno y una enfermera me hacía una aplicación endovenosa durante algo menos de una hora. Las primeras veces todo anduvo bien y yo me sentía mejor. Estaba feliz. Pero, al poco tiempo, todo cambió y parecía que me moría. A los quince minutos que me inyectaban comenzaban los mareos, después vomitaba y cuando terminaba no podía levantarme de la camilla. Tuvieron que llamar a mi señora para que me viniera a buscar y después ella me acompañaba siempre. Teníamos que tomarnos un remise de vuelta porque parecía que me hubiera atropellado un camión.

El fiscal no necesitaba hacer más preguntas. Era bastante habitual que cuando un testigo tomaba confianza, la declaración fuera espontánea y fluida.

—Pedí que me explicaran qué estaba pasando y el médico que me había atendido la primera vez me dijo que a veces las reacciones de los pacientes eran así, que no me



preocupara, que todo iba bien.

—¿Pero el médico no lo atendía en todas las aplicaciones?

—No. Sólo lo vi tres veces.

—¿Y quién lo revisaba, le tomaba la presión, le preguntaba qué le estaba pasando?

—Siempre la enfermera, que me hacía las mismas preguntas y llenaba unas planillas. Cada quince días me indicaba que tenía que hacer un análisis de sangre y orina y me daban una orden para un laboratorio. Me sacaron tres radiografías y una tomografía computada.

—¿Y por qué no terminó el tratamiento?

—Porque la última vez, casi enseguida que me comenzaron a pasar los remedios, me sentí mal. Vomité, sentí que el corazón se me salía del pecho y que me iba a desmayar. Llamé a la enfermera y le pedí que trajera a mi mujer que esperaba afuera y que llamara al médico. Me dejó unos quince o veinte minutos hasta que apareció el médico para retarme como a un chico.

La puerta se abrió y apareció el fiscal titular. Mal momento, pensó Urtubey. Se hicieron las presentaciones y dijo:

—Continúe, señor Rizzo. Me decía que el médico lo amonestó.

—Sí, pero mal. Se estaba aprovechando de mí y eso me saca, doctor. Lo puteé.

—¿Cómo?

—Sí, lo mande a la puta madre que lo parió, me saqué la aguja y me fui.

—¿Así nomás?

—Así nomás. Yo puedo estar enfermo, muy enfermo, pero no voy a permitir que nadie, por más médico que sea, me venga a maltratar.

Urtubey sonrió admirativo.

—¿Y no volvió más?

—No, me llamaron dos o tres veces, pero no les di bola.

Carola transcribía textual. Eran las instrucciones que tenía de los fiscales, cualquiera fuera el disparate que dijeran los interrogados. Decían que era la forma en que quedaba la mejor constancia de la espontaneidad.

—¿Alguna vez usted firmó algo, alguna conformidad con el tratamiento?

—Nunca.

—¿Está seguro?

—Sí, nunca firmé nada.

—Quizá no lo recuerda.

—No, doctor. Nunca firmé nada. Incluso, hace cosa de un mes, me llamó el propio doctor Salinas para que fuera a verlo, y me negué, pero él insistió porque estaba necesitando mi firma en una planilla a pedido de la dirección del hospital. Le dije que no pensaba ir y me ofreció mandármela a casa para que la firmase.

—¿Y qué hizo?

—Lo mandé a la mierda.

—¿Al doctor Salinas?

—Al propio doctor Salinas, ¡sí, señor! A ese gordo hijo de puta que ahora está todos los días en la televisión, al que hacen aparecer como a un Dios. ¡Si me preguntaran a mí!

—Eso es lo que estamos haciendo, señor Rizzo. ¿No se acuerda de nada más?

—No, fue una época terrible.

—Bueno, muchas gracias por haber venido, quizá necesitamos llamarlo de nuevo.

—Con mucho gusto, llámeme por teléfono, no me mande un policía ¿sabe? Los vecinos comentan...

—Está bien, lo tendré en cuenta —le aseguró Ernesto—. Y dígame, ¿cómo hace para estar tan bien pese a que tiene...?

—Cáncer. Es que parece que después de todo, no tengo cáncer. Que se trató de un error de diagnóstico.

—¿Cómo de un error? Usted me dijo que se hizo revisar por un montón de médicos y que todos le dijeron lo mismo.

—Sí, pero el error parece que estuvo en el laboratorio, cuando me hicieron la biopsia. Yo no tengo cáncer. Ahora está definitivamente comprobado.

—No es posible.

—Sí, doctor, aunque no lo crea. Me aguanté todas esas salvajadas, casi me suicido, me pasé un año pensando que me moría y mi familia sufriendo por nada, simplemente porque alguien se equivocó.

—¿Y qué va a hacer?

—Nada. Al principio pensé en matarlos pero después me conformé con estar vivo. Por eso no quiero saber más nada.

—Creo que tiene que ver a un buen abogado, para que se encargue de que le paguen lo que le hicieron.

Desde la llamada del doctor Ramírez diciéndole que lo habían convocado a declarar, Marcelo Salinas había comenzado a esbozar una estrategia paralela a la defensa legal. Hizo los contactos necesarios para protegerse y neutralizar la ofensiva contra él.

Si bien ese fiscal estaba investigando desde hacía algún tiempo, era evidente que todo se había activado a partir del momento en que habían comenzado a aparecer las noticias de su descubrimiento. Seguro que planificaba un escándalo con alguien que estaba siendo reconocido a nivel nacional e internacional para acoplarse a su fama y lograr descollar por su rectitud y probidad, como le había insinuado Ramírez.

Salinas era un médico con importantes contactos no sólo en la medicina sino en la sociedad, por haber atendido a varios miles de enfermos en su consultorio, donde priorizaba la relación personal porque su naturaleza sociable se lo exigía y porque era la forma en que entendía el ejercicio de la medicina, en especial en una rama terrible

como la oncología. En el hospital dirigía y ahora casi no tenía relación con los enfermos; para eso estaban los médicos del servicio.

Conocía al actual ministro de Salud, había atendido al padre de quien hoy era el secretario de Justicia, a la hermana del presidente de la Cámara Penal, a algunos jueces y abogados. Lanzó las redes en agotadoras conversaciones de larga distancia, explicando lo injusto de la persecución de que era objeto en momentos en que debía viajar en forma constante para dar conferencias que prestigiaban a la medicina del país y que eran indispensables para que el producto descubierto fuera aplicado a los enfermos con riesgo cardiovascular.

Tuvo que evacuar varias consultas de quienes creían estar en ese estado o tenían un pariente enfermo, y todos se ofrecían para hacer algo. Aceptó los que le parecían más contundentes y ofrecían mejores contactos. Los volvería a llamar para ver qué habían logrado. Estaba seguro de que la cuenta de teléfono sería enorme, pero no era su problema ni creía que lo fuera para los Laboratorios Alcmaeon.

Geppe se estaba portando realmente bien, servicial y armando todo para que estuviera ocupado con entrevistas y conferencias a través de la gente de Río. También se encargaba de publicitar en los diarios argentinos y en la televisión, para mantenerlo alejado hasta tener seguridades.

El problema lo angustiaba y no lo dejaba gozar del meteórico camino a la fama que estaba transitando. Debía usar sus contactos para terminar cuanto antes con esa absurda persecución, sin descuidar la publicidad que le aconsejaba la gente del Laboratorio. Los medios hablaban en forma casi permanente de su descubrimiento y, en la Argentina, agregaban notas de orgullo nacional por tener investigadores que eran reconocidos a escala mundial. La inquietud de que las comunicaciones estuvieran interferidas fue resuelta en cuanto llegó a Río y le entregaron un celular para su uso particular e irrestricto donde estuviese.

Decidió que nada podía hacer para modificar las cosas. No debía hacerse mala sangre. Estaba en Río de Janeiro como una celebridad, alojado en el mejor hotel; en una *suite* propia de un monarca árabe, con todos los gastos pagos, esperando que le avisaran que podía volver sin peligro. Tenía que disfrutar de lo que se le daba, aunque le resultara difícil sustraerse.

Su enorme cuerpo, sólo cubierto con una malla de colores y un gorro absurdo caminando por la playa, era todo un espectáculo. Nadie podía imaginarse que se trataba de un famoso médico.

El juez que entendía en la causa comenzó a recibir llamadas de distintas personas que se acercaban para conocer la situación del encumbrado doctor Marcelo Salinas, un médico que honraba a la Argentina y que estaba siendo acusado injustamente.

Dependiendo de quien lo llamara, podía considerar que se trataba de una llamada amistosa con un interés legítimo de alguien que los conocía a ambos, o de una

presión, casi siempre encubierta, para no seguir con un proceso que estaba afectando a una persona de reconocidos méritos por sus investigaciones en favor de la humanidad. Si ese expediente llegaba a trascender, se mellaría el prestigio personal de Salinas y de su descubrimiento, afectando a la comunidad médica y la confianza de los pacientes.

Esa mañana ya había recibido dos llamadas por el mismo motivo. Una de un amigo con el que jugaba al tenis los fines de semana y otra de una conocida de su mujer. Atendió ambas, y las dos personas intentaron persuadirlo de que Marcelo Salinas era una persona maravillosa y un esforzado médico que había descubierto las propiedades del ALS-1506/AR. Dedicaron varios minutos a ensalzarlo, basados en varios casos que ellos personalmente conocían.

Otra llamada sí lo alarmó. Era del presidente de la Cámara Penal. No era su superior jerárquico por un principio de la Constitución sobre la independencia de los jueces, pero era uno de los tres que integraban la Cámara y que revisaban sus sentencias, las aprobaban o las revocaban en los casos de apelación.

Ambos eran jueces de larga actuación en la justicia, aunque el camarista le llevaría unos ocho años de antigüedad. Los dos habían comenzado su carrera trabajando en los tribunales cuando eran estudiantes de derecho. No se trataba de un advenedizo impuesto por la política sino de un hombre de carrera.

—Cómo está, doctor —lo saludó el camarista.

—Muy bien, ¿y usted?

—También, luchando en esta situación del país, pero bien.

—Me alegro.

—Doctor, usted me conoce desde hace muchos años y sabe que trato de no dejarme influir nunca por nada ni por nadie. Además, nunca llamo a un juez para interesarme por algún caso, pero...

¡Otra vez el expediente de Salinas!, intuyó el juez antes de que el otro siguiera hablando.

—Usted dirá, doctor.

—Mi madre falleció de un cáncer más o menos fulminante. —Sí, otra vez Salinas, se dijo—. En esos difíciles momentos conocí a un médico excepcional no sólo como profesional sino como persona. Ahora es un hombre famoso porque ha descubierto una droga que parece que limpia las arterias y está muy preocupado por una citación a indagatoria que le ha hecho usted en la causa 35 987. Me ha llamado desde el exterior donde está dando unas conferencias para consultarme...

—Sí, conozco la causa, doctor.

—Por supuesto que le dije que no lo podía asesorar pero traté de tranquilizarlo y, sin que él lo sepa, lo estoy llamando para interiorizarme, porque creo que es lo menos que puedo hacer después de lo que él hizo por mi madre y por todos nosotros.

El juez recordaba la muerte de la madre del camarista, un solterón que vivía con ella y que faltaba a las audiencias porque ella tenía un patatús o debía internarla.

Todos pensaron que cuando se quedara solo, se iba a casar. A menos que fuera homosexual, como se rumoreaba por ahí. Pero el hombre seguía soltero.

—Está bien, doctor. Lo entiendo y sé de su rectitud. Le cuento que efectivamente es una causa por defraudación y delitos contra la administración pública que impulsó el fiscal Narváez sobre la base de una investigación que hizo sobre la aplicación de un producto llamado ALS-1506/AR a enfermos de cáncer. Según las noticias de los periódicos, parece que no sirve para eso sino para el colesterol.

—Efectivamente. Estoy esperando que la aprueben para tomarla y ver si me salvo del infarto o de otro *by pass*.

—Hay una serie de presunciones graves y concordantes. Esto que voy a decirle es absolutamente confidencial, doctor, pero pocos hechos puedan tipificarse como delitos. En apariencia podría haber una evasión impositiva, con defraudación y falsificación ideológica en instrumentos privados, pero también se está investigando si los pacientes habían prestado su conformidad con las investigaciones y si lo habían autorizado para investigar. Lo demás parecen ser faltas administrativas que no nos corresponde juzgar a nosotros.

—Entonces, la indagatoria...

—Lo pidió el fiscal y como creo que no correspondía para tomarle una testimonial porque podía ser imputado, lo llamé a aclarar su situación.

—Entonces, ¿no hay posibilidades de que quede detenido?

—No, realmente no. Es más, y se lo puedo decir ahora porque ya firmé, le he concedido el beneficio de eximición de prisión.

—¡Ah! Bueno, me tranquiliza. Es una persona por la que siento un gran aprecio. Muchas gracias, doctor. Ha sido muy amable y a ver cuándo se viene a tomar un café a la Cámara.

—En cuanto ande por allí iré a verlo, doctor.

El juez colgó el teléfono.

El camarista, en tanto, tomó su saco para salir del Palacio de Tribunales hasta un locutorio público. No quería que quedara registrado que desde su línea oficial hacía un llamado a Río de Janeiro, y menos a un teléfono celular.

La pizzería de la avenida Corrientes era, otra vez, el lugar de encuentro de Ernesto con Mirta. Una vez más, pidieron una *pizza* grande de muzzarela, una cerveza y una Coca-Cola light.

—Las cosas no van nada bien —dijo el fiscal cuando el mozo se fue con el pedido.

—¿Cómo es posible, Ernesto? —preguntó ella con angustia.

—De todo lo que creíamos que teníamos cuando empezamos, no nos quedó casi nada cuando llegamos al momento de las pruebas. En tu oficina, por ejemplo, las cosas se nos escurrieron entre las manos. Llegamos tarde: el expediente,

supuestamente destruido por los huelguistas, fue reconstruido y completado con las inspecciones del caso.

—Pero se ha podido probar que el pedido de autorización nunca fue presentado en la mesa de entradas.

—Lo que se ha probado es que no hay registro de la presentación del pedido para investigar, no que no se haya presentado. Seguramente, deben estar tramitando un sumario administrativo por eso y alguien recibirá un castigo por no haberlo anotado... un llamado de atención o un par de días de suspensión.

—Ernesto, ¡no puede ser! Ese expediente nunca se presentó y mientras tanto estuvieron inoculando ilegalmente.

—Te repito: no está registrada su entrada, se supone que se destruyó en la huelga, presentaron los duplicados y se reconstruyó. Era lo que se debía hacer. Además, hicieron las inspecciones y todo está bien porque los nuevos grupos reciben la misma droga que el grupo uno, con la ventaja de que la dosis (y también el riesgo) son menores.

—¿Y qué pasa con el consentimiento de los pacientes?

—De los que viven, nadie ha dejado de firmar, salvo uno. Hemos comprobado que algunos, yo creo que todos, lo han hecho después de comenzado el tratamiento, pero casi todos están de acuerdo en que los hayan tratado y saben que son drogas experimentales. Es paradójico, pero están orgullosos de ser los que ayudaron al descubrimiento de Salinas.

—¡Qué disparate! ¿No se dan cuenta de que se van a morir todos?

—Aunque nadie habla de que el ALS-1506/AR sea efectivo para el sarcoma, tienen la esperanza de que lo sea y, de hecho, hay un porcentaje que, más allá del factor psicológico, que es importante, va a sobrevivir.

»Lo que es casi seguro, por lo que dicen, es que no se van a morir de una embolia, un derrame cerebral ni un infarto, al menos el grupo que recibió la droga. De todas formas, gracias a Salinas, parece que ninguno va a tener la suerte de morir de un infarto antes que el sarcoma los mate en medio de terribles dolores.

—¡Mi Dios! Parece una cosa de locos.

—Lo es, Mirta, lo es. Estoy seguro de que son una manga de sinvergüenzas o, al menos, de desaprensivos, pero no tenemos pruebas para castigarlos. Por lo menos, estoy seguro de que, después del susto, no lo van a hacer más.

—Mirá qué esperanza. Cuántas veces lo habrán hecho antes y cuántos, que no sea este Laboratorio y Salinas; lo harán en el futuro.

—No lo sé, y fíjate que todo es tan absurdo que el único que realmente puede atestiguar que no firmó ninguna autorización es un paciente que no estaba enfermo, que lo hicieron bolsa con los químicos. Su historia clínica está entre las que le robaron a Salinas. Un robo que suena más bien a una forma de encubrir los faltantes.

—Estoy destruida, Ernesto. Tanto hicimos, tanto arriesgamos para llegar a la conclusión de que nada ha servido. Al menos a los nazis que experimentaron con mi

abuelo los condenaron y ocho murieron en la horca. A éstos, ni les van a llamar la atención y los van a aplaudir por el descubrimiento de un fenómeno farmacéutico.

—Parece que va a ser así, a menos que...

—¿A menos que...?

—Que aparezcan nuevas pruebas o que Salinas se pise en su declaración. He visto a más de uno quebrarse y terminar confesando.

## Capítulo 9

Finalmente, el día de la indagatoria había llegado y a las diez de la mañana estaba citado el doctor Salinas ante el Juez. Vendría con su abogado y la fiscalía estaría representada por el titular y su adjunto. Habría un escribiente y dos secretarios. Un buen circo.

Ernesto había recibido la llamada de un compañero de facultad y de un médico de la familia por el tema. Los dos le habían hablado maravillas del doctor Salinas y, sin pedirle nada en especial, dejaron sentado que creían que se trataba de un error y que, si bien respetaban su actitud, no podían imaginarse cómo un hombre así podía tener problemas mientras tantos delincuentes andaban por la calle sin que nadie los molestara.

La televisión y los diarios se encargaban de poner su cuota de presión reiterando, de las más diversas formas, el hallazgo de un médico argentino que estaba tomando relieve mundial. Lo comparaban con los prohombres de la medicina, y uno de los locutores llegó a hablar del cuarto Premio Nobel para la Argentina. Parecía como si el país estuviese por lograr otro campeonato mundial de fútbol.

Exactamente a las diez menos diez, el enorme doctor Salinas, acompañado por dos abogados, se hizo presente en el Juzgado. Además del doctor Ramírez, esta vez lo acompañaba otro abogado, profesor titular de derecho penal en la Facultad. Con él, Ernesto había rendido la materia y había obtenido sólo un cinco. Ahora vería si merecía más.

Todos se saludaron amablemente, como si estuvieran por comenzar una reunión social. Estaban cumpliendo con su trabajo, menos Salinas, claro está. El médico estaba asustado, pero se sentía ganador antes de comenzar a jugar y se podía permitir algunas condescendencias con quienes lo perseguían.

El despacho del juez era amplio y por eso éste decidió tomar la audiencia allí mismo. Le indicaron a Salinas que debía sentarse frente al escritorio del Juez. Sus abogados se ubicaron atrás, el fiscal y su adjunto en uno de los costados y la escribiente y el secretario al otro lado. Habían comenzado las formalidades y las sonrisas desaparecieron más allá de las actitudes despreocupadas que exhibían Urtubey y los abogados del indagado.

—Por favor, diga su nombre, domicilio y profesión, y permítame su documento de identidad —comenzó diciendo el juez. Salinas obedeció y la escribiente consignó los datos en el ordenador, dejando constancia de la presencia de los fiscales y los defensores—. Ésta es una audiencia indagatoria por lo cual no va a prestar juramento de decir verdad y puede permanecer callado o no contestar las preguntas que se le hagan sin que ello signifique presunción alguna en su contra, ¿me comprende, doctor?

—Sí, señor Juez.

—A usted se le imputan los delitos de evasión tributaria, defraudación y falsedad



ideológica de instrumentos privados y se encuentra eximido de prisión por resolución de este Juzgado de fojas 334, lo que significa que en forma alguna podrá ser detenido a menos que revoque ese auto, ¿me comprende?

—Sí, señor Juez.

—Le reitero que tiene el derecho a declarar o negarse a ello y puede hacerlo en forma espontánea o por las preguntas que los fiscales y yo le formulemos. Usted dirá.

—Quiero hacer una pequeña declaración y después estar a su disposición para cualquier interrogatorio.

—Lo escucho.

—Ignoro en qué se basan esas imputaciones porque mis abogados no han podido ver el expediente por el secreto del sumario, pero quiero señalar que estoy absolutamente seguro de no haber cometido ningún delito en mi vida sino que, por el contrario, he intentado, y creo haberlo logrado, proceder siempre como un hombre honesto, respetuoso de la ley y tratando de hacer el bien a mis semejantes. —Salinas hizo un silencio, bajando la cabeza como si estuviera conmovido, y agregó—: Ahora estoy a su disposición, señor Juez.

El magistrado buscó una hoja en algún lugar de su escritorio y, colocándose unos anteojos, levantó la vista, mirando al imputado a los ojos:

—Bien, ¿usted es jefe del Departamento Oncología del Hospital Central de la ciudad?

—Sí, desde hace once años ejerzo ese cargo que gané por concurso de antecedentes y oposición.

—¿Qué otros cargos ejerce?

—Soy profesor titular de la cátedra de Oncología Clínica de la Facultad de Medicina y ejerzo la profesión de médico en la especialidad.

—¿En el hospital se hacen investigaciones clínicas?

—Sí, es una parte importante en el servicio que dirijo, porque considero que sin investigación no existe progreso en la medicina y menos en la oncología, que exige una permanente lucha contra el mal. Algo estamos logrando.

—¿Hicieron o se encuentran haciendo una investigación con una droga denominada ALS-1506/AR?

—Sí, investigamos el ALS-1506/AR con tres grupos de pacientes para determinar su efectividad en enfermos de sarcoma, un tipo letal y agresivo de cáncer. Dos de ellos se completaron y en el tercero aún quedan algunos pacientes sujetos a tratamiento.

—Para comenzar con esas experiencias, ¿usted necesita la autorización previa de la Oficina Nacional de Medicamentos?

—Sí, aunque la presentación y todos los trámites corren por cuenta del Laboratorio que patrocina la investigación, porque se trata de una cantidad importante de documentación y formularios que hay que llenar y en el hospital no tenemos infraestructura para eso.

—Cuando se selecciona a los pacientes que tienen las condiciones para ser motivo de la investigación, ¿se les informa que se trata de una experiencia con drogas no aprobadas?

—Sí, doctor, el médico encargado del grupo produce la información al paciente en presencia de un testigo, le contesta todas las preguntas que le hagan y se firma un formulario de consentimiento en presencia de un testigo.

Los fiscales tomaban nota en blocs y, de vez en cuando, se hacían comentarios inaudibles para el resto.

—¿Estos dos requisitos son imprescindibles para comenzar una investigación clínica?

—Sí.

—¿Se cumplieron en el caso de las experiencias con ALS-1506/AR?

—Por supuesto.

—¿Usted recibe alguna retribución por esas investigaciones?

—Sí.

—¿Cobra por paciente o por la investigación completa?

—Por paciente que haya completado su ciclo.

—¿Qué suma?

—Me niego a contestar. Es un tema que corresponde a mi esfera privada —dijo Salinas, enrojando levemente.

—Bien. ¿Usted les paga a sus colaboradores por esos trabajos?

—Me niego a contestar.

—¿Usted declara esos pagos del Laboratorio en sus ingresos para el pago de impuestos?

—Me niego a contestar pero quiero aclarar que cumplo con el pago de todos mis impuestos. —Ya no enrojecía. Era evidente que estaba asesorado para negarse a contestar toda pregunta relacionada con lo económico.

—¿Se utilizan elementos del hospital en estas investigaciones?

—No. Todas las drogas, jeringas, papeles y hasta el algodón son provistos por el Laboratorio patrocinante.

—¿Se utilizan las instalaciones del hospital?

—Obviamente, aunque debo aclarar que las investigaciones clínicas se encuentran autorizadas por la Dirección porque es parte de la formación de los médicos y de los objetivos de la medicina. La utilización de las instalaciones es mínima y consiste en el tiempo necesario para las aplicaciones que se hacen en los consultorios por médicos y enfermeras de planta, sin afectar la atención de los demás enfermos. Pero todos los exámenes complementarios, hasta los análisis de sangre y orina, se envían a un laboratorio externo.

—Gracias, doctor —dijo el juez, afable y evidentemente liberado—. ¿Los señores fiscales quieren hacer alguna pregunta?

—Sí.

—Doctor Salinas, los fiscales van a hacerle algunas preguntas. Usted tiene el mismo derecho que le expliqué de contestarlas o no sin que haya presunción alguna en su contra. Además, sus abogados o usted tienen derecho a oponerse a alguna pregunta que consideren impertinente o tendenciosa y yo resolveré si autorizo o no la pregunta. Adelante, doctores.

—¿Usted se enteró que en la Oficina de Medicamentos se extravió o destruyó el expediente de autorización para los grupos II y III? —preguntó Narváez.

—Sí, me enteré porque me lo informaron del Laboratorio y el médico monitor que verificó el cumplimiento de las exigencias médicas y legales. Parece que fue durante la huelga.

—¿Usted sabe si todos los consentimientos de los pacientes fueron firmados antes de comenzar la aplicación del ALS-1506/AR?

—Creo que sí —dijo el médico, aparentando no entender la pregunta—. Los médicos que conducen cada grupo tienen la obligación de informar a los pacientes y hacer firmar el consentimiento antes de incorporarlos a la investigación.

—O sea que no hay consentimientos firmados después de comenzar el tratamiento y mientras son evaluados.

—Me opongo —saltó el doctor Ramírez—. Ya contestó a esa pregunta.

—No conteste, doctor —dijo el Juez—. Es cierto, ya contestó a esa pregunta.

—Está bien —aceptó Ernesto—. Que el señor secretario le exhiba al doctor Salinas los ocho consentimientos indicados con una marca en el expediente.

El secretario fue hasta el escritorio del juez y tomó el grueso expediente, mostrándole diversas hojas. Ocho en total. Cuando Salinas levantó la vista, el fiscal prosiguió:

—Diga si la testigo que firma en todos esos consentimientos es su secretaria.

—No, no es mi secretaria. Es una empleada administrativa del servicio.

—¿Y cómo se explica que aparezca como testigo de ocho consentimientos en distintas fechas?

—No lo sé, pregúntele a ella. Me imagino que los médicos la llamaron para que estuviera presente en los casos de aquellos pacientes que no tenían un pariente o amigo que los acompañara.

—Ya le preguntamos, doctor, y nos dijo que usted le ordenó que firmara.

—Es una mentira.

—Por favor, mire de nuevo esos formularios de consentimiento. —Salinas los volvió a observar cuidadosamente y levantó la cabeza—. El nombre del paciente y la fecha, ¿están escritos por la misma mano?

El médico volvió a observar y volvió varias veces los papeles para comprobar. Estaba evidentemente incómodo y demoraba la respuesta. Al final dijo:

—No lo sé. No soy perito calígrafo.

—¿Es o no su letra, doctor?

—Me opongo —saltó su abogado.

—No hay razón para oponerse a que su cliente reconozca si un documento ha sido escrito por él, pero está en su derecho a negarse. Conteste a la pregunta, doctor —ordenó el Juez.

—Me niego a declarar —dijo Salinas, provocando un suspiro en sus abogados.

—¿Usted convocó a su oficina a los pacientes para que firmaran los consentimientos mucho tiempo después de que comenzaran los tratamientos?

—No. —Todos esperaban una aclaración, pero el oncólogo no dijo nada, creando un silencio incómodo en la sala. Narváez volvió a preguntar:

—Los pagos de honorarios que le hacía el Laboratorio, ¿se hacían en efectivo o en cheque?

—Me niego a declarar.

—¿Esos pagos se efectivizaban en el país o en el exterior?

—Me niego a declarar y me negaré a hacerlo con cualquier pregunta que se refiera a mis relaciones económicas con el Laboratorio. Entiendo que se trata de cuestiones privadas sobre las que el señor Fiscal no tiene nada que opinar.

—Pero la Dirección Impositiva sí tendrá algo que decir al respecto.

—Su acotación es impertinente, doctor. Usted no representa a la Dirección Impositiva —lo amonestó el Juez, impidiendo la intervención del abogado defensor.

—¿Hay más preguntas?

—No, doctor —dijo el fiscal.

—Si quiere, doctor Salinas, puede agregar lo que crea necesario —dijo el Juez, creyendo que todo había terminado. Pero Salinas acomodó su enorme cuerpo en el sillón, miró a los fiscales y después clavó su vista en el Juez. Sus ojos porcinos brillaban, dando una sensación de astucia que el magistrado no percibió. Sólo veía a un médico famoso sometido a una situación incómoda por acusaciones no del todo fundadas.

—Sí, quiero agregar algo —comenzó diciendo—. No sé de qué se pretende acusarme ni para qué se me hacen estas preguntas, pero creo necesario que sepan que soy un respetado médico con más de treinta años de profesión, titular de una cátedra en la Facultad de Medicina, que he cumplido siempre con mi juramento y que siempre he intentado hacer el bien. Nunca he sido acusado de nada ni he sufrido un bochorno como éste.

»En la medicina, las investigaciones clínicas son indispensables para intentar curar las enfermedades. Sin ignorancia no hay investigación y sin investigación no hay progreso. Para comprobar la efectividad de un remedio o una droga que pretende curar un mal, siempre hay que llegar al hombre después de pasar por los animales, y realizar muchas pruebas de seguridad para confirmar que un tratamiento sea inocuo. Pero, como todos sabemos, nada es totalmente inocuo, ni una simple aspirina.

»Ustedes —agregó, torciendo el cuello y mirando fijo a los fiscales— están investigando aspectos formales en forma parcial. Aquí no hay ninguna irregularidad. Y no están teniendo en cuenta que esta misma investigación ha producido el

descubrimiento más importante de los últimos años gracias a los médicos que se esfuerzan más allá de sus obligaciones diarias y durante años para lograr algo que beneficia a toda la humanidad.

»Sin ese esfuerzo, esa tenacidad y ese ingenio, ustedes, doctores, hoy se morirían por una infección de una simple herida o por la sífilis, si no se hubieran descubierto los antibióticos.

Todo el discurso había sido dicho con la elocuencia y el tono adecuados, algo que Salinas había aprendido a dominar en sus años de cátedra y de discursos. Cuando terminó, un silencio conmovedor ganó la sala. Había logrado el impacto que buscaba.

¡Hijo de puta!, pensó Ernesto. Si no fuera por la computadora, no hablarías de esfuerzo, ni de tenacidad ni de ingenio. ¿Y todos los que murieron para tu gloria?

Finalmente, volvieron a encontrarse. Habían pasado muchos días desde la última vez, en que Oscar le había contado la determinación de separarse de Suzely para comenzar una nueva vida. Recordó con tristeza aquella noche en que se lo había dicho. Silvia había recibido la noticia llena de júbilo, como si la hubiera estado esperando desde hacía tiempo.

Ahora, al volverse a encontrar con Silvia después del desgarramiento sufrido en esos días de sufrimiento y angustia, todo parecía distinto. Esa locura de felicidad que los había envuelto en el frenesí y que los obligaba a cambiar sus vidas, armados por la pasión y la incertidumbre, parecía algo lejano.

Le contó las penurias pasadas en el hospital, los tiempos difíciles que se avecinaban con una sacrificada rehabilitación sin garantías, su angustia. Finalmente, llegó el momento y dijo:

—Mi querida, te imaginás que éste no es el momento para plantearle una separación a Suzely. Está destruida y está todo el día al lado de Flor. No puedo agregarle nada más al dolor que está pasando. Te pido un tiempo, no sé cuánto será, pero necesito que la situación se estabilice y que pueda pensar nuevamente en nosotros.

—Te entiendo —dijo ella, tomándole la mano—. Pero parece que el destino, otra vez, me impide conseguir lo que quiero. Me jugué, pensando que íbamos a hacer algo fundacional para los dos. Pero no, otra vez algo terrible se me pone enfrente. Hace un montón de años fue mi padre, ahora tu hija.

—Mi querida...

—No te estoy imputando nada y no podés imaginarte cuánto lamento lo que le ha sucedido a tu hijita, pero nuestros planes no sólo han quedado atrasados por algún tiempo. Algo importante ha cambiado en vos y yo lo respeto. Te repito que me había ilusionado, aunque sé que no debo hacerlo.

Oscar le apretó la mano fuerte, queriendo significar algo pero sin saber qué, y bajó la cabeza.

—Tu familia te necesita, mi querido. Tu mujer también, y estoy segura que por mucho tiempo. Si querés, yo seré tu amiga pero sin condiciones.

Buscó en su cartera y sacó el teléfono celular, devolviéndoselo.

—¿Qué hacés, Silvia? —preguntó espantado.

—Nada. Esto es tuyo.

—¿Y cómo voy a hacer cuando quiera hablarte?

—Llamá al otro número y pedí un turno.

Una vez que salieron del Juzgado, fueron hasta las suntuosas oficinas del abogado. Salinas pensó que esos lujos se pagaban con honorarios y se alegró de haber aceptado que Laboratorios Alcmaeon se hiciera cargo de su defensa.

—Lo felicito, doctor Salinas. Estuvo brillante —dijo el profesional.

—Muchas gracias. Lo cierto es que si ustedes no me hubiesen preparado, seguro que habría metido la pata con todo ese tema de los cobros y los pagos y los impuestos.

—Perú salió airoso con el tema de su reconocimiento de la letra en los formularios. Ojalá todos mis clientes reaccionaran así.

—Ése es un problema. La verdad es que es mi letra y las firmas de Adela son auténticas, porque yo le pedí que firmara y ella ni siquiera miró. Nunca me imaginé que fueran a hilar tan fino.

—Es lo que debe hacer un fiscal. Este muchacho no fue un estudiante demasiado brillante, pero ahora es realmente bueno.

—Parece que no se para ante nada ni nadie.

—Tiene fama de duro y honesto pero, en este caso, no tiene elementos para una acusación.

—¡Cómo que no! Tiene el cobro de mis honorarios depositados en el exterior, los formularios de consentimiento llenados por mí y las declaraciones de Adela diciendo que los pacientes firmaron las conformidades después que empezamos a tratarlos.

—Vayamos por partes. Pero antes de seguir, ¿qué quieren tomar?

—Me da vergüenza decirlo, pero en realidad me vendría bien un *whisky* en las rocas —pidió Salinas—. Esa audiencia fue demasiada presión para mí.

—Perfecto. Yo lo voy a acompañar.

—¿Usted, doctor? —le preguntó a Ramírez.

—Una Coca light. Gracias.

—Marta —dijo el dueño de casa, levantando el tubo—, dígame al cocinero que nos prepare una picada para tres, que traiga hielo, soda y una Coca light.

—Creo que va a tener bastante trabajo, doctor —indicó Salinas tratando de acomodar su cuerpo entre los apoyabrazos del silloncito giratorio.

—Yo también creo que vamos a tener trabajo para clarificar esto, pero para su tranquilidad, el fiscal tiene bastante pocos elementos. No sé si le va a alcanzar para

acusar. Y, si lo hace, no creo que el juez se lo acepte, y menos la Cámara. El problema es el ruido que va a hacer este caso.

—Bueno, la publicidad es inevitable —agregó Ramírez.

—Pero respecto a las tres cosas que a usted le preocupan, le diré que no le veo demasiado fundamento. ¿Cuándo cobró esos honorarios afuera?

—En enero me depositaron los correspondientes al primer grupo. En un par de meses, cuando terminen los tratamientos y procesen los resultados, me depositarán el resto. Supongo que todas estas notas y entrevistas también me las pagarán.

—¿Y en los últimos años el Laboratorio le hizo otros pagos?

—Sólo el año pasado, por unas conferencias que di en Chile sobre un producto que a ellos les interesaba. Poca plata.

—¿Los declaró?

—Estoy en eso. Creo que el plazo para presentar la declaración vence en diez o quince días. El contador me pidió la documentación para hacer la presentación.

—No deje de denunciar esos honorarios, porque seguro que tienen el dato que sacaron del allanamiento al Laboratorio y lo van a usar. Lo que usted cobró el año pasado lo declara ahora y lo que va a cobrar, tiene hasta el año que viene para declararlo, pero no deje de hacerlo.

—¿Pero no hay problema que me lo depositen en el exterior?

—¿Qué tiene de malo? Usted puede cobrar donde quiera, dejar el dinero donde se le ocurra, pero tiene la obligación de declararlo a Impositiva y pagar el impuesto a las ganancias. En este país estamos tan perseguidos que lo legal nos parece ilegítimo.

La cara fofa del doctor Salinas se iluminó. En ese momento, entró un mozo uniformado, puso un mantel de hilo que cubría parte de la mesa y comenzó a depositar platitos con toda clase de comestibles, todos apetecibles. El dueño de casa se levantó y, abriendo la puerta de un mueble, sacó una botella de Chivas.

—¿Y el tema de la letra mía en los consentimientos de los pacientes? —preguntó el médico, sin poder contener su ansiedad, mientras el abogado servía el hielo en los vasos de cristal.

—Usted se negó a declarar y ellos tienen que probar que son suyas para acreditar que usted las antedató. Para eso, le tienen que tomar un cuerpo de escritura para comparar las letras y usted se puede negar a hacerlo porque implica declarar contra sí mismo, lo que está prohibido en la Constitución. ¡Salud, doctores!

Brindaron y Ramírez se arrepintió de haber pedido una gaseosa. Pensó que, cuando terminara su vaso, sería normal tomar un poco de alcohol.

—Además, ese dato falso de la fecha no causa, en realidad, un perjuicio, porque si los enfermos estaban de acuerdo, y por eso firmaron, sólo hay una irregularidad formal.

—¿Qué hacemos con las declaraciones de Adela?

—Es una palabra contra la otra, doctor y, en definitiva, nadie niega ni va a negar haber firmado. ¿Que lo hicieron después y no antes? Es casi un detalle. ¿Cuál es el

delito si desde siempre estuvieron de acuerdo? Sólo quedaba ponerlo por escrito.

—¡Claro! ¡Es lo que yo decía! Es una mera formalidad hacerlo antes, durante o después del tratamiento. Lo terrible hubiera sido que no se les dijera nada y se los inyectara.

—Es una simple omisión o, si quiere, una falta administrativa que la Oficina de Medicamentos, si tiene ganas de hacer un sumario, podrá castigar con una multa —concluyó.

—Doctor, ¡me siento liberado! —dijo Salinas, levantando la copa en la que se había servido una segunda y generosa medida.

—Quisiera hablar con vos sobre la audiencia de hoy.

—¿Dónde y a qué hora? —preguntó Mirta.

—En tu casa, a la tardecita.

—Está bien, te espero a las siete y media.

Durante el resto de la tarde, Ernesto estuvo reunido con su adjunto, analizando el proceso contra Salinas y otros casos que no admitían dilación. El fiscal no le dijo nada de su proyectado encuentro con Mirta. Era absurdo, pero se sentía como si estuviera cometiendo una infidelidad.

Llegó a la calle Medrano cinco minutos tarde y, esta vez, le abrió la puerta la propia Mirta. Lo condujo hasta el fondo de la casa, a su habitación, y Ernesto tuvo la misma sensación de paz que la vez anterior. El contraste entre ese patio lleno de plantas con la atestada y ruidosa avenida era brutal.

Se sentaron en las sillas que rodeaban la mesa en el medio de la habitación. Ahora, Mirta vestía su informal y gastada ropa de siempre y una bota de yeso más pequeña, impecablemente blanca.

—¿Cómo anda tu pierna?

—Bien, hoy me cambiaron el yeso y parece que la fractura está soldando alineada.

El silencio ganó la habitación, sin que ninguno de los dos supiera cómo encarar el tema.

Ernesto quiso sacarse una duda.

—Mirta, ¿qué dice Carlos de toda esta situación?

—Carlos no existe. Yo estoy muy sola, Ernesto.

Asombrado, Ernesto detuvo su vista en la cama armada y se sintió bien al saber que Carlos no existía, que nunca había estado acostado allí.

—¿Cómo estuvo la audiencia de hoy? —preguntó Mirta.

—Bien... bien para Salinas. Se vino con un penalista de primera y perfectamente preparado para declarar. Hasta se animó a hacer un discurso sobre la medicina, las investigaciones y su honestidad que impactó al Juez.

—Me imaginaba.



—Lo cierto es que estuvimos casi toda la tarde analizando el caso con Agustín y la acusación se nos deshace en las manos. Si tiene declarados los ingresos o no venció el plazo, no hay evasión impositiva. Si se niega a hacer un cuerpo de escritura, es casi imposible probarle que escribió los formularios y en consecuencia no hay falsificación ideológica, que de todas formas es un delito menor. Si se mantiene firme en que no le hizo firmar a los pacientes después de empezar con el tratamiento, no hay forma de probarlo aunque es posible que la gente se retracte y muchos de ellos estén muertos cuando los llamemos a declarar.

—¿Conclusión?

—Me parece que Julia tenía razón. Nos metimos en algo que nos quedaba grande, aunque estoy seguro de que todo esto es una porquería.

—Pero ¿y las muertes, Ernesto? ¿Y la gente que se murió porque le pusieron esa droga que no sirve para el cáncer?

—Puede que sea así pero eso no está probado, pudieron haberse muerto igual por la propia enfermedad. Eran dosis mínimas que no pueden ser tóxicas. Los que se murieron eran enfermos terminales. No te olvides que tenían cáncer, un cáncer especialmente agresivo y fatal.

—Pero le sacaron el tratamiento convencional... es como justificar que lo mataran a mi abuelo en las experiencias de los nazis porque de todas formas tenía altas probabilidades de morir en el campo de concentración.

—Mirta, vos misma te das cuenta de que no es lo mismo. Aquí hay un hospital, médicos, remedios...

—¡El principio es el mismo, Ernesto! A ellos no les importa la gente. La usan para experimentar. Aunque el objetivo sea lograr un remedio que les puede servir a miles o a millones de personas, a esos pobres desgraciados los matan. No les importa.

El fiscal no contestó. Sabía que Mirta, en el fondo, tenía razón. Pero no existía forma de castigarlos.

—Entonces la humanidad no aprendió nada en todos estos años —concluyó Mirta, y se echó a llorar desconsoladamente con la cabeza apoyada en sus brazos.

Ernesto quedó desconcertado. Se imaginaba cualquier cosa menos una reacción así, porque la creía blindada a cualquier cosa y dura hasta lo inhumano. Sin embargo, no le alcanzó para soportar esa revelación de impunidad que le destruía la ilusión por la que había luchado para reparar esos años de tragedia familiar.

Sólo atinó a estirar su brazo y acariciar sus cabellos rojizos, que sintió sedosos pese a sus rulos indómitos. Vio su cuello terso y excesivamente blanco deformado por las vértebras que se marcaban bajo la piel. Sintió una sensación que no podía definir. Estaban solos en esa habitación y se le reprodujeron las imágenes del escote y el camión translúcido de la vez anterior.

Sabía que tenía que quedarse unos minutos para consolarla, pero también supo que debía huir cuanto antes de esa habitación.

—No, doctor. Le voy a presentar un escrito acusando a Salinas de una serie de delitos y pidiéndole nuevas medidas. Una pericial caligráfica, careos con la enfermera, con algunos médicos, con sus pacientes y los parientes de los muertos. Para eso soy fiscal.

—Está bien. Haga lo que quiera, pero le reitero que necesito una fundamentación sólida sobre los delitos que se imputan, incluyendo los elementos probatorios que tenga y lo que pretende obtener con las medidas que me pida. No voy a permitir que en mi juzgado se juegue con el principio de inocencia que tiene cualquier persona.

—Así lo haré, doctor. Pero necesito que usted tenga cierta flexibilidad para mis pedidos, porque estoy seguro de que han cometido una serie de tropelías y que merecen un castigo.

—Usted me dice que es un fiscal y yo le digo que soy un juez. Si lo que hicieron no está en el Código Penal, no es delito. Será lo que usted quiera calificar, un pecado, una tropelía, una salvajada, pero yo estoy sentado aquí para juzgar sólo las conductas que pueden constituir delito. Lo demás está sujeto al juicio de Dios pero exento de mi potestad. ¿Estamos de acuerdo?

—Estoy de acuerdo pero fíjese, por ejemplo, en el tema de los honorarios. Son muy importantes y se los pagan en el exterior. Apenas les da unas migajas a sus médicos y no paga impuestos.

—¿Y dónde está el delito?

—Y está el tema de no tener las conformidades de los enfermos. Se las hizo firmar después, cuando comprendió que podía meterse en problemas. Además, hace desaparecer, simulando un robo, las historias clínicas de los pacientes cuya autorización no iba a conseguir.

—¿Y dónde está el delito? Su robo está denunciado hace bastante tiempo, junto con el de su automóvil. ¡No exagere, muchacho!

—El delito es ponerles una fecha anterior. Es falsificación ideológica.

—¿Puede probar que fue así y que lo hizo él?

—Si usted me autoriza una pericia caligráfica, sí.

—Se va a negar a hacer un cuerpo de escritura. ¿Cómo lo va a probar, entonces?

—Con notas en las historias clínicas. Algún elemento indubitable debe haber para hacer la comparación.

—Usted sabe que no lo va a conseguir. Piénselo, Narváez. Usted es el fiscal, es empeñoso y capaz, pero no haga un papelón y menos con alguien que hoy es una figura pública y respetada. Todos estamos felices de que un equipo de argentinos haya descubierto semejante cosa. El mundo está empezando a hablar del descubrimiento y el descubridor es, precisamente, el hombre que usted tiene en la mira.

—Doctor, ¡eso es lo que más me molesta! —estalló Ernesto—. No tiene nada que ver una cosa con la otra. Descubre un medicamento por casualidad haciendo experiencias ilegales y pasa a ser un héroe nacional y todo el mundo le rinde

pleitesía. Hoy es una persona absolutamente impune, que nadie puede tocar sin afectar la imagen del país. ¡Un disparate!

—Quizá sea así.

—Entonces, ¡yo lo voy a acusar! —insistió el fiscal, tozudo y vehemente.

—Doctor —dijo el Juez, como si le costara hablar—, yo esperaba que usted fuera razonable y que pudiera sopesar las ventajas de una débil acusación por delitos menores, si existen, con un escándalo que va a afectar a mucha gente y hasta la confianza social en los principios de la medicina y los adelantos de la ciencia. No crea que estoy siendo parcial ni que no entiendo su postura. Pero es evidente que usted está exagerando.

»Por otra parte, quiero decirle que he estudiado a fondo es te expediente y me hizo acordar a otros en los que usted imparte acusadora, en los que obtuvo sentencias condenatorias. Varios de ellos tienen una característica común: denuncias anónimas, pruebas colectadas sin demasiado rigor procesal y coincidencias o indicios que me hacen pensar que usted realiza actividades que lindan con la irregularidad.

—¡Doctor! ¿Qué me está diciendo?

—No se ofenda ni se ofusque, muchacho. Le estoy diciendo que usted, como fiscal, ha estado utilizando varias veces el fruto del árbol prohibido y que eso no es posible admitirlo.

Ernesto recordó de inmediato ese principio, según el cual no se puede utilizar una prueba, por más contundente que sea, si es obtenida en forma ilegal: una confesión bajo tortura, un ADN sin conformidad.

—No utilizo esos métodos, doctor.

—Sí los utiliza, Narváez. Me consta porque he visto varios expedientes con sus acusaciones basadas en ese fruto, como éste con una denuncia anónima llegada por correo con documentación reservada que usted completa con interrogatorios y allanamientos.

—Doctor, usted me está imputando y si pretende...

—Yo no pretendo acusarlo ni imputarlo, porque no tengo pruebas. Lo mismo que usted en esta causa. Sólo quiero advertirle que, en el futuro, no voy a permitir que sucedan estas cosas.

—¡Doctor, es gravísimo lo que está diciendo!

—Lo es, muchacho, lo es. Pero esta conversación nunca se produjo y usted sabrá lo que debe hacer. Lo estaré observando y su carrera peligrará si sigue por ese camino.

Ernesto se retiró del despacho del Juez con aire ofendido, pero sabía que el magistrado tenía razón y también sabía que era implacable.

Unos días después, llamó al adjunto a su oficina.

—Agustín, esto se terminó —dijo furioso, poniendo la mano sobre una pila de carpetas que estaban sobre su escritorio.

—Nunca empezó, Ernesto. Reconocelo.

—Vos estuviste conmigo.

—Y lo voy a estar, pero creo que nos equivocamos todos. Nos conmovimos por una mujer que murió y dejó una familia. Creímos que atrás de esa muerte había algo monstruoso y, en realidad, no era nada o casi nada. Sólo un conjunto de irregularidades o desprolijidades.

—Vos podés decirlo porque no se murió tu vieja o un hermano en uno de estos experimentos sin control.

—Quizá, pero lo cierto es que ahora no tenemos nada para acusar, salvo algún delito menor o falta administrativa que corresponde juzgar a otros.

—Es un verdadero disparate. Ese gordo maldito ha jugado con decenas de vidas y seguirá gozando de la gloria que le dio la casualidad y una computadora.

—Así es la vida, Ernesto.

—Es que no debe ser así.

—Pero lo es.

Desde que el doctor Salinas había convocado a aquella reunión de médicos en su oficina para entregarles un ejemplar de la revista del Laboratorio Alcmaeon, en el hospital había comenzado a producirse una corriente contraria a la inducida por el allanamiento policial del Departamento de Oncología.

Salinas se cuidó bien de entrar en ese juego y circulaba por el hospital con aire de persona ofendida, sin brindar explicaciones. Si alguien le preguntaba, contestaba que se trataba de un error. Ni al director le dio explicaciones concretas.

Cuando los medios comenzaron a darle espacio a la propaganda que impulsaba la gente de prensa del laboratorio, los médicos y enfermeras del hospital olvidaron aquel raro episodio y comenzaron a aplaudir el logro del hospital, ¡su hospital! Esto se fue agrandando en la misma medida que el tema tomó difusión internacional.

Todos los que trabajaban allí recibían preguntas de parientes, amigos y colegas sobre la droga maravillosa que terminaba con los infartos y los accidentes cardiovasculares y devolvía la juventud a las arterias. Es más, le pedían que les consiguieran muestras gratis para ellos o para el tío o el abuelo que tenían el colesterol, los lípidos o los triglicéridos demasiado altos y que los médicos pretendían disminuir con remedios carísimos, dietas imposibles y ejercicios irrealizables.

Todos los días alguien traía una noticia nueva, algún recorte de un diario o de una revista o una página impresa de un diario extranjero bajado por Internet. No pasaba un día sin que hubiera comentarios y era un tema casi obligado en los ateneos, en los pasillos o en el bar del hospital.

Julia Moret seguía la evolución de los hechos con aprehensión. Al principio se abstraía, temerosa de que alguien la conectara con el fiscal que había encabezado el allanamiento. Pero nadie la identificaba por su apellido de casada. Su apellido de

soltera era todavía importante en ese hospital y en el ambiente médico. Nadie sabía que ahora, además, era la señora de Narváez.

Tampoco nadie o casi nadie sabía el nombre del fiscal que había allanado Oncología, ni por qué causa era. Estaba aislada de su relación marital con el juicio contra el doctor Salinas, hoy el paradigma del médico y el representante de todos los médicos argentinos. Todos hablaban de él como un ejemplo de la forma que, en el subdesarrollo y con escasos medios, se podía llegar a lo máximo en medicina o en cualquier otra cosa, como en el fútbol.

De vez en cuando, alguien se acordaba del remoto allanamiento y se producía una reacción desmedida contra la Justicia y, principalmente, contra los abogados que buscaban fama o fortuna en cualquier lado. De allí salían anécdotas de juicios por mala praxis, sucesiones defraudadas o divorcios arreglados.

Todo servía para denostar a quienes pretendían opacar el éxito de los médicos argentinos y del Hospital Central. Allí, en el medio de todo eso, estaba Julia Moret de Narváez, rogando que nadie se acordara que estaba casada con un abogado que era, nada más y nada menos, el fiscal que había encabezado el allanamiento al Departamento de Oncología, donde se había descubierto la droga del siglo.

Pensó en comentarle a Ernesto todo ese ambiente que se había creado en torno al doctor Salinas, pero enseguida se arrepintió. Era un tema vedado desde aquella memorable pelea, la primera en serio, del matrimonio. Nunca más habían hablado, y si le relataba los comentarios desdeñosos que escuchaba de sus colegas para con los jueces y los abogados, seguramente tendrían un nuevo problema.

El Juez decretó el sobreseimiento en la causa por inexistencia de delito y la noticia tardó sólo unos instantes en llegar a Salinas, a Oscar Leyro Serra y de allí a Nueva York. También fue notificada la fiscalía.

Esa noche, en la casa de Aníbal Geppe, en el norte de la ciudad, se hizo una pantagruélica cena donde concurrieron dos o tres funcionarios del laboratorio, los abogados defensores y, por supuesto, el doctor Salinas con su mujer. No se invitó al doctor Villamil por consejo de Ramírez porque, como dijo, ninguna precaución era suficiente. Siempre estaba atrás ese fiscal que podía apelar.

Leyro Serra recibió la noticia, feliz de terminar con ese desgraciado asunto que nunca debía haber empezado si se hubiera tenido un mínimo de precaución. Era un problema menos, y el camino al éxito parecía estarle asegurado con el descubrimiento del doctor Salinas y el patentamiento de la fórmula en todos los países del mundo. Pero el director regional ya no era el mismo: Flor inválida y Silvia ausente le quitaban cualquier alegría intensa.

En la enorme torre de los Laboratorios Alcmæon en Nueva York, la noticia circuló por cinco áreas, que la leyeron y tomaron nota de que había un problema menos. De cualquier manera, si algo hubiera salido mal, sólo habría sido necesario

olvidar al doctor Salinas y seguir adelante con el ALS-1506/AR, que daría, seguramente, centenares o miles de millones de ganancia.

De pronto, Ernesto despertó. Miró la hora en el reloj digital luminoso: 3:17. Se dio vuelta para el otro costado de la cama e intentó retomar el sueño. Imposible. La causa: Salinas estaba allí presente con todas sus implicancias y fracasos. Las palabras entre admonitorias y amenazantes del juez todavía le dolían. No estaba acostumbrado a eso. Era un hombre decente, estaba convencido y quería que se hiciera justicia. Pero tenía razón, la justicia a cualquier costa, aun a través del delito, deja de ser justicia.

Su mente estaba disparada y le era imposible volver a dormir. Julia, a su lado, respiraba rítmicamente y no se movía. La envidió.

¿Cómo y por qué había empezado todo esto que ahora lo ponía en ridículo?

Las primeras respuestas eran fáciles y convenientes: ¿por amor a su esposa angustiada? No. Quizás había sido así en un principio, pero luego había tenido mil oportunidades de abandonar y no lo había hecho. ¿Por qué sus rivales eran unos hijos de puta a quienes nos les importaba la gente? ¿Por el afán de justicia? ¿Porque había sido capaz de traicionar los principios de la ley creyendo que la cuidaba? ¡Allí estaba la cosa! Y apareció en su mente la frase de aquel anciano profesor de filosofía del derecho, que no había entendido en su momento: «*A veces el delito o la traición es la única y última forma de lograr justicia*».

Otro día pensaría si podía seguir siendo fiscal del crimen.

Julia Moret entró apresurada al vestuario de médicos, consciente de que llegaba tarde. Se había vencido el horario de los dos primeros turnos de su consulta, otorgados a mujeres que habían comenzado una cola a las tres de la mañana.

Se sintió culpable, aunque sabía que, resignadas, la esperarían sin quejarse: la necesitaban, y el que necesita, espera. Era parte del juego del poder.

La dura conversación con Ernesto, deprimido y agotado por su fracaso, ponía en juego la estabilidad de su matrimonio, y era un problema que merecía atenderse antes de que explotara.

Nunca habría imaginado que aquel hombre seguro y pétreo que era su marido pudiera sentirse tan afectado por perder un caso y ser reprendido por el Juez. Eran las reglas en la lucha judicial, donde siempre se enfrentaban dos intereses y, necesariamente, uno ganaba y el otro perdía. Lo mismo sucedía en la lucha contra la enfermedad. Para ser un buen médico o un buen abogado había que perder lo menos posible.

Julia cerró la puerta del estrecho armario con el estrépito de la chapa resonando en el desolado lugar y le colocó el candado. Mientras salía con paso rápido, con el guardapolvo flotando a su alrededor, se colgó el estetoscopio en el cuello y acomodó

las lapiceras en el bolsillo.

En el pasillo que la llevaba al Servicio de Ginecología se cruzó con médicos y enfermeras. Cuando llegó, levantó la mano para indicarle a la encargada del servicio, instalada detrás de un mostrador, que podía hacer pasar a la primera enferma de la mañana.

—¡Doctora!

Julia se detuvo y se acercó al mostrador.

—¿Sí?

—El director quiere verla.

—¿El director?

—Sí, el director del hospital. La secretaria llamó a las ocho y recién volvió a hacerlo... parecía urgente.

Julia se quedó unos instantes detenida frente al mostrador, mirando a esas mujeres que la esperaban resignadas en las sillas de plástico naranja alineadas contra las paredes. ¡Tenía que atenderlas! Pero el director la llamaba. Miró alrededor sin saber qué hacer.

—Vaya, doctora. Yo le acomodo los turnos.

Julia sabía lo que eso significaba. Aquellas mujeres, enfermas y que habían hecho una fila en la madrugada fría para conseguir el turno, deberían volver otro día. Los casos urgentes se derivarían a otro médico que las intercalaría, fastidiado, entre sus propios pacientes.

—Gracias. Trataré de volver enseguida.

Volvió a salir del servicio y atravesó el pasillo hacia la entrada, hasta que llegó al pabellón recién pintado que ostentaba un cartel de bronce donde, en letras negras, podía leerse: «DIRECCIÓN».

Al entrar, se abrochó instintivamente el guardapolvo y guardó el estetoscopio enrollado en su bolsillo. Se enfrentó a una secretaria que nunca había visto.

—Soy la doctora Moret. El director...

—La está esperando, doctora. Acompañeme.

La mujer abrió una puerta que comunicaba con otro ambiente enorme. Julia entró y se quedó parada en el medio de la sala. El director y el doctor Marcelo Salinas la esperaban sentados, cubiertos con impolutos guardapolvos blancos.

—Siéntese, doctora —dijo el director sin pararse, señalando un sillón frente al escritorio.

—Gracias —dijo Julia, dejando sus manos cruzadas sobre el regazo mientras miraba a Salinas, tratando de adivinar qué era lo que estaba pasando.

—Doctora —volvió a decir el director con voz grave—, ¿usted está casada con el fiscal Ernesto Narváez?

—Sí —aceptó Julia con voz débil, como avergonzada.

—¿Es el fiscal que estuvo investigando las experiencias clínicas que se hacen en el Departamento de Oncología del hospital?

—Sí.

—¿Cómo usted no me informó de esa circunstancia?

—Creo que no había razón para hacerlo, doctor.

—Yo creo que sí, doctora. La actitud de su esposo fue muy agresiva. Allaná el Departamento de Oncología y secuestró historias clínicas e información confidencial de los pacientes.

—Ése es el trabajo de mi marido, doctor. No sé qué tiene que ver conmigo.

—Tiene mucho que ver, doctora. El hospital sufrió el desprestigio del escándalo y la posibilidad de una intervención del Ministerio de Salud.

—Doctor, le repito...

—No sé cómo se hace en un matrimonio para no comentar estas cosas que afectan tanto al marido como a la mujer.

—Somos dos profesionales, doctor. Cada uno ejerce su profesión, y tratamos de no interferir en la tarea del otro, especialmente si hay situaciones confidenciales de por medio.

—Me informa el doctor Salinas que el sumario judicial se inicia con información que solamente pudo ser obtenida por alguien con acceso al hospital. Además, hemos logrado comprobar que usted entró al Departamento de Oncología sin motivo alguno, poco antes de que se iniciara la causa judicial.

—¡Eso es mentira, doctor!

—Doctora Moret, tenemos testigos presenciales y una filmación de la cámara de seguridad que dan fe de lo ocurrido.

—Señor director, no sé a qué se refiere, pero seguramente estaba de guardia y por algún motivo habré tenido que ingresar a...

—La guardia está en la otra punta del hospital y no había ninguna razón para que usted entrara en Oncología un domingo a las tres de la tarde.

—Doctor, ¿usted me está acusando de haber obtenido ilegalmente información confidencial?

—Yo no la acuso. Pero si la causa comenzó con un sumario con documentación que necesariamente debió haber salido de los archivos del hospital, no es demasiado difícil concluir que no fue un envío anónimo el que inició el expediente. En la misma causa se interrogó al doctor Salinas como a un delincuente, y las noticias que se filtraron a la prensa desprestigiaron a este centenario hospital y a la profesión médica en su totalidad.

—Doctor, yo no...

—Doctora Moret, si su padre estuviera sentado en este sillón, sentiría la misma indignación y vergüenza que siento yo ante su deslealtad.

—Doctor, yo no soy...

—Yo creo que sí. Por eso le pido que no le demos más trascendencia a esto. Vamos a resolverlo con prudencia, como debe ser. Doctora Moret, lamentablemente me veo obligado a solicitarle la renuncia inmediata a su cargo.



—¡No, doctor, no puede ser! —dijo Julia, casi con un grito. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Sentía rabia e impotencia.

Salinas había asistido a toda la escena en silencio, imponiendo su enorme presencia. En ningún momento había apartado la vista de aquel hermoso rostro femenino. Las lágrimas que ahora brotaban de aquellos ojos azules le proporcionaron un discreto placer. Salinas gozaba con la escena.

—¡Así es, doctora Moret! Quiero su renuncia en mi escritorio dentro de media hora. Le ofrezco una salida elegante: de ese modo, evitará sentir el desprecio de sus colegas. Afortunadamente, el hospital sobrevivió al descrédito gracias al descubrimiento del doctor Salinas, y no voy a permitir que se lo pueda involucrar de nuevo en ningún escándalo.

—Doctor, déjeme decirle...

—Creo que ya está todo dicho, doctora. Si no tengo su renuncia en mi escritorio en media hora, le aseguro que dispondré que se le inicie un sumario por violación de secretos médicos, y me voy a encargar de que esto se haga público para mostrar que en este hospital no estamos dispuestos a tolerar a quienes ensucian a nuestra profesión.

Julia se sintió aplastada. Cualquier cosa que dijera sería interpretada en su contra, y no serviría para nada ni modificaría la posición que había tomado el director. El llanto contenido la sobrepasó, y sólo atinó a levantarse para huir de aquella habitación buscando tiempo para asimilar lo que le estaba pasando.

Narvéez, sentado frente a su escritorio, revisaba descuidado la correspondencia dirigida a la Fiscalía. A medida que abría los sobres, iba escribiendo las instrucciones correspondientes en un papelito, que adosaba con un clip al sobre.

Desde aquel enfrentamiento con el Juez, en que se había visto obligado a suspender la causa de las experiencias con seres humanos, su trabajo parecía haber perdido sentido. Tenía la sensación recurrente de que estaba allí cumpliendo con la formalidad de acusar a un montón de gente que, comparada con los funcionarios de los laboratorios y esos pseudocientíficos, eran unos pobres desgraciados que terminaban en la cárcel, mientras los demás se pavoneaban por el mundo y se llenaban de dinero y fama.

No había conseguido reconstituir del todo su relación con Julia. Era difícil reparar lo que se había quebrado por esa desgraciada causa que los había invadido en esa intimidad que tanto trataban de preservar. Los dos hacían lo posible para lograr volver al estado anterior, pero sentían que no podían. Quedaba algo en el fondo de la relación que dolía intensamente y contaminaba todo.

Los pensamientos deambulaban por su cabeza confundida con un sentimiento de hartazgo que todo lo invadía. Quería dejar esa oficina, tomarse unas largas vacaciones para recuperar la fe perdida.

El timbre del teléfono lo sobresaltó.

—Doctor, su señora —le anunciaron.

—Sí, Julia —atendió Ernesto, con un tono innecesaria e inevitablemente distante.

—Ernesto... —alcanzó a escuchar antes de que el sonido del llanto inundara la línea.

—¿Qué te pasa...? ¿Qué te pasa...? —insistió él sin lograr otra respuesta que un llanto compungido.

Ernesto comenzó a desesperarse, pensando en cosas horribles, en muertes, en robos a mano armada, en violaciones. Y no lograba que ella le dijera nada, no podía calmarla de ninguna forma.

—Decime dónde estás. Julia, tranquilízate, por favor. Decime dónde estás.

—En casa —alcanzó a oír en medio de hipos.

—Voy para allá, pero tratá de calmarte, por favor. No hagas nada, yo ya voy.

¡La puta madre! Lo que faltaba.

Algo más de un año después, una noticia alarmante recorría el mundo. El ALS-1506/AR, la droga maravillosa que devolvía la juventud, había producido serios perjuicios a quienes la habían consumido por consejo médico. La droga había recibido la aprobación acelerada de la FDA presionada por la publicidad, el laboratorio y la gente que pretendía ser eterna.

La Food and Drug Administration, ante la evidencia de los efectos adversos declarados entre los seis y ocho meses de administración en un espectro representativo de pacientes, suspendió preventivamente la venta del fantástico producto que eliminaba la hipercolesterolemia y hasta prometía un regeneramiento arterial.

El producto, autorizado mediante el *fast track* de la FDA ante la importante evidencia inicial, parecía haberse convertido en una droga dañosa. Era posible que la noticia acarrearra una ola de juicios contra su fabricante, los Laboratorios Alcmaeon.

En la sede de Nueva York del Laboratorio, la crisis afectaba a las áreas comprometidas. Toda la energía de la empresa estaba dedicada a justificar el producto. Al parecer, la droga sólo actuaba en los pacientes que habían soportado tratamientos de quimioterapia previa por cáncer. En los pacientes sanos, aparentemente causaba daños importantes y permanentes en el aparato circulatorio y en el nervioso.

Era urgente determinar la naturaleza exacta de los daños, para contrarrestar el desprestigio y detener la oleada de juicios millonarios que voraces abogados ya estarían preparando.

Una nueva e importante investigación clínica había comenzado, y el área

científica intentaría descubrir cuál era la benéfica mezcla de la quimioterapia tradicional con el ALS-1506/AR.

El matrimonio Narváez, lleno de amargura y desilusión después de la crisis, había abandonado la gran ciudad para refugiarse en un pequeño pueblo de Traslasierra, en la provincia de Córdoba. Huyendo de la perfidia y la injusticia, habían comenzado a vivir y a gozar del mundo sin tiempos ni presiones, recuperando la tranquilidad perdida.

Ernesto leyó la noticia en un diario atrasado y su primer impulso fue correr a contarle a su mujer. Ahora podía volver y reflotar la causa, archivada por un juez sensible a la opinión ajena, que se creía dueño de la virtud. Nadie lo pararía.

Se contuvo intuitivamente y, mientras pensaba, sentado sobre una piedra, miraba a su hija, que parecía esbozar una sonrisa mientras lo miraba con sus ojos azules. Rozó con sus labios la piel fantásticamente suave de su frente y percibió el perfume natural de una delicada transpiración.

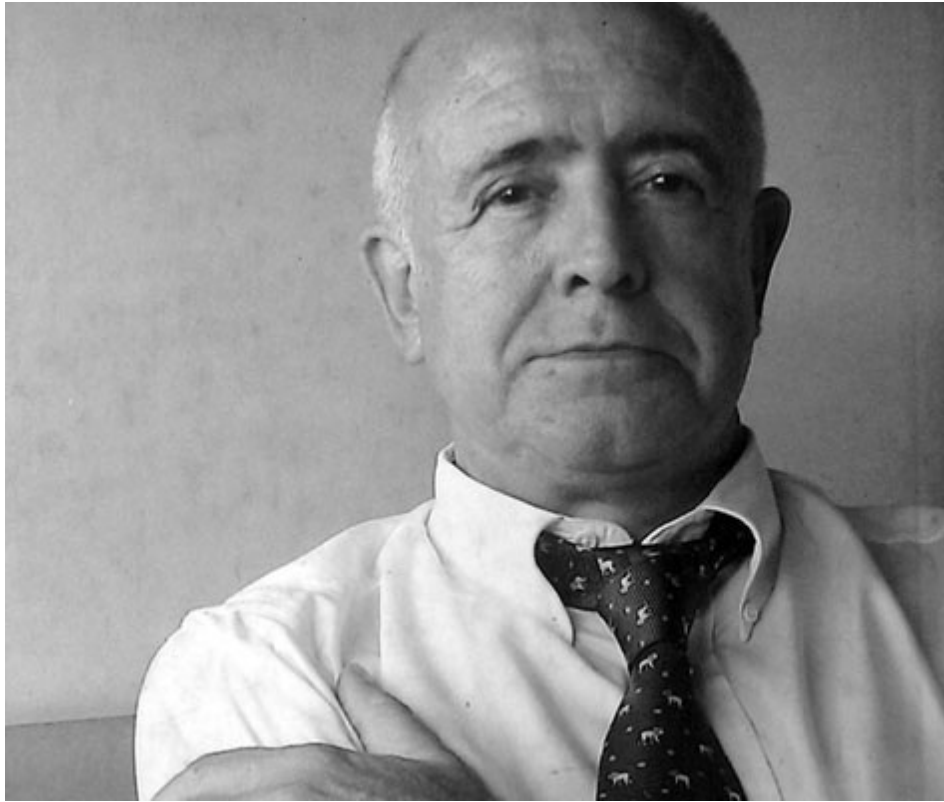
Levantó la mirada, enfocándola al final de la calle de tierra despareja donde la antigua construcción ostentaba una bandera. Era el dispensario donde Julia Moret ejercía su profesión con carácter universal.

Ya no había departamentos de ginecología, ni de traumatología, ni de otorrinolaringología. No había aparatos sofisticados ni laboratorios de análisis. La única especialidad era lo que podía curar o lo que tenía que derivar al hospital más cercano. El hecho de que hubiera una médica universitaria que compitiera con el curandero era un avance sustancial para aquella pequeña población aislada, que recibía algo de turismo en el verano y se autoabastecía con el trabajo de su gente durante el resto del año.

Ernesto no pudo evitar retrotraerse al momento en que la situación había estallado para Julia y para él. Entonces, habían tomado la decisión de dejar todo para cumplir el sueño de refugiarse en un lugar aislado del mundo. El antiguo fiscal resolvió guardarse la noticia. Quizás algún día se arrepintiera. Por la noche lo asaltaban los fantasmas, acusándolo de haber huido de sus responsabilidades. Pero, ante la encrucijada, Ernesto Narváez había elegido renacer desde lo elemental.

Aquella hija que tenía en los brazos y su mujer, que curaba a la gente, era todo lo que le había quedado de sus años de universidad y de trabajo en la justicia. Todos sus proyectos y sus sueños se habían concentrado en ellas, en la simplicidad de aquella vida en las montañas.

Era hora de volver a andar.



ALFREDO ABARCA. Nació en Córdoba y vive en Buenos Aires. Se recibió de abogado en la Universidad de Buenos Aires, en cuya Facultad de Derecho es director del programa de posgrado de Derecho Aduanero y profesor de Procedimientos Aduaneros. Es miembro de número de la Academia Internacional de Derecho Aduanero. Padre de cinco hijos, ejerce activamente la abogacía y ha publicado siete novelas: *Fuerza de mujer* (1993), *Expediente reservado* (2001), *El Código de Nuremberg* (2003), *Secuestro virtual* (2004), *Duelo nacional* (2006), *Papeles perdidos* (2006) y *La abogada* (2012).